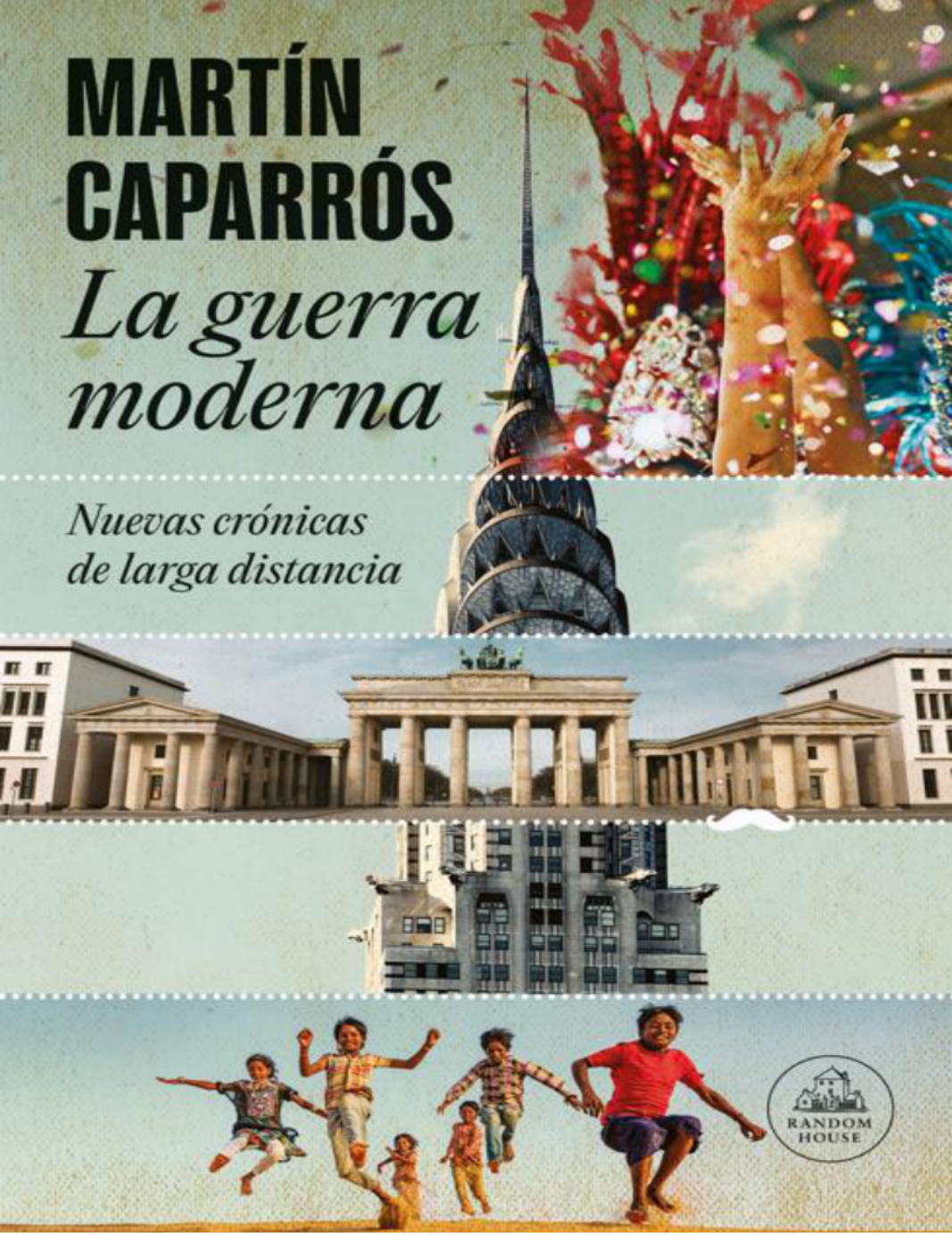
MARTÍN CAPARRÓS

La guerra moderna

Nuevas crónicas de larga distancia



RANDOM HOUSE

MARTÍN CAPARRÓS

La guerra moderna

Nuevas crónicas de larga distancia

Biblioteca Martín Caparrós

RANDOM HOUSE

El tipo que me lo dijo de verdad consiguió sorprenderme:

—El turista nunca sabe dónde estuvo; el viajero nunca sabe adónde va.

Estábamos en una rara fonda vegetariana en Mandalay, corazón de Birmania: llovía sin parar, en toda la ciudad no había una página en algún idioma legible, y yo no estaba de humor para frases célebres. Pero el tipo consiguió sorprenderme: era un birmano viejo, que hablaba todavía el inglés de la época imperial, rebuscado y conceptuoso.

—Esa es la diferencia, mi querido: el turista nunca sabe dónde estuvo; el viajero nunca sabe adónde va.

Dijo otra vez y después me sonrió, como quien dice a ver qué hacés ahora: el tipo no tenía medio diente, y yo no podía hacer gran cosa. Pero me pasé muchos días pensando que su frase era un hallazgo.

Durante los años siguientes viajé con esa idea en la cabeza: creía que no sabía adónde estaba yendo. Hasta que descubrí, ya cerrando este libro, que sí: me había pasado todo este tiempo visitando los frentes de la guerra moderna.

Ceylán

LOS NIÑOS PRIMERO

—¿Así que todavía no conoces a Yohan? Ah, pero es maravilloso. Maravilloso. Tal vez, si me da un ataque de bondad, mañana te lo paso, y vas a ver.

Bert tiene 49 años y sus dos hijos ya están en la universidad. Su señora se ocupa de la casa donde viven, cerca de Düsseldorf, y parece que desde que los chicos se fueron se aburre un poco, aunque Bert dice que siempre le dio lo mejor y que no tiene de qué quejarse, y debe ser cierto. Bert usa esos anteojos de marco finísimo y unos labios muy finos y una sonrisa fina de óptico germano al que uno le entregaría sus ojos sin temores. Bert tiene el pelo corto, muy prolijo, y una vida intachable. Sólo que, en cuanto puede, una o dos veces por año, cuando la empresa óptica donde trabaja lo manda a la India, Bert viene a darse una vuelta por Sri Lanka, el centro mundial de la prostitución de chicos. El resto de sus días es un ciudadano modelo, y vive del recuerdo:

—Pero si supiera que no puedo volver aquí me desesperaría.

Dice Bert, ahora que estamos en tren de confesiones. No sé por qué, hace un rato, se decidió a hablarme de esto. Seguramente porque ayer nos cruzamos, mientras yo entraba y él salía de la casita donde Bobby, el cafishio, tiene sus cuatro chicos. En estos días ya habíamos charlado un par de veces, en el bar de la playa, pero nunca de esto, por supuesto. Quizás le guste suponer que soy su cómplice; debía necesitar alguna compañía.

—No, no vas a prender ese cigarrillo, ¿no? No me digas que vas a arruinar con tu cigarrillo este aire tan puro.

Un poco más allá, el mar brilla con un azul inverosímil; el sol un poco menos. Hace calor. Esta mañana la radio dijo que estaría fresco, no más de 32 o 33. Cuatro o cinco chicos de 10 o 12 juegan con las olas, se revuelcan, se pelean como cachorritos. Bert los mira con ojos de catador experto. Me parece que puedo pegarle o hacerle una pregunta más. Querría preguntarle por qué hace lo que hace pero no debo, porque Bert tiene que suponer que yo soy uno de ellos:

—¿Y no te molesta que sean tan oscuros?

—Me parece que si no fueran negritos no podría.

Las playas del sudoeste de Sri Lanka son modelos: alguien estudió las playas tropicales de todas las postales del mundo y se encargó de combinar la más apropiada arena blanca, las olitas más apropiadamente turquesas perezosas, las palmeras recostadas en el más apropiado de los ángulos. Esta playa es absolutamente intachable, y me hace sentir un poco torpe: si no fuera por mí, todo sería perfecto. En la playa de Hikkaduva reina la concordia: media docena de surfistas australianos repletos de músculos muy raros, un par de familias cingalesas numerosas y vestidas, dos o tres matrimonios alemanes gordos con sus niños, tres o cuatro parejas de viajeros con mochila al hombro, unos cuantos perros, un par de pescadores, los chicos morochitos revolcándose y cuatro o cinco europeos cincuentones mirándolos, sopesando posibilidades. De vez en cuando pasa una pareja extraña: uno es graso, cincuentón, blancuzco, de panza poderosa y fuelle en la papada, mirada zigzagueante, slip muy breve; el otro es un chico pura fibra, oscuro, erizado de dientes, pantaloncito viejo, medio metro más bajo que su compañero. Yo no conozco a Yohan pero, por lo que voy sabiendo, dudo que tenga mucho más de 10 años.

El turismo sexual existió siempre. Ya algún romano escribía sobre "los finos tobillos y las salaces danzas" de las cartaginesas de Cádiz, hace dos mil años. Y Venecia atraía viajeros por sus cortesanas hace doscientos. Pero últimamente, con la explosión turística, el mundo se ha convertido en un burdel con secciones bien diferenciadas. Hace unos quince años, a algunos gobiernos les pareció que podía ser una buena forma de atraer turistas, es decir: dinero.

En 1980, el primer ministro de Tailandia se dirigía a una reunión de gobernadores: "Para incrementar el turismo en nuestro país, señores gobernadores, deben contar con las bellezas naturales de sus provincias, así como con ciertas formas de entretenimiento que algunos de ustedes pueden considerar desagradables y vergonzosas porque son formas de esparcimiento sexual que atraen a los turistas… Debemos hacerlo porque tenemos que considerar los puestos de trabajo que esto puede crear…". Y los agentes de viajes, los hoteleros,

las compañías aéreas también sacan tajada. Los turistas están produciendo muchos cambios en el mundo. El periodista francés Jean-Paul Sartre los llamó, alguna vez, “los invasores suaves”.

Los destinos de los turistas sexuales son variados. Los que buscan el calor de las mulatas tropicales suelen ir a Brasil, Cuba o Santo Domingo; son, más que nada, italianos, mexicanos, españoles. En Filipinas o Tailandia se encuentran los australianos, japoneses, americanos o chinos que quieren comprarse la sumisión de ciertas orientales. Europa del Este funciona últimamente como proveedora de esposas blancas y más o menos educadas para los occidentales con problemas de seducción.

Tanto en Brasil como en Tailandia, muchas de las chicas son muy chicas. Organismos internacionales calculan que hay en el mundo un millón de menores prostituyéndose, y que el negocio mueve unos 5000 millones de dólares por año. En medio de todo esto, a Sri Lanka le quedó, como especialidad, los chicos.

Hay quienes dicen que fue, curiosamente, culpa del machismo: las niñas, en Sri Lanka, están muy controladas, porque es fundamental que lleguen vírgenes al matrimonio; en cambio los muchachitos pueden andar libremente por ahí, sin restricciones. Como, además, son tan amables y pobres y confiados, resultaron una presa casi fácil para los primeros pedófilos —“amantes de los niños”— europeos que llegaron alrededor de 1980, junto con los últimos hippies que escapaban de Goa, en la costa oeste de la India.

Los pedófilos conseguían chicos sin ningún problema, y las autoridades no los molestaban. De vuelta a casa, empezaron a correr la voz; a los pocos años, decenas de miles llegaban todos los años a Sri Lanka en busca de la carne más fresca. Y, últimamente, la difusión circula bien por internet. En ciertas “home pages” de los grupos pedófilos se puede conseguir toda la información: adónde ir, cómo organizar el viaje, con quién contactarse en el país. La tecnología sirve para todo.

El turismo es la tercera fuente de divisas de Sri Lanka, detrás del té y la industria textil. En un país con un producto bruto per cápita de apenas 660 dólares anuales, la entrada es importante. Pero el precio es

demasiado alto. Las estadísticas no son del todo fiables pero se supone que hay, en estos días, en las playas que rodean la capital, Colombo, unos 30.000 menores, entre 6 y 16 años, que se prostituyen. Y un estudio reciente mostró que uno de cada cinco chicos había sido sexualmente abusado en Sri Lanka. La cuestión, últimamente, se está convirtiendo en un problema nacional.

En esta playa, Hikkaduva, no sólo hay alemanes, pero son la fuerza básica. Muchos carteles están en alemán, muchos locales te abordan en la playa diciéndote wie geht's. Cada cincuenta metros se te aparece alguien que empieza por preguntarte de dónde sos, sigue diciéndote si no querés comprar batik o máscaras o una excursión en bote con fondo de vidrio a los corales y, muchas veces, termina por ofrecerte un chico:

—¿De qué edad?

—De la que quieras. Ocho, diez, catorce…

La primera vez que Bobby me paró le dije que sí, que quería, porque tenía que hacerlo. Pero cuando habíamos caminado unos metros le dije que mejor mañana. Yo sabía que tenía que ir, pero me estaba dando terrible retortijón en el estómago. Hikkaduva es tan bella, y está en el medio de la nada. Unos kilómetros hacia el sur hay pescadores que se pasan el día colgados de troncos clavados en el lecho del mar, acechando a sus presas; un poco más acá está el árbol que acabó con Manaos. A fines del siglo pasado, la explotación del caucho en el Amazonas convirtió a ese poblacho brasilero en una ciudad donde Caruso fue a cantar ópera. Brasil tenía el monopolio mundial del caucho, y se enriquecía. Hasta que un inglés consiguió sacar, de contrabando, unas semillas del árbol de goma —Hevea brasiliensis— y las plantó en estos parajes. En pocos años, la industria del caucho en el sudeste asiático acabó con la prosperidad de Manaos y la condenó a muchos años de siesta y mosquitero.

Al otro día, a eso de las 6, Bobby me esperaba en el mismo lugar de la playa. La puesta de sol era magnífica y había un viento suave que ondeaba las palmeras. Bobby me dijo que el precio seguía siendo el mismo, 300 rupias, y que Jagath ya me estaba esperando en la casa,

ahí nomás, en el pueblo. 300 rupias son unos 5 dólares. Bobby tenía 22 años, una barbita mal cortada, la mirada dura y un par de dientes menos; era de un pueblo del interior, a unos 80 kilómetros de Hikkaduva.

—¿Y hace mucho que te viniste para aquí?

—Me vine cuando tenía 10. Yo tenía que irme de mi pueblo. Tenía miedo de que me vendieran.

Mientras caminamos, Bobby me cuenta la historia de Sunil, un amigo del pueblo: que su padre lo mandó a trabajar a un hotel, aunque sabía para qué lo querían, porque un día apareció en el pueblo un hombre que le ofreció un televisor. El padre de Sunil no tenía dinero; el hombre le dijo que él se lo prestaba. El padre no podía devolvérselo, y el hombre le dijo que si mandaba a Sunil a trabajar al hotel, en dos años su deuda estaría saldada. Hace unos años, en la India, un chico me contó que sus padres lo habían entregado por veinte meses a un fabricante de cigarros para pagar la deuda contraída tras una sequía. No es lo mismo una sequía, y la hipoteca para salvar la tierra, que un televisor: otra gran victoria de la tecnología moderna. Y se supone que ésta sea una de las razones del desastre: en todo el Asia una población rural, que vivió por siglos en una economía de subsistencia, se enfrenta con tentaciones nuevas, que se le ofrecen pero están fuera de sus posibilidades, y quiere alcanzarlas. Aunque, en muchos otros casos, lo que buscan es sólo la comida.

Bobby me cuenta que cuando se enteró de la historia de Sunil pensó que tenía que escaparse antes de que su padre lo vendiera. Su padre no tenía trabajo, y había demasiados chicos. Bobby se escapó pero no tenía dónde vivir, pasaba hambre y dormía en la calle. Al final encontró a su amigo Sunil en un hotel cerca de Hikkaduva, y Sunil habló con su patrón, un cafishio de la zona; a los pocos días, Bobby también tenía conchabo.

Nos hemos parado bajo la sombra de un árbol muy grande. A 100 metros de la costa, la vegetación se cierra y el mundo se transforma: caminos intrincados de tierra roja recorridos por motitos y carretas de bueyes, pozos donde los campesinos van a buscar el agua con baldes en la cabeza o en las dos puntas de una rama larga, campos de arroz

donde su hunden los búfalos de agua, chozas de bambú, mercaditos paupérrimos, un verdor invencible. Bobby me sigue contando y, para que me cuente, yo tengo que ser amable con él. Lo nuestro es una triste carrera de ratas.

—Trabajé para ese hombre hasta que tuve 19 años. El tipo nos llevaba a casas de hombres blancos, o a habitaciones del hotel, según. Pude aguantar más porque soy bajito, y parecía más pequeño. Pero a los 19 me tiró a la calle.

Cuando llegan a esa edad los chicos ya son demasiado viejos: se quedan afuera del circuito y no tienen demasiadas posibilidades de reciclarse. Algunos, los más astutos, siguen en el ramo como intermediarios, cafishios. Y otros se reciclan en el chiquitaje de la venta de drogas o los robos. Unos pocos zafan y hay uno, cuya historia escuché varias veces, que consiguió que un alemán rico le pusiera casa y granja: es el modelo que hace que muchos marchen. Quizás ni siquiera exista. Bobby estuvo un par de años sin saber qué hacer, pasándola muy mal, hasta que se decidió a convertirse él mismo en un cafishio.

—¿Y qué fue de tu amigo Sunil?

—A Sunil le fue mal. Le dieron mucha droga, y ahora no puede vivir sin su cuota. Siempre dice que querría volver al pueblo, pero no puede porque le da vergüenza, porque todos saben dónde estuvo…

—¿Y entonces tú no vas a poder volver nunca?

—Sí, yo voy a volver, y mis padres me van a recibir felices.

Bobby se sonríe un poco maligno, como quien rumia una venganza. Los dientes de tan blancos le brillan en la cara oscura:

—Yo voy a ahorrar mucha pela, voy a volver con mucha pela. Entonces mis padres me van a tener que recibir y me van a pedir que los perdone y yo los voy a perdonar, y vamos a hacer una gran fiesta.

—¿Y ya tienes algo ahorrado?

—No, muy poco, pero ya voy a tener, en unos años más. Aquí se gana bien.

Seguimos caminando. Mientras vamos, juntos, por las calles intrincadas del pueblito, la gente me mira, sabe de qué se trata, y yo me hundo de vergüenza. Aunque no es seguro que me estén

condenando. Todavía no está nada claro, en estas tierras, que la prostitución infantil sea algo grave; es, para muchos, una forma relativamente fácil e inofensiva de conseguir algún dinero. Hace tiempo que esta gente dejó sus actividades habituales —el cultivo o la pesca— ante el espejismo del turismo: en general, malviven de vender cositas, o de ofrecer servicios más o menos confusos. Bobby me dice que ya estamos llegando.

—¿Y te gusta hacer esto?

—Es un buen business.

Me dice, como si la cuestión no mereciera mucho más comentario. Y es cierto que yo no estoy en condiciones de ponerme moralista, mientras me lleva hacia la cama de uno de sus chicos.

Sri Lanka es una isla, pegada al sudeste de la India, de 353 kilómetros de largo por 183 de ancho, unos 65.000 kilómetros cuadrados: la provincia de San Luis con 18 millones de habitantes. En ese espacio se concentra casi todo lo que el trópico puede ofrecer: playas increíbles, montañas de más de 2000 metros, plantaciones de té, campos de arroz, la jungla más espesa, tigres, cobras, elefantes y flores, árboles y frutas que apenas tienen nombre. “La isla más bella de su tamaño en todo el mundo”, escribió, hacia 1295, Marco Polo, que había visto unas cuantas.

La isla se llamó Tambapanni o Taprobane en tiempos de Alejandro Magno, Serendib en el siglo XIII, Ceylán para los portugueses y otros colonos. Y siempre fue un poco mítica: con uno de sus nombres, los ingleses inventaron una palabra que no existe en ningún otro idioma, “serendipity”: la facultad de descubrir, por casualidad, algo inesperado. Serendipity es una de las armas más poderosas de la ciencia. Desde 1972, el país se llama República Democrática Socialista de Sri Lanka, aunque ya nadie sabe bien por qué.

Ceylán fue colonia inglesa hasta 1948. Desde la independencia, hubo diversos gobiernos, todos surgidos de elecciones más o menos limpias, y distintos conflictos; a principios de los ochentas se acabó la ola estatista que había dominado la escena y empezó el reino de la economía de mercado. El producto bruto aumentó, y también la

pobreza y la desocupación. La presidente actual, Chandrika Bandaranaike, hizo su campaña en 1994 con la promesa de atacar esos problemas. Una vez elegida, se lanzó a privatizar todo lo que pudo y, ahora, hay protestas sociales y gremiales importantes. Como corresponde, Bandaranaike es hija de un padre, S. W. R. Bandaranaike, que fue primer ministro hasta 1959, cuando lo asesinaron, y una madre, Sirima Bandaranaike, que fue primera ministra durante más de diez años entre 1960 y 1977. En 1994, Bandaranaike ganó las elecciones, adelantadas porque los guerrilleros tamiles mataron al presidente y, poco después, nombró a su madre de 80 años primera ministra.

En la prensa mundial, Sri Lanka existe poco. Las noticias sólo hablan de Sri Lanka cuando los guerrilleros tamiles —los Tigres— hacen volar algo. Los tamiles son una etnia que viene de la India, de religión hinduista, que vive sobre todo en el norte; los cingaleses, budistas, que son originarios de Sri Lanka y son la mayoría, gobiernan el país. Los tamiles quieren formar un estado independiente, y los cingaleses se oponen: la guerra ya lleva más de quince años.

Yo no venía pensando en eso, pero lo primero que me dijo el taxista que me sacó del aeropuerto fue que la semana pasada la nafta había aumentado 25 por ciento porque el gobierno necesitaba recaudar fondos para sus operaciones contra los Tigres, en el norte. No supe si creerle, porque los taxistas de los aeropuertos a veces cuentan historias muy raras, pero al cabo de un par de kilómetros cruzamos el primer control militar: tres barreras de alambre de púas, de esas que hay que pasar despacio y en zigzag. Como llovía, los soldados se habían metido en una casilla. Después, al entrar a Colombo, hubo varios puestos más, y ahí sí había soldados con capotes, muy armados.

Colombo es una ciudad de un millón de habitantes, aireada y razonablemente sucia, todo el tiempo en lucha contra matorrales y palmeras, pero no hay muchas moscas: supongo que no soportan tanto calor. En Colombo los olores de basura, de incienso y de especias se mezclan en proporciones muy variables con una buena dosis de sudor, escape y frito, y ese jabón de aceite de coco con que se lavan todas las almas del sudeste asiático. Colombo tiene un centro colonial inglés

más o menos decrépito, interrumpido por cuatro o cinco rascacielos un poco cutres, muy fuera de lugar. Tiene un puerto de aguas profundas donde hay una docena de casos de piratería por mes; tiene un gran bazar donde todo se vende y se compra con el placer del regateo; tiene una zona residencial de caserones rodeados de bananos, gomeros, canchas de cricket, un cementerio contundente y su Kentucky Fried Chicken, por si acaso; tiene cantidad de barrios que oscilan entre la casita tipo Banfield y la choza sin tipo, con vacas retozando en los barriales, y tiene, sobre todo, cuervos: los cuervos son los verdaderos amos de Colombo. Hay quienes dicen que son más de 100.000; yo creo que es un gran cuervo esencial dividido en partículas, el modelo del cuervo, el Cuervo Rey. Los cuervos de Colombo gritan poderosos, dan órdenes que todos simulan entender. Los cuervos de Colombo son negros como el hambre, y campean en todas las basuras, asustan a los perros, patotean a los niños y algún día van a ser gobierno y, ese día, esta ciudad va a ser la capital de un mundo. Por ahora, Colombo es la capital de un país en guerra sorda.

—Esta guerra no se va a terminar nunca.

Me dice, casi como si se jactara, Stanley, un profesor de sociología de la universidad, de origen "burgher": los burghers son los descendientes de los colonos holandeses, muy mezclados y asimilados por los años.

—Los cingaleses han matado demasiados tamiles. Hubo pogroms, matanzas colectivas, quemas de casas y negocios. Los tamiles no pueden vivir con los cingaleses, y ahora que tienen un grupo armado que los defiende, es lógico que lo apoyen. Lo necesitan. Porque ahora el gobierno y los cingaleses se cuidan de hacer nada contra los tamiles, por miedo de la reacción de los Tigres.

Stanley tiene unos 40: se educó en Inglaterra y trata de mirar la historia desde afuera. Stanley va muy occidental, con bluyíns y una camisa oxford:

—Así que no hay reintegración posible de los tamiles, y los Tigres no se van a rendir, pero tampoco tienen suficiente fuerza como para formar el estado independiente que quieren. Tal como están las cosas, esto puede durar años y años.

El gobierno suele ocultar la verdadera dimensión de los enfrentamientos. Este fin de semana, por ejemplo, hubo una emboscada donde los tamiles mataron a casi cincuenta soldados regulares, y les sacaron muchas armas. El gobierno, en sus comunicados, mezcló estas informaciones con la supuesta toma de un campamento de los Tigres. Pero la situación se le complica. Sus soldados son profesionales mal pagados y poco motivados que tienen que enfrentar a guerrilleros que luchan por su supervivencia: se dice que casi un tercio del ejército regular ha desertado.

—Y la gente cree cada vez menos en los políticos, y sabe que muchos de ellos están ganando mucho dinero con esta guerra. Donde hay que comprar armas y abastecimientos siempre hay mucha ganancia.

Dice Stanley, con cara de ya me entiendes, no te estoy contando nada nuevo. Stanley es muy occidental pero come su curry picantísimo con los dedos, y me explica que no hacerlo sería como no mirar o no oler la comida: los dedos la van anticipando, y tocarla forma parte del placer de comerla.

—Y, para colmo, desde el año pasado, cuando los tamiles empezaron de vuelta con sus bombas suicidas, la guerra llegó a Colombo. Ahora los cingaleses saben que se pueden morir en su propia ciudad, y no les gusta nada.

Sólo las costas del sudoeste son seguras. Los Tigres no atacan los lugares turísticos, porque gran parte del negocio del turismo pertenece a tamiles, y sería como escupir para arriba.

Nadie sabe por qué los pedófilos se vuelven pedófilos. Yo me leí varios artículos sobre la cuestión, y todos hablan de los previsibles traumas infantiles, necesidades de afecto insatisfechas, dificultades para relacionarse, que se descubren precisamente porque el fulano empieza a manotear criaturas. Como quien dice que la pelota rueda porque es redonda y es redonda porque rueda. Y los artículos suelen terminar diciendo que, de todas formas, nadie sabe por qué los pedófilos se vuelven pedófilos. Suelen parecer la gente más normal: un abogado francés, un bancario australiano, el óptico Bert, un jubilado

suizo. Ni Bert ni los otros me contaron demasiado por qué les gustaban tan chicos. Yo tampoco podía preguntar mucho: en ese hotel, en esos días, yo era uno de ellos, y no podía mostrarles excesiva curiosidad ni distancia. Sus comentarios no eran razones:

—Ay, es que son tan frescos, tan tiernitos: son tan inocentes.

—Y además se les nota que de verdad me necesitan, y me obedecen todo lo que les digo.

—Bueno, y sobre todo no están contaminados. Son tan chicos, pobrecitos, que no pueden haberse contagiado nada.

En todo el mundo, la prostitución infantil aumentó mucho con el sida: el miedo a la enfermedad hizo que muchos buscaran menores cada vez menores, con la idea equivocada de que con ellos estarían a salvo. Error: los tejidos jóvenes de los chicos tienen más posibilidades de contagiarse el virus y, además, sus abusadores no suelen protegerse. En 1995, un estudio mostró que más del 30 por ciento de los chicos y chicas prostitutos en el sudeste asiático estaban infectados. Uno de esos días, en Hikkaduva, Cristophe, un abogado francés tan culto y encantador, me dijo que la pedofilia era sólo un escalón, y me citó una frase del doctor Johnson:

—El que se convierte en una bestia se alivia del dolor de ser un hombre.

No se sabe por qué los pedófilos se vuelven pedófilos. “Los monstruos no están abusando de estos chicos: los abusadores son todos gente común y corriente”, dijo un delegado al Congreso de Estocolmo. El Primer Congreso Contra la Explotación Sexual Comercial de los Chicos se reunió en Estocolmo en agosto de 1996. En sus resoluciones, el congreso declaró que “la pobreza no puede ser usada como justificación de la explotación sexual comercial de niños, aunque contribuye a formar el entorno que puede llevar a esa explotación. Hay otros factores complejos que también contribuyen, como las desigualdades económicas, las familias desintegradas, la falta de educación, el consumismo creciente, las migraciones del campo a la ciudad, los conflictos armados y el tráfico de chicos”. Y resolvió presionar todo lo posible para que los gobiernos europeos se hagan cargo de los desastres de sus súbditos. De hecho, en los últimos años,

Francia, Alemania, Estados Unidos, Australia, Bélgica, Suiza y Suecia, entre otros, dictaron leyes que permiten condenar a sus ciudadanos que cometen abusos sexuales contra chicos fuera de su territorio. En Inglaterra un proyecto similar fue derrotado en el Parlamento en 1995.

En Sri Lanka, el gobierno cambió, hace más de un año, ciertos artículos del Código Penal para introducir penas mayores a los acusados de ese delito. Hasta ahora menos de veinte extranjeros fueron juzgados, y sus condenas fueron irrisorias. Un médico francés, por ejemplo, que se declaró culpable hace dos años, recibió una multa de 30 dólares y una condena de dos años en suspenso.

—Ahora las leyes son más severas y permitirían atacar más en serio el asunto. Pero la cosa no está ahí. Las leyes existen; lo que no existe es la voluntad de hacerlas cumplir.

Me dirá, días después, en su oficina de Colombo, Maureen Seneviratne. Maureen tiene unos 60 años, es una socióloga y periodista muy conocida y es, además, la presidente de PEACE —Protecting Environment and Children Everywhere—, una organización que se ocupa, desde hace años, del problema de la prostitución de niños en Sri Lanka:

—A veces la policía recibe una denuncia, va a la casa del pedófilo y cuando llega, por supuesto, no hay nada: alguien les avisó y tuvieron tiempo para levantar todo y escaparse. Estos señores suelen contar con muchas complicidades y ventajas: la corrupción de la policía local, el hecho de que los políticos y los jueces son fáciles de sobornar, la falta de preocupación general sobre la cuestión.

Esos señores son, en general, los peces gordos: los que hicieron de su pedofilia un estilo de vida o, incluso, un negocio muy serio. Los tipos como Bert o el francés Cristophe o el australiano Philip, mis compañeros del hotelito de Hikkaduva, son los aficionados. Los profesionales suelen instalarse tierra adentro: a 500 o 1000 metros de la costa, en medio de la vegetación exagerada, en casas grandes con parque y un paredón alrededor.

—Estos fulanos suelen hacer una pequeña inversión en el país, instalan un criadero de pollos o un taller textil, para conseguir una

visa de negocios y la tolerancia, la complicidad de las autoridades. Sri Lanka es un país pobre y necesita todo el dinero que pueda llegarle. Así que cuando viene alguien a invertir, aunque sea poco, nadie le pone trabas. De ningún tipo.

Me dice, en la veranda del New Oriental Hotel, un periodista local que no quiere que se sepa su nombre:

—Yo te cuento pero no me nombres. Los pedófilos son muy peligrosos, y en este país no es caro contratar a un par de sicarios.

El New Oriental Hotel de la ciudad de Galle tiene trescientos años pero hace sólo ciento cincuenta que es hotel. Los salones son amplios, los ventiladores perezosos, los muebles thonet de principios de siglo y los mucamos van descalzos, con largos pareos blancos. En los salones vuelan y cantan pajaritos. El New Oriental es el último reducto verdaderamente victoriano que queda en el antiguo imperio; en la veranda, boqueando las primeras brisas de la tarde, el anónimo me explica las maneras:

—Entonces el fulano tiene distintas posibilidades. Puede instalar una supuesta fundación que se ocupa de los niños pobres, y así está más que justificado para tener en su casa todos los chicos que quiera sin que nadie lo moleste. O puede invitar a una familia local a vivir con él e instalarse como una especie de "tío", que los mantiene a todos a cambio de que lo dejen abusar de los hijos.

Galle está en plena zona de playas y prostitución: es una pequeña ciudad amurallada con un puerto desde donde los portugueses exportaban canela y pimienta, y creo que no hay lugar en este mundo donde el tiempo sea más lento.

—O, más simplemente, se instala en su casa y empieza a comprarles chicos a sus familias o a los intermediarios locales. Le pueden costar unos 100 dólares cada uno: algunos se compran docenas. Después, en cualquiera de los casos, el fulano puede empezar a traer a otros pedófilos a pasar temporadas en su casa, con servicio completo. Los visitantes se contactan en Europa, a través de las redes que ellos tienen allá, y cuando llegan los van a buscar al aeropuerto y los traen directamente a estas casas. Algunos, incluso, me contaron, los van a buscar en una camioneta con tres o cuatro chicos, para que el recién

llegado no pierda ni un momento. Y también se dedican a la producción de videos pornográficos con chicos, que después venden en Europa a través de sus redes.

La casita de Bobby estaba al lado de un campo de arroz rodeado de palmeras. El lugar era idílico. Los campos de arroz son como la mujer según la mayoría de las religiones: tersos a la vista, resplandecientes de tan verdes, invitantes. Eso, de lejos. Porque si uno caminara por ellos, se hundiría hasta los muslos en tierra cenagosa. La casita tenía paredes de ladrillo y ninguna tumba alrededor. En estos pueblos los que tienen una casa con diez metros de tierra gozan de un señalado privilegio: se guardan a sus muertos. Los jardines de estas casas rebosan de tumbas.

Cuando íbamos llegando nos cruzamos con Bert, que salía con su mejor cara de nada. Por encima, cuervos revoloteaban con graznidos. La casita estaba en silencio, y le calculé tres o cuatro habitaciones. Bobby me llevó directamente a una. Era diminuta, con una cama grande y la pared sin revocar. El chico estaba sentado en el borde de la cama, con un pantaloncito rojo y una sonrisa triste o asustada. Parecía muy chiquito. En la pieza no había ventanas; del techo colgaba una lamparita de 40. Hacía calor, y yo quería escaparme.

—Bueno, yo los dejo.

Dijo Bobby, y se preparó para irse. A mí me dio la desesperación:

—No, lo que yo quiero es que él me cuente, y tú me tienes que traducir.

—¿Qué?

Bobby me miró como si no se lo pudiera creer, y me parece que no se lo creía: me miró como si me hubiera vuelto loco. Yo traté de convencerlo:

—Bueno, a algunos les gusta mirar, a otros tocar o lo que sea. A mí me gusta que me cuenten historias.

Bobby le dijo al chico algo en cingalés; supongo que le explicaba mi locura. El chico se encogió de hombros, como si ya todo le diera lo mismo. Era espantoso verlo; me seguían las ganas de salir corriendo.

—Él se llama Jagath, y nació por aquí. Cuando tenía 7 años su

madre se fue a trabajar de mucama a Arabia Saudita.

Me empezó a contar Bobby. Más de 300.000 mujeres de Sri Lanka trabajan en países árabes, y sus familias se disuelven en su ausencia: poco después, su padre se fue, y Jagath se quedó con su abuela materna y una tía. En esos meses, apareció un inglés, el señor Tony, que conoció a Jagath en la playa. Se puso a charlar con él y después lo acompañó a su casa. El señor Tony le dijo a la abuela que Jagath era un chico muy inteligente y que quería ocuparse de su educación: la abuela no dudó demasiado, recibió 5000 rupias y a los pocos días Jagath estaba instalado en la casa del inglés, junto con otros cinco chicos. El señor Tony los mandaba a la escuela y, cada tarde, los llevaba a su cuarto a mirar películas pornográficas, y abusaba de ellos.

—Dice que las primeras veces le dolió mucho y lloró muchas horas. Después perdió el miedo y se fue acostumbrando.

Dijo Bobby que le contaba Jagath. Jagath hablaba bajito, en un tono siempre igual, como quien odia sin violencia, bastante más allá de la violencia. Jagath estuvo dos años en la casa del señor Tony: ése era, para él, el mundo. Una vez trató de escaparse y volvió a la casa de su abuela; la señora lo retó mucho y, cuando el inglés lo fue a buscar, se lo entregó contenta. El señor Tony había llevado regalos para todos.

—Después, hace unos meses, el señor Tony se fue y cerró la casa. Los chicos se quedaron en la calle. Jagath dice que no quería volver con su abuela. Primero estuvo trabajando un poco por su cuenta, en la playa, pero tenía problemas; después me encontró, y se quedó conmigo.

Dijo Bobby, y nunca sabré si se inventó todo. Jagath era flaquito, tenía un par de mataduras en los hombros, miraba para abajo; por un momento tuve la sensación de que le daba más miedo este relato que su trabajo habitual: era espantoso. Cada tanto, Bobby me recordaba que tenía que pagarle las 300 rupias que habíamos acordado. El dinero es casi todo para él: el chico se guarda, como mucho, 50 de las 300 rupias. Y Bobby le lleva tres o cuatro gringos por día, lo que encuentre. Yo le decía que sí, y me sentía una basura.

—Así que ahora yo lo protejo, le doy casa y comida y lo cuido, porque yo sé cómo cuidar a los chicos.

Terminó Bobby, y se calló. Hubo un silencio. Jagath se quedó mirándolo con la cara vacía. Recién entonces me di cuenta de que en la pared de la cabecera de la cama había un poster cruelmente pornográfico: un bebé rosadote, pura raza aria, con el culito empolvado y rozagante, muy en primer plano.

Para llegar a Negombo tomé el camino más largo, por la región montañosa del interior de la isla. Son cientos de kilómetros de paisajes tan impresionantes: bosques de helechos impracticables atravesados por ríos con cascadas, montañas de pinos, cumbres entre nubes, campos de arroz verdísimos en terrazas rodeadas de palmeras, flores inmensas, plantas aromáticas, un elefante a la vera del camino, fakires, encantadores de serpientes. Pero son zonas muy pobres, y de aquí salen muchos de los chicos que van a prostituirse a la costa. Es idiota, pero no dejaba de asombrarme que de tal belleza saliera tanta desgracia. En estas montañas se produce el mejor té del mundo: las mujeres que lo cosechan cobran 75 rupias —poco más de un dólar— por día y el alojamiento en unos caserones destartalados donde viven de a muchos. Sus chicos también trabajan, cargando fardos o ayudando a clasificar las hojas.

—Yo quiero conocer Nueva York. Pero es tan grande que está muy lejos. ¿Más grande que la India es, Nueva York?

La chica tenía una sonrisa maravillosa y una extraña idea del mundo. Aunque tuviera su lógica. Las pocas veces que puede mirar la tele, suele aparecer ese lugar, Nueva York, que debe ser tan grande. La chica era tamil, cortaba té y yo le pregunté si sabía que vive en uno de los países más lindos del mundo.

—No, ¿por qué? ¿Quién lo dice?

Después vi, al costado del camino, a un fakir colgando de una grúa: lo sostenían seis ganchos hincados en su espalda. El fakir era joven y decía que no le dolía nada, y yo empecé a pensar en la idea de su cuerpo y del sufrimiento físico que pueden tener estos señores. Entonces me acordé de una cifra: el 50 por ciento de los guerrilleros tamiles muertos tenía menos de 19 años, y pensé en su idea de la niñez o la adolescencia. Después me dije que eso es lo que suelen decir

los pedófilos para justificarse: que estas culturas tienen características propias por las cuales abusar de sus chicos no es tan grave. Los límites del análisis suelen ser filosos.

Según cuentan, toda esta historia empezó en Negombo, a 30 kilómetros de Colombo, hacia 1980. Durante siglos, a Negombo la llamaron la Pequeña Roma de Ceylán, porque la colonización portuguesa la había llenado de iglesias y católicos.

Ahora suelen llamarla la Capital Nacional del Sida. En 1980 Negombo era un pueblito de pescadores donde se construían hoteles y pensiones para el desarrollo del turismo. Y con el turismo llegaron los pedófilos.

Ahora, Negombo es el lugar más vigilado del país, y por eso muchos de los pedófilos prefieren irse más al sur, a Hikkaduva y alrededores. Aquí sucedió el mayor escándalo de los últimos años. Una mañana, en 1990, Jenevit Appuhami, el director de una escuela del pueblo, encontró a dos chicos de 10 años tocándose en el baño. Cuando empezó a gritarles, uno de ellos le dijo que el Tío Baumann le había pedido que le enseñara a hacer esas cosas a su amiguito.

—¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo, mentiroso? ¿Cómo que el Tío Baumann?

Viktor Baumann era un suizo de Zúrich, de 53 años, que llegó a Negombo en 1985 e instaló una fábrica de lamparitas. Amable, simpático, generoso, el Tío Baumann ayudaba a todo el mundo: les pagaba los materiales para terminar la casa, un entierro, los libros de los chicos, la instalación eléctrica, unos remedios. Todos lo querían y lo respetaban. Y, además, era tan bueno con los niños. El director de la escuela siguió averiguando; en pocos días, se enteró de que más de treinta de sus alumnos habían pasado por la cama del Tío, y fue a hablar con el padre Anthony Pinto, el director del colegio técnico que la congregación Don Bosco tiene en Negombo. Juntos, hicieron la denuncia: Viktor Baumann estuvo demorado unas horas y lo soltaron enseguida. Los cálculos más moderados hablaban de que unos mil quinientos chicos habrían pasado por su enorme casa, para su esparcimiento y el de sus amigos.

—Fue tan difícil conseguir que lo juzgaran.

Dice el padre. Baumann tenía demasiados amigos en las altas esferas. El padre Pinto tardó varios años en conseguir que Baumann fuera procesado; finalmente, tras idas y vueltas judiciales, un tribunal aprobó su extradición a Suiza, para que lo juzguen sus compatriotas.

Esta mañana, en el colegio Don Bosco, el padre Pinto está cumpliendo 38 años y a cada rato llega alguien a saludarlo o a traerle una torta o a besarle la mano. En el colegio, el padre trabaja con doscientos chicos que vienen de la prostitución:

—Pero es muy difícil. A veces podemos rehabilitarlos, si los agarramos antes de los 16 años; después ya es muy difícil. Quedan como letárgicos, no quieren tomar responsabilidades, ni estudiar, ni trabajar. Y la mayoría de ellos abusan de otros chicos.

—¿Por qué?

—No sé. Así es la naturaleza sexual del hombre. Pero el problema es grave y va más allá de eso. Imagínese, en este país hay muchos jóvenes que están muriendo en la guerra. Y de los que no, tantos se entregan a la prostitución. Esto es una amenaza seria para nuestro futuro como país, y el gobierno parece que no se diera cuenta. O quizás sí, y piensa que le conviene.

Yo no entiendo cómo, y le pregunto.

—Es fácil. Si todos estos muchachos crecen débiles, sin voluntad, al gobierno le va a resultar mucho más fácil llevarlos por las narices adonde quiera.

El padre Pinto tiene una sotana blanca y las ojeras muy marcadas. Habla rápido, y a cada rato se queja de que no tiene tiempo para nada:

—Pero, a mi juicio, los que tienen la culpa son los extranjeros que vienen. Los padres de los chicos son ignorantes, y les da la codicia, pero los extranjeros vienen a sabiendas y eso es imperdonable. El primer mundo quiere destruir nuestros valores culturales, convertirnos en bienes para su consumo. Algunos en el primer mundo se preocupan, ¿y qué hacen? Organizan seminarios en hoteles de cinco estrellas, pero no hacen nada para acabar con las condiciones que permiten que todo esto suceda.

—¿Qué, por ejemplo?

—Venir aquí y mejorar las condiciones de vida, enseñarles oficios a los chicos, asegurarse de que no van a dejar la escuela. En Sri Lanka no hay escolaridad obligatoria; si los chicos no anduvieran tanto sueltos por la calle, no pasarían estas cosas, o pasarían mucho menos.

—¿Y la iglesia lo apoya?

—Yo creo que su apoyo debería ser más fuerte. A veces da la impresión de que también quieren cuidarse. Dicen misas y misas, pero no hacen nada. A mí me amenazan, y la jerarquía no hace nada.

—¿Y usted tiene miedo?

—No, si tuviera miedo me callaría. Aquí en Sri Lanka por 10.000 rupias se puede comprar la muerte de cualquiera, así que tengo que tener cuidado. Pero eso no es lo que importa. Todos morimos, y mejor que sea por una buena causa. Lo que importa es tomar medidas, castigar a los ofensores, y no a los chicos, como a veces sucede.

El padre Pinto se apasiona; hace un rato que cerró la puerta y afuera lo esperan tres o cuatro con más tortas y felicitaciones. Hace un calor de perros.

—¿Qué medidas?

—Las más duras, dentro de lo que permite el buen amor cristiano.

—¿No le parece que a estos tipos habría que matarlos?

Me dijo, poco después, Appuhami, el director de la escuela de Negombo:

—Es un problema de supervivencia. Si siguen así, nos dejan sin futuro. Hay que matarlos.

Esa misma tarde, yo estaba sentado sobre un bote en la playa, cuando se me acercó Gamini. Soplaba mucho viento y la playa estaba vacía; sólo unos pescadores enrollaban o desenrollaban sus redes. Los pescadores siempre están toqueteando sus redes. Gamini debía tener 9 o 10 años, muchos dientes y la mirada viva, un pantaloncito remendado. Gamini me dijo que vivía allá atrás, en unas chozas al borde de la playa, y que decía su mamá que fuera a tomar té, no problem. Su inglés era escaso, pero le alcanzaba.

La choza tenía paredes de palma entrelazada: dos ambientes con un fogón de leña en uno, un catre en el otro, dos o tres esterillas en el

suelo, agujeros en el techo y una foto del papa colgando de un ganchito. La madre de Gamini era encantadora; su inglés, sorprendente. Me contó que tenía otros tres hijos, que era tamil y que había tenido que venirse con su marido, del norte, por la guerra:

—El ejército no nos dejaba tranquilos, sospechaba de todos. A cualquier hombre joven lo perseguía. Así no se podía vivir.

Decía la madre cuando llegó su marido, quejándose de que no tenía trabajo. Al padre de Gamini le faltaban varios dientes y estaba medio sucio, desastrado. La madre, en cambio, parecía más educada y su sonrisa tenía estilo. La madre me mostró su tesoro: dos álbumes de fotos con la comunión de su hija mayor, los chicos en la escuela, sus padres. Visiblemente, la familia había conocido tiempos mejores. Mientras, su marido se seguía quejando:

—Mañana es Navidad y mire cómo estamos. No tenemos ni para una comida decente.

Su mujer trataba de tranquilizarlo. Me habían dado su única silla y estaban sentados en el suelo; Gamini, recostado, apoyaba la cabeza sobre el regazo de su madre:

—Bueno, cuando Dios quiera nos dará. Jesús también nació en un lugar como éste, ¿no?

Y sonreía. Gamini le decía que me ofreciera té, que me preguntara cuánto más me quedaba, que si estaba casado. Le dije que muy poco y ella sonreía. Gamini le dijo algo al oído:

—Gamini dice que le da pena que se vaya tan pronto. Dice que cuándo va a volver.

Le dije que les agradecía mucho y que ya me tenía que ir. Entonces ella me dijo que por qué no me quedaba un rato con Gamini en la pieza:

—Una o dos horas, o más, lo que usted quiera. A él le gusta usted, y usted después puede regalarnos algo para la Navidad.

—Muchas veces las madres no se dan cuenta de los efectos que esto puede tener sobre sus hijos. El chico no puede quedarse embarazado, y es una buena fuente de dinero fácil, rápido: un chico de estos gana mucho más dinero que sus padres. Y las madres no saben lo que puede

pasarles a los chicos. No piensan en los traumas y daños psíquicos que se producen. Muchas son tan analfabetas, ignorantes y, en cierto sentido, corruptas, que quieren el dinero inmediatamente. Tienen tanta necesidad que entregan a su hijo y quieren creer que el pedófilo es como un tío. Tratan de engañarse, de imaginar que hay algo bueno en esa relación, que el "tío" va a cuidar al chico, que se va a ocupar del bienestar de todos ellos. El hombre les da regalos, los cuida…

Maureen Seneviratne habla con entusiasmo triste. La prostitución infantil es la pelea de su vida. Su oficina —la oficina de PEACE— es una habitación chiquita, muy modesta, en el piso alto de la casa donde vive, en un barrio residencial de Colombo, llena de papeles y carpetas. Su perro, a veces, interviene en la charla:

—Buena parte de nuestro trabajo consiste en hacer campañas de concientización para los padres y madres de estos chicos. Les explicamos qué es el sida y que, por su culpa, convertir a sus chicos en trabajadores sexuales no es muy útil, porque el chico se va a morir antes de cumplir 20 años. Les explicamos que es mucho más útil que aprendan un oficio, y así van a producir dinero durante veinte o treinta años, no durante tres o cuatro. Porque aun si el chico no se enferma, en cuanto crece los pedófilos lo descartan y ya no sirve para nada. Tratamos de convencerlos de que piensen en un mediano plazo, y no en lo inmediato. Suena casi cínico, terrible, pero es la forma que tenemos de concientizarlos sobre el problema.

—¿Hay datos sobre la cantidad de casos de sida en Sri Lanka?

—No. Aquí el sida es top secret. En los dos últimos años seis o siete chicos murieron en las playas, pero el gobierno trató de silenciar esas muertes. No tenemos cifras, sólo tenemos miedos: el sida se difunde demasiado fácil entre los chicos, porque los adultos que tienen prácticas sexuales con ellos no toman ningún tipo de precauciones.

—¿Y hay algún tipo de solución posible para la prostitución infantil en Sri Lanka?

—Ahora estoy esperanzada por la formación de un comité presidencial para actuar contra la prostitución infantil. Por ahora no es más que una iniciativa, pero el sólo hecho de que el gobierno la haya tomado ya significa mucho. Y nosotros seguimos trabajando en

la concientización y la educación de los chicos y de sus padres, pero mientras haya demanda, va a haber oferta. La demanda tiene que ser cortada por los europeos. Ellos tienen que entender por qué sus sociedades están produciendo personas como éstas. Mi opinión, conociéndolos, es que sus vidas altamente mecanizadas, materialistas y computerizadas están creando estos monstruos. Nosotros siempre les explicamos a nuestros amigos europeos que no pueden esperar que todo se haga en nuestros países. Primero, porque no tenemos los medios; segundo, porque nuestro gobierno no está haciendo su trabajo, entre otras cosas porque la mayor parte del dinero aquí se usa para la guerra. Nosotros pensamos que los grupos europeos deberían comprometerse más: su gente está viniendo aquí, abusando de nuestros chicos, y nos piden a nosotros que los paremos.

La última noche que pasé en Sri Lanka llovía tropical sobre Colombo. Los goterones repicaban sobre el techo de mi habitación, y no era fácil dormirse. Recién pude hacia las dos de la mañana; poco después me pareció oír, entre sueños, unos golpes fuertes, insistentes. Medio despierto, me di cuenta de que sonaban en mi puerta y fui a abrir, refunfuñando. Del otro lado, el portero del hotelito ponía cara de disculpas, rodeado por dos policías con uniformes caqui. Uno de los policías me apuntaba con un revólver medio viejo. Los dos estaban muy mojados.

Fue una visión molesta. Empecé a pensar ya está, me agarraron, antes de tener el tiempo necesario para imaginar por qué podrían buscarme. Les pregunté qué pasaba y el oficial del revólver me dijo que estaban buscando a alguien y me mostró una foto carnet de un tipo muy oscuro.

—Pero ese no soy yo.

Le dije, con mi mejor lógica pava. El oficial dijo que era verdad, que buenas noches, y se fueron. Yo tardé mucho en volver a dormirme.

A la mañana siguiente estaba tomando un té en el centro con Stanley, el profesor de sociología, y le pregunté qué podría haber sido. Stanley no le dio la menor importancia; era como si le preguntara por qué llovía:

—Nada, debían estar buscando a algún guerrillero tamil.

—¿Aquí en Colombo?

—Sí, claro, aquí. Aquí es donde ponen las bombas, ¿no?

Un poco más allá, un policía muy armado cruzaba la avenida de espaldas a los diez coches que se le venían encima, como para mostrar quién mandaba. No era que no se apurara: era que quería mostrar que no se apuraba. El té estaba delicioso. Stanley me vio la cara de placer y me preguntó si yo sabía que en la producción de eso que me daba tanto gusto trabajaban chicos de menos de 10 años.

—O sea que también en este caso hay menores que trabajan para nuestro placer. Y sin embargo nadie se escandaliza mucho por eso, ¿no?

—Bueno, no es lo mismo. Aunque es obvio que habría que acabar con el trabajo infantil.

—Sí, pero tú no habrías venido desde tan lejos para hacer una nota sobre los chicos que trabajan en las plantaciones de té, ¿no es cierto? En tu país también debe haber chicos que trabajan…

—¿En mi país?

(1996)

Argentina

CAE LA NOCHE TROPICAL

—¡Yo no soy Carlos Chávez!

Grita Claudio, y las morochas gritan y se tiran de los pelos con sus manos de uñas muy pintadas. Las lágrimas les van corriendo el maquillaje: las caras se les deshacen en un charco de colores de moda. Manchas lila sobre fondo cobrizo.

—¡Carlos Chávez es único!

Grita Claudio, y revolea los pelos teñidos, brillosos bajo la luz violeta, y las morochas se clavan las uñas carmín en las mejillas y saltan y le chillan amores tremebundos. Las mejores se le abalanzan: los plomos saben cómo hacer para que lo suelten, pero debajo del escenario de El Mostro hay un sillón con un colchón remendado, por si acaso después. Las morochas bailan su trance de colores. Cuatro o cinco tienen remeras que dicen que Carlos Chávez no ha muerto. Entre tres sostienen un cartel: "Carlos Chávez & Karakol. ♥ × 100pre". Lo firma el club de fans de Karakol en Santa Fe.

Claudio Chirino tiene veintidós años, los pelos de revolear, carita dibujada, movimientos sinuosos, chaleco negro sobre camisa blanca. Claudio es el cantor: tiene la triste misión de reemplazar al único, y lo intenta. Canta desde los siete años, cuando empezó en Festilindo. A su lado el Negro Memín, ya cuarentón, enorme, aporrea tumbadoras y se lleva aplausos. Usa traje blanco y radiante y camisa azul bomba. Más atrás los otros miembros de Karakol se menean sin fanatismos: dos guitarristas, un bajista, un tecladista, un percusionista bonito, un bongosero, una bailarina que no termina de decidir el destino de su nalga izquierda.

—¡Carlos Chávez nos está cuidando a todos desde el cielo!

Grita Claudio, y las morochas gritan: son gritos acallados, que no se oyen bajo el estruendo de los altoparlantes. El Mostro está lleno de mil personas jovencitas: no siempre llegan grupos de la capital a Santa Fe. Los muchachos, al fondo, besan cuellos de imperial de litro. Son casi las seis de la mañana: por una ventanita del costado se ve que ya es de día. Claudio sigue cantando, las morochas bailan, las luces se confunden con la luz:

—… estoy arrepentido como un loco *porque la abandoné.* Vuelve

pronto por favor, / yo te quiero con pasión…

Hace una hora que llegaron a Santa Fe: el tiempo justo para descargar los equipos y subirse a tocar. Venían de Rafaela, donde tocaron más temprano. En esas dos horas en el micro destartalado comieron sándwiches de milanesa, bebieron poco, se hicieron chistes fuertes, miraron un video de la Cicciolina rebosante de carnes, se hicieron chistes nerviosos, no nombraron ni una sola vez a Carlos Chávez. Habían salido de Buenos Aires después del mediodía: los viajes son agotadores, pero no tienen más remedio. Karakol está presentando su último disco y en la capital ningún boliche se atreve a contratarlos. Los dueños tienen miedo. Claudio revolea los pelos, trata de que lo suelte una morocha, les dice a todas que las ama, grita:

—¡Karakol! ¡Karakol! ¡No se olviden de Carlos Chávez!

Que es, entre otras cosas, el nombre del disco que están presentando esta noche.

Carlos Chávez Navarrete nació el 12 de septiembre de 1960 en un suburbio de Lima que suelen llamar Caja de Agua. Su familia era moderadamente pobre y muchos de sus primos trabajaban de músicos. A los once años, Carlos ya se metía en los ensayos y toqueteaba todo; también jugaba al fútbol en las inferiores de un club grande, besaba niñitas en los rincones y se escapaba a la playa del Callao cada vez que podía. Carlos Chávez suponía que quería ser médico, pero su gran ídolo era Camilo Sesto. Después venían Leo Dan, Héctor Lavoe, Rubén Blades.

En esos días, generales nacionalistas gobernaban el Perú, y todo lo que sonara a cultura popular estaba en pleno auge. Las bandas de cumbia de sus parientes funcionaban: pronto, Carlos se dio cuenta de que la música era mucho mejor que el fútbol para provocar los suspiros de sus compañeritas. Carlos empezó a tocar “las tumbas” con sus primos, pero lo que realmente quería era cantar. Aprendió de a poco, con su primo Esteban Pozú, Memín, fiera de los timbales. Y, mientras, colocaba pisos para ganarse el anticucho.

Le decían Jevi, que en peruano significa goma. Carlos era gordito, la cara muy ancha, los mofletes inflados, la nariz aplastada, la frente

estrecha cubierta con un flequillo de sus pelos negros crespos y una sonrisa que siempre parecía esconder algo. Era enamoradizo, dicen. En 1984 se casó con una vecina bajita con cara de sufrida, Estela Reyes, y casi enseguida les nació Cintia Elizabeth, su primera hija. Después, muy pronto, Carlos Enrique y Luis Alberto. La vida no era fácil pero Carlos trataba de no quejarse mucho. Estela vendía arroz en un puestito del mercado; él trabajaba y cantaba: el grupo Guinda no le alcanzaba para vivir pero, de a poco, se estaban haciendo conocidos.

Hacia fines de los ochentas pudo dedicarse sólo a la música. Con su primo Memín se pasó al grupo Maravilla y los Destellos, que sacó varios discos. Después se volvieron a Guinda. Carlos era la segunda voz; hacían giras por el interior del Perú y llegaron hasta La Paz, Bolivia. Las cosas se les enderezaban. Entonces llegó un representante peruano que vivía en la Argentina y les ofreció que se fueran con él.

—¿Argentina? En Argentina hacen música rock, nada que ver con la cumbia… Ahí lo que se escucha es Soda Stereo, Los Abuelos de la Nada. No, cómo nos vamos a ir a la Argentina…

—Sí, nos metimos en esto de la música tropical para aprovechar el único hueco que dejaban las multinacionales.

Dice, ahora, Kuki Pumar, el dueño de Leader Music. Pumar tiene 37 años y empezó a trabajar a los 16, en la disquería que tenía su padre en Constitución. A los 20 se dio cuenta de que los grupos tropicales eran siempre los mismos: el Cuarteto Imperial, los Wawancó. Y sus clientes los compraban mucho. En 1986 Pumar empezó a producir sus propios discos.

—Hacía lo que yo llamaría el género pop tropical, una música caracterizada por guitarras eléctricas, con mucha influencia del rock y el pop en las letras y los instrumentos.

Al principio le fue mal. Recién en 1989 empezó el furor. Primero fueron Ricky Maravilla, Alcides, la Pantera y un par más. Pero seguían teniendo problemas:

—A la música tropical siempre le costó entrar en los grandes medios. La televisión, por ejemplo: nadie quería a los negritos en la televisión. Acá las multinacionales tratan de venderles a 5 millones de

personas. Y a los otros 28 millones no los atiende nadie.

Dice Pumar, reloj de mucho oro, traje impecable, pelo con claritos, en medio de su oficina de ganador de todas las carreras.

—Es un error: los pobres no ahorran, porque no tienen capacidad. Gastan en las cosas que pueden, y que les dan un poco de placer después de una semana de trabajo y humillaciones: comer un asado, un vino, el baile, el disco. Esas son las pequeñas cosas que nuestro público puede tener. Esa fue nuestra pegada.

A José Carlos Olaya siempre le dijeron Cholo: casi desde que nació en 1952 en un suburbio de Lima que suelen llamar Caja de Agua. Según contó alguna vez, su madre le pegaba mucho, lo encadenaba, y él se escapaba cada vez que podía. Vivía a los saltos y pronto se volvió un "pirañita", esos rateros chicos y habilísimos de las calles limeñas.

—Yo sé que tuvo una infancia muy fea. Por eso gasta tanto en juguetes para sus hijos. Porque él no los tuvo.

Dice, ahora, una de sus mujeres. A principios de los sesentas, el Cholo fue a parar a algún correccional de menores; en cuanto fue mayor se escapó del Perú. A partir de ahí empiezan las leyendas: que en Río de Janeiro lo metieron preso por traficar dólares falsos, que hizo fortuna en La Paz, que usó con entusiasmo su navaja en Madrid, que traficó con polvos en Miami y París, que fue cafishio vaya a saber dónde, que lo expulsaron de Colombia, Venezuela y México, que se instaló en Buenos Aires hace diez, quince años. Lo cierto es que consiguió documentos, tuvo hijos, se quedó. Y, en 1990, se dio cuenta de que podría aprovechar la moda bailantera. Su país estaba lleno de buenos músicos que trabajaban por muy poca plata y que, seguramente, estarían encantados de emigrar a Buenos Aires.

—No, cómo vamos a irnos a la Argentina…

Dijo, primero, Carlos Chávez cuando el Cholo Olaya se lo ofreció, pero lo siguió pensando y, unos días más tarde, trató de convencer a su primo Memín. Pepe Berrocal, el guitarrista de Guinda, ya era de la partida.

—Hermano, acá nos pagan 15 dólares por tocar toda la noche, y

este hombre dice que en la Argentina vamos a ganar 50 por show y vamos a tener varios shows por noche… ¿Qué te parece si vamos para allá?

—No, tas loco.

Le dijo su primo Memín, y terminó cediendo. Dos semanas más tarde, los tres músicos armaron sus petates, juntaron algún dinero y se tomaron el "rápido".

—Triste fue el día que salimos para la Argentina, con una bolsita, a la aventura. Y mi mamá y mi mujer y mis hijos me estaban despidiendo, lloraban…

Contaría, años después, en un video promocional que nunca se exhibió, Carlos Chávez.

Los músicos peruanos tardaron cinco días en llegar a la terminal de Retiro con sus valijas atadas con soguitas. Recién entonces se dieron cuenta de que habían perdido la dirección del Cholo Olaya. Se pasaron muchas horas en la terminal esperando que los vinieran a buscar, pero lo único que consiguieron fue que un policía, que ya llevaba un buen rato mirándolos, les pidiera documentos y se los llevara detenidos. Los músicos peruanos pasaron su primera noche argentina en un calabozo de la comisaría 16. "En cuanto me suelten me vuelvo para mi casa", pensó Chávez antes de darse cuenta de que no tenía con qué pagar ese pasaje. Nunca supieron cómo fue que Olaya se enteró de que estaban ahí pero, a la mañana siguiente, los fue a buscar y los sacó:

—Bueno, mis amigos, ahora por fin van a conocer el Clan.

El Clan era una especie de conventillo de la Isla Maciel, una casa grande de madera con mucha reja alrededor. El dueño de casa, el Cholo Olaya, les dio una pieza y algo de comer. Por el Clan, en esos días, pasaban otros músicos tropicales que venían de Santa Fe: Darío, Los del Maranhao, el Habana Combo. Pasaron un par de semanas. Memín Pozú se preocupaba porque no terminaban de firmar un contrato, pero Olaya le dijo que no se impacientara:

—Ya vas a ver, mi negro, conmigo se van a hacer todos ricos. Ricos los voy a hacer a todos.

El Clan era, sobre todo, un hogar desmedido. En el Clan, Olaya vivía

con toda su familia: seis esposas, una decena de hijos, mucho amor.

—Él tenía muchas mujeres y las atendía a todas. Y ellas son amigas, charlan, se cuidan entre ellas. Yo nunca las acepté como se aceptan todas entre ellas: una atiende el teléfono, la otra barre, la otra canta. Y viven todas juntas, tranquilas.

Dice, ahora, Marcela, una de ellas. Mientras, Memín se impacientaba. Carlos Chávez, en cambio, se deprimía: veía el éxito de grupos como Malagata o Granizo Rojo y no podía dejar de pensar que él nunca llegaría. Él era un peruano pobre y feo, sin siquiera una voz muy especial.

Al cabo de tres meses de hacer nada, Memín decidió que se volvía a Lima. Entonces Olaya lo convenció de que la gran oportunidad estaba por llegar y que, entretanto, lo ayudara grabando para un disco de otro artista suyo, Darío. Olaya siempre tenía algún recurso.

Los tres peruanos, junto con un chileno y un paraguayo, empezaron a ensayar en un grupo que llamaron Aguamarina. Pero ya había unos rosarinos con ese nombre: pensaron Los Elegantes, Los Superamigos y al final fue Karicia. Tocaron un par de veces en boliches de tercera; mientras, iban grabando el disco. Cuando quisieron patentar el nombre, los peruanos descubrieron que Olaya se les había adelantado. Al cabo de ocho meses, Memín se hartó:

—Siempre nos decía que no podíamos hacer nada porque no teníamos documentos. Entonces yo quise buscar trabajo con otro grupo, algo en serio. En Perú había dejado dos hijos, y también mantenía a mi madre y mis hermanos. Se lo dije al Cholo, pero él me dijo que si no trabajaba para él no trabajaba para nadie.

Memín sonríe casi siempre pero ahora, mientras cuenta su historia, se le huele el miedo. No es fácil entender lo que dice: a menudo interrumpe sus frases, pierde el hilo, completa palabras con las manos. Además, 28 años entre timbales lo han dejado casi sordo.

—Ahí lo empecé a conocer. Me quiso hacer firmar un documento y le dije que no. Cholo me golpeó en la boca y yo le quise pegar, pero me frenaron sus matones. Eso fue en el Clan. Todos le tenían miedo, pero yo no.

Dice ahora Memín Pozú, con una gran sonrisa que no termino de

entender.

Marcela era la más joven y no soportaba ser como las otras. Parecía haberlo aceptado y vivía en el Clan y limpiaba y cocinaba para todos, como las demás, pero odiaba ser una de las cinco o seis mujeres de José Carlos Olaya. Ella estaba para más.

Marcela recién había llegado de Santa Fe cuando escuchó por radio a un hombre de voz seductora. Tenía 16 años; llamó a la radio, se encontraron y él terminó de seducirla: Cholo tenía dinero, la trataba bien, le decía que con él iba a conocer el verdadero mundo y el verdadero amor. En Santa Fe, las cosas nunca llegaban a ser lo que debían.

—A Marcela la encontró un representante del Cholo en Santa Fe. Ella era prostituta ahí, me han dicho.

Dice ahora, en un bar de Vicente López, Bárbara, una cantante venezolana que trabajó para Olaya. Otros dicen que no es cierto; Marcela, entre ellos:

—Yo a Cholo lo respeto porque me hizo mujer. Yo era una bebita; con él aprendí muchas cosas. Tuve que aprender sí o sí, más estando al lado de Cholo. Ahí vivís a mil.

Dice, ahora, en el Petit Bar de Avellaneda, y cada movimiento de sus brazos deja tropiezos de poison en el aire. Tiene 23 años y una buena colección de curvas, sin exageraciones. El pelo corto rubio de panadería le cae sobre los ojos pardos. Marcela habla un dialecto raro, con acento peruano cantarín:

—¿De qué me arrepiento? Me arrepiento de haber conocido a Cholo. De mis hijos no, pero con él sufrí muchísimo. Al principio de la convivencia era todo rosa, pero después empezaron los problemas.

En las largas tardes del Clan, Marcela se aburría. Olaya aparecía poco, no se ocupaba de ella, y Carlos Chávez siempre estaba ahí. Charlaban, se cruzaban miradas, pero ella era la mujer del jefe.

—Carlos no me atrajo porque cantaba. Yo me sentía muy sola. Cholo nunca estaba, y él sí. Siempre estuvo al lado mío. A partir de entonces estuvimos juntos siempre. Nunca volveré a enamorarme como me enamoré de Carlos.

En 1992 Marcela tuvo su primer hijo, José Alan Olaya, y hubo fiesta en el Clan.

En esos días, Karicia grabó su primer disco, y todo empezó a cambiar. Algunos temas pegaron fuerte: “La prueba de amor”, “Lolita”, “Quinceañera”:

—… piensas por las noches / que cuando amanezcas serás mujer. *Quinceañera, ay, quinceañera.* Crees en todo lo que te dicen…

El disco vendió decenas de miles: nadie sabe exactamente cuánto, por las falsificaciones y la piratería. Sus bailes se llenaban, la gente cantaba sus canciones y alguien les aseguró que, si seguían así, pronto la Doce usaría alguna para alentar a Boca. Carlos no lo podía creer:

—Estábamos por salir al escenario de Terremoto Bailable, para nuestro primer show de Karicia, y el Cholo nos dio una cachetada a cada uno y nos dijo fuerza, muchachos, fuerza, confío en ustedes. Y entonces salimos y había tanta gente que gritaba, saltaba, explotaba… Fueron los mejores días de mi vida.

Contaría mucho después, hace unos meses. Sus temas eran composiciones del grupo Guinda, que los peruanos se habían traído en sus valijas.

—Pero cuando salió el disco me desayuné con que la mayoría de los temas figuraban a nombre del Cholo. Yo traje a mi compadre peruano, el que los había compuesto, y él hizo una denuncia.

Dice Memín. La denuncia prosperó: Sadaic empezó a pagarle al autor peruano y sancionó a Olaya. Era una cuestión de 50.000 o 60.000 dólares: un traspié, pero no le importó mucho. En ese momento, Olaya se estaba convirtiendo en un empresario fuerte y ganaba mucha plata: cientos de miles por mes, dicen algunos, sólo con sus grupos. Armó una compañía, Clan Music, y todos los viernes, sábados y domingos el Clan se llenaba de músicos que subían en combis y micros que los llevaban a sus distintos shows. Entre ellos había una maestra jardinera que empezaba a sonar fuerte: se llamaba Miriam Beatriz Bianchi pero prefería que le dijeran Gilda.

—Primero cada uno de los músicos ganábamos 20 pesos por baile y, con el tiempo, Carlos, Pepe Berrocal y yo llegamos a cobrar hasta 100.

Pero Cholo llegó a cobrar 5000 por cada show de Karicia. Yo era el único que reclamaba, porque los otros tenían miedo. Karicia tocaba siete u ocho veces por semana. En los carnavales de 1994, en Santiago del Estero y Tucumán, hicimos treinta y cinco bailes en ocho días.

Dice Memín Pozú.

—Se me estaban cumpliendo todos los sueños…

Dijo, después, Carlos Chávez. Entre ellos, el de juntarse con su familia: se trajo a su mujer, Estela, y a sus tres hijos, y se fueron a vivir todos juntos en un hotel de Avellaneda. Después de unos meses, Olaya les ofreció un departamento que tenía en unos monoblocks de Palos y Lamadrid, en La Boca: Carlos le dio 11.000 dólares al contado; el resto se lo pagaría en cuotas. Pero no firmaron nada: el cuento seguía siendo que Chávez no tenía papeles.

—A veces la policía nos detenía porque no teníamos documentos, pero después el Cholo venía a buscarnos y siempre nos largaban.

Dice Memín, que también se había ido a vivir a la casa de su novia local. Todos suponían que Olaya tenía sus arreglos con la policía. Mientras, el Clan seguía lleno de músicos: Olaya no paraba de traer nuevos inmigrantes y formar nuevos grupos. En la Navidad de 1994, Carlos Chávez dijo que se iba a pasar las fiestas a Lima, con su madre: ya podía hacerlo. Y Marcela se fue a Santa Fe con la misma excusa.

—A veces yo me iba a Santa Fe y Carlos se escapaba para verme, nos arriesgábamos a todo. Por ahí caminábamos a cinco cuadras del Clan, o yo tocaba el timbre de su casa y nos veíamos abajo y nos besábamos con todo. No nos importaba nada a ninguno de los dos.

Dice Marcela. Poco antes había nacido su segundo hijo, Brian Olaya. Esas Navidades los músicos de Los del Maranhao vieron a Carlos y Marcela muy acaramelados en la costanera santafesina. Comedido, uno de ellos llamó a Olaya, su jefe, para contarle lo que hacía una de sus mujeres.

—Cholo me dio una paliza que casi me mata.

Dice, ahora, Marcela. Olaya, entonces, la mandó de vuelta a Santa Fe y la reemplazó con una mendocina. Con Chávez fue más comprensivo: le hacía ganar demasiada plata como para terminar de pelearse con él.

—Cholo le dijo a Carlos: "¿Tú sales con Marcela?". Él lo negó porque tenía mucho miedo. Cholo sabía, no le creyó, le dijo mirá, así como te quiero mucho, desde hoy vas a ser mi peor enemigo. Me vas a conocer. Voy a ser el más hijo de puta con vos. Y nunca más tocó el tema conmigo ni con Carlos, hasta el día del primer tiroteo.

La cuestión de las drogas es la más confusa. Cuando empiezan a hablar de cocaína todos piden que su nombre no salga en los papeles. Pero acusan. Una mujer que los conoce mucho dice que "el Tortuga iba a Perú y al norte argentino a buscar cosas, y traía paquetes para el Cholo". El Tortuga se llama Jorge Luis Pavón y fue el chofer, la mano derecha de Olaya durante mucho tiempo.

—Cholo metió la droga en el ambiente tropical; antes no pasaba nada. Él la trae de Salta y de Santa Fe. Tiene una traffic con doble fondo, y ahí la trae.

Dice un representante de grupos que, de pronto, dejó de tener nombre.

—Yo jamás vi droga con Cholo. Todos dicen que mezclaba música y drogas, pero es mentira. Nunca me contó nada, me respetaba porque sabe que soy muy recta: yo no le aceptaría a nadie que se drogue adelante mío. Tampoco vi nunca a Cholo que parezca drogado. Él se dedicaba a su trabajo: en su mente tenía el signo pesos. Cholo es una persona muy sana, en todo sentido.

Dice Marcela, con su medio nombre.

—Él inicia a todos sus músicos en la droga. Los pone muy locos y después los controla con eso. Y yo no quiero nada de droga, ni de cerca.

Dice un empresario tropical momentáneamente anónimo, y sigue:

—Te aseguro que el ambiente es muy sano, y este hijo de puta nos está haciendo dar una imagen de delincuentes. Él siempre anda armado. Una vez lo agarraron cuando acababa de hacer una entrega grande de droga. Tenía 250.000 dólares. Y le dio 80.000 al juez. Imaginate, ese juez no lo puede tocar más. Yo creo que Cholo debe tener protección de muy arriba, algún ministro de Duhalde, o el propio jefe de la Policía de la Provincia. No sé. No creo que sea

menos.

—Yo he tomado merca, no soy ningún santo. Pero hace quince años que ni fumo. Lo que sí me gusta es el wiscola y el vinito con mis comidas. Pero si yo estuviera en algo raro no podría seguir en esto. Las dos cosas no puedo hacer, y el negocio de la bailanta es demasiado bueno para arruinarlo con otras cosas.

Dice, ahora, desde su escondite, el Cholo Olaya. Está prófugo pero tiene un teléfono celular y quiere dar su versión de las cosas.

—Yo no descartaría que tuviera conexiones con el narcotráfico pero, personalmente, yo no creo que sea más que un distribuidor.

Dijo el comisario mayor Alberto Masulli, de la Unidad Regional de Almirante Brown, hace un mes. El caso pertenece a su área, y él lo seguía con detalle. Hasta hace unos días, cuando lo metieron preso bajo la acusación de proteger el juego clandestino.

A principios de 1995, José Carlos Olaya ganaba mucha plata y tenía unos pocos problemas. Karicia era una mina y otros músicos funcionaban muy bien: Gilda era una de ellos. Le había costado entrar porque su estilo era levemente más sutil que el de sus colegas, pero Olaya le había producido su primer disco en 1993, con bastante éxito, y ahora, para producir el segundo, quería un contrato de exclusividad por diez años. Gilda se resistía, y también rechazaba sus avances amorosos: Olaya llegó a ofrecerle mucho dinero si "se sacaba de encima" a su novio y manager, el Toti Giménez.

Gilda no aceptó, y la situación se volvió insostenible: dicen que Olaya los amenazaba con matarlos o incendiarles la casa, y consiguió que muchos dueños de boliches dejaran de contratarlos. Aunque le insistieron para que transara, Gilda decidió resistir: por eso su disco de ese año, donde está "Fuiste", su gran éxito, se llamó *Corazón valiente*.

(En 1996, cuando Gilda murió en el choque que la transformó en figura de culto, Olaya hizo circular el rumor de que él había tenido que ver con el accidente. Pero los sobrevivientes están seguros de que no fue así).

Olaya tenía un esquema claro: cualquiera de sus músicos podía ser reemplazado por uno semejante. Gustavo empezó cuando se fue Darío.

Los Charros nacieron cuando Karicia se le complicó. Y la suplente de Gilda fue Bárbara, la venezolana que llegó a la Argentina siguiendo a un esposo local, el oficial de policía Mario Morán. Bárbara se llama, en realidad, Silvia Pagliarini, tiene 25 años y es una especie de Libertad Leblanc llena de carnes que tuvo mucho éxito en Perú con un par de temas: "La Llorona", "El chuponcito". Bárbara es, además, la mejor amiga que le queda a Estela Reyes de Chávez en la Argentina.

—Cholo registraba a su nombre los nombres de sus artistas. Como yo tuve problemas con él, no puedo actuar en la Argentina, porque mi nombre es una marca registrada de él. Y no te puedes imaginar los contratos que nos hacía.

Pactaban 50 y 50, pero Olaya les hacía firmar dos copias de un contrato donde dejaba en blanco los porcentajes correspondientes a cada uno. Entonces se guardaba una de las copias en blanco, por si había problemas y tenía que asentar el arreglo original, y en la otra ponía lo que quería. El contrato de Bárbara Morán con José Carlos Olaya, por ejemplo, dice que "del producido bruto que se perciba" se liquidará el 10 por ciento para el artista y el 90 por ciento para el productor. Un abogado que conoce el tema dice que no hay contratos más leoninos que los de los artistas de segunda y los jugadores de fútbol: que los transforman en esclavos, propiedad privada, perritos de los managers. Bárbara no quiso cumplirlo y fue a juicio, pero lo perdió porque su abogado se equivocó en una serie de detalles técnicos: ahora no puede trabajar en la Argentina hasta el año 2000, cuando venza el acuerdo. Aunque Olaya tiene el derecho de prorrogarlo por varios años más.

—Era verano, estábamos en Santa Fe. Esa noche íbamos a tocar y yo salí a comer. Cuando volví al hotel estaba lleno de gente, y Carlos estaba esposado. Encontraron un papel de cocaína en su cuarto, pero él decía que no era suyo. Fue un sábado. Se lo llevaron detenido, y lo largaron el martes.

Memín Pozú sospechó que había alguna trampa, y nunca se sabrá. La historia cuenta que Carlos Chávez fue sorprendido en su habitación de hotel con una chica de 17 y un par de gramos de cocaína, y que

Olaya le pagó una fianza importante. Memín no cree:

—Cholo no pagó nada por él, una amiga mía le dio plata para el pasaje de vuelta. Con él había una chica, pero era una fan que estaba con otra gente. No tenía nada que ver. Los ensuciaron.

De vuelta en Buenos Aires, ni Estela ni Marcela le hicieron demasiados reproches a Carlos.

—Cuando Carlos salía de gira me traía alfajores, ositos y otras cosas que le regalaban. Íbamos a comer ceviche a un restaurante peruano que queda en la avenida Corrientes. Él siempre les daba a nuestros hijos lo que le pedían. Era muy bueno, me ayudaba en la cocina, les preparaba el desayuno a los chicos, todo.

Dice, ahora, Estela Reyes, desde el Perú. En esos días Memín pensó que ya había llegado el momento de separarse de Olaya.

—Hablé con Pepe y Carlos para irnos de Karicia, y fuimos a conversar con Kuki Pumar, de Leader Music, para hacer algo. Pero Cholo se enteró y Carlos me dijo que lo amenazó con sacarle la casa si se iba de Karicia. Siempre lo presionaba con eso. Él se quedó, pero yo no volví más. Cholo me dijo que si no tocaba con él me iba a dejar inválido.

Carlos Chávez se quedó en Karicia y tuvo otro hijo con Estela Reyes; Memín Pozú y Pepe Berrocal formaron Karakol y se consiguieron otro cantante peruano. Carlos le decía a Memín que volviera, porque la gente pedía al negro. Olaya estaba furioso. El sábado de su primer show, a eso de las 11 de la mañana, tres fulanos se presentaron en la casa de Memín, en Quilmes. Dijeron que iban de parte del Cholo, a devolverle algo que le debía. Memín salió, medio dormido, a la puerta, y empezaron los tiros. Le acertaron dos, en las piernas; Memín se salvó porque una reja les impidió pasar.

—Yo no voy a ser tan ignorante de mandarle a pegar dos tiros y decir diganlé que fue el Cholo. Todos iban a decir pero qué pelotudo es este muchacho, que manda que lo baleen y que le den saludos. Disfrazate de mujer, tapate la cara, pero que no se den cuenta de quién sos, ¿no le parece?

Dice, por el celular, desde ninguna parte, el Cholo prófugo.

—Pobre Memín. Ahora me parece que puede llegar a ser el próximo.

Dice, en estos días, uno de los empresarios repentinamente anónimos.

—¡Tírame, viejo cachudo!

El sábado 6 de abril de 1996 los músicos del grupo Karicia esperaban en la traffic de Olaya, frente al Clan, en la calle Defensa del Dock Sud, el momento de salir a trabajar. Carlos estaba nervioso. Algunos dicen que, poco antes, el Cholo se había enterado de que su hijo mayor con Marcela era, en realidad, de Carlos.

—El nene es igualito a Carlos y muy parecido a otro de sus hijos, a Gonzalo. José Alan tiene la misma cara de Carlos. Mis otros hijos son iguales a Cholo, y este no. Carlos sabía que era su hijo. Cuando quedé embarazada no sabía de quién era, pero cuando Alan empezó a crecer me di cuenta. A pesar de todo es el hijo que Cholo más quiere. Las mujeres del Clan le decían que el chico era hijo de Carlos, pero él nunca me dijo nada, ni yo a él. Ellos se quieren mucho, muchísimo.

Dice Marcela, la madre disputada, que había vuelto al redil. A esa altura, Olaya ya tenía en el Clan unos quince hijos reconocidos. A veces se ponía filosófico, y pontificaba en contra del aborto. Esa noche, Olaya estaba furioso y se acercó a la traffic con una pistola en la mano. Carlos lo vio venir y pegó el grito:

—¡Tírame, viejo cachudo!

Cachudo, en peruano, significa cornudo. Olaya no se hizo rogar: en segundos le metió nueve tiros calibre 32 en el cuerpo. Cuando se le acabó el cargador volvió al Clan a buscar más balas: quería rematarlo.

—Sí, eso pasó. Pero no crea lo que le dicen. ¿Usted cree que uno va a ser tan ignorante de hacer algo así por un culo? Eso a mí no me cabe.

Dice, desde su escondite, el Cholo. El celular hace ruido, hay interferencias. El Cholo cuenta atropellado, mezclando las palabras:

—Lo que pasó fue que vino ese muchacho, el timbaletero que tenía Karicias cuando se fue el negro este, Memín, y me contó que Carlos seguía con la merca. Él ya había tenido problemas con eso, en la cual yo lo había sacado de problemas, cárceles. Eso lo saben todos pero ahora se hacen los pelotudos, como si él nunca hubiera visto un papel.

Y mire que le daba, eh. Entonces el timbaletero vino y me contó que de nuevo. Yo les decía que afuera hicieran lo que quisieran, pero conmigo no. Si agarraban a cualquiera del Clan con merca, ¿a quién le iban a echar la culpa? Al Cholo. ¿Y sabe por qué? Porque los otros no tienen dónde caerse muertos, ¿qué les van a sacar, un escarbadientes? En cambio a mí sí. Siempre sacándome. Entonces esa noche Carlos se enteró de que el timbaletero me había contado y lo quiso hacer bajar de la traffic. En la cual el timbaletero vino a decirme. Yo estaba en otro coche, me bajé, lo fui a buscar y le dije que esa era mi traffic y mis músicos y yo decido quién se baja y quién se sube, y él me gritó chupame un huevo yo soy el cantante y me insultó y después me empezó a gritar que era un cachudo, un cornudo de mierda y es cierto, le tiré. Cierto que le tiré. Pero no es para tanto. Gracias a Dios que no se murió él, ni yo tampoco.

Carlos consiguió levantarse, caminó unos metros y paró un taxi que pasaba. Se subió y se desmayó; se despertó al día siguiente, en la sala de terapia intensiva del hospital Argerich.

—Carlos, te ha tocado estar cerca de la muerte. Has padecido un atentado con balas en tu cuerpo. ¿Cómo lo sentiste?

Le preguntaron, meses después, en el video promocional.

—Yo estoy muy esperanzado con la vida, yo quiero la vida… Pero creo que me salvó la mano de Dios. Los doctores no se explican cómo estoy vivo.

Lo operaron cuatro veces, le pusieron un ano contra natura, tardó semanas en recuperarse. En la tercera operación tuvo un paro y lo revivieron con electroshocks. En la vereda del hospital, durante días, las fans con carteles rezaban, lloraban, ofrecían su sangre. José Carlos Olaya estuvo prófugo varios meses. Mientras, la causa pasó por tres juzgados de Lomas de Zamora: en los tres, los jueces caratularon “homicidio simple en grado de tentativa”, que no es excarcelable. Olaya, a todo esto, estaba en la Capital, iba todos los días a su oficina de Callao al 200, nadie lo molestaba. Pero técnicamente seguía siendo un prófugo. En esos días decidió cambiar de abogados.

—Nosotros no somos sacapresos ni abogados baratos. Tratamos de

no agarrar cositas chicas, y estamos catalogados como medianamente caros. En penal o sos sacapresos y agarrás a un tipo que robó un estéreo, le pedís 200 pesos, vas a la comisaría, le das 100 al oficial y te guardás los otros 100 y salió; o sos penalista y trabajás en serio.

—¿Cuánto cuesta una buena defensa?

—No, es por la cara del cliente. Y por el tipo de delito, claro.

Dice Raúl Grinberg, el abogado de Olaya. Grinberg es un cuarentón rubio y gordo, traje impecable, barbita recortada: un ciudadano Kane de la Argentina menemista.

—Olaya no estaba escapado. Lo que pasa es que en general la policía de la Provincia lanza un pedido de captura y la Federal no le hace caso, salvo que alguien expresamente avise que tal persona con pedido de captura está en tal lado. Nosotros nos enteramos de esto cuando quisimos averiguar si existían los famosos "peajes", plata que hay que pagar para que no te molesten. Y no hay. Capital y provincia son dos países diferentes. Lo averiguamos hace diez días, cuando quisimos saber si había forma de quedarse tranquilo. Pero vos arreglás en robos y hurtos y no tenés la seguridad de que no te agarren los de defraudaciones. No podés arreglar porque no está centralizado, y siempre corrés el riesgo de que alguien diga dónde estás.

Olaya seguía haciendo su vida, hasta que alguien lo denunció. Entonces sí lo detuvieron. Estuvo preso menos de un mes: entonces sus abogados presentaron el pedido de cambio de carátula a "lesiones graves", delito excarcelable, en la sala II de Apelaciones de Lomas de Zamora. Uno de los tres jueces, Díaz Ferrer, votó en contra. A favor votaron González Lozano y Eugenio Alsina, el sacapresos de estos días.

Olaya salió. Pero uno de los policías que lo custodiaron mientras estaba preso dice que, en la comisaría, juró que iba a matar a Chávez.

—Carlos nunca me pidió nada a pesar de que yo tuve mucho dinero cuando manejaba negocios de Cholo. Sólo le di plata en los últimos meses, para su familia, cuando estuvo internado.

Dice Marcela. Que, tras la balacera, decidió irse a Lima, a casa de su suegra, hasta que se aclarase el panorama.

—Y entonces Carlos me mandó un papelito que decía "gracias por

todo. No te odio. Los médicos dicen que me salvé por milagro, pero es por el amor que te tengo". Y me decía que íbamos a estar más juntos que nunca.

Uno de esos días, su primo Memín apareció junto a su cama con un grabador y le hizo escuchar las nuevas canciones de Karakol.

—Tú ahora te vienes con nosotros. Ni loco vas a seguir con ese hijoputa.

Carlos intentaba canturrear, pero no le salía. Memín le seguía dando ánimo y Carlos terminó por conseguirlo. El atentado, diría después, lo marcó:

—Mi vida cambió muchísimo antes y después de conocer la muerte. Antes era un poquito alocado, no medía las consecuencias de las cosas. Ahora he cambiado, me cuido, valoro a mi señora y a los niños…

Fueron tiempos duros. Carlos y Memín volvieron a estar juntos en Karakol pero no conseguían contratos. Olaya amenazaba a los dueños de los boliches con no mandarles a sus grupos si los contrataban o, a veces, con acciones más directas. En esos días, Karakol grabó un disco que se llamó *Inmortales* —por lo difícil que les resultaba a sus líderes seguir viviendo—: "Karakol es amor, música, alegría y sobre todo amor a la vida. Y la vida como la música siempre continuará —decía la gacetilla de prensa—. Por eso Karakol, por eso Inmortales. Porque se puede cortar una flor, o se pueden cortar dos o tres flores, pero no se puede detener la primavera". El disco vendió 35.000 copias.

A fin del año pasado, Carlos se desesperó. Como no actuaba, no conseguía dinero para mantener a su familia y, además, Olaya lo amenazó con sacarlo del departamento de La Boca, que seguía a su nombre. Un día, alguien tiroteó la puerta del departamento, y todos creyeron que había sido él.

—Cerca de fin de año, Carlos me empezó a decir que volviéramos a Karicia; yo no lo podía creer. Carlos tenía mucho miedo del Cholo…

Dice Memín. Al final, Carlos no pudo más: volvió a Karicia y arregló para grabar nuevos temas con el grupo.

—El último Año Nuevo, sin decirme nada, Carlos volvió a cantar con Karicia. Todo por miedo. Cholo le había prometido 500 pesos por actuar el 31 de diciembre en el baile de Johnny Allon, en

Constitución. Se puso en pedo en su casa y fue. Después me dijo que no iba a volver, pero lo siguieron amenazando. Carlos quería volver con Cholo porque no podíamos trabajar. Quería ir al programa de Mauro Viale a contar nuestra situación.

Marcela había vuelto del Perú y vivía con sus hijos en un departamento cerca del Clan. Volvió a ver a Carlos, e hicieron proyectos:

—Este año íbamos a vivir juntos definitivamente. Era nuestro sueño, y en el último tiempo hablábamos de eso todo el día. Yo me enteré de que su esposa estaba embarazada recién un mes antes. Él me dijo que se enteró cuando Estela estaba de tres meses, que no lo quería, que ya era tarde pero que había discutido mucho con Estela. Nos peleamos. Me dijo que no me lo había dicho porque no quería perderme. Qué voy a hacer. Me resigné.

Era otro embarazo más: Estela Reyes iba a parir su sexto hijo en noviembre de este año.

—Yo quedé embarazada y qué voy a hacer: había que tenerlo. Carlos me decía que iba a grabar discos y salir de gira, que con eso nos íbamos a comprar la ropa del bebé, la cocina y el lavarropas.

Dice Estela, pero no era fácil:

—Carlos tenía que cambiarse la bolsa cada tres días. Cada bolsa costaba seis pesos, y nosotros no teníamos nada. Yo le decía que el señor Cholo tendría que ayudarlo, después de que lo quiso matar. Pero Carlos no me contestaba, no decía nada, pobrecito.

En julio, Karakol empezó a preparar su siguiente disco. Conseguían, de vez en cuando, alguna actuación en el interior, y grabaron un par de temas.

—Carlos todavía tenía que hacerse dos operaciones, pero no se operaba por miedo a morirse. Le tenía miedo a la muerte. Quería vivir, quería cantar. Quería tanto vivir.

Dice Marcela, con su acento peruano de la ciudad de Santa Fe, y llora suavecito.

El sábado 9 de agosto, varias personas vieron cómo Chávez y Olaya se cruzaron en los estudios del canal 2, donde se estaba emitiendo *A*

todo ritmo, un programa ómnibus de bailanta. Dos o tres dicen que escucharon la amenaza del productor:

—Te voy a matar, hijoputa, pero quédate tranquilo que ahora no voy a fallar como la vez anterior.

Pero Olaya dice que es mentira:

—Sí, esa es otra mentira. En el canal yo no estaba, yo estaba en Bolivia con Los Charros.

El martes 12, Carlos ensayó con Karakol en la casa de una amiga, en el barrio La Saladita. Marcela se presentó con su hijo mayor y un par de tuppers con comida. Esa tarde, el guitarrista de otro grupo de Cholo los vio juntos. Memín le dijo a su primo que se iba a armar quilombo. Carlos le dijo que no, pero después se puso nervioso.

—El último día, cuando fui al ensayo, fui con Alan. El chico también lo quería mucho a Carlos, y Carlos a él. Fue como una despedida. Quedamos en volver a hablar esa noche…

Esa noche, poco antes de las diez, Carlos recibió un llamado en su departamento de La Boca. Era una voz de mujer; el comisario Alberto Masulli creía que fue Marcela, pero ella lo niega:

—Cuando me enteré me puse loca, y fui a la comisaría a decir que yo no había sido, que si el comisario tenía grabaciones sabría que no era mi voz, y si no me tendría que haber encarcelado. Él me dijo que le habían dicho que era yo, pero yo le contesté que eso era mentira, que si lo hubiera llamado a Carlos habría sido para hacer el amor y no para matarlo. Me dio bronca que el comisario hablara pavadas. Él me dijo que tenía algo para involucrarme, pero no es cierto. Si no, yo tendría que estar presa.

Dice, ahora, Marcela.

—Yo no tengo idea de quién pudo haber sido la persona que lo llamó aquella noche. Él me era fiel, aparte de su esposa. Además no tenía plata para andar de joda, no podía ni pagarle una gaseosa a nadie, y los peruanos son muy machistas para esas cosas. Yo creo que la persona que lo llamó debe haberlo endulzado, que lo puede haber convencido para encontrarse con él en algún lado.

Esa noche Carlos le dijo a su mujer que dejara de preparar esa sopa de papas, que tenía que ir a ver a un representante del Grupo Ciclón

en Lanús: quizás le diera trabajo. La excusa era atendible: hace tiempo que vivían con papas y lo justo.

Nadie sabe con quién se encontró Carlos Chávez esa noche en Lanús. Se supone que, antes de las doce de la noche, tres hombres lo hicieron bajar de un coche en un camino de tierra más allá de un pueblo que se llama Domselaar, poco después de San Vicente. El lugar es desolador: hay una ruta provincial, la 210, que va de La Plata a San Vicente: la 210 está recién asfaltada para que el señor gobernador pueda ir a su quinta cómodo. De ahí a Domselaar son ocho kilómetros más. El pueblito tiene veinte casas, una pulpería de Molina Campos y esa forma tan pampeana de estar fuera del mundo. Más allá del pueblo, cruzando una vía por donde ya no pasan trenes, sale un camino de tierra.

Allí, Carlos Chávez y los hombres se bajaron. No era un lugar para charlas; sin embargo, la autopsia dirá que Chávez no intentó ninguna resistencia. Su ropa estaba limpia, sus zapatillas blancas. Quizás estaba resignado; quizá no quería imaginar lo que vendría. Allí, los hombres lo hicieron arrodillar al costado del camino, en la banquina, y le tiraron un primer balazo en la espalda. Chávez cayó de boca; ahí le dispararon diez tiros más, a la cabeza: algunos eran de 38, otros de 32. Los asesinos erraron, a medio metro, tres. Carlos Chávez murió poco antes de la medianoche.

Si el camino no fuera tan inundable, ese cadáver podría haber seguido allí, perdido, durante muchos días. La casa más cercana está a cientos de metros, y por la ruta casi no pasan coches. Pero a la mañana siguiente un empleado de Vialidad que tapaba charcos con su motoniveladora lo descubrió y avisó a la comisaría 2ª de Alejandro Korn. En Domselaar no hay policía.

—Este es otro Cabezas y me lo tienen que tirar justo a mí.

Dicen que dijo, cuando lo encontraron, el comisario Rubén Bonaiuto. Lo revisaron: tenía cinco pesos, un manojo de llaves y zapatillas nuevas. La cabeza destrozada complicaba la identificación. En su departamento de La Boca, Estela Reyes seguía sin saber nada de

su marido, y había denunciado su ausencia.

—Cuando Carlos desapareció, el comisario me preguntó qué sabía, y yo pensé que estaba detenido o en algún hospital. Nunca pensé que estaría muerto… Ahora mismo hay días que no lo puedo creer. Además yo estaba embarazada, tuve amenazas de aborto por la angustia y la tristeza.

—Yo el miércoles a la mañana llamé a la casa de Carlos y Estela me dijo que no había vuelto, que había salido para encontrarse con el Grupo Ciclón. Volví a llamar a la tarde y me dijeron que todavía no había vuelto, y a la noche tampoco. Entonces pensé: "Lo mataron".

Dice Marcela: ante las sospechas de que fue ella quien llamó, necesita contar que no sabía dónde estaba Carlos. Y tiene que explicar por qué podía llamar a la casa de su amante:

—Estela me conocía como Andrea, una secretaria de Leader Music, y yo era muy respetuosa de su casa. Por eso podía llamar siempre.

El miércoles 13, al caer la tarde, un periodista del *Diario Popular* llamó a la comisaría de Alejandro Korn para decir que había recibido un llamado anónimo informando que buscaran el cadáver de Chávez en tal y tal lugar. Todo coincidía.

—Esta metodología de los llamados anónimos es típico de los trabajos por encargo.

Dice el oficial Ricardo Teve, a cargo de la investigación. El oficial mandó una comisión a la disquería más próxima a secuestrar un cedé de Karicia para comparar la cara del muerto con las fotos. Lo identificaron y llamaron a su viuda: Estela Reyes gritaba y gritaba. A Carlos Chávez lo velaron al otro día, en una funeraria de Avellaneda. Sus parientes no tenían plata para el servicio: los asistentes pusieron unos pesos cada uno y terminaron juntando los 350.

—Cuando Carlitos murió, en el velorio llorábamos todos juntos. Estaba lleno de gente. Él tenía muchos amigos. Lo amábamos. En ese momento pensé "que descanse en paz", y sentí un dolor muy grande que todavía no pude superar. Y el club se desarmó. Yo los sigo queriendo mucho a todos, pero ahora no quiero saber nada con sus líos.

Dice Rosalía, la presidenta del club de fans de Karicia y Karakol.

Quisieron enterrarlo en un cementerio privado del sur, pero la plata no les alcanzaba. Memín hizo un show y recaudó 500 pesos. El Cholo Olaya dijo que si ponía los 1000 que faltaban todos iban a creer que él era el culpable: Carlos Chávez terminó en el cementerio municipal de Avellaneda. Ese viernes, Raúl Grinberg y Carlos Ayerbe, los abogados de Olaya, le dijeron que mejor desapareciera por unos días.

—Es lo que se dice siempre en estos casos. Desensillar hasta que aclare, hasta saber cómo vienen las cosas.

Pocos días después Estela Reyes, su viuda, se fue con sus cinco hijos a Lima, a esperar el sexto en casa de sus padres. No tenía nada más que hacer en la Argentina.

Los parientes y amigos de Carlos Chávez —Memín Pozú, Estela Reyes, Bárbara Morán— sospecharon antes que nadie de José Carlos Olaya y de Marcela. El sábado, la Provincial allanó el Clan del Dock:

—Hicimos allanamientos, y el juez ordenó intervenir varios teléfonos. En el Clan encontramos ropa sucia con sangre del mismo grupo de Chávez, boletas de compra de dos revólveres y otros objetos comprometedores. Se establece que desde febrero ya estaban investigando a Chávez con el objetivo de matarlo.

Dice el comisario Bonaiuto, de Alejandro Korn. El martes 19, Grinberg se presentó en el juzgado de La Plata para decir que su cliente quería declarar: le dijeron que ya lo llamarían. En la puerta había un par de equipos de la televisión peruana recién llegados desde Lima. Días después, Olaya venía en coche por la avenida Pavón cuando un coche se le cruzó delante. Olaya quiso bajarse a putear, pero los dos que venían en el otro auto lo pararon en seco:

—Cholo, vamos a tener que conversar. Si vos querés salir tranquilo y rápido de esta causa, ponés cien lucas y te arreglamos todo.

—Pero ¿de qué me están hablando?

Los dos señores le dieron todo tipo de detalles de su causa: visiblemente estaban muy bien informados. Al otro día, sus abogados hicieron la denuncia en Lomas de Zamora. No podían probarlo, pero sospechaban que eran policías:

—Por suerte o por desgracia nos tocó el juzgado de Llermanos, era

el que estaba de turno. Bueno, como pasó siempre en ese juzgado, túnel del tiempo, se murió la causa…

Dice Grinberg. Poco después, en los pasillos de Tribunales de La Plata, el abogado se encontró con dos de los policías de Alejandro Korn que habían allanado el Clan, y les preguntó qué iba a pasar con Olaya.

—Bueno, estamos viendo.

—Che, si lo tienen que llamar llámenlo, hagan lo que tengan que hacer, pero definan la cosa, así el hombre puede seguir trabajando. Está perdiendo mucha plata por no poder trabajar.

—Y la que va a perder.

—¿Cómo?

—Sí, la que va a tener que poner.

Dice Grinberg que le dijeron los dos policías.

Mientras tanto, el chofer del Cholo Olaya, el Tortuga Jorge Luis Pavón, pasó a ser uno de los sospechosos principales. El 16 de septiembre, la policía lo detuvo en la puerta de la casa de Lanús donde vivía con una de sus mujeres y sus chicos; la otra, con más hijos, estaba en Claypole.

—El hombre no opuso resistencia. Con él estaba Esteban Ramírez, testaferro de Cholo y "dueño" del departamento de La Boca donde vivía Chávez. El Tortuga estaba arrepentido. Nos hizo un relato espontáneo contando cómo había sido todo, y al otro día cuando lo llevamos al juzgado repitió la misma historia delante del juez, el secretario y el defensor oficial.

—Primero le pegué un tiro yo, y después tiraron los demás.

Dicen que dijo ante el juez, cuando todavía lo atendía un abogado de oficio, y que contó todos los detalles. Y que los demás eran el Zapatero, Aldevina Pasternokas, un lituano de 35 años salido hace unos meses de Devoto, y el Polaco, Walter Retamozo, plomo del Clan y padrino de uno de los hijos de Cholo. Pero tras quince días de cárcel Pavón se desdijo de sus declaraciones. Dijo que las había hecho porque los policías, ante el juez, lo sometieron a apremios ilegales y amenazas de muerte.

“Yo temo por mi vida y la de mis hijos. Por eso me hice cargo de lo que no hice. Declaré bajo presión del juez, quien me dijo que iba a ser boleta en la cárcel con los demás presos”, escribió Pavón en una carta que le mandó al juez Braulio Fonseca, del juzgado en lo Correccional Criminal número 2 de La Plata, y también dice que le dijeron que si les entregaba al Cholo lo dejaban en libertad. Y que se lo llevaron a un descampado y le hicieron un simulacro de fusilamiento, y que ahí se hizo cargo de todo.

—Yo no sé si es verdad o mentira. Él nos dictó la carta y nosotros la presentamos. Lo que sí es cierto es que al Tortuga lo detuvieron a las siete de la tarde y no tiene asentada la entrada en la comisaría hasta la medianoche. ¿Qué pasó en esas cinco horas? Ahí sería cuando lo apretaron. Pero también puede ser la declaración de un tipo que se da cuenta de que está hasta las manos y quiere dar marcha atrás.

Dice Grinberg, que se hizo cargo de la defensa de Pavón, pagado por Olaya, para tener acceso a la causa. Entonces, Grinberg y Ayerbe pidieron una entrevista con el comisario general Vitelli, el jefe de la Provincial; dicen que Vitelli los recibió enseguida porque conocía a Ayerbe de cuando mandaba la Unidad Regional de Morón y Ayerbe era secretario del juzgado criminal de enfrente.

—Tuvimos una entrevista de una hora y media, él escuchó todo, muy correcto. Le contamos lo que estaba pasando y él nos dijo bueno, si quieren que les hagamos una cama al juez, al que sea, podemos ponerle plata marcada, lo que sea, dijo, y se comprometió a girar la investigación a Asuntos Internos, que después supimos que lo hizo.

Dice Grinberg, cargando de latakia su pipa recurvada, y dice que la policía dejó de molestarlos. La investigación siguió y, poco después, detuvieron al Polaco Retamozo. Entonces entró en escena Fernando Burlando, el abogado de la banda de Los Hornos; aquí, como abogado de Retamozo. A Grinberg no le gustó:

—Ahí la causa se va copiando cada vez más del caso Cabezas, la estrategia se va pareciendo: aparece la figura del autor ideológico, todo eso. La segunda vez que lo vimos él nos dijo que él podía arreglar toda la causa: nos pidió una cantidad de plata, porque dijo que manejaba al juez, que manejaba a todo el mundo. Esto se puede

arreglar, dijo, acá nos conocemos todos, decía, las conversaciones de siempre. Nosotros escuchamos, se lo contamos a Olaya. Él nos preguntó qué nos parecía y le dijimos que nos parecía un chanta. Y después, hace un mes, todavía apareció otro, un abogado de La Plata, que nos dijo que con Bruni se podía arreglar, que él lo hacía, que no nos preocupáramos. La cuestión es que Olaya es atractivo como negocio: los dos que están presos no tienen dónde caerse muertos; en cambio Olaya tienta como la gran solución económica.

—¿Y él está dispuesto a pagar?

—Él no quiere poner una moneda. Él nos pregunta si hay garantías, nosotros le decimos mirá, garantías no hay, en esas cosas no se puede hacer un contrato, los arreglos son de palabra. Le llegamos a decir mirá, si querés ponerla andá y ponela vos; yo no te puedo garantizar que si ponés plata te va a salir bien. A lo mejor sí, a lo mejor cuando estás preso te dicen ahora quiero el doble, o te dicen no, no se pudo. Si vos querés, hacelo, pero es riesgo tuyo. Preferimos confiarnos a un juez honesto: alguna vez va a tener que aparecer alguno.

Dice Grinberg y se sonríe, con la inocencia de Mandrake pintada en los ojitos.

La causa, a esa altura, parecía trabada. Faltaban los motivos para que el Tortuga, el Polaco y el Gitano mataran a Chávez; faltaba, para la policía, el "autor ideológico", y todos pensaban en el Cholo.

—¿En serio? ¿Y usted se cree que yo pondría 50.000 dólares para matar a esa rata inmunda? Pero no, si hay que matarlo lo mato yo, yo no pago nada por esa rata inmunda.

Dicen que dijo, hace unos meses, Olaya. Que ahora es más cuidadoso:

—Pero ¿cómo no se van a dar cuenta de que si yo lo maté o lo mandé matar a ese muchacho no voy a ser tan ignorante de hacerlo así? Nadie puede ser tan ignorante. Si uno tiene cabeza eso lo va a hacer de otra forma, no ir y tirarlo ahí. Mejor para eso voy y lo hago delante de cincuenta mil personas. Así el único que va a llevarse las sospechas soy yo… Pero hay que ver quiénes son los que me acusan. Son todos ex trabajadores míos, que yo los eché porque fueron basura,

me estuvieron robando. Entonces ahora quieren tomarse la revancha…

Dice Olaya, y se enreda en sus palabras. Se lo oye muy nervioso.

—Tortuga es un tipo muy simple, no muy vivo, y dependía de Cholo para todo: para la guita, para saber qué hacer, para todo. A mí me parece que no es capaz de hacer nada solo.

Dice Chiquita, una petisa sesentona de pelo corto y cara arrugada, muy vivaz, vecina del Clan, que siempre estuvo con los peruanos de Karakol. Y el comisario Masulli, cuando todavía era jefe de la Unidad Regional, decía que Cholo les dio entre 15.000 y 25.000 pesos a cada uno por el trabajo: que una vecina del Clan escuchó que Cholo iba a pagar 50.000 por todo, y que Tortuga cayó con 10.000 pesos en el bolsillo y pocos días antes no podía siquiera pagar el alquiler de una de sus casas.

—Tortuga incriminó a Cholo y después se desdijo, pero no necesitamos su declaración: hay muchos cruces telefónicos que prueban su participación. La causa tiene cuatrocientas fojas.

Dice ahora el comisario Bonaiuto, que también está convencido de que Olaya es el nombre. El abogado Grinberg también tiene respuestas para eso:

—Chávez cuando está muerto le empieza a servir a mucha gente. Primero a la policía: cuando vieron cómo venía la cosa, se dijeron bueno, acá vamos a hacer plata. Y también a Bárbara Morán: si el Cholo iba preso, ella podía romper su contrato con él. La causa estaba parada hasta que apareció Bárbara, espontáneamente, a declarar, y dijo que el Cholo es un mafioso, que mandaba a matar a la gente, que andaba siempre armado, que la música era una excusa para traficar drogas, que nadie declaraba en contra de él por miedo, que ella sabía que él lo había mandado a matar a Chávez, y que en el tanque de agua del Clan estaban las armas y las drogas. Entonces la causa empezó de nuevo: hicieron otro allanamiento en el Clan, monstruoso, veintipico de policías con traje camuflado y un par de buzos que se pasaron un rato largo adentro del tanque de agua. No encontraron nada, pero la causa se empezó a mover de nuevo y ahí sale el pedido de captura para el Cholo.

—Yo no creo eso que dicen de que Cholo tenía gente contratada desde enero para matar a Carlos. Él es muy duro con su plata, como todos los peruanos. Si hubiera querido matar a alguien lo habría hecho él mismo para no tener que pagarle a nadie. Tampoco creo que Tortuga haya sido el asesino, ni que haya cobrado. Si estaba de últimas. En los últimos tiempos revolvía containers para robar alguna cosa.

Dice Marcela. Pero, por ahora, todos los indicios apuntan hacia Olaya. En realidad, todavía no apareció ninguna otra hipótesis, ninguna otra razón, y la policía dice que lo sigue buscando, con muy poco éxito. El comisario Masulli decía que hay seis agentes de la Brigada de Investigaciones fijos en el caso, más otros cuando hay operativos, y teléfonos pinchados y un par de infiltrados.

Parecen muchos, casi demasiados para un caso más. Y, sin embargo, desde el 2 de octubre, cuando el juez Bruni dictó el pedido de captura de José Olaya, muchos han creído verlo en muchos lugares pero nadie lo agarra. Un par de empresarios bailanteros dicen que está en el Paraguay y que suele ir a las actuaciones de sus grupos en el interior, para llevarse algo de plata. El comisario Bonaiuto no está de acuerdo:

—Mire, digan lo que digan, ahora mismo no debe estar más lejos de 400 kilómetros. No puede alejarse de sus negocios ni de su gente. Estoy seguro. Nos tiende trampas, se hace mandar saludos al Chaco por Los Charros en la televisión y cuando llega la policía no está, pero ya estamos acostumbrados. Cuesta mucho encontrarlo porque debe tener una gran red de protección. Pero nosotros lo vamos a seguir.

En cuanto al lugar, tenía razón: Olaya, en el celular, sonaba extrañamente cerca.

—¿Y dónde está, ahora, usted?

—Acá, en la provincia.

—¿Y no tienen cómo agarrarlo?

—Si me quieren encontrar me encuentran mañana. Me intervienen el movicom, los teléfonos, siguen a mis parientes. Pero eso no es lo que quieren. Sabe lo que pasa, que están amenazando a mi familia. Estoy podrido, podrido…

—¿Quiénes lo amenazan?

—No quiero hablar, ya le dije, no quiero que mi familia tenga más problemas y amenazas. A mí me quieren agarrar por zurda y tirarme por ahí. Desde que los denuncié hay mucha bronca conmigo. Esto no es un juego. Si me llegan a enganchar me pegan un tiro.

Dice, y se le quiebra la voz. O es un gran actor, o está desesperado. Mientras, se sabe que está vendiendo, a través de testaferros, casas, locales, coches y que ya lleva recaudados 1.400.000 pesos. El oficial Teve, encargado de la investigación en Alejandro Korn, dice que para él es algo casi personal:

—Yo estoy en el caso desde el primer momento, y lo voy a seguir hasta que caiga Cholo. No porque tenga nada personal contra él, sino porque me indigna la impunidad con la que siempre hizo las cosas y cree que las va a seguir haciendo. Acá vino su abogado, y si bien yo no podría decir que me ofreció plata directamente, uno se da cuenta cuando lo quieren coimear. Empiezan a preguntar cuánto cobrás, se "solidarizan" porque tenés que arriesgar tu vida por tan poco dinero. Uno se da cuenta. Pero acá somos derechos. Este es un lugar donde nunca pasa nada, y nadie puede venir a tirarnos un muerto en la cara y quedarse tranquilo pensando en que se la va a llevar de arriba. Puede ser que en otros lugares los sobornos le hayan servido, pero con nosotros no.

Teve pone voz proba, gesto adusto, la mirada recta en el horizonte de su oficina mal pintada. Es curioso que él también se haga cargo de la sospecha general. Y que todos se acusen de lo mismo.

—Yo a veces me siento culpable por la muerte de Carlos. Pienso que tal vez murió por nosotros. Él siempre decía que la culpa era de los dos…

Dice Marcela, con la voz muy baja, lagrimitas sobre el rimmel leve. No está claro: si se siente culpable, algo debe suponer sobre las causas y los autores. Pero dice que no:

—Yo pienso que Cholo no tenía motivos para matar a Carlos. Quiero creer que no. Si él me amara no me haría tanto mal. Yo vivía con él, él me tenía, y no sabía que yo todavía andaba con Carlos. Él creía que

cuando volví del Perú esa relación se había acabado. Yo lo conozco: él no se guardaba las cosas, me lo habría dicho. Él me gritaba y me pegaba bastante cuando se enojaba, y ahora no parecía enojado. Además, él no siempre es así: yo lo he visto llorar, te lo juro. Pero él tiene muchos enemigos, algunos muy poderosos, que lo envidiaban por ser un negro que se hizo desde abajo, sin pedir nada. Para mí que lo quisieron perjudicar, y matando a Carlos encontraron la forma justa. Creo que a Cholo le quisieron hacer daño, o sacarlo del negocio.

Dice Marcela: todavía está de acuerdo con el padre de algunos de sus hijos.

—Yo soy el malo de la película, voy a seguir siendo el bandido, porque soy el que importa, un negro que consiguió hacerse desde abajo. Eso no les gusta, señor, les gusta poco o se lo quieren aprovechar. Un negro de la Isla Maciel que venga a meterse, siempre le ponen piedras en el camino. A las discográficas les conviene que me esté pasando esto. Yo nunca quise arreglar con ellas. Yo soy un enemigo para ellas, en la cual yo seguía sacando éxitos y ellos tenían que pagarme. Ahora están contentas.

Dice Olaya, fugitivo. Es cierto que el negocio de la bailanta sigue siendo un botín de lo más apetecible. Mueve bastante más dinero que el del rock y, además, casi todo en negro:

—Acá en todo el país hay 1100 bailes que mueven un millón de personas por fin de semana, y cada persona gasta un promedio de 5 pesos por la entrada. Sumale lo que consume en bebidas y vas a tener un paquete.

Dice, en su oficina súper, Kuki Pumar, el dueño de Leader Music. Que está por sacar el último disco de Karakol; en él, Carlos Chávez todavía canta cinco temas: “A Tinelli le gusta la cumbia”, “Por dinero”, “No quiero perderte”, “Argentina bonita”, “Entrégate”.

—Este es uno de los mejores años para la compañía. El mercado creció mucho. Ahora se están vendiendo 2 millones de cedés mensuales cuando el volumen normal de ventas es de 1,7 millones. Leader vende 230.000 cedés con producciones propias. Y en Capital y Gran Buenos Aires atendemos a 700 FM libres, además de los medios del resto del país y la televisión.

El negocio es grande. Hace un par de años explotó el fenómeno de los carilindos: una compañía lanzó a una serie de grupos con cantantes bonitos que hacían playback, y fue un gran éxito. Las chicas iban en masa a verlos, los muchachos las seguían y los boliches se llenaban. A los dueños también les convenía, porque era más barato contratar a una banda que no necesitaba tocar. Pero este año —en el interior— empezó la reacción del público contra el playback, con abucheos y botellazos incluidos: los feos con música retomaron la iniciativa, y ahora lideran el mercado.

El negocio es grande. La revista *Teleclic*, que vendía 30.000 ejemplares, llegó a los 200.000 cuando empezó a entregar una colección de éxitos tropicales. Pero ahora el desafío es el resto del mundo. La música en español —caliente, sabrosa, se supone— se vende cada vez mejor. Hace unas semanas, el diario *Le Monde* decía que antes del año 2010 puede llegar a igualar la participación de la música en inglés en el mercado mundial. La torta es enorme, y muchos se la disputan. A veces con amenazas, con mexicaneadas, a los tiros. Con protecciones confusas, con raros negocios paralelos.

El punto flaco de la defensa del Cholo es el móvil: Olaya tenía uno, y no es fácil encontrar a quien tuviera otro. Por más que se lo pregunto, Olaya no me dice quién más puede haber sido:

—No sé, él hizo su vida, yo no sé. Sus líos tendría, él también.

Dice, vagaroso. Grinberg es más preciso. Su estrategia consiste en descalificar tanto a los testigos de la acusación como a los policías y jueces que intervienen en la causa; e, incluso, al muerto. Para eso cuentan muchas historias. Quizás hasta sean ciertas:

—Mi hipótesis es que lo matan por un simple problema de drogas. Yo algo conozco de homicidios, para mí es una pasión saber cómo funcionan. Por las características de esto, está claro que los que lo mataron no eran profesionales, tampoco era un afano… Chávez andaba en la venta de merca. Y hay comentarios que con un tal Memín, un negro amigo suyo, habían retirado algo y no abonaron. Aparentemente retiraban la droga en una villa del Bajo Flores, de un tipo que le dicen el Oso. Y parece que le dejaron unas deudas.

—Pero si hubiese traficado habría tenido algo de plata, y sin embargo en esos días no tenía nada de nada.

—No, porque él andaba en el menudeo, no en la cosa grande. Y aparte tomaba, tenía el vicio de la falopa. Eso te lo habrán dicho todos.

Hace unos días, en Lima, Estela Reyes tuvo el último hijo de Carlos Chávez. El chico está bien y se llama Mario Alberto. Ahora, desde Lima, Estela dice que extraña tanto a su marido, que se fue cuando más lo necesitaba y que "cada vez que me acuerdo de él lloro y lloro":

—Yo creo en Dios. Sé que aunque la justicia no pueda hacer nada, el culpable no va a poder dormir tranquilo. Mis hijos ven las fotos de Carlos y lloran, es muy triste vivir sin padre. Yo espero que los periodistas me ayuden a que se resuelva todo y se sepa la verdad. Yo no sé, porque ese señor Cholo tiene harto dinero, harto poder…

Desde su refugio, el Cholo dice que extraña a sus hijos, que hay ciento veinte familias que dependen de él para comer y que no se presenta porque no tiene confianza:

—Cuando me pongan a un juez de verdad, que sepa escucharme, entonces me entrego. Pero como empezaron a pedirme plata, a cruzarme los coches, yo tuve que esconderme.

Grinberg, en su estudio de Hurlingham, se lo pasa en limpio:

—Estamos llevando pruebas para mostrar quién es la gente que lo acusa. Aparte estamos haciendo una investigación para ver cómo fue la cuestión. Y si podemos llegar a dos o tres cosas, pensamos presentarlo. Es un riesgo, pero no hay otra. Pero para eso vamos a esperar que designen al nuevo juez: como Bruni está provisorio, en algún momento va a tener que aparecer un juez honesto. Ahí, cuando tengamos garantías, lo presentamos.

En Buenos Aires, Memín dice que tiene miedo pero que no lo van a parar de ninguna manera. Bárbara dice que ya le van a ganar a ese hijo de puta. Marcela dice que se va a ir a otro país, olvidarse del Cholo y del Clan y "ser feliz de verdad, todo lo que no pude con él". Pomar espera vender muchas copias del disco póstumo. Los policías juran que les falta poco para agarrarlo. El comisario Masulli tiene

otros problemas. En Domselaar, al lado del camino, en medio de la nada pampa, Chiquita y su marido pusieron un piso de cemento de un metro cuadrado con tres ladrillos y una cruz blanca que dice Carlos Chávez QEPD. Lo llaman la capillita y, alrededor, siguen los restos del asado que hicieron el día que la levantaron.

—Queremos que la gente no se olvide de que acá se cometió un crimen. Que acá lo mataron a Carlitos, que acá se quedaron sus esperanzas.

Seguramente esperan que la capillita se convierta en un lugar de peregrinaje, de culto. Mientras tanto, en el video que nunca se pasó, Carlos Chávez sigue hablando de lo que quiere para su futuro:

—Yo espero que Karakol pueda salir adelante. Hay bastantes pies de tropiezos, pero espero que salga. La vida es una lucha permanente. Hay que sufrirla, siempre hay que sufrirla. Qué va a hacer.

Dice, e intenta una vez más esa sonrisa que siempre parece esconder algo. En estos días sale su último disco. El nombre es ambicioso: *No se olviden de Carlos Chávez*, se llama, por si acaso.

(1998)

P. D.: En febrero de 1998, tres semanas después de que la revista Viva *publicara esta nota, José Carlos Olaya cayó preso en Santiago de Chile por un pedido de extradición del gobierno argentino. Todavía me incomoda pensar que la publicación de esta crónica pueda haber tenido alguna relación con esa detención. Todavía me incomoda pensar que el periodismo pueda "servir" para semejante cosa.*

el mundo, nueva york (1)

Trocén. El aviso ocupa una página entera del *New York Times* y vende unos cursos de perfeccionamiento de la New York University. El aviso es terriblemente neoyorquino y el texto, en cuerpo 72, dice, lacónico: "Convenientemente situada en el centro del mundo" —la universidad, se entiende.

Resulta curioso, dicho tan de golpe. Debajo del slogan, un dibujo con el arco de Washington Square en el medio parece reproducir los viejos mapas del Medioevo cristiano, donde Jerusalem aparecía en el centro de un círculo que debía ser el mundo. También los chinos se creyeron, durante siglos, el ombligo, y todavía les dura: en sus mapamundis, América está a la extrema derecha, de forma que la China queda en el justo medio.

El problema es que en el caso de Nueva York, ahora, puede que sea cierto. Algunas tardes, cuando el sol aprieta, suelo pensar que, quizás por desgracia, la historia registra una ciudad por vez. Dentro de siglos, cuando nos lean en los libros quedará ella sola. Pérgamo era enorme, Antioquía era un centro comercial de primer orden, en París ya se comían buenos jamones y Atenas todavía tenía el mejor teatro clásico, pero cuando uno piensa en el siglo I antes de Cristo es inevitable que se imagine Roma. Roma es, ahora, Nueva York, la ciudad de este tiempo. Debe ser cierto, pero cuando lo dicen ellos es casi insoportable.

Serenata. La noche estaba tórrida, trópico newyorker. El restorancito de la 105 y Broadway tiene dos mesas en la calle. Nada especial: un francés comunardo. En una comíamos Erna y yo; en la otra se sentó solo un cuarentón de rulos rubios, bermuda kaki, camiseta blanca, y nos preguntó qué había de rico. Le contamos. Al rato llegaron los cantores.

Él tenía treinta y pico, era gordo, morochón, con un enterito de jean de black panther 1971 y los zapatos rojos. Ella quizás era su madre: ningún diente, la camiseta roja sucia y el short roto. Se pararon junto

a las dos mesas, y empezaron a cantar una especie de Elvis romanticón, amanerado —casi tanto como el propio Elvis. Eran graciosos: no llegaban a ser buenos, no eran un espanto, pero no se tomaban muy en serio.

Entonces el rubio sacó el celular y marcó un número. Le dijo al morochón que, cuando él le dijera, empezara a cantar sin decir nada.

—Es para mi esposa.

Dijo.

—Ella se quedó en Toledo, Ohio: le quiero dar una sorpresa.

Los cantores le soltaron su canción romántica, y el rubio les dio un cinco. Cuando se fueron él atacó de nuevo su gigot de cordero.

—No tengo más remedio.

Nos dijo, y después nos explicó que él tiene que venir muy a menudo a Nueva York, por su trabajo, y que muchos de sus vecinos lo envidian por eso. Él se aburre, dijo, mucho cada vez, pero siempre trata de hacer cosas como ésta.

—Mañana mi mujer le va a contar a su vecina que su marido le mandó una serenata por teléfono porque estaba comiendo en un restorán en Nueva York y aparecieron unos cantores tan geniales…

Dijo, y que entonces sus vecinos se lo cuentan a los otros y así sigue la cadena de envidias.

—El trabajo que me cuesta, a veces, hacer que Nueva York sea un lugar tan magnífico.

Dijo, y se volvió al cordero.

Vanguardias. En *Time*, esta semana, una extraña reivindicación de cierta idea de la vanguardia. Raro: no parece ser el momento ni el lugar. La nota trata sobre el feminismo hoy: “Algunos se preguntan a quién le importan las preocupaciones artísticas y literarias de un grupo de mujeres de Manhattan que se dicen feministas. Después de todo, no hacen más que hablar entre ellas. Pero el movimiento feminista, como muchos otros antes que él, desde la Revolución francesa hasta la lucha norteamericana por los derechos civiles o incluso el levantamiento de Tienanmén, no habrían existido sin la elite intelectual de clase media alta. El feminismo no empezó en las

fábricas. Empezó en los salones con boiseries, se extendió a los livings suburbanos y terminó, si acaso, con Norma Rae".

—¿Qué fábricas? ¿Esos lugares oscuros donde los cuerpos femeninos pierden su identidad y se transforman en muñecos sin género?

—Ay, sí, qué cosa tan desagradable.

No empezó en las fábricas y ahora, cuando una corriente importante dice que el feminismo ya no es necesario porque ha conseguido todas sus reivindicaciones, una mirada a los lugares de trabajo le haría pensar que quizás no. Muchas cosas cambiaron en los últimos treinta años, pero los números siguen mostrando las diferencias: en promedio, las trabajadoras americanas ganan 25 por ciento menos que los hombres que hacen la misma tarea. Y sólo dos de las quinientas empresas más importantes del país son dirigidas por mujeres.

Matices. La escena podría haber sido terrible. Veinte o treinta mil personas se apiñaban en el parque: cada grupo había extendido un mantel sobre su parcelita y comía, sin hablar con los de al lado, sus papas fritas, cocacola, sándwiches de jamón. No había un centímetro libre; salvo allá adelante, cerca del escenario, donde el terreno estaba vallado y sólo podían entrar los invitados especiales, los privilegiados del régimen. Atardecía. En la tarima, una orquesta estatal tocaba clásicos ligeros que se oían poco y mal: el sistema de amplificación no alcanzaba para que la música llegara a todo el mundo y, de todas formas, la mayoría no escuchaba. Nada era muy grave, salvo para los que querían ir al baño: frente a las escasas cabinitas de inodoros portátiles, colas de cuarenta o cincuenta metros desesperaban a los apurados. El olor era rancio.

—Ay, si sabía que esto iba a ser así te llevaba a las Bahamas, honey…

—Así que ahora lo llaman Bahamas. Si la última vez que salimos de viaje fue para ir a enterrar a tu madre, el Señor sea loado.

Por suerte, pensé, esto pasa hoy en Nueva York. Si hubiera sucedido hace quince años y en Varsovia habría sido una muestra más de la crueldad del socialismo estatista.

La misión. En la esquina de la Quinta Avenida y la calle 57 el dorado reina. Aquí, cada metro cuadrado de negocio se alquila por unos 500 dólares mensuales —y es raro el negocio que tiene menos de 200 o 300 metros. Desde esta esquina veo las tiendas de Piaget, Bulgari, Bergdorf Goodman, Chanel, Rolex, Fendi, Warner, Burberry's y siguen firmas: son las marcas de supuesta distinción que dominan el mundo.

—Oye, papi, ¿te parece que nos van a dejar entrar?

Le pregunta una caribeña de rubio oxigenado y brutos tacos a su hombre, un petiso panzón con sobretodo nuevo.

—Bueno, mira, quién sabe.

En la puerta de Tiffany's hay un negro con librea que no detiene a nadie, pero asusta a los que no deberíamos intentarlo. Me parece que somos mayoría de mirones: queremos ver el espectáculo de la riqueza en acto, del consumo verdadero. En el salón inmenso, las joyas lucen sobre fondo de terciopelo rojo, como en los peores tenderetes chinos de Rangún o Colombo. Los cartelitos en las vitrinas son alentadores: "joyas finas: de 500 a 1.500.000 dólares".

—¿Le parece que este broche le va a gustar a mi esposa?

Pregunta un cincuentón de ropas impecables y algo tosco en las manos. El broche de piedras verdes y blancas cuesta unos cien mil y brilla como nada.

—Oh, sí, mister Capozzi. Ella es una mujer tan elegante.

Los vendedores de Tiffany's son mayordomos de un club inglés de película mala: saben jugar el juego. Hay algo excitante y asqueroso en el espectáculo de la riqueza, pero la verdadera riqueza es la que no nos muestran. Es curioso pensar que en el mundo hay gente que vive de forma tan absolutamente distinta y que aquello que para nosotros, clase media, puede ser el recuerdo que dure una vida o un deseo que la recorra entera, para ellos es la banalidad de lo cotidiano. O quizás sea al revés: supieron convencernos de que tenemos que desear lo que ellos hacen.

—Sí, pero ya está un poco cansada de esmeraldas.

Aunque sospecho que acá vienen los que quieren creer que son ricos. Los realmente ricos no tienen tiempo ni ganas de mezclarse con

la masa: son los que van al joyero Verdura, en esta misma esquina pero en un piso 12: Verdura no recibe a nadie que no tenga cita previa, y es muy difícil conseguirla. O a ese agente de viajes —capaz de organizarles cualquier cosa— que les pide 10.000 dólares de inscripción, sólo por el privilegio de estar en su cartera de clientes, y no siempre los acepta.

Esos son los ricos verdaderos: los 225 fulanos más ricos del mundo tienen un billón —un millón de millones— de dólares: el ingreso anual de la mitad de la población del mundo. Los verdaderos ricos tienen sus propios canales de consumo: en general. En la puerta de Tiffany's un policía democrático le dice al chofer de una limusina interminable que circule. El chofer tiene un traje oscuro caro y anteojos de asesinar en piazza Spagna; cuando ve que no tiene más remedio, llama por celular a su patrona:

—Señora, no se preocupe, de alguna manera voy a estar cuando usted salga.

Él tiene una misión, y va a cumplirla.

Saber. El jueves pasado, un electricista retirado de Chicago se ganó el mayor premio de la historia de la timba mundial: 195 millones de dólares. Frank Capaci contó que, como estaba aburrido, pasó por su bar habitual y una camarera le ofreció un boleto: le sobraban cinco, y lo compró. Ahora hace planes y dice que, desde ya, ninguno de sus amigos va a pagar un trago nunca más en su vida. Los medios cubren ampliamente su historia: en el *New York Times*, uno de los vivos que nunca faltan se ríe de los idiotas:

—La lotería es un impuesto a los que no entienden nada de matemáticas.

Dice un profesor de matemáticas de la Universidad de Chicago, porque hay sólo una chance en 80 millones de ganarse el premio. Capaci no sabía. Por suerte, siempre hay gente que sabe, y puede opinar muy bien sobre las cosas.

Los puros. Me gusta la imagen levemente patética de esos hombres y mujeres que fuman, en los zaguanes de los grandes edificios de

oficinas: ver cómo la ideología de la salud ha creado sus propios monstruos y, ahora, quien quiera fumarse un cigarrillo tiene que ponerse al margen, dejar por un momento su lugar, su trabajo, escaparse para entregarse al vicio.

—Resulta que van a prohibir el cigarrillo antes que las armas.

Dice una chica de tailleur azul oscuro, y sus dos compañeras se sonríen. Es curioso, interesante, ver cómo los puros siguen persiguiendo a los impuros, como siempre.

Idiocia. Ese señor tenía los ojos más amables, más tristes esta noche. Sin odio fuerte, parecían: con un poco de susto, compasión y el dolor. Ese señor tenía las doce plagas de Egipto en sólo sus dos ojos.

También tenía una kipah sobre la calva, la barba y las patillas de rulo alborotado, los anteojos gruesos, el saco raído, y se abrazaba a un bolsito de tela de jean bastante roto. Debía tener unos setenta años: la edad justa para haber perdido a toda su familia en Auschwitz o en Treblinka. No me animé a preguntarle: no habría podido, no habría sabido cómo.

Quizás, en realidad, ese señor pensara en el negocio que falló, el hijo que se fue, la mujer muerta. Quién sabrá. Pero yo vi en su cara toda aquella historia y, después, me maltraté una vuelta: ¿por qué será que somos tan cortitos, tan pobres, que una historia sólo termina de ser cierta, de ser un dolor, cuando la vemos en la cara de un fulano? ¿Por qué será que somos tan idiotas?

América

MEMORIAS DEL SUBSUELO

—¿Qué habían hecho?

La sala está oscura y llegan, desde el fondo, ruidos como de ejércitos marchando. También hay gritos, en sordina, y jirones de un himno que parece nazi. Desde una pantalla, cadáveres de Auschwitz me miran con muy poco interés, pero me exigen que los mire. Son sólo ojos y huesos, uniformes rayados y más huesos. A mi lado, una negra gordísima dice que esto es muy exciting, pero todos los demás hablan en susurros o no hablan.

—¿Qué habían hecho?

Le pregunta de nuevo a su madre un chiquito como de siete u ocho, con los ojos cerrados para espantar fantasmas. La madre lo mira y no sabe cómo contestarle. El chico abre los ojos, con cuidado, despacio, y los vuelve a cerrar.

"Las cosas que vi sobrepasan cualquier descripción. Pero quise verlas para poder dar testimonio de ellas si alguna vez, acaso, en el futuro, se desarrolla la tendencia de pensar que estas historias eran sólo propaganda", dijo el general Dwight Eisenhower, comandante en jefe del ejército americano, el 15 de mayo de 1945, cuando llegó al campo de concentración de Ohrdruf, en Alemania: en la pared, una foto lo muestra mirando cuerpos desparramados flacos muertos.

Somos muchos, miramos en silencio. Al fondo, en el aire, el ejército marcha y canta más himnos; delante, en la pantalla, las caras se renuevan pero son iguales: caras de la muerte, ya no de tan distintas vidas. Ahora me llamo, dicen, Franz Monjau, y nací el 30 de enero de 1903 en Colonia, Alemania.

En 1980, ante una iniciativa del presidente Jimmy Carter, el Congreso norteamericano decidió por unanimidad la creación de un Consejo para la Memoria del Holocausto que se ocuparía de recordar a los seis millones de judíos y a los demás millones de víctimas del estado nacionalsocialista alemán: gitanos, polacos, homosexuales, discapacitados, testigos de Jehová, militantes políticos y soldados soviéticos. El Consejo estaba presidido por el premio nobel Elie Wiesel y, poco después, anunció la construcción de un Museo Nacional del

Holocausto.

El museo se abrió hace cinco años: el gobierno aportó el terreno, y los 193 millones de dólares que costó edificarlo se recaudaron a través de aportes privados. El museo es un gran edificio muy moderno y está muy cerca de los centros del poder americano: el Capitolio, la Casa Blanca; por su construcción, por su organización, se lo suele considerar uno de los mejores museos del mundo. Su arquitecto, James Freed, recibió el mandato de diseñarlo con "una belleza artística y simbólica que fuera capaz de producir un efecto visual y emocional acorde con la solemne naturaleza del Holocausto".

Cuando entré al museo, un guarda me dijo que eligiera, en una batea, un "documento de identidad". Hay miles, y cuentan las vidas de víctimas del Holocausto: están ahí para que cada visitante agarre uno y sea, durante su visita, ése.

"Al terminar la escuela secundaria, Franz Monjau estudió pintura en la Academia de Bellas Artes de Düsseldorf. Después se unió a un grupo de vanguardia que se rebelaba contra la pintura tradicional". En mi documento, la foto muestra a Franz Monjau con el pelo corto oscuro desprolijo, la nariz aguileña, los ojos chiquititos, barba mal afeitada y una mirada que se ríe del mundo. En la foto, Franz y yo todavía nos reíamos del mundo.

"Para Franz, la tendencia general hacia el fascismo era temible; también lo asustaba el creciente antisemitismo. Pero como sólo era medio judío, no se preocupó por su seguridad personal", dice mi documento, y dice que lo siga leyendo después de terminar mi visita al cuarto piso.

Que empieza contando, con películas, objetos, fotos, carteles, la situación de los judíos en Europa en 1933 y el ascenso del nazismo. Un cartel explica que en 1933 había 9 millones de judíos europeos; en Alemania, por ejemplo, eran el 1 por ciento de la población pero 11 de los 23 premios nobel alemanes eran judíos. Las fotos, ahora, muestran caras felices, o serenas, o graves: caras de cualquier día.

Sigo caminando, por las salas oscuras, con los gritos de fondo. Un señor mayor se sonríe frente a las imágenes de policías nazis

golpeando comunistas en Berlín, 1933, y estoy a punto de escupirlo. Justo después viene la quema de libros de mayo de ese año. Tras un vidrio, algunos de los volúmenes que fueron a la hoguera: Zweig, Einstein, Freud, Mann, Marx, Brecht, Hemingway, Dos Passos. En el video, los jovencitos que los queman están entusiasmados y sonrientes: la están pasando bien. "Ahora el pasado yace en las llamas", los arenga Goebbels mientras tanto. Los jóvenes nazis son tan rubios bonitos, y las chicas tienen trenzas preciosas y cantidad de dientes y todos tan sanitos: belleza espeluznante.

Después viene el principio de las políticas racistas, los escritos científicos que las sustentaban, la esterilización forzosa que purificaría la raza aria. Y el relato de cómo los judíos alemanes, acosados, se fueron volviendo cada vez más sionistas, y cómo Gran Bretaña, Australia y Estados Unidos, entre otros, no hicieron ningún esfuerzo por recibir a los que trataban de escapar. En esos días el peligro ya estaba muy claro, pero no quisieron.

"Entre 1933 y 1938, unos 40.000 judíos encontraron refugio en América: sólo una fracción de los que lo intentaron", dice un cartel. "Estados Unidos podría haber recibido muchos más, pero no lo hizo. Atado por las cuotas de inmigración, influido por el sentimiento popular contra los inmigrantes y maniatado por el antisemitismo, el gobierno americano permaneció inconmovible en su falta de voluntad de ayudar". En esos días, el 94 por ciento de los americanos estaba en contra del nazismo en Alemania, y el 77 por ciento estaba en contra de recibir más judíos en América. Y no les parecía contradictorio. Pensaban, parece, que no era su problema. La idea me suena conocida.

Los judíos no tenían adónde escaparse. Me acuerdo de uno de los chistes más amargos que conozco: Lisboa, 1939. Un judío alemán que ya ha pasado, en su huida, por Austria, Italia, Francia, España, llega a una agencia de viajes y pide un pasaje.

—Sí, señor, ¿para dónde?

—No sé. ¿Qué tiene para ofrecerme?

El agente, entonces, ampuloso, le muestra un mapamundi.

—¿Y esto es todo?

Pregunta, decepcionado, el fugitivo. Entonces, cuenta el museo,

empezó la guerra con la ocupación nazi de Polonia: “Mis ejércitos tienen órdenes de matar sin piedad ni compasión hombres, mujeres y niños de origen e idioma polacos. Sólo así ganaremos el espacio vital que necesitamos”, dijo, en esos días, Adolf Hitler. El tono estaba dado, y las paredes están llenas de fotos de polacos muriendo. Por momentos se me hace insoportable. Hay cada vez más gente a mi lado, y más silencio. Cuando las fotos muestran cuerpos de chicos discapacitados que los nazis mataban para mejorar su raza, varios a mi alrededor sueltan suspiros tremebundos. Somos muchos, muy amontonados: cuando nos empujamos o nos pisamos nos pedimos disculpas con amabilidad casi exagerada, como queriendo marcar la diferencia con lo que estamos viendo, y la identificación entre nosotros. Somos, ahora, los que estamos sufriendo este pasado, y eso nos une por un rato. Aunque no sepa quiénes son los demás, por qué vinieron. Empiezo a admirarlos por estar acá, a preguntarme por qué estamos acá, esta mañana de sábado, de sol, de primavera, tantos.

Afuera, del otro lado de la avenida que va hasta el Capitolio, unos señores de corbatas oscuras estaban inaugurando el Ronald Reagan International Trade Center. El edificio era enorme y olía a plástico nuevo; los señores en cambio olían a tumba elegante con mucho verde alrededor y entregaban diplomas a los obreros que habían trabajado en la construcción del edificio: todos negros. Por el medio de la avenida pasaba un blanquito muy flaco con las mandíbulas desencajadas por el jogging; tenía una camiseta que decía que él también se había acostado con Clinton y una pollerita de jean abotonada por delante. Bajo los árboles de la avenida, bandadas de chicos negros con uniformes de todos los colores templaban sus tambores para un desfile de escuelas pobres: los chicos tocaban como si todos los dioses del África se hubieran muerto de una sobredosis de mandioca seca: sin el menor ritmo. Afuera, parece, nada corre peligro.

“1933-1939: Hitler se vuelve canciller de Alemania cuando Franz cumple treinta años —dice la historia de mi vida como Franz Monjau —. Cinco meses después, Franz fue arrestado. Por las leyes nazis, lo

clasificaron como ‘mishlinge’ —raza mezclada— y le prohibieron pintar, exhibir o enseñar. Su mujer también fue apartada de la escuela donde trabajaba porque estaba ‘casada con un no-ario’. El director de un museo empleó a Franz en secreto, pero la Gestapo lo descubrió y Franz fue despedido. Cuando empezó la guerra, los nazis lo mandaron a hacer trabajo forzado en una fábrica”.

Entro al tercer piso asustado: es raro. Sé lo que va a venir, pero tengo miedo y una especie de estúpida esperanza de que no suceda. En la entrada del tercer piso me recibe Ana Frank. Es una puñalada.

En sus cinco fotos, Ana Frank tiene los dientes un poco salidos, ojos grandes, labios muy dibujados, el pelo oscuro y la sonrisa tonta de quien no tiene por qué saber que esa foto se va a volver un símbolo.

—¡Ah, Ana Frank!

Dicen cuatro señoras de joggings de colores y zapatillas de alunizar, aros entre el violeta flúo y la hojalata muy brillosa.

—Ay, sí, pobrecita. Si por lo menos ella se hubiera salvado…

Es la noche de los lápices judía: siempre es más fácil compadecerse de una que de seis millones. Después viene un trozo del muro que encerraba el ghetto de Varsovia, cartas desesperadas de los que esperaban el traslado a Treblinka, relatos y fotos de los muertos, obreros del ghetto que van a trabajar tratando de suponer que no va a ser tan grave, chicos que juegan, mujeres que cocinan lo que pueden y la historia de cómo la visita de la Cruz Roja al ghetto de Theresienstadt, en Checoslovaquia, impulsó a sus guardianes a ponerlo presentable: construyeron barracas nuevas, plantaron árboles y flores, pintaron casas y mandaron a casi todos los presos a la muerte, para que el ghetto no pareciera demasiado lleno. Yo miro a los de al lado: todo el tiempo, los miro. Me intrigan, y me pregunto si les da vergüenza o piensan que estas cosas las hacen siempre otros, lejos, muy distintos.

—Si yo los hubiera agarrado, a estos nazis… Te juro que los mataba a todos.

En una pantalla, cinco o seis hombres de sacos andrajosos caminan por un paisaje desolado rodeados de soldados alemanes: un oficial SS agita una mano y grita algo y los hombres empiezan a correr hacia el

borde de la fosa donde están por matarlos. Me pregunto cómo se consigue que alguien corra hacia su muerte. ¿Amenazándolo con qué, prometiéndole qué, para que corra hacia su muerte? ¿Asustándolo cómo, confortándolo cómo, para que corra hacia su muerte? Las imágenes son intolerables, y no puedo despegar los ojos. Junto a la fosa, dos o tres soldados charlan y hacen chistes; otros disparan y los hombres que corrieron ruedan, caen, se pierden en la fosa. Un cartel dice que los escuadrones móviles de la muerte alemanes mataron a 1.200.000 judíos —y comunistas y homosexuales y gitanos— en el este de Europa.

A mi lado una chica rubia pintadita entorna los ojos y resopla, como quien dice qué carajo estoy haciendo acá. En la pantalla, tres mujeres desnudas junto a la fosa se cubren las tetas con las manos. ¿Qué cubren, qué pudor conservan, qué quieren tapar al borde de la fosa? Después caen, con los brazos abiertos, sobre cuerpos deshechos. En la fosa hay cientos de cuerpos desnudos de mujeres, apilados, despatarrados, muy enteros deshechos, y un soldado alemán les tira una colilla de cigarro y se va a seguir con su trabajo. Las imágenes vuelven a empezar: los hombres corren. Es insoportable, y no puedo dejar de mirarlos. Quizás, me digo, estúpido, por un momento, si miro y miro y miro sus muertes habrán servido para un poco más. No me convenzo.

Todos vamos despacio: nuestros movimientos son lentos, como apesadumbrados, como si cualquier gesto vivo fuera a ser una ofensa. Entonces me meto en un vagón de carga de madera, de los que usaban los nazis para llevar judíos a la muerte: hay un olor rancio, como a madera con sudor todavía, y muchas fotos de las caras tan desalentadas, hoscas, rabiosas de los que iban llegando. Las sacó un sargento SS que, seguramente, tenía veleidades artísticas. Un chico chino les toca las caras con la mano abierta, como en una caricia, y se escapa corriendo. Su madre no lo reta.

—Y también recuerdo cuando entré en ese edificio donde trabajaba y, por primera vez en semanas, vi un espejo. Y me miré en el espejo y, y, y… fue de las peores cosas que me pasaron en mi vida: no me

reconocí. No pude reconocerme.

Dice la voz de un hombre, sobreviviente de Auschwitz, mientras recorro la reproducción de un dormitorio del campo.

—Y lo sorprendente es que… Que nunca lloré a mis padres. Nunca los extrañé, mientras estuve ahí nunca supe lo que les pasó. Era como si yo fuera otro, otro ocupaba mi cuerpo. No me importaba si iba a vivir o no, no me importaba nada.

Dice otra voz y no sé por qué, también entonces, se me saltan las lágrimas. Alrededor todos caminan con pasos muy pesados, las caras bajas, evitando diálogos.

—¿Cómo se puede describir la llegada a Auschwitz, el olor? Y después, cuando pregunté cuándo iba a ver a mi madre… Hacía unas horas que habíamos llegado al campo, y me mostraron el humo que salía de una chimenea. Ahí está, me dijo el soldado. Ahí se está yendo.

Un tipo de pelo muy rapado pega un grito como de fastidio y sale corriendo. No entiendo lo que dijo pero, por un momento, casi quiero que haya dicho que son todas mentiras para poder pegarle. Sería bueno que hubiera dicho eso, para poder pegarle. Encontrar un enemigo, supongo: una manera de descargar tanta tristeza, tanta bronca.

Estoy en lo peor, en la parte que simula Auschwitz: los techos bajos de madera, los catres apilados, las fotos de los prisioneros apiñados en esos mismos catres, la maqueta de los hombres y mujeres haciendo cola ante las cámaras de gas, entrando despacio, desnudándose para la supuesta ducha, doblándose, retorciéndose, protegiendo a un hijo o una madre, ahogándose en la asfixia del gas, pataleando, muriéndose. Y después la maqueta de los prisioneros encargados de recoger los cuerpos de los suyos para llevarlos a quemar, la duda: ¿cómo podían hacerlo? Otra vez: ¿bajo qué amenazas, qué promesas? ¿Yo llegaría, en esa situación, a hacerlo? Sé que no sé, y la duda es una mierda.

Avanzamos con desesperanza. En un pasillo hay una pila de zapatos: los zapatos que los verdugos les sacaban a sus víctimas en Auschwitz. Son cientos de zapatos: marrones, negros, hundidos por el tiempo. Botas con los cordones rotos, borceguíes remendados, zapatos con

agujeros que ya llevan allí más de cincuenta años. Los agujeros persisten en el tiempo. En medio de ellos, una sandalia como de baile, ligera, blanca, con tiras de perlitas falsas. No soporto la idea de esa chica que llegó a Auschwitz con sandalias de perlitas falsas.

"Todavía en agosto de 1944", dice otro cartel, "el subsecretario de Guerra de los Estados Unidos, John McCloy, rechazó los pedidos insistentes de que su aviación bombardeara las cámaras de gas de Auschwitz, donde estaban ejecutando a unos mil prisioneros por día: 'Esa operación sólo podría hacerse distrayendo una cantidad considerable de aviones ahora comprometidos en operaciones decisivas contra otros objetivos'", dice su respuesta, muy oficial, y el cartel del museo norteamericano del Holocausto la muestra: con vergüenza, supongo, pero la muestra.

La solución final no tuvo quién la detuviera. Es el final del tercer piso: mi vida como Franz Monjau está en peligro.

"1940-1944: Franz y su mujer consiguieron conectarse con los resistentes antinazis. Pero entonces su mujer fue trasladada a Berlín para trabajar en un hospital militar. En 1943, un bombardeo aliado destruyó la casa de los Monjau y casi toda su obra. Su madre, una judía convertida al catolicismo, fue deportada al ghetto de Theresienstadt. Los bombardeos siguieron. Franz se escondió cuando los nazis empezaron a deportar 'mischlingen'. Fue denunciado en el otoño de 1944, internado en un 'campo de educación y trabajo' y después deportado al campo de concentración de Büchenwald". Estoy fregado. Asustado, ahora, como un tonto.

El segundo piso, el último de la muestra, intenta ser un bálsamo. En el segundo piso los alemanes van a perder la guerra y hay historias de gentes que ayudaron a los perseguidos a esconderse, escapar, sobrevivir. Hay más luz, al fondo se oyen gritos y no son de miedo. Los carteles y fotos y filmaciones cuentan sobre la resistencia en Francia, Dinamarca, Lituania, Alemania: un grupo de estudiantes de Múnich reunidos en una plaza unos días antes de que los agarraran y ejecutaran, febrero de 1943: parecen tan chiquitos. Una revuelta contra los nazis que querían deportar judíos en Copenhague, en esos

mismos días. Las armas casi caseras de un grupo de guerrilleros italianos. Los panfletos de una organización de católicos polacos que ayudó a escapar a cientos de judíos. La necesidad de contar que, pese a todo, algunos resistieron: el alivio de verlo. Al final, otras pantallas cuentan el juicio de Núremberg, el castigo a los jerarcas nazis, la ejecución de Eichman; después, una colección de dibujos y pinturas del ghetto del campo de Theresienstadt, donde murió la madre de Franz —por un rato, mi madre. El optimismo es relativo. Esta mañana el diario contaba la historia de la hija de un comerciante judío polaco muerto en un campo de concentración: en 1946, cuando quiso ir a retirar el dinero que su padre había depositado antes de la guerra en el Credit Suisse, un banquero le dijo, de mala manera, que no le daría nada si no le presentaba un certificado de defunción. Recién ayer, después de más de cincuenta años, la señora Sapir consiguió que le devolvieran su plata. Y tanta gente sigue depositando —escondiendo — la suya en el Credit Suisse. El optimismo es relativo.

Estoy por irme. Hace seis horas que estoy acá adentro y de verdad no lo soporto más. El museo, en ese sentido, es perfecto: intolerable, perfecto. Ya saliendo, me vuelvo a preguntar por qué no hay un museo como éste en la Argentina. ¿Sólo por falta de medios, de dinero, de recursos técnicos? Quizás, también, por la misma razón por la que alguna vez dije que no se podía hablar de “holocausto” en la Argentina. El Holocausto fue la matanza de gente que pertenecía a una cultura, a una religión, pero no había hecho absolutamente nada para amenazar al régimen que decidió liquidarlos. Gente que no había decidido enfrentarlo. En la Argentina, en cambio, los militares mataron, sobre todo, a los que creyeron que los amenazaban: a los que habían decidido pelear para hacer un país distinto. Las víctimas no fueron sólo víctimas. No fueron sólo objeto de su crueldad; fueron, también, sujetos que decidieron algo. Por eso son, todavía, para muchos, menos “inocentes”. Por eso, supongo, sería más difícil contar su historia en la Argentina. Habría que hablar de por qué los mataron, qué querían, quién salió ganando con sus muertes.

Ya me voy, y tengo que dar vuelta la última página. No quería, pero

leo: “Franz murió en las barracas de experimentos médicos de Büchenwald el 28 de febrero de 1945. Su última nota a su mujer, que alguien consiguió contrabandear fuera del campo, decía: ‘Estoy en Büchenwald. Te deseo todo lo mejor. Franz’”. Y así termina.

En la calle, a la salida del museo, sigue habiendo sol. El Capitolio cerca, la Casa Blanca cerca, los ladridos de un perro. En la vereda, muchos aprovechan para fumarse un cigarrillo, comerse un pancho, atreverse a un comentario banal o incluso un chiste. Una chica y un chico de veinte, anteojos negros y remeras muy blancas, cuerpos bien hechos rubios americanos saludables, se abrazan sin sonrisa, con la mirada acongojada.

—¿Por qué pasaban estas cosas?

—No sé, era como otro mundo, ¿no?

—¿Cómo otro mundo?

—Sí, yo te voy a explicar.

Le dice él, y se queda en silencio.

(1998)

Berlín

AL ESTE DEL PARAÍSO

En Berlín hay grandes parques donde cazaba el Kaiser y grandes avenidas por donde corrían los vientos de la historia y muchos tanques rusos. Hay palacetes refinadísimos en los que se prepararon sinfonías maestras o la solución final de los campos de exterminio, y barrios de edificios antiguos ocupados por artistas marginales y marginales sin el menor arte. Hay ruinas conservadas para memoria de la guerra y gigantescos socavones donde se está edificando el nuevo centro del viejo continente. Hay discotecas en los sótanos inundados de un cuartel casi obsceno y pequeños restaurantes de campo junto a un río, entre flores y el trino de los pájaros. Hay grandes tiendas que venden lo que el mundo todavía ni sabe que desea y tenderetes moros que ofrecen remedos de una historia que sus clientes empiezan a olvidar. Hay prostitutas de colores flúo que se venden en el medio del medio y parques nudistas donde nadie atiende a las desnudeces del vecino, hay calles posnucleares y avenidas brillantes, monobloques siniestros y canales con patos holandeses. Está el negro negro y el verde pradera, el rojo sangre y el rosa marmolado, el ocre cochambroso y el blanco refulgente del capó de un mercedes. Y todavía se ven por todas partes, aunque intenten borrarlas, las huellas de cuando había dos ciudades, dos mundos enemigos.

Esa mañana, yo había atravesado la ciudad: había visto cómo las casas se descascaraban lentamente a medida que avanzaba hacia el este, cómo las ropas, cómo las caras se descascaraban lentamente y los dos países iban apareciendo detrás de la pintura demasiado nueva. Los hombrecitos estilizados de los semáforos occidentales se transformaban en gorditos con sombrero y los bluyíns se convertían en esos clásicos soviéticos, pregastados con grandes manchas de lavandina socialista. Al final, en los suburbios más remotos, los edificios parecían importados de Bucuresti o Volgograd. Y después había viajado una hora por carreteras arboladas entre prados cultivados y autos proletarios abandonados en la banquina, hasta llegar al campo.

En la entrada del campo de concentración de Sachsenhausen hay un cartel que dice, como era de rigor, *Arbeit macht frei*: el trabajo libera.

El campo de Sachsenhausen está en la antigua RDA, a cincuenta kilómetros de Berlín, y es un campo chico: sólo murieron cien mil personas. En el campo hay calabozos subterráneos, instrumentos de diversas torturas, hornos crematorios, cenizas mezcladas y muchos carteles que te explican que los nazis eran tan malos y mataron a tantos resistentes alemanes tan heroicos. También hay fotos de agonizantes esqueléticos, estrellas rojas, estrellas amarillas, un bunker de ejecuciones con cinco horcas mecánicas y un camino especial de los peores guijarros que los prisioneros tenían que recorrer, para ser útiles, diez horas al día con veinte kilos a la espalda para probar los zapatos que usarían nuestros muchachos en el frente ruso. El campo de Sachsenhausen está en las afueras del pueblo de Sachsenhausen, casi rodeado de casas: formaba parte de ese pueblo.

—Sí, ese era mi pueblo. ¡Qué casualidad, qué espanto!

Esa misma noche cenaré en casa de una pareja de intelectuales berlineses y cuando comente, casi por azar, mi visita a Sachsenhausen, él dirá que vivió toda su infancia en ese pueblo, muy cerca del campo. Y su mujer le preguntará, como si nunca se le hubiera ocurrido:

—¿Y no sabían lo que estaba pasando?

—Yo tenía siete años cuando terminó la guerra, era muy chico.

—Pero tus hermanas mayores sí debían saber.

—Bueno, ellas verían algo, gente que llegaba, pero…

—¿Y tu padre no les decía nada? Tu padre siempre dijo que el que no sabía era porque no quería.

—No se podía hablar de eso con los hijos. Hubiera sido un suicidio, como entregarse en la puerta del campo. No se podía hablar con nadie, ni con uno mismo.

Dirá el hombre, y beberemos vino blanco. Pero ahora, el campo de Sachsenhausen languidece en medio del verano, desierto, bajo el sol y un viento desolado y todo allí parece, por una vez, estar claro. En el campo hay, en un puesto a la entrada, un pelirrojo de mirada perdida y pata de catre que trabaja de dar informaciones que nadie le pide sobre los mecanismos de la muerte. Tiene una barba roja y el pelo revuelto y habla sin mirar, con las manos enterradas en los bolsillos, de un doctor Adler que ensayaba trasplantes de ojos con los

prisioneros. En el campo de Sachsenhausen hay, incluso, un monumento reciente con una inscripción de bronce que asegura que esas cosas nunca se repetirán y propone la paz y promete “la Muerte para los Enemigos de la Patria”.

Kreuzberg es un barrio de Berlín occidental construido hace un siglo para los obreros de la floreciente industria prusiana. Ahora en sus calles anchas y secas viven sobre todo turcos, jóvenes marginales, viejos y Osvaldo Bayer. Hace calor, y Bayer me habla de sus vecinos, del borracho que trata de pegarle a su mujer pero siempre pierde la pelea, de la pareja de drogones en la que ella quiere un hijo y él mirar el fútbol en la tele, del hombre solo y sin trabajo que se fue de vacaciones a las Maldivas, de las familias turcas y de Frau Kran.

Frau Kran tiene todos los años del mundo pero no se viste de negro. Su marido murió al principio de la guerra, en 1939, y a Helmut, su hijo, lo convocaron en el 44, cuando tenía diecisiete. Helmut nunca volvió; en el 46, Frau Kran recibió a un hombre grandote y mal afeitado que le dijo que era el sargento de Helmut y que a Helmut, con todos sus compañeros de diecisiete, lo habían matado a palos campesinos polacos en el bosque de Spreewald. Ella no quiso creerle, lo insultó, le gritó que por qué estaba vivo. Frau Kran siguió convencida de que su hijo vivía en alguna parte: quizás en Rusia, casado con una rusa y por eso se avergonzaba y no quería volver.

Veinte años después a Frau Kran la llamaron de una repartición oficial para certificar que su hijo había muerto en la guerra, pero ella preguntó dónde estaba el cuerpo. No había cuerpo, y ella siguió esperando. A veces, me dice Bayer, ella le cuenta sus historias porque él, Bayer, es de 1927, de febrero de 1927, como Helmut, y ella lo adivinó cuando lo vio y piensa que así va a ser, tal vez, Helmut cuando vuelva. En la casa, además, vivía hasta hace poco el jefecito nazi que mandó a Helmut al frente: era el responsable de manzana y en sus tiempos los llamaban faisanes dorados, por el uniforme que usaban y las ínfulas. Cuando se murió la esposa del faisán dorado, de cáncer y gritando, Frau Kran dijo que había sido el justo castigo del Señor.

Frau Kran odia a los nazis, siempre lo dice, porque le sacaron a sus hombres, pero hace poco, cuando una construcción americana reciente se vino abajo en un barrio cercano, ella subió los cuatro pisos por escalera para decirle a Bayer si se había dado cuenta de que ahí al lado estaba el aeropuerto de Tempelhof, "que había construido el Adolfo, y que ese sí que no se caía".

Frau Kran odia a los nazis, pero no le gusta que los turcos empiecen a cocinar a las ocho de la mañana y le llenen el departamentito de olores extranjeros, ni que sus hijos jueguen y griten en el patio, ni que las mujeres no se saquen esos trapos de la cabeza porque deben andar sucias, así que en las últimas elecciones municipales votó a los Republicanos, el partido de la extrema derecha nacional.

—En Córcega, durante la guerra, tuve peleas cuerpo a cuerpo: es como un trip. La presencia de la muerte es una fuente de impulso vital. Los jóvenes tienen que volver a encontrar una relación con su cuerpo: deben desafiarlo, trabajarlo, hacerlo de acero.

Dijo, en una entrevista reciente, Franz Schönhuber. Schönhuber fundó el Partido Republicano en 1983, cuando lo echaron de la radio bávara por haber publicado un libro que defendía a las SS: *Yo fui uno de ellos*. Ahora, su caudal electoral oscila, según las regiones, entre el 5 y el 15 por ciento. En las últimas elecciones municipales de Berlín, el 24 de mayo, sacó el 6 por ciento en la zona oriental, y el 10 por ciento en la occidental.

—Hay algo que me hace distinto de ese hombre.

—¿De quién?

—De Hitler, hay por lo menos una diferencia. Él no fue un patriarca porque un patriarca no manda a la muerte a la gente que ama. Pero no sólo los alemanes cometieron crímenes, y no deberían pasarse toda la vida de rodillas.

—Usted suele decir —azuzaba el entrevistador del *Zeit*— que, tras dos tentativas fallidas, ahora los turcos pueden conquistar Europa.

—Eso harán, si los alemanes no logramos detenerlos.

En Wannsee, el viejo barrio residencial del norte de la ciudad, hay bosques de robles y tantos mercedes y porsches y rolls junto a las

casas de los ricos embarradas de flores kodachrome. En una mansión en medio de esos bosques de cuento Himmler, Heinrich, Eichmann y otros acordaron, en 1940, la "solución final para el problema judío". La mansión da al gran lago, lleno de veleros y tablas y se ve, del otro lado, un balneario que construyeron los nazis y que, en aquellos años, fue la primera playa nudista de Alemania.

Ahora, en cambio, la playa sirve para que los berlineses ensayen sus próximas vacaciones en la Costa del Sol. En la playa hay sillones de mimbre con extraños tolditos y banderas, millones de cuerpos escarlata, niños que berrean y rubios que juegan a las bochas, leen revistas del corazón, cortejan a otros rubios, hacen crucigramas, usan colores flúo y panzas de cerveza, se corren y se ríen, se calcinan. En la playa hay, también, un complejo sistema de tachos de basura: en los buenos viejos tiempos el Oeste le pagaba al Este para que se llevara su basura, pero ahora ya todo es Alemania y en cualquier lugar, en cualquier casa hay una media de media docena de tachos de basura diferentes: para vidrio, para plástico, para latas, para cartón, para despojos naturales, para basura. La ecología también es una forma de dividir el mundo en clases. Incluso el papel higiénico tiene cada dos hojitas un cartel que dice que es reciclable, y es tentador imaginarse a probos germanos disfrutando en la taza de esa prueba de su superioridad moral, pero ahora, en la playa, en mis ojos, una rubia de dieciséis se ajusta con una mano el corpiño negro sobre una teta muy blanca porque se está revolcando sobre toallas en la arena con su novio de diecisiete y se le escapa, por momentos, esa teta y él tiene otra toalla cruzada sobre la malla breve, para cubrir algo y ella los dientes anchos y salidos y rulos rubios y una idea sensata de lo que hay que respetar y por eso se trenza con toda la ferocidad necesitada pero se arregla, se cuida, se atrapa con el corpiño negro la teta tan blanca que se le escapa y salta.

Y se ríe, porque sabe que está haciendo algo que debería desear, se ríe con esa risa nerviosa de quien está llegando a los misterios y detrás corren unos chiquitos rubios desnudos y después se separan y al ratito él le pega suave, la empuja para que la pelea se transforme en revolcón otra vez y ella tiene muchas pecas en los mejores sitios y él

es flaco con largos pelos en las piernas y ningún glamour y dos grandotes turcos los miran y está claro que no les vendría mal la toalla, también, sobre el slip pequeño, muy pequeño. Y los rubios se revuelcan más y hablan muy poco y casi no se miran y ella vuelve a calzarse el negro sobre la blanca de pecas y ahora sabe que la estoy mirando y no me mira pero sonríe de otra manera, de lo que ya se sabe no de los misterios, y él me ve.

—¿Querés un whisky?

Ha pasado un rato, cinco, diez minutos, y los dos turcos de mallita leopardo se acercan a mi lugar y me preguntan si soy escritor y escribo sobre la gente, porque me han visto tomando notas y les gusta que alguien escriba sobre la gente, y me invitan un JB que sacan de un termo rojo y me dicen que no son turcos sino sirios y que pidieron el refugio en Alemania porque son desertores del ejército.

Galli llegó primero, hace cuatro años: se bajó del avión en Berlín Este, pidió el asilo y lo mandaron ipso pucho al Oeste, donde todos eran tan demócratas y tenían que aceptarlo. Cientos de miles llegaron así, como precio a cierto discurso de la RFA, y recibieron asilo, dinero del estado y un alojamiento gracias a una ley de la posguerra, de la época de la culpa, que ahora casi todos lamentan y están tratando de anular. Para Abdul fue más difícil, porque cuando llegó ya no estaba el muro.

—Me tomé un avión desde Túnez a La Habana pasando por Berlín y ahí me escapé, sin papeles ni pasaje, y me entregué a la policía. No me querían aceptar, estuve cuatro horas rogándoles de todas las maneras, y ahora mi dossier está en estudio.

Después de años en una residencia para refugiados —el blanco favorito de los neonazis— Abdul y Galli acaban de encontrar un departamento que comparten. Ahora están trabajando en la cocina de una pizzería.

—Es un trabajo duro —dice Galli—: los de acá no quieren hacerlo. Cuando te ofrecen un trabajo tenés que ir a una oficina del gobierno y registrarlo. Ellos buscan si hay algún alemán que lo quiera hacer o si no un europeo. Si nadie lo quiere, nos lo dejan. Es la última basura,

pero es lo que hay.

Abdul tienen el pelo muy rizado y pegado a las cejas, los labios anchos, los ojos grandes y asombrados. Galli es más blanco, jopo con brillantina y un aire astuto que quizás sea fenicio. Son como chicos Pasolini, con sus slips leopardo. En la pizzería les pagan casi cien dólares por día por doce o trece horas de trabajo, seis días cada semana. Les pregunto si sienten algún rechazo, algún racismo y se miran y se callan y después dicen que no.

—¿Y tienen muchos amigos alemanes?

—No, ninguno.

Me divierte que sean sirios. Les pregunto si escucharon hablar de Menem y me dicen que claro, es muy famoso en su país, todos lo quieren.

—¿Aunque pelee en la guerra del Golfo con los occidentales?

—Yo no sé lo que hace —dice Abdul, con su JB en la mano en vasito de plástico—, ni me importa, pero todos estamos muy orgullosos de él porque es un sirio que logró ser presidente de otro país.

El sol ya está cayendo, enfrente, detrás de la casa de la solución final. La rubia de los dientes y la teta ya se ha ido; al fondo, una familia gorda y alemana bebe champán alemán y se ríe muy fuerte. Tomamos más whisky y Abdul me dice que le gustó verme escribiendo porque él escribe poemas, "poemas de nada", dice, sobre la vida de la gente, y Galli dice que él es cristiano y su amigo musulmán pero que los dioses no tienen por qué meterse con la gente y la gorda de la familia gorda baila con su marido enrojecido. Galli y Abdul dicen que no extrañan.

—Ni a los amigos ni a la familia.

Dice Abdul y le digo si quiere volver alguna vez y los dos dicen que no, que no es un problema de querer porque no pueden, porque es imposible, porque son desertores.

—¿Y es tan duro el ejército en Siria que valía la pena dejar todo para no ir?

—Es que si vas al ejército allá no sabés si alguna vez vas a volver a la vida normal. Acá puede ser que alguna vez, dentro de mucho

tiempo, tengamos una verdadera vida.

Dice Galli, y sirve el último whisky.

En Berlín hay tres millones y medio de habitantes, y los extranjeros se calculan en medio millón. En Alemania, sobre ochenta millones, no pasan de cinco, pero todos los días llegan mil nuevos inmigrantes y, en cuanto las cosas no van perfecto, son el mejor argumento para meter miedo a los germanos.

Es cierto que desde el siglo v, cuando la caída del imperio romano produjo un gran reacomodamiento de la población —las "invasiones bárbaras"—, no había en Europa movimientos migratorios de tal amplitud. Los extranjeros —árabes en Francia, caribeños o hindúes en Inglaterra, turcos y últimamente polacos y rumanos y rusos en Alemania— se multiplican mucho más rápido que la población local y, en algunos casos, se mezclan con las capas más pobres y van cambiando modelos tradicionales. Si la tendencia se mantuviera, quizás Europa se volverá, en cien o doscientos años, un gran continente mestizo: el racismo actual sería entonces un remedo de las débiles murallas de los romanos del siglo v.

Un profesor universitario, blanco, hispanoparlante, que no quiere que dé su nombre "porque las leyes de extranjeros son muy duras con los que se meten en cuestiones internas", me cuenta que el otro día lo visitó un plomero germano muy cuadrado.

—Gente como usted necesitamos que venga a este país, Herr Professor.

—¿Por qué?

—Porque usted es un doctor y es blanco. Los negritos no molestan tanto, porque los agarramos recién salidos de los árboles y les podemos enseñar a trabajar como alemanes, pero los musulmanes son muy duros, no hay nada que hacer, los turcos son una plaga.

—¿Y qué le hacen los turcos?

—Son muchos, hacen cagar la alemanidad.

Dijo el plomero, tocándose la frente.

—Usted piensa como los nazis.

Le dijo el profesor anónimo.

—No, no tenían que matar tantos judíos, se pasaron. Pero lo demás estaba bien, ellos sabían cómo mantener el orden. Lo que pasa es que el judío siempre anda detrás de la plata.

—¿Y usted cree que Siemens o Mercedes no andan detrás de la plata?

—Pero no son judíos.

Es curioso: le he preguntado a muchos berlineses en qué influyen los turcos, cómo están modificando su cultura, y todos dicen que en nada, que lo único es que los kebabs, los sándwiches de cordero, se han convertido en la fast food de Berlín.

—Por supuesto está el problema de los puestos de trabajo —dice el profesor anónimo—, pero tampoco tanto, porque en general son empleos que los alemanes no aceptarían. Pero hay que ver que aquí, a diferencia de otros lugares, cada vez que hay una crisis la sociedad se bandea hacia la derecha. Y además no tiene por qué haber razones muy notorias: aquello de la racionalidad germana es un mito muy bien mantenido.

Dice el profesor, y después habla de amenazas tan sutiles como la ruptura del silencio, que los alemanes, dice, valoran más que nada.

—Los alemanes saben callarse. Nosotros, latinos, nos ponemos nerviosos ante el silencio, en una conversación el silencio es incómodo, decimos pasa un ángel. Ellos no. Ellos sólo hablan cuando tiene algo que decir.

Dice el profesor y me habla de su cuidado por los cementerios, de la relación tan especial de este pueblo con la muerte y me recuerda lo que me contaba, días atrás, Osvaldo Bayer sobre el cementerio judío de Weissensee, que atravesó las masacres nazis sin accidentes, respetuosamente mantenido y después, por supuesto, me habla, como casi todos aquí, de los problemas y las amenazas de los neonazis y los skinheads y cómo apedrearon hace un par de meses los consulados de Colombia y Ecuador y cómo mucha gente ya no va a determinados lugares, sobre todo si no tiene la piel lavada con extracto de blanco.

—Nosotros ya hemos tenido nuestro primer muerto.

Dice, casi con fruición, y me explica que nosotros es la universidad y que el muerto era un biólogo pakistaní, Mahmud Azhir, y que los

nazis lo persiguieron por la calle y entraron en su laboratorio, donde trató de refugiarse, y lo mataron a palos y después dice que tampoco hay que meter a toda Alemania en la misma caja porque es un país demasiado importante para el mundo actual, demasiado complejo.

—Hace poco estuvo por aquí Darcy Ribeiro y dijo que se quedaba tranquilo porque veía que los alemanes están gordos, tontos, mediocres y aburridos y que sería imposible embarcarlos en algo que pusiera en peligro sus vacaciones en Mallorca.

Dice el profesor, y le pregunto si está de acuerdo.

—En parte, sólo en parte.

Dice, y no me quiere explicar en cuál.

En las calles de Berlín la amenaza no se siente todo el tiempo. Berlín es una ciudad prolijamente reorganizada alrededor de un zoológico y de las ruinas de una iglesia. Allí se arma una cierta urbanidad presidida por el olor preciso de la junk food, vagabundos con discman en el riñón izquierdo y teutonas no mucho más pesadas que una vaca en brazos. Dos paralíticos se cruzan en sus máquinas voladoras y ponen punto muerto para hablar de sus cosas. Los demás caminan como si supieran: deportistas sádicos en shorts de cuero y bicicletas negras, rastas que venden trenzas al mejor postor, madres que han cumplido con sus deberes rubios, perros como floreros, dos viejitas de porcelana fina, veinteañeros en celo, y todo en una mezcla calma, suave, controlada.

Hay grandes tiendas a la inglesa, cafés vieneses, monumentos de piedra prusiana y la sospecha de que todo esto no ha sido todavía y evitarlo no sería, finalmente, necesario. Las calles de Berlín son anchas, aireadas, con edificios bajos, mucho verde y la idea de la ciudad como un espacio higiénico. De vez en cuando aparece un parking o un parquecito donde no corresponde, en los lugares que eligieron los muchachos de los superbombarderos, pero parece como si el orgullo berlinés consistiera más en abrir grandes avenidas, conservar bosques y árboles y erigir de tanto en tanto una tarta de crema con angelotes sobredorados que en erizar el cielo de edificios en punta.

En la esquina de Leibniz y Kant, por ejemplo, dentro de un opel, un gordo inmenso con barba, especie de pavarotti laico con botincitos de fútbol colgando del retrovisor, acaricia a su perro salchicha y le dice palabras tiernas al oído. Más allá, una camioneta pintada de italiano vende helados italianos a una familia rubia y desde la puerta del café billares Kant cuatro jóvenes lechosos escupen en el suelo y dicen que ahora el verdadero enemigo es Dinamarca, cero a dos el domingo. Otros pasan por delante en bicicletas y pantalones cortos, con aire de pícnic. En el café hay señores muy atildados, casi distinguidos en sus trajes de lino y portes altaneros, repeinados, sonrientes, con manos callosas que parecen de otro maniquí. Por la avenida Leibniz pasan tantos mercedes y beemes descapotables como en el mejor sueño americano. Hace unos días, un periodista neoyorquino me decía que debe ser la primera vez en este siglo que sus compatriotas encuentran otros países en los que son más pobres que los nativos de la misma clase.

—Quizás siempre fuimos menos elegantes, sofisticados, educados, mundanos. Pero no más pobres.

Decía el americano mientras caminábamos por la Ku'damm, en el centro comercial de Berlín, entre joyerías de lujo y hoteles de lujo y gran lujo de perros. Todo era, sin duda, de lo más primer mundo, pero delante mío iba una señora con dos hijas de ocho y diez, cargadas de bolsas de verduras y frutas y a una hija se le cayó una bolsa. Cuando me agaché para alcanzársela vi sus caras, la mueca del espanto ante el robo inminente.

Aquella calle estaba llena de mujeres bellas con algún defecto, enarbolando orgullosas un defecto, y de mujeres rubias como apios, verde claro. Algunas llevaban sus cuerpos con desprecio, como si aquel que las mirara no mereciese sino desprecio, piernas largas bajo pollera negra inexistente, un moretón y las zapatillas más grasas, azul pampero. Otras tenían esos cuerpos indecisos, musculitos con carnes colgantes y colores como estruendos, y hombres a su lado con los pelos casposos y un casco rojo de moto bajo el brazo, y otras sabían qué era lo que no querían, y todas, casi todas, mostraban sus formas

de verano con una seducción un poco bruta, como sin malicia, sin sensualidad, pero en aquel paraíso la verdad era otra.

La verdad estaba en lo alto, en el techo del techo, en el último piso de la KaDeWe, la gran tienda de Berlín donde todo lo que ha sido hecho alguna vez se vende como si nunca hubiera sido hecho. Allí, en la superficie de una manzana entera, todos los alimentos y bebidas que en el mundo son desfilaban frente al Kaiser: el arroz salvaje del Canadá a diez dólares los cien gramos, las doscientas mostazas o la pierna de ciervo de Bohemia, las mermeladas de frutos de la pasión o las cuarenta ensaladas de salmones distintos o los vinos de burdeos de un año que sólo está en los almanaques, los esturiones vivos en la pecera de burbujas o el agua de Milano o el té del Tíbet con año de cosecha o los cuatrocientos metros cuadrados de salchichas diversas o todo el resto, todo y, para demostrar que Deutschland über alles es tolerante como ella sola, un surtido completo de cerveza mexicana, japonesa y china.

Por tan gloriosos anaqueles paseaban señoras y señores al borde del éxtasis completo: una negra gritaba y lloraba, feliz, ante una cesta de extrañas frutas rojas, y un arcaico coronel de patillas riojanas no soportaba y bebía cuatro tragos de cerveza sin repetir y sin soplar: había banderas, música vienesa, sonrisas de victoria, espejos para que gordas se retocaran el pelo y la seguridad de que el Hombre tenía un derecho, una tarea. Cada tanto había un puestito donde se podía incluso probar las maravillas, y los parroquianos erraban como zombis; un niño kurdo quería tirarse a la pecera para volverse, por un momento, caro, y yo no lograba abandonar la certeza de que pronto encontraría el estante donde vendían pinchitos de mi propia carne sabiamente marinados en aceite de lino con eneldo virgen.

El KaDeWe resulta, dicen, un símbolo: en el 68, los estudiantes rojos intentaron cargárselo lo más posible; en el 89, los compatriotas orientales llegaban allí en procesión estupefacta para conocer las maravillas de Occidente. Eran los tiempos de la gran banana: mi amigo americano me cuenta que en aquellos días de la caída, cuando se estaba terminando el siglo xx, los del oeste —wessis— iban al muro con grandes cachos de bananas para darle a los del este —ossis— lo

que nunca habían tenido.

—Y no sé si lo peor era la arrogancia con que los wessis les tiraban las bananas a los ossis o la abyección de los ossis atajándolas, o las dos.

Eran los tiempos felices: había champaña, himnos, banderas, discursos que prometían un mañana venturoso. Los políticos europeos empezaban a preocuparse por la potencia que volvía, y algún francés volvió a citar a Paul Mauriac, el que dijo hace veinte o treinta años que quería tanto a Alemania que estaba muy contento de que hubiera dos.

El miedo —el resquemor— ante el gigante sigue desde entonces. Pero sólo después empezaron a aparecer las cuentas, el millón de millones de dólares que viene costando la unificación traducido en nuevos impuestos e inflación en el oeste: por primera vez ya no se trata de negociar cómo se reparte el bienestar sino quién paga los gastos, y por eso las olas de huelgas de esta primavera y el declive de Kohl y su crudeza cuando dice que "un país con la semana laboral más corta de todos los países industrializados, las vacaciones más largas, los estudiantes de mayor edad y los jubilados más jóvenes tiene necesariamente que revisar sus prácticas laborales y sociales". Y sólo después empezaron a aparecer las privatizaciones salvajes a favor de empresas occidentales y la pérdida de servicios sociales, seguridad y empleo en el este: la cantidad de alemanes orientales sin trabajo se calcula entre el 25 y el 35 por ciento: curiosamente, no hay siquiera cifras claras.

Además, para fin de siglo, Alemania será el pueblo más viejo del mundo, con más de cincuenta años de edad promedio. "Si no son los inmigrantes, ¿quién va a pagar nuestras jubilaciones y pensiones?", se pregunta, realista, Heiner Geissler, vicepresidente del Partido Demócrata Cristiano en el gobierno.

Son las once de la noche de martes y las anchas avenidas por las que solía correr el viento de la historia sirven, si acaso, para que los wessis prueben sus porsches con rugidos de foca. Por la Karl Marx Allee sabían desfilar los ejércitos rojos que custodiaban la vanguardia

del mundo del futuro y ahora, a la altura de Lichtenberg, junto a la entrada del bar, hay un cartel que pregunta "¿Qué hacer?" con humor sangriento.

Es un cartel del municipio que explica que "nada funcionará si los jóvenes del este no se instruyen". El "este" no debería existir en los carteles oficiales, pero es difícil hacerse tanto el tonto. Otro cartel, al lado, de una agencia de viajes, muestra un paraíso tropical con mujeres pulposas y pregunta, siguen las preguntas: "¿Y usted se quedó aquí?".

Adentro, en el bar, todo parece ser casi como antes. Las paredes están pintadas de verde agua, con un par de carteles de cerveza, una cornamenta de plástico marrón y docena y media de parroquianos que beben sus chops y gritan, juegan al pool, se carcajean. Todos llevan chancletas y pantalones cortos, camisetas de colores y panzas de exposición. Gritan mucho, se toquetean un poco, sobre todo los hombres. Las mujeres bailotean bajo la música tan alemana de un tragadiscos y desplazan toneladas de aire hacia los lados. Uno se queja de que en su trabajo le pagan mucho menos que a los hijos de puta de los wessis por hacer lo mismo.

—Por eso, tenés que hacer como yo, que no trabajo.

Dice un petiso morrocotudo con más tatuajes que brazo y una gorda le grita que no se haga el vivo, que bien quisiera encontrar él también un empleo. Nada ha cambiado mucho: quizás los horarios. Son casi las doce, y la cerveza sigue. Antes tenían que acostarse temprano, para no faltar. Ahora alguien pide de fumar y uno de los jugadores de pool saca una caja de Kabinet, la marca clásica del este.

—Quería un cigarrillo, dije, un marlboro, uno de verdad.

Dice un grandote con las várices muy marcadas en las piernas lechosas. El otro lo mira, casi triste.

—Si no nos apegamos a lo poco que nos dejaron…

Se apegan. El Partido Socialista Democrático, de Gregor Gysi, un ex comunista inteligente y no demasiado pringado con el régimen, donde militan también ex democristianos y ex socialdemócratas, se ha transformado en el frente del este, una especie de síntesis del nuevo nacionalismo con el que los ossies reaccionan contra el avance

arrollador de los wessis en todos los terrenos. En la parte oriental de Berlín, el PSD sacó más del 10 por ciento en las últimas elecciones, y sigue creciendo.

El mozo limpia de tanto en tanto alguna mesa. Lleva sólo un guardapolvo azul abierto hasta la cintura sobre el pecho lampiño y las pantorrillas macizas con medias y chancletas. Está muy borracho y tiene un ligero aire Walesa, pero no es polaco.

—Que no vengan acá los polacos. Acá sabemos cómo arreglarlos, a los polacos.

El patrón tiene la panza de rigor y no sale de atrás del mostrador de madera berreta. Al fondo, dos tipos, gráciles como osos, están bailando cheek to cheek, embebidos en cerveza. Tienen los pelos un poco largos en la nuca, tipo futbolista argentino antes de la colita. Una mujer con calzas fosforescentes sobre caderas muertas intenta inmiscuirse y sale rebotada. La zona está llena de vietnamitas, negros, turcos, pero en el bar somos todos alemanes.

—Nosotros somos más alemanes que nadie —dice el de los tatuajes —. Aunque éstos se crean que nos van a correr porque tienen la plata, y nos van a tratar como a turcos.

Dice, y pega una tacada espantosa, mete la blanca, lo gastan pero él sigue muy serio.

—Los verdaderos alemanes somos nosotros.

La calle está cortada y el sol de la siesta lleva colores inusuales. Es domingo. En una calle del este, entre una iglesia y viejas casas descuidadas, jóvenes protestan porque les van a privatizar la radio que heredaron del estado socialista. Es como un pícnic en el asfalto con sólo cerveza: alguno rueda por el suelo tras un rato, un skin ácrata duerme la mona sobre el lomo de un mastín negro y una chica muy hippie le explica a su bebé que el perro es el mejor amigo del hombre. Muchos dan vueltas, charlan, se reparten bananas y miran con asco los seis carros de policías que tardaron tres con veinte en llegar. La radio transmite todo el tiempo, con altoparlantes, la gente se ríe y todo resulta muy familiar, de una gran familia sin padres ni madres.

En Berlín hay espacios y voluntad para ciertas marginalidades. En

Berlín se ven, como en pocos sitios más, comunidades de punkis, de skins, de ácratas diversos y hasta de hippies, con sus reglas, sus modas, sus rebusques y el orgullo de su facción. Algunos de ellos estudian, otros tienen sus pequeños negocios y muchos viven de la seguridad social o de sus padres y todos, es cierto, coinciden en sacarse los zapatos. Ser joven y marginal en Berlín y en verano es querer sacarse siempre los zapatos: no hay peor enemigo que el zapato, que actúa silenciosa, sibilinamente. Pero los pies se debaten y vencen, derrotan al tirano. La radio sigue hablando.

—Realmente debo decir que la reunificación es lo mejor que hemos hecho, dice el gran Kohl.

Dice la radio.

—Nosotros somos lo mejor que ha hecho, imaginen el resto. Esto es Radio Corpiño, esto es Radio Caos.

La policía espera, se está impacientando.

—¿Dónde está la policía socialista?

Pregunta uno, disfrazado de tercer mundo con banana y sombrero de paja.

—Oh, ya no vendrá.

Lloriquea otro, y todos se ríen y los polis crispan las manos en las correas de sus perros. Sobre el escenario improvisado hay una mesa con latas de cocacola y bananas, los símbolos de la caída, y el tipo del sombrero de paja explica la farsa que van a representar: los personajes, animales de la selva democrática, sólo tienen derecho a hablar el tiempo que dura comerse una banana.

—Los nuestros te pateaban la cabeza. Estos primero tratan de comprarte.

Dice uno con el pelo verde, un short cortísimo y unos borceguíes tamaño baño.

—Y si no pueden comprarte, también te patean la cabeza. Aquí hubo un gran cambio de botas.

Dice, y ladra un perro.

—El año pasado nos echaron de Mainzerstrasse, fue la guerra. Fueron como cuatro días de pelea con la poli, pero acá pelean limpio,

con las mismas armas, todos con palos y a ellos también les gusta, les va la marcha, porque así se divierten y se descargan.

Jorge salió de la Argentina hace más de diez años: llegó a Berlín tras un paso por Madrid y ahora tiene la nariz muy torcida y el pelo amarillo canario con vetas esmeralda. Del cuello le cuelga sobre el pecho una especie de rejilla de fierro, un parapeto.

Jorge forma parte del Tacheles, la *Kunsthaus* —casa de arte— más representativa de estos años. Desde que Berlín Oeste perdió su carácter de isla en territorio enemigo, avanzada de Occidente, ha perdido crispación e impulso y la receta rayban-mercedes se ha ido imponiendo como modelo de la vida. La vieja revuelta, el espíritu de afuera se ha refugiado en el este, y Tacheles es, en pleno barrio ex judío, un enorme edificio de antes de la guerra, al borde del derrumbe y ocupado por artistas y asimilados que ahora tiene, incluso, una beca municipal para sus actividades.

El Tacheles es una imagen fuerte de la historia del siglo: paredes por mitades, hierros retorcidos, baldíos como desolladeros, telas y pancartas colgando de los muros. En el Tacheles viven unos ochenta tipos de todos los idiomas que hacen teatro, performances, música, pintura. Jorge es fotógrafo e iluminador y ahora se está tomando una cerveza con un par de australianos en un patio trasero, junto a los restos mortales de un par de camionetas, y le pregunto si no los joden los skinheads, los neonazis.

—Antes vinieron, dos o tres veces, pero ahora ya no. Hay mucha poli, medio están para la sinagoga de acá a la vuelta pero también nos protegen.

En el barrio hay varias casas ocupadas, un circuito de comunas y solidaridades, mucho pelo de colores y dos docenas de putas de vereda. La policía no se preocupa mucho, no controla.

—Se fijan si manejas borracho, o si hay peleas, pero pasan de las drogas. A ellos les conviene que estemos todos aquí dentro bailando, con o sin drogas, sin joder a nadie.

Jorge se ocupa de una especie de discoteca que tiene Tacheles. Se llama Ständige-Vertretung —Representación permanente— porque eso decía el cartel de la embajada oficiosa de la RFA en la RDA que los del

Tacheles se robaron y guardan, como trofeo, empotrado en la pared del sótano donde armaron la disco. Es un laberinto de diez o doce habitaciones pequeñas, hiperhúmedas, llenas de moho y fierros viejos y viejos biblioratos en vías de putrefacción y graffiti infiniti y ropas negras y color en los pelos y luz de láser y música muy house a todo culo.

—Acá abajo no se pueden sacar fotos ni videos ni nada. Acá todo lo que pasa, pasa.

Representación permanente, se llama. Jorge dice que él ya olvidó el oeste.

—Yo nunca voy al oeste. Es de puta pena, es como cualquier ciudad europea; aquí en el este las cosas se renuevan, cambian todo el tiempo. Mismamente, casi no salgo: aquí tengo lo que quiero, la gente viene y tres veces por semana me monto una fiesta del copón, ¿para qué voy a ir a otro sitio? Esto es chachi, tío, maravilloso. Mira todo esto, derrumbado: aquí está la historia.

Pero la disco será otra noche, pasado mañana porque ahora seguimos en el patio entre restos y me pasan un porro junto con la cerveza y un australiano dice que los ácidos están muy baratos, que te salen por menos de diez dólares el tripi pero que él ya no quiere.

—Ácidos no, man. Hace no sé cuántos meses que no me trago uno. Si yo puedo alucinar solo mejor que con una papela.

El éxtasis, en cambio, está a cuarenta la pastilla; el porro es barato, vida cotidiana. Jorge me lo explica todo:

—Nosotros sabemos que éste es un mundo falso que nos inventamos y que no tiene nada que ver con el de verdad. Pero qué más quieres que tener un mundo para ti, tío, qué más puedes querer.

Los de Tacheles son como los marginales oficiales, los artísticos, los que tienen una función en la vida. Atrás, al final del baldío, uno trata de hacer la vertical sobre la losa caliente. Parece que hace un par de días se llevó por delante una ventana y no está muy en forma. Enfrente, en la calle, las putas del este resultan conmovedoramente old fashion, con sus mallas y ligas y peinados en copa. Las del oeste son más modernas: las heroinómanas jovencitas y esqueléticas, o las finas con vestidos de Gucci, o las viejas como madres tirolesas. Pero

son más caras. Un auto se para y pregunta.

—Son cincuenta.

Le dice, en alemán, una morena.

—Treinta.

Regatea el chofer.

—Tu puta madre.

Cierra, en español y con acento cubano, la morocha.

No eran las ocho de la noche y hacía rato que el tipo venía tratando de mantener el equilibrio cuando subieron los deportistas. Eran tres y cada uno llevaba su bicicleta de cross, sus zapatillas como motos, sus buzos de colores: buenos chicos germanos, rubios, fortachones, sin cumplir los veinte todavía. El tipo, en cambio, era un español de antes del milagro y venía como una cuba, y el subte se movía más que lo pactado.

El tipo lo intentaba. En un momento, al borde del borde, apoyó las manos contra la pared del vagón, en posición de requisa, y los deportistas le metieron una bicicleta entre las piernas. Cuando la rozó, el más alto saltó y le empezó a gritar.

—Italiano de mierda, borracho, andá a emborracharte a tu país.

El tipo trataba de contestar pero le salían borbotones con jotas y zetas. Los deportistas se le tiraron encima y le empezaron a dar. En el vagón éramos quince o veinte y nadie hacia nada. En un asiento del fondo, desinteresadas, dos chicas de diez con polleritas cortas, desgarbadas, jugaban a un juego: una ponía una mano boca abajo sobre su muslo y la otra trataba de pegarle y después cambiaban. La rubiona era rápida y siempre pegaba y conseguía retirar la mano cuando la colorada le pegaba. La colorada entonces volvía a intentar, una y otra vez: cada vez era un cachetazo en el muslo de la rubiona, la rápida, la que ganaba, la que se llevaba todos los golpes.

—Italiano puto, te voy a llenar el culo de spaghetti.

Al tipo lo estaban surtiendo con cierto método. Todos miraban para otro lado y yo me preguntaba si tenía que intervenir o el apestoso truco del periodista alcanzaba para suponer que era mejor observar la situación, no interferirla. Una chica rubia, como de veinticinco, se

levantó y me fui atrás de ella. Estaba bien puesta, tacos altos, vestido de flores, livianito. Encaró a los deportistas, les dijo si no les daba vergüenza y ellos se reían, pero cuando se metió en el medio no se animaron a patotearla. Era muy alemana y les gritaba de verdad. Dicen que no hay germano que se enfrente a una mujer germana. El tipo seguía puteando, desde detrás de la rubia, y le iban a pegar de vuelta cuando se levantó una viejita polaca, muy chiquita, sonrosada, que lo agarró del brazo.

—Para qué se va a preocupar por estos mocosos. Usted lo que tiene que hacer es fumarse un cigarrillo y pensar en los suyos.

—¿En los qué?

Gritó el tipo, pero la siguió y aceptó el cigarrillo. Entonces sí ardió troya. Dos o tres grandotes de cuarenta y una mujer de cincuenta y pico se levantaron protestando: todos sabemos que está prohibido fumar en un subte alemán.

—En una época pensamos que no había futuro y dijimos que no había futuro, y eso trajo nubes, lluvias, tormenta —dice, mirando al cielo—. Quizás no haya futuro, quién sabe, quizás sí, pero yo prefiero que no llueva todo el tiempo.

Ellos son cuatro y una chica que no habla y están sentados en un living de butacones de coche destripados y viejas cubiertas, en la vereda, justo delante de una serie de edificios que han ocupado hace unos meses, en Lichtenberg, cerca de aquel bar. Es media mañana y el tubo de sangría circula con empuje. Uno tiene una cresta azul sobre el cráneo rapado, otro una melena rubia, otro el pelo fucsia natural y me están contando que ayer mismo tuvieron una pelea con los fachos de al lado.

—Acá me dieron, en la nariz, porque pasé por delante de la casa de ellos solo, sin la banda, me agarraron solo.

Dice el de la cresta, camiseta negra y anteojos negros y botas vaqueras de la campaña a Egipto.

—El otro día vinieron con molotovs y trataron de incendiarnos, pero al final los sacamos corriendo.

A ratos tienen ganas de hablar, y a ratos hay que quedarse callados,

ver pasar la botella, escuchar el reggae que llena la calle. Después me piden cigarrillos y me vuelven a decir que me van a robar la cámara de fotos.

—En otra vida yo tenía una cámara como la tuya y ahora que estamos en el hiperfuturo los dioses me la han devuelto y eso es justicia y cuántas cosas vamos a poder hacer con mi cámara que ha vuelto a mí.

Dice el fucsia y todos se retuercen de risa pero después me cuentan unos planes tan de chicos buenos: dicen que quieren armar un café en una de las casas tomadas para tener un lugar dónde reunirse y hacer música y leer los diarios y vivir tranquilos y reventar a algún facho de vez en cuando, dicen, y después el de fucsia le da un viaje a la sangría y me lo vuelve a explicar:

—Si la vida es morirse de a poco, yo prefiero morirme más rápido, bien, en serio.

Dice, y me pide más tabaco y el rubito se está matando con la muda en un asiento trasero sobre la baldosa y otro acaricia a un perro lanudo y otro mira al cielo y otro una revista de historietas y les pregunto si se van a quedar en esas casas ocupadas mucho tiempo.

—Hasta que te hayas olvidado tu pregunta.

Dice uno con un gorrito de lana en la cabeza, uno que no tiene dieciocho y se escapó de casa de mamá en el sur de Alemania y está superincógnito y dice que no quiere fotos pero cuando le digo que son para un diario en la Argentina se le ilumina la sonrisa y dice: ¿de veras?

—¿De verdad? ¿Y voy a salir en un diario en la Argentina?

Al gorrito le encantaría convencerse pero me pide alguna prueba. Yo no traje la credencial y se me ocurre que si le muestro la cédula por lo menos va a ver que soy argentino. Ya la tenía en la mano cuando recordé que en cualquier lugar del mundo, lo primero que se ve en una cédula patria es el cartelón de Policía Federal. Y policía se entiende en todos los idiomas. Si estos muchachos se convencen de que soy un tira se van a poner nerviosos: me la guardo. Los squatters se ponen nerviosos con la policía pero, sobre todo, con los fachos.

—Son movimientos que no se llaman a sí mismos de izquierda

porque izquierda aquí tiene un sentido muy confuso; se llaman movimientos de colores. Entre ellos están los "skinheads contra el racismo" que pelean contra los skinheads de derecha: en algunos lugares han conseguido oponerse con éxito a los neonazis. Se pelean con los fachos en la calle, protegen a los inmigrantes, recuperan ciertos lugares de la ciudad.

Me dirá, otro día, Eberhard Seidel-Pielen, un periodista berlinés que publicó varios libros sobre skins y neonazis.

—¿Y qué hace la policía?

—Mucho no pueden hacer. La policía del este es débil porque a la mayoría los echaron por ser de la Stasi, la policía política. Y los que quedan suponen que los jefes que vienen del oeste son de derecha, entonces no protegen a los extranjeros para no tener problemas con sus nuevos jefes.

El gorrito está encantado, posa con muecas y sonrisas pero los otros no lo miran, están muy interesados en un albañil rubio y musculoso, alemán de opereta, que levanta una pared en una casa de enfrente, derechita, perfecta.

—Y ni siquiera nos van a agradecer cuando se la tiremos abajo.

La casa de enfrente está en plena reconstrucción con cantidad de albañiles, andamios y mucho movimiento. El fucsia me cuenta que es un proyecto financiado por los protestantes para "recuperar a los jóvenes skins neonazis".

—La verdad que es negocio ser facho. Les dan guita, tipos para que laburen por ellos, programas, materiales, y a nosotros que nos lo rompan de a poquito. La verdad que ser facho es un negocio del carajo.

—No hay que confundir a los skins con los neonazis.

Me dirá Eberhard Seidel-Pielen en el café Einstein, con cara de dormido, y me explicará que en Alemania hay unos 6000 skins y sólo 3000 son de derecha. Pero también hay unos 15.000 jóvenes organizados en bandas que atacan a extranjeros y homosexuales, y unos 2000 neonazis encuadrados en pequeños partidos como el Deutsche Alternative o el Nationale Alternative.

Los de la casa de enfrente están en la frontera borrosa. Uno de ellos, Bernd, me dice que no me quiere hablar ahí, delante de todos, pero que lo espere en el bar de la otra cuadra. El bar es muy parecido al otro, las mismas pantallitas rosas, la misma madera trucha, una cornamenta casi igual, y Bernd viene con un amigo. Me miran mal, pero aceptan una cerveza.

—¿Ustedes son skins?

—No, yo antes era skin, ahora soy nazi.

—¿Nazi de dónde?

Bernd le pregunta a su amigo.

—Creo que es el FAP.

—¿Y qué hacen?

Bernd y René miran para otro lado.

—El mecanismo es casi vulgar —me dirá, después, Eberhard—. Chicos desocupados, rechazados por todos, que se aburren un sábado a la noche y viene uno de un partidito nazi y les dice dale, por qué no vamos a romper un par de turcos.

—Cuando tenía catorce los de la Stasi me quisieron enganchar para que les pasara información, porque yo era un poco delincuente.

Dice Bernd.

—Y la pasan bien y encima tienen la sensación de que están oponiéndose a las instituciones y haciendo algo por la patria. Pero los skins no suelen enrolarse en los partidos nazis, porque su cultura es proletaria, más bien anarca.

Dirá Eberhard.

—A mí me cagaron los rojos. Ellos hablaban mucho de que les ganaron a los nazis y mirá cómo terminaron. En una clase de instrucción cívica le dije al maestro que era una zoquete rojo y ahí se me acabó la carrera. Yo quería estudiar ingeniería, pero no me dejaron. Tuve que aprender de panadero.

Dice René.

—Al final, los rojos también eran extranjeros.

Cuando cayó el muro, Bernd tenía dieciocho y se esperanzó con que el mundo dorado le diera un lugar bajo el sol. Se fue para el oeste pero pronto se dio cuenta de que no había trabajo para él. Volvió a

casa, pero tampoco encontró nada.

—Ahora somos alemanes de segunda, los del oeste creen que no sabemos trabajar, que somos unos borrachos, que nos tienen que dar todo. Nosotros siempre hemos hecho los trabajos manuales mucho mejor que ellos.

Dice René.

—El otro día fui a buscar trabajo y el nuevo jefe wessi se trajo a todos sus turcos, que trabajan por nada, sacan dinero de la mierda. Esos kanacken se quedan con mi trabajo, los muy mierdas.

Dice Bernd. Los dos van casi de uniforme: pantalones verdes de camuflaje, borceguíes de triturar y la musculosa de la primera comunión.

—Los políticos hablan mucho de que van a cerrar las puertas a los extranjeros, pero hay muchos que ya están, y además ellos no hacen nada de lo que dicen. Así que tenemos que actuar, porque si no lo hacemos nosotros no lo hace nadie.

Dice René, que chupa cigarrillo tras otro con gestos estudiados, de Humphrey torpón.

—Estoy harto de no poder estar orgulloso de mi patria.

Dice Bernd y dice que no entiende por qué está hablando con un extranjero, y agarra a René del brazo y salen. Son las dos de la tarde. Los otros parroquianos del bar —una señora mayor, dos obreros en overol, una morocha muy ajustada— me miran raro.

—Ellos suelen decir que Auschwitz es una mentira y que no mataron a tantos judíos. Y que era necesario luchar contra la Unión Soviética porque el comunismo amenazaba a Alemania. Pero dicen que sus padres traicionaron, o fueron unos blandos, y en cambio admiran a sus abuelos, porque fueron soldados. Muchos de ellos tenían mucho más contacto con sus abuelos que con sus padres. Sus padres estaban afuera, trabajando, y los abuelos se ocupaban de ellos y les contaban sus historias de la guerra, y de la época en que ser alemán era un orgullo para todos.

Dirá, después, Eberhard en el Einstein.

Me acuerdo de Ilse Schimpf, una socióloga de izquierda, profesora

en la Universidad de Berlín Oeste, que me decía que la atención que se les presta en los medios y la opinión pública a la derecha radical y a los problemas de los inmigrantes sirve para ocultar la colonización del este por el oeste, las privatizaciones escandalosas, el desempleo.

—Son un nuevo muro que esconde a Alemania: un efecto disfrazado de causa.

Decía, en su oficina de la facultad decorada como una sala marroquí, con tapices para sentarse en el suelo y mesitas con té de menta, y decía que el mejor truco del poder era el miedo generalizado a que si se rompe el orden pueden ocurrir de nuevo cosas terribles.

—Es la mejor defensa de este orden, de las injusticias de este orden.

El orden debe ser frágil: es terrible manejar en Berlín. Como si el pacto consistiera en mantener la línea recta, cuidadosamente, hasta las últimas consecuencias. Todo coche está germanamente obligado a circular por un carril estricto, a una velocidad convencional. Cualquier transgresor recibe los insultos más tristes esta noche. Nunca vi a nadie que se desesperara tanto por la ruptura de las reglas. Cualquier ataque bien planeado contra Berlín debería estar precedido por un desembarco de adolescentes de Olivos al volante de destartalados fiat 600. Cualquiera diría que no tienen mucha confianza en la estructura, que suponen que el menor desvío puede arrasar con todo. Cualquiera diría que son tan rígidos porque tienen miedo.

Y miedo también de que los cambien. No está claro que los turcos, los inmigrantes no los vayan a cambiar en nada. Una tarde tenía que estacionar en una calle del centro y le pregunté a unos que vendían biyutería en la vereda si ahí se podía dejar el coche.

—No se puede —dijo una vieja alemana—; es para carga y descarga.

—No se puede —dijo el turco de al lado—, pero la policía casi nunca viene, así que tenés muchas chances de que no te agarre.

—Pero no se puede.

Gritó la alemana, casi al borde del rapto, y el turco se sonreía suavemente.

Todo puede cambiar, con las invasiones silenciosas. Será gracioso ver a árabes de ojos azules interpretando los valores coránicos de Goethe, o a aquel pakistaní muy oscuro atajando el penal que

consagre a Alemania tricampeón del mundo.

Muchos están aterrados. Los neonazis, los skins y otros violentos son muy pocos. El punto son los apoyos. Según una encuesta reciente del *Spiegel*, el 27 por ciento de los alemanes se cree "superior a otros pueblos", el 33 por ciento "comprende a los neonazis y la extrema derecha", el 40 por ciento considera "necesario conservar limpio el pueblo alemán" y al 58 por ciento "no le gustan los judíos en Alemania".

—¿Qué relación hay entre los partidos nazis y las bandas violentas, por un lado, y el partido Republicano de Schönhuber?

—Supuestamente no tienen relaciones orgánicas, aunque es probable que sí las tengan —dice Eberhard—. Pero los votantes republicanos son los mismos que aplauden cuando los neonazis apedrean a turcos en la calle, o atacan sus residencias.

Eberhard habla de otra coincidencia curiosa: entre los violentos casi no hay mujeres, y los votantes republicanos son hombres en proporción de dos a uno.

—Muchos de ellos eran obreros que trabajaban con sus músculos y ahora con la automatización han perdido sus trabajos, y lo que ellos hacían lo hacen mujeres o extranjeros. Y su posición como hombres alemanes se ve disminuida. Estos partidos les devuelven la posibilidad de recuperar esa imagen de sí mismos, como hombres y como alemanes. El Partido Republicano dice que la mujer es madre antes que nada, que se debe a sus hijos, que no tiene que trabajar.

—De todas maneras todos estos grupos parecen bastante dispersos, incluso enfrentados entre ellos: tienen objetivos comunes pero no una organización común.

Digo, y Eberhard se hunde en su taza de café con leche. Tiene razón: son las ocho y media de la mañana, pero yo me voy de Berlín en una hora.

—Los alemanes no estamos acostumbrados a actuar por nosotros mismos; siempre buscamos un führer, un hombre fuerte que nos diga qué hacer.

—Pero ahora no parece haber un hombre fuerte, un líder carismático.

Eberhard me mira, legañoso, se sonríe:
—Esa es nuestra suerte.

(1992)

el mundo, nueva york (2)

El dios de América. El hombre desbordaba entusiasmo; no tenía más remedio:

—Pasen y vean, señores, pasen y vean. Nunca han visto atracciones como éstas. Pasen y vean a la auténtica mujer sin cabeza, que sufrió un accidente terrible y perdió su cabeza pero gracias a los avances de la ciencia moderna ahora puede vivir decapitada. Pasen y vean, señores, señoras, pasen y vean a la auténtica mujer micrométrica, que mide diez centímetros desde los pies hasta la coronilla, y no quiero decirles cuánto miden sus pechos. Pasen y vean, señores, pasen y vean a la verdadera mujer barbuda, no a sus imitadoras baratas, señores, señoras, la auténtica barba de la auténtica mujer…

Coney Island es un parque de diversiones en un extremo de Nueva York, al fondo de Brooklyn, junto al mar: su gran rueda es famosa de miles de películas. Coney Island es uno de los paseos favoritos de los neoyorquinos pobres o sea que hoy, en esta tarde de domingo, miles de hispanos, negros, indios y seudofilipinos caminan con globos y panchos en las manos dispuestos a las maravillas. Además de la montaña rusa, los autos chocadores, los tiros al blanco y los trenes fantasmas, están estos fenómenos de circo como los que ofrecía, cuentan, hace décadas, el Parque Japonés de Buenos Aires. Yo creía que ya nadie creía en esas cosas, pero no.

—¿De dónde las sacarán, qué te parece?

Le pregunta una adolescente negra a su novio, negro y adolescente. Ella tiene una pollera inexistente sobre piernas rotundas, y él esos pantalones bolsudos cuya bragueta termina en las rodillas. Los dos llevan gorritos de béisbol verde flúo.

—A mí me contaron que las secuestran en los países del sur y les hacen tratamientos para que queden así. Pobres mujeres. Les prometen un trabajo en América y después les hacen esto.

Los novios pagan un dólar y entran al barracón de los fenómenos, para seguir compadeciendo. Son muy jóvenes. A la vuelta, en un tiro al blanco con ametralladora, los ganadores tienen derecho a elegir

entre un oso de peluche de un metro veinte y un marco para foto dorado con pedrería tremebunda.

—Joaquín, para ser un buen americano vas a tener que mejorar tu puntería.

Le dice un padre mexicano a su hijo de diez años, que se ofende y le contesta airado:

—Papá, yo ya soy un buen americano.

—Dios quiera, hijito, Dios lo quiera.

Brutas. En la planta baja de Bloomingdale's los jóvenes que ofrecen maquillajes y perfumes son tanto más bonitos y elegantes que sus clientes, y se lo hacen sentir. Es una tendencia: que los empleados humillen levemente. Una cuarentona elegante se deja dibujar los ojos por un negro bellísimo, que se mueve con la tersura de la reina del Nilo. Ella está preocupada:

—¿Y a vos te parece que a él le va a gustar?

—Y yo qué sé. ¿Cómo podría saberlo?

Bloomingdale's las va de fino y caro y es la apoteosis de tantas cosas: entre otras, el maquillaje. Todo un enorme piso lleno de productos para ser más bellos: un informe de las Naciones Unidas dice que las americanas gastan cada año en cosméticos 8000 millones de dólares, 2000 más que los necesarios para proveer educación primaria a todos los chicos del mundo.

—Bueno, vos debés saber lo que les gusta a los hombres.

—Pero, querida, ¿cómo lo voy a saber? Si hasta hay algunos que les gustan las mujeres, con lo brutas que son.

Aromas. Hay que confiar en los que saben. Si las starlettes opinan sobre literatura, los intelectuales sobre fútbol, las modelos sobre la vida y los periodistas sobre cualquier cosa, ¿por qué no hacerles caso a los caballos en temas de perfumes?

—Pienso, paja, coles y azuquita. Ese es el perfecto.

Brandy es un caballo de mateo de Nueva York que ha salido mucho en la televisión: a todas luces, un experto. Así que ahora, derrotando inmisericorde a Mister Ed, ha lanzado su propio perfume. Brandy, una

eau de toilette de 75 dólares, fue creada por una profesional, Patricia Namm, que dice que armó varias propuestas y se las presentó al caballo, que al fin eligió una. El perfume tiene aromas de manzana y pera, y parece que no hay yegua que se le resista.

Mitos. Estoy agotado. Hace días que camino por la ciudad buscando a mi muerto, y no lo encuentro. Como a miles, la imagen se me había pegado: siempre me dijeron que en Nueva York un fulano se puede morir en la calle y nadie se pararía a mirarlo. Yo quiero verlo, mirarlo, pero camino y no lo encuentro.

La seguridad jajajajá. La estadística es, después del coito, una de las operaciones más milagrosas que el hombre aprendió a realizar. Fue famosa la frase de Eco que decía que —la estadística, no el coito— era la única forma de suponer que, si un hombre se comía dos pollos y otro ninguno, cada uno habría comido, de media, un pollo. Había otro que decía que las estadísticas son como las bikinis: muestran lo importante pero esconden lo esencial. El alcalde de Nueva York, el temido Giuliani, acaba de protagonizar otro milagro de las estadísticas:

—Ahora Nueva York es la más segura de las veinticinco mayores ciudades del país. Es más segura, incluso, que Boise, Idaho.

Dijo, con su sonrisa de tanito castigador. Es cierto que la remisión de la criminalidad en Nueva York es impresionante. En 1990 se cometieron en la ciudad 2262 homicidios; en 1997, 770. Pero Boise, Idaho, es uno de esos pueblitos americanos donde todos dejan la puerta de la casa abierta y el coche con las llaves puestas.

Boise, Idaho, tiene 150.000 habitantes y allí se cometieron, el año pasado, 7921 delitos: 0,052 per cápita. En Nueva York, con 7.350.000 personas, hubo 355.893 delitos: 0,048 por cabeza. Para las estadísticas es más segura. Pero a nadie se le ocurre dejar abierta la puerta de su casa.

Las leyes del consumo. El señor más rico del mundo, Bill Gates,

está en plena pelea, y ahora habla. Durante años habló poco; ahora habla demasiado. El otro día comentó la ruptura de las negociaciones entre Microsoft y la justicia americana: “Nosotros trabajamos duro para resolver todo esto, pero las demandas del gobierno han ido demasiado lejos sin apoyarse claramente en la ley y, lo que es más importante, contrariando los intereses de los consumidores”.

¿Será necesario que lo digan tan claro? Digo, que sea tan prístino para decir que pasar por encima de la ley es menos importante que “contrariar los intereses de los consumidores”. Me acordaba de lo que me había dicho, poco antes, un ministro argentino, Erman González:

—Hoy hay concentraciones económicas que tienen mucho más poder que muchos estados.

—¿Que la Argentina, por ejemplo?

—No sé si habrá alguno que tenga un nivel de facturación que se pueda comparar con nuestro producto bruto, pero está claro que esa soberanía total que tenían los estados ya no es tal.

Con lo cual, ahora, esas corporaciones han decidido que el “interés de los consumidores” —o sea: su capacidad de venderles sus productos — es más importante que las leyes de esos mismos estados.

Ideas de la zapatilla. Esas zapatillas son estandartes de una ideología o, al menos, de una idea. Las calles de la ciudad están llenas de secretarias y empleadas con vestidos falso armani, peinado de peluquería, medias sedosas y zapatillas blancas. En la mano llevan una bolsita con los zapatos de taco que se van a poner en el trabajo. La idea del disfraz, antes que nada, del uniforme de trabajo, peleando contra el mito de la comodidad y la salud. La idea del negocio: me pagan para que sea, durante ocho horas, lo que no soy; en esas horas uso tacos, me disfrazo. Eso es lo que me compran. La idea del tiempo libre como tiempo propio: pero, en cuanto dejo de venderme, vuelvo a ser yo, de golpe, sin perder un minuto. Me pongo ya las zapatillas, les digo que ya no me tienen.

Monstruos. Hace poco se presentó en Nueva York la nueva versión de *Godzilla*, la terrible bestia marina grande como el Empire State

Building. La historia de *Godzilla* es interesante: la primera película del monstruo se filmó en Japón en 1954; poco antes, las radiaciones de una bomba H lanzada por los americanos en Bikini habían alcanzado a un barquito de pesca japonés. En los meses que siguieron, varios tripulantes enfermaron, y uno murió. Los Estados Unidos no se disculparon: en plena Guerra Fría, dictaminaron que el barquito, tan cercano a la zona de la explosión, debía ser un espía rojo.

Cuando salió la película —y la docena de remakes que le siguieron —, la mayoría de los japoneses la leyó como un alegato antinuclear: el monstruo mutante destruía Tokio como lo habían hecho las bombas de Einstein, Oppenheimer y Von Braun en Nagasaki e Hiroshima. Para el público americano, en cambio, no había segundas lecturas: era sólo una buena serie de terror.

Esta es la primera versión americana del monstruo japonés. La concibieron, a principios de los años noventas, productores americanos para un estudio japonés: la Sony. En esos días, la imagen de un monstruo nipón arrasando Manhattan podía tener que ver con la agresividad triunfante de la industria japonesa. Ahora, en cambio, es América la que va ganando, y la película vuelve a ser una de terror sin más sentido.

Pero su slogan tiene gracia: “El tamaño sí importa”, dice, contrariando el consuelo más habitual de ciertos hombres. Y atacando a uno de los caballitos de batalla de lo políticamente correcto: “Lo pequeño es bello”.

Lo políticamente correcto —¿podemos llamarlo PC?— está por todas partes: es el chancro que segregan las malas conciencias de Occidente, la forma que tienen de lavar las manchas más superficiales de sus culpas. Para los PC, un ciego es una persona visualmente diferente, los negros no hablan mal inglés sino otro idioma que se llama ebonics y dejar pasar a una señora en el ascensor es una ofensa a su igualdad como persona humana.

Muchos de los que se cagan en las vidas de sus semejantes usan lo PC para disimularlo, pero la industria del espectáculo americana —una de las mayores industrias americanas— no parece seguirlos: ellos saben que el tamaño sí importa, y no lo disimulan.

Ni pensarlo. En Nueva York alguien decidió que los carteles de tránsito se dirigirían al conductor en segunda persona, como si le hablaran: “Don’t park here or you’ll have a ticket”, dice uno: No estacione acá o se lleva una boleta. O incluso: “Don’t even think of parking here”. Ni piense en estacionar acá: la prohibición es simpática y brutal. “Ni piense”: si no puedo pensarlo, ¿cómo desecharlo?, se preguntaría un lógico y, más acá: ¿no es un poco fuerte la prohibición de siquiera pensar en hacer algo? ¿No es el sueño de cualquier prohibidor?

Loser. En el subte, un negro viejo con gorrita de béisbol juega solo a roca tijera papel, y se queja porque siempre pierde. Pero después se da aliento, y lo intenta de nuevo.

Argentina

LA PATRIA GRANDE

El conductor —el lector, el cronista— puede pasar el Obelisco, Santa Fe, la embajada francesa, el hotel Hyatt, los enormes avisos de movicom, american airlines, grundig, sharp, los carachatas de los carteles que insisten en que América está caliente y, recién ahí, entrar a la autopista y pagar dos con treinta. Acelerar, entonces. En la radio sonarán los Bee Gees; estará anocheciendo. Si el conductor —lector, cronista— no mira fijo al frente, como debe, verá, a la derecha, unos techos desgarbados, prácticamente nada. A la izquierda, en cambio, las últimas estribaciones de la villa serán una serie de manchas de colores sucios. Después la autopista bajará como si quisiera meterse entre los ranchos, el comedor Estrella de Belén, el club Carlos Mugica, las calles embarradas, los chicos y los perros: hasta que todo termine, abruptamente, en una muralla de containers. La experiencia durará veinticuatro segundos cuatro quintos y no dejará huellas visibles. El conductor no pensará, por ejemplo, que en ese terreno sobrevive la última villa del primer mundo porteño, ni que esas 40 hectáreas se cotizan a unos 3000 dólares el metro cuadrado y que son, ahora, el motivo de apetitos y disputas.

Llovizna, esta mañana de domingo. Junto a la entrada de la capilla de Nuestra Señora del Rosario de la villa de Retiro hay una pintada que dice “si soy así no es por culpa de la droga”; adentro, en la capilla, hay un centenar de fieles y muy pocos tienen más de 25 años. El cura Enrique Evangelista está diciendo su sermón. Anoche fue la fiesta de la Virgen de Copacabana, patrona boliviana, y esta mañana el barrio se ha despertado con resaca.

—Jesús es para nosotros como un pan, que alimenta nuestras vidas. Nosotros tenemos que tener, siempre, hambre de Dios.

En una pared hay un cartel escrito a mano con los pedidos que le hacen a su dios los chicos de la villa: no matar personas buenas porque dejan a sus hijos abandonados. Que los pobres puedan entrar en la escuela y tengan dinero para pagarla. Que la gente rica, empresarios, diputados, políticos, se acuerden de la gente pobre. Que la gente que toma droga en la calle reaccione antes de que se les

mueran las células. Que los patrones no paguen pocos sueldos y no hagan trabajar mucho a nuestros papás. En el pasillo entre los bancos dos perros se pelean con gruñidos y otro, más allá, los mira con desdén mientras se rasca. Llega, atrasada, una nena de ocho con el cuaderno para el catecismo, una cartuchera que dice cocacola y un gorrito con la cara del Che. Muchos miran hacia la vitrina donde tendría que estar la Virgen.

—No, no se la robaron. No está porque se la llevaron a la casa de los Soria, y ahí la estarán adorando todo el día.

Dice el padre. La villa 31 tiene una historia larga. Fue el lugar de muchas militancias, conflictos, confusiones. Fue, además, la villa del padre Carlos Mugica, que ahora es una calle.

—El padre Mugica era muy bueno, siempre ha luchado por los pobres. Era un pan de Dios, él: como el padre Mugica y como Juan Domingo Perón no va a haber otro. Él siempre quiso ayudarnos mucho, nos conseguía muchas cosas: traía abundantes, regalaba. Como Juan Domingo Perón. A Perón lo apreciamos todos. Yo soy boliviano: todas las naciones de otros mundos lo queremos mucho.

—¿Y qué les decía el padre Mugica, de qué les hablaba?

—Él siempre nos ayudó, muy preocupado andaba por nosotros.

—¿Y les hablaba de una sociedad mejor, del socialismo?

—Sí, siempre en la iglesia nos daba la bendición, que vamos a traerles estas cositas, que vamos a hacer esto y aquello…

Don Soria es boliviano pero lleva treinta y cinco años en la villa y fue tres veces presidente de la Comisión Vecinal. Don Soria tiene muchos nietos, un par de cicatrices en la cara y una historia: él fue uno de los cincuenta cabezas de familia que se quedaron en el 78, cuando el intendente Cacciatore echó a todos los villeros de Retiro. Después, con la democracia, la villa empezó a crecer de nuevo: los vecinos construyeron un dispensario, una cancha de fútbol, la capilla nueva y varios comedores infantiles. Don Soria dice que no tienen miedo de que los saquen:

—No, miedo nosotros no tenemos. Lo que nosotros queremos es que se cumpla lo que habló nuestro presidente Menem de la propiedad,

que él nos ponga la cara y nos diga dónde están las viviendas para nosotros. Pero que sean buenas: conejeras no queremos, nosotros. Y que no nos amenacen con la policía, que no nos traigan la violencia. Si nosotros somos de carne y hueso, como usted…

—¿Menem no ha venido a verlos?

—No, porque él es un presidente de la nación, no puede venir a una villa.

—¿No puede?

Don Soria se sonríe casi pícaro.

—Si él quiere puede, podía darnos la cara. Acá vinieron muchos, vino Perón, Cámpora, Isabel. Muchos vinieron.

Don Soria trabaja en una fábrica en Avellaneda, en mantenimiento, y dice que él no tuvo suerte en la vida, que quizás sus hijos sí la tengan. Don Soria se queja de que ahora es muy peligroso vivir en la villa, que hay mucha violencia, que antes no era así. Don Soria me mira como si fuera a decirme algo muy íntimo.

—Buena, buena, era la dictadura.

—¿Por qué?

—Porque había educación de cada uno. Acá había ese control, estaba lindísimo. Se puso la policía, quiénes entran, quiénes salen: estaba bien organizado esto. Vos dejabas la puerta abierta, no había necesidad de andar cerrando. Ahora no tienes tranquilidad de caminar… Está jodido, está medio jodido.

—¿Y por qué hay tanta violencia?

—Para mí, debe ser por la fuente de trabajo. Si yo tendría hijos chicos también haría lo mismo: tendría que ir a robar, para los hijos chicos.

En 1990, Carlos Menem firmó el decreto 1001, que prometía la propiedad de los terrenos de las villas porteñas “a sus actuales ocupantes”. Pero cuando empezó la construcción de la autopista Arturo Illia —de 9 de Julio a Salguero y Costanera— buena parte de la villa de Retiro se interponía en el trazado: el gobierno nacional anunció la erradicación de esas viviendas. Ante las protestas, la municipalidad ofreció un subsidio de 12.000 pesos para que cada

familia que se fuera pudiese reubicarse. En agosto del 94, unas mil familias —de las dos mil que vivían en la villa— aceptaron el dinero. Después muchos volvieron, y siguieron llegando más: ahora, se calcula que hay unas 3500 familias instaladas en la villa: 1000 bolivianas, 300 paraguayas, algunas chilenas y el resto del interior argentino.

—Pero ojo, las familias nuestras no son como las de ustedes, de padre, madre y dos hijos. Acá por lo menos tenemos cuatro, cinco chicos por familia.

Me dirá después Héctor Lobo, el presidente de la Comisión Vecinal. La villa está dividida en sectores muy distintos: aquí, cerca de la entrada que da a la terminal de ómnibus, están los más antiguos, los mejor instalados. Son los aristócratas de la villa: algunas calles tienen manchas de pavimento, hay coches viejos estacionados, las casas son de material y muchas tienen dos pisos, para que quepa más gente. Cada dos o tres casas hay un kiosco, una peluquería unisex, una verdulería o, incluso, un taller mecánico o un videoclub. Las calles embarradas están llenas de gente y, por momentos, dan la impresión de una vida de pueblo casi envidiable: todos se saludan, se conocen, se celan, se pelean, se necesitan. La villa es un espacio cerrado, donde muy pocos forasteros entran: una zona exclusiva.

—¿Ustedes qué están haciendo acá?

Susana no terminó de resultar violenta pero tampoco fue amistosa. Cuando le dije que éramos periodistas ella me dijo que bueno, que no había problema pero que alguien le había pedido que nos viniera a preguntar, porque hacía rato que nos veían rondando y como ella es la delegada de manzana y miembro de la comisión, le piden esas cosas.

—Ahora estamos un poco mejor. En una de esas nos van a poner teléfono domiciliario. Algo se está logrando. Lobo hace mucho, hace mucho.

Susana tiene una camiseta blanca que dice Narrow World, su cadenita de oro, un jean gastado, mocasines, unos cuarenta años, y trabaja de vendedora en la terminal de ómnibus. Siempre vivió en la villa y está orgullosa de su lugar en ella:

—Yo no quiero seguir de delegada, pero todos siempre me votan. Yo no quiero seguir, pero la verdad que me gusta. Cuando puedo hacer

algo por ellos me siento bien grande, entendés, me siento que hago falta.

—¿Y estás en política también?

—Bueno, más o menos ando, pero no quiero terminar de meterme.

—¿Peronista?

—No sé, me parece que me tiran más los radicales. Yo estoy viendo que ahora hay más pobreza que antes, cuando estaban ellos.

Susana tiene dos hijas, no tiene marido y está preocupada por las cuotas:

—A veces el sueldo no me alcanza. Tengo que pagar el crédito de mis muebles, mi televisor, ahora me saqué la video. Voy comprando para el día de mañana, cuando tenga mi casa nueva… Yo lo que quiero es un futuro.

Ignacio y Josefa están sentados a la entrada de su casa. Josefa es gordita y rubicunda, la piel muy rubia, los ojitos celestes comidos por la carne. Ignacio tiene el pelo largo medio ralo y las manos callosas. Ignacio y Josefa son paraguayos y me cuentan que anoche en esta esquina hubo una pelea entre dos banditas que terminó con un par de tiros pero sin heridos. Aquí casi todos tienen un arma en la casa, por si acaso. Ignacio me dice que él también tiene, que tiene que tener:

—Pero nosotros el arma mejor que tenemos es Dios Cristo. Somos creyentes. Nosotros dejamos apenitas esa puerta trancada y nunca nos molesta nadie. Todos se tirotean alrededor y con nosotros nunca nada.

Josefa me mira con ojos evangélicos:

—Sí, nosotros estamos en la Iglesia de Pentecostés, hace como quince años que conocemos la verdad. Para nosotros no existe el afano, el engaño, la mentira. Y dice Dios que con lo poquito que hacemos, Él con mucho nos va a pagar a nosotros.

Después Ignacio dice que lo del trabajo está difícil, que no consigue mucho pero que tampoco le conviene trabajar para una empresa porque le pagan unos 400 por mes, y que haciendo changas puede sacar 30 o 40 por día. Después habla, como muchos otros, de su espíritu pionero, de sus derechos conquistados pero:

—Cuando llegamos acá no había nada de nada, todo era pura

piedra. Acá la gente vive sin esperanzas, piensa que si nos sacan nos vamos a ir abajo de un puente. No es así, no entienden. Si nos sacan de acá, viene a ser que Dios nos tiene preparado algo mejor. Nosotros no vamos a estar acá toda la vida, usurpando tierra ajena. Esto es fiscal, nosotros algún día tenemos que pagar nuestra tierra. Si vivimos en este mundo tenemos que pagar como todos pagan, como Dios manda: no como acá, que no pagamos luz ni agua ni nada.

—¡Pará, hermano, pará!

Me grita uno de cuatro muchachos que están sentados jugando al truco en una mesita frente a una casa. Cuando me acerco me señala a dos tipos que caminan hacia la esquina.

—No sigas para ahí, tené cuidado, que esos dos vagos te van a esperar a la vuelta. Esos andan con cuetes, te sacan hasta las bolas. Anoche ahí mismo lo agarraron a un viejito, que si no estábamos nosotros le sacaban todo.

Me dice el jugador. Más temprano, el padre Enrique me había dicho que antes había una ley no escrita por la cual se robaba fuera de la villa pero no adentro, y ahora es al revés: es más fácil, menos riesgoso robar en la villa.

—Si dejás la casa para ir a trabajar y ellos te fichan que se fueron todos seguro que van a entrar. Y en algunos casos hasta roban a cara descubierta. Es muy difícil defenderse: muy pocos se animan a hacer una denuncia porque saben que al poco tiempo el tipo está afuera y se puede vengar. Sobre todo cuando uno no sabe muy bien si el tipo no está arreglado con la policía. Acá siempre dicen que esos tipos están arreglados con la policía.

En la villa, las casas están llenas de rejas, alambres tejidos, alambres de púa.

—¿Por qué te parece que hubo este quiebre de la solidaridad entre iguales?

—Bueno, antes había más trabajo, y además ya no está aquella idea de la villa toda unida para enfrentar a la ciudad, al intendente, a lo que sea. Hay algunos que salen drogados o tienen el hábito del robo. Pero también tenés que pensar que en muchos casos es más sencillo

robar que salir a pelear por un laburo. Laburás como un negro durante un mes y te dan 200 pesos; si le vaciás la casa a dos familias ya tenés esa plata. No es que haya una sociedad que te ofrece la posibilidad de conseguir lo que quieras siendo honrado y trabajando, ¿no? Más bien te dicen afaná que yo te lo reduzco y te ofrezco la droga y vas a poder ir a bailar y así sigue pasando el tiempo.

—¿Cómo entra la droga?

—Fácil, viene el tipo en un superauto y entrega los sobrecitos a los que la distribuyen. Los policías saben perfectamente cuál es el auto que trae la droga y quién es el que la vende, pero nunca agarran a nadie. Así que es una mercadería muy accesible: un sobrecito de cocaína por tres pesos, o por cinco. Y dicen que es pura basura, de la peor que hay.

Me había dicho el padre Enrique, preocupado por la calidad.

—Acá hay unos pocos chorros, pero por esos pagamos todos. Acá es toda gente de trabajo. Bueno, cuando se consigue.

Me dice el jugador de truco. Los jugadores de truco son misioneros y un boliviano muy borracho les sirve el vino con cocacola. Ellos le hacen chistes con faltas de ortografía:

—A éste lo llaman mosquito de manicomio, porque chupa a lo loco.

Uno de los misioneros me explica que se tuvo que venir de su provincia cuando empezó el Mercosur: era de Iguazú y vivía del contrabando hormiga en la frontera, que se acabó con la apertura comercial.

—Ojalá vengan los juegos olímpicos: así nos tienen que sacar de acá y nos tienen que pagar el subsidio.

Muchos esperan que llegue otro subsidio: los que no tienen trabajo, la mayoría, quieren que vengan los Juegos y los desalojen con plata. Los que no quieren son los tienen empleo, porque suele quedarles cerca y lo perderían o el viaje les costaría muy caro. Los misioneros están en una punta del viejo playón del Ferrocarril: alrededor está la parte pobre de la villa. El playón tiene unos 300 metros de largo por 50 de ancho, está pavimentado y es como la plaza central de un pueblito sudaca. Una madre y una hija bolivianas pasan arrastrando de los brazos al padre borracho que no quiere volver y les dice por

favor te pido, no no no, no me lleven. Dos gorditas de doce se hablan en walkie-talkies con forma de movicom, y protestan porque no funcionan. En las tres mesas de un barcito, bolivianos comen chicharrón de cerdo, sopa de maní, picante de gallina y se gritan bromas en quechua; antes de tomar el primer trago de cerveza con cocacola tiran un chorro a la tierra, para la Pachamama. Una nena subida sobre rollers flúo juega a que filma con una vieja superocho destripada. Hay partidos de fútbol y de vóley, gente que pasea, encuentros, charlas. Dos perros se pelean por un pedazo de pelota y se oye a todo gas al Trío Sentimiento.

—Dos es dos, esta es para vos. Tres y la yapa, un buen guiso de papa.

Al Trío Sentimiento, guitarra, charango y bombo, lo trajeron directo de Oruro para la fiesta de anoche, con plata que juntaron entre todos, y ahora tratan de seguir la parranda: alrededor, diez o doce bolivianos cantan a los gritos. Varios tienen patillas como las de Menem en aquellos tiempos, y berrean una cueca que suena casi argentina: quizás están inventando la música de fusión. Uno de ellos termina de recitar la entrada:

—Dos es dos, esta es para vos. Qué lindo el pollo, pero más linda la gallina si está bien gordita.

Me parece toda una idea sobre la estética femenina en tiempos de alimentación precaria. Detrás, un camión celular pasa despacio, provocando poco. Un chico de cuatro lleva un tetrabrik en cada mano y una adolescente carga la basura en una bolsa azul francia que dice Poste Francaise, y es auténtica. Los carteles de dos carnicerías anuncian mondongo, hígado, corazón, chinchulines. Uno de 25 que está por jugar un partido de fútbol me dice sí, así estamos, no hay muchas diversiones para los obreros. Pienso que alguien por fin me hablará de política; cuando le empiezo a preguntar me dice disculpame, me tengo que ir porque empieza el partido. Casi todos los gritos son en guaraní.

—Seguro que nos van a terminar sacando. Quién va a querer que esteamos acá. Por eso hacemos las casas más o menos, che patrón. Si

total las van a tirar abajo los milicos.

Yolanda vive cerca del playón, en la zona más pobre. Yolanda tiene 18 y es la madre de Kevin: el nombre se lo puso la suegra, que había visto *Mi pobre angelito* y le gustó. Yolanda y su marido argentino vendían en un puestito en Retiro y vivían en Ciudadela; hace dos años les dijeron que por acá estaban ocupando porque había lugar, porque muchos se estaban yendo con el subsidio. Entonces vinieron y se instalaron. Yolanda me dice que hasta hace poco ganaban bien, unos 100 pesos por semana. Con eso vivía y mandaba un poco de plata para el Paraguay.

—Tenía plata, estaba bien. Pero después nos rajaron de Retiro, estuvimos jodidos. Ahora mi marido consiguió de nochero en un puestito y me trae 20, 25.

—¿Por día?

—No, qué va a ser. Por semana. Pero se llega, si sabés economizar se llega. Un cuarto de carne, los fideos, el arroz, las papas, el jabón. Vamos llegando pero no estamos bien, como estábamos antes.

Después Yolanda me dice que ahora, cuando viene uno nuevo, enseguida aparece la policía y le pide 100 o 200 pesos para dejarlo instalarse.

—Y también vienen cada diez, quince días y nos patean las puertas para ver si adentro tenemos algo robado. Si encuentran algo se lo llevan, nomás.

—¿La persona o las cosas?

—Según depende, che.

Yolanda tiene una cara alegre, sonrisita, el cuerpo más bien sólido y petiso y alguna idea sobre su propia imagen. Cuando llega Gabriel sacando fotos llama a unos chicos que juegan por ahí:

—A ver, despeinensé, saquensé los zapatos y metansé en el barro, que el señor les va a sacar una foto de pobres.

Detrás viene la madre de los chicos, Faustina, formoseña. Faustina tiene un marido y nueve hijos; hace ocho meses que llegó de su provincia y se instaló en una casilla del más puro cartón sobre una de las vías que pasan por los yuyos. Faustina hace pan casero y lo vende en la terminal de ómnibus.

—Algo saco, ocho o diez pesos por día saco, muchos días.

—¿Y cuando no?

—Bueno, igual los chicos me comen algo en el colegio. Nosotros no hay problema, ya sabemos.

Los chicos dan saltos y cabriolas y hay dos que tienen zapatos. Faustina me cuenta que acá mismo, a veinte metros, un chico de 12 que vivía en la casilla de al lado estaba cruzando las vías para ir a la ciudad, a una panadería en la calle Juncal donde les regalan pan, y lo agarró un tren:

—Pobrecito, no le quedó nada. Nada de nada, le quedó, pobrecito. Acá siempre está la muerte cerca. Hay mucho tiroteo, mucho vago. Es muy difícil vivir por acá. Es mucho peor que la provincia.

—¿Y por qué no se vuelven?

—¿Y dónde quiere que me vuelva? Yo ya no tengo adónde.

La capilla del Cristo Obrero, fundada por el cura Mugica, quedó aislada del barrio, al fondo de todo, encerrada entre la autopista y un terreno repleto de containers de Hamburgo y de Shanghái. Alrededor no quedan casas, y adentro hay cantidad de recortes que cuentan por ejemplo cuando monseñor Aramburu inauguró y bendijo la capilla, en diciembre de 1970, y muchos dibujos y fotos de Mugica: hay una, grande, en el altar. A un costado, una mujer sentada en una silla de plástico rojo mira *Cebollitas* en un televisor blanco y negro de plástico amarillo. Es raro, una iglesia con telenovela; después me explicarán que la mujer suele estar internada en el Moyano y que, cuando sale, vive en una casilla acá atrás pero que, como está muy aislada, le robaron su televisor. Y que le consiguieron otro pero, para que no se lo roben, lo guarda aquí adentro, y aquí viene a mirar sus programas. Hace un mes, alguien entró a la capilla y se robó un equipo de música. Allá arriba, en la autopista, siguen pasando coches. Alguno, seguramente, mira para abajo.

—Nosotros somos una pelota de ping-pong entre los radicales y los peronistas. El gobierno nacional dice que el tema de la villa es una cuestión municipal, la municipalidad dice que es nacional, y nadie se quiere sentar a negociar con nosotros.

Dice Héctor Lobo, el presidente de la comisión. Lobo tiene 40 años: de chico fue monaguillo del padre Mugica y militante de su grupo de apoyo. El 29 de marzo de 1976 lo fueron a buscar a la villa y lo metieron preso, hasta octubre del 79. Cuando salió se fue a vivir a Bolivia y a Chile, y volvió al país y a la villa con la democracia. En enero del 96, cuando el intendente Domínguez mandó a tirar abajo algunos ranchos, Lobo propuso en una asamblea que los defendieran como fuese, pero la gente decidió que se opondrían con piedras. La policía despejó a los villeros, les pegó, y llegaron las topadoras. Poco después, en marzo, los villeros eligieron a Héctor Lobo para presidente de la Comisión Vecinal. En la villa dicen que Lobo es peronista.

—Yo soy evitista.

—¿De Chiche Duhalde?

Lobo me mira con sorna o con desprecio:

—No, evitista en serio. Si la Chiche hace un uno por ciento de lo que hizo Evita sería una sorpresa. Yo hice política, abrí unidades básicas, pero cuando me empecé a chocar con las paredes me di cuenta de que mi lugar estaba en el movimiento social. Acá, si pasa algo, los únicos que me van a cuidar van a ser mis compañeros de la villa, ¿me entendés?

Lobo cree que Buenos Aires va a ser olímpica y que entonces los intereses económicos van a obligar a los políticos a negociar con ellos. Tiene confianza en las negociaciones y ha presentado varios proyectos para construir viviendas en Retiro para una parte de los villeros, y reubicar al resto en el Gran Buenos Aires. Pero también dice que es muy difícil, que los políticos se escapan, no se sientan a hablar.

—Van a tener que arreglar: nosotros, acá, somos como una mosca en el barril de leche.

—¿Y si no arreglan, si los quieren correr?

—No nos van a correr. Y si vienen como el año pasado, con las topadoras y la policía, no va a ser como el año pasado, que les contestábamos solamente con piedras.

—¿Cómo les van a contestar?

—En la villa hay fierros, y tenemos logística. Acá no nos vamos a dejar pasar por encima. Si nos quieren correr los vamos a combatir, y

por lo menos por cada uno de nosotros que caiga va a caer uno de ellos. Por lo menos.

(1997)

La Habana

SIEMPRE FIDELÍSIMA

Él cargaba metro sesenta de cuerpo rechonchón y lechoso: 45 años bien sonados y ese aspecto indefinible de haber vivido siempre con mamá. Hasta que falleció, la pobrecita. Ella le llevaba diez centímetros, era bonita sin alardes, había cumplido los 20 este verano y se vestía con una simpleza sorprendente en estas costas. Aros como cerezas, un toque de carmín ligero, la pollera hasta las rodillas y sandalias sin taco. En realidad, toda ella era simpleza, tan amable, graciosa: limpia y suave como un mate bien lavado, criollita.

El paladar de Chucho estaba lleno y Chucho me sentó en la mesa con ellos. En el paladar de Chucho hay muchos cuadritos con paisajes, un papá noel, un arbolito de Navidad, tres mesas, doce sillas. Los paladares son uno de los últimos productos de la liberalización castrista: ahora, los particulares tienen derecho a instalar, en el living de su casa, un restorán de hasta doce cubiertos, y cobrar en dólares. Los paladares se llaman así porque, cuando empezaron, hacía furor en Cuba una telenovela brasilera donde la protagonista tenía una cadena de restoranes que se llamaba *El Paladar*: la ironía estaba servida. El paladar de Chucho está en un enorme edificio del siglo pasado, bien conventillesco, a media cuadra de la plaza de la catedral, en plena Habana Vieja. La casa de Chucho debe tener cuarenta metros cuadrados; el paladar ocupa veinte, y el resto es baño, cocina y dormitorio. Del dormitorio llegaba a veces algún llanto de chico o los gritos de la televisión cuando el equipo de Matanzas conseguía una carrera.

—¿No le molesta que le ocupe este lugar?

Chucho tiene treinta y pico, es del todo blanco y muy amable con la clientela. Así que, antes de ubicarme con el petiso y su bella, le pidió permiso a él: él tenía acento español y dijo que bueno, pero le gustó poco. El español se parecía a Napoleón Bonaparte en los grabados malos, cuando la derrota de Waterloo le va comiendo el alma; su remera a rayitas desentonaba un poco.

Es cierto que un tercero en la mesa no es lo mejor para enamorar a una chica. Yo trataba de mirar para otro lado y hacer como si no estuviera: para no molestar. El español no hablaba; sus formas de

seducir eran extrañas. Hacía todo lo que había que hacer, los gestos aprendidos en la Pitman, pero se lo notaba fuera de lugar. Cumplía con cada requisito: primero le compró una rosa a la señora de las rosas y se la dio a la sencilla, sin mirarla. Después, cuando llegaron los dos guitarristas les puso cinco dólares para que cantaran las canciones que ella quisiera: Juan Gabriel, dijo ella. El cantor gritaba desaforado y la pareja lo miraba grave y comentaba que cantaba tan bien. Fuera de eso, no se hablaban. Él peleaba con su trozo de carne, refrito y reseco. En el paladar de Chucho, las langostas son gloria: Chucho las vende a seis o diez dólares, según la cara del cliente, pescadas de contrabando por un amigo de la casa porque los paladares no tienen derecho a vender langosta, pero la vaca y la tortuga no se pueden comer. El español me miró y me comentó que había pedido vaca porque llena más.

—La langosta no llena, me iba a quedar con hambre.

Por un momento, pensé que su idea de la comida explicaba sus maneras del amor. Después supuse que lo mío eran prejuicios. Su labio de abajo era tanto más largo que el de arriba y le terminaba en puntita; el resto de su cara era chato y redondeado como una luna de cotillón. Cuando terminaron de comer, él le agarró la mano. Miró para otro lado y le agarró la mano. Ella se dejó hacer y miró para otro lado. Él tenía la mano en su mano sin saber qué hacer con ella; ella se la dejaba sin saber qué hacer. Fue breve, pero me pareció que habían firmado un pacto: él se la llevaría a vivir una vida occidental y cristiana en su pueblo asturiano. Entonces él pidió la cuenta; Chucho le dijo veinte dólares y él dijo que era caro. Sacó un fajo de dólares, grueso como sus brazos cortos. La sencilla sonrió por primera vez e intentó la travesura: le pidió que la dejara pagar. Con el fajo de él, por supuesto. Él le dijo claro, es todo tuyo, y me miró como diciendo que ya sabemos que las mujeres son así, pero qué se le va a hacer. Yo no quería pertenecer a ese triángulo. Ella contó los veinte y los puso en el platito. El fajo tenía demasiados billetes chicos. Entonces él se paró y caminó hacia la puerta: ella lo siguió, con la cabeza baja, caminando detrás. A mí me parecía que ella había esperado otra cosa de la vida. Que alguna vez había soñado con un guerrillero muy barbudo que le

recitaba aquellos versos de Martí cuando la atrapaba por el talle y se la llevaba en su caballo blanco, o con un rubio de ojos celestes mascador de chicle que la estrujaba en sus brazos hasta hacerle perder el aliento mientras le prometía la mejor heladera de todo el shopping mall. O con un novio simpaticón y enamorado o con cualquier otra cosa, pero no Bonaparte. Nadie me preguntó, pero quise que ella, a la salida, lo mirara y le dijera oye cariño tú y tu sucio dinero ya saben dónde pueden irse, ¿me entiendes, especie de sapito? Seguro que no fue.

—Para nosotros fue una bendición que los restos del Che Guevara aparecieran justo cuando estamos tratando de contrarrestar los problemas que se empezaron a dar con el Período Especial.

Dice Alberto Arufe, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Los cubanos llaman Período Especial a la catástrofe que se les vino encima tras la caída del bloque soviético: pérdida de 40 por ciento del PBI, carencia de combustibles y alimentos, reaparición de la prostitución, auge del mercado negro.

—A partir de ahí nosotros tuvimos que empezar a pensar en la construcción no ya del socialismo deseable sino de un socialismo posible. Que incluye inversiones extranjeras, empresas mixtas, pequeña iniciativa privada, circulación del dólar. Eso produce una serie de distorsiones.

Ahora el desastre parece controlado: en los dos últimos años la economía creció un 10 por ciento y todos creen que lo más grave ya pasó. Pero quedan las heridas.

—El Che, como ejemplo de moral revolucionaria, de valor, de integridad, sirve para que en este momento difícil mucha gente se mantenga en el buen camino: es el antídoto perfecto para el deterioro de la moral y el espíritu revolucionarios que han sufrido algunos sectores de la sociedad cubana en los últimos años.

Ernesto Guevara tardó mucho en transformarse en un desaparecido. Por décadas, sus restos no fueron un tema: en ese entonces, su cuerpo era esa imagen que ondeaba en muros y banderas. Con el retroceso de la izquierda en el mundo, la imagen también fue quedando relegada

hasta que, en los últimos años, volvió con una fuerza imprevista y ahora, cuando su muerte cumple treinta años, está por todas partes. Hace poco, un artículo de *Newsweek* hablaba del Che Chic: relojes, cervezas, esquíes y otras yerbas llevan su cara como marca.

—Muchos se quejan, pero a mí no me parece mal este uso que hace el capitalismo de la imagen del Che. Él está en todas partes. Así, hay gente que llega a él por la emoción y el mito y después lo retoma por la razón y empieza a pensar en sus ideales.

Dice, ahora, en La Habana, Frei Betto, uno de los líderes de la Teología de la Liberación brasilera, y dice que el Che es un santo, porque "fue un hombre capaz de abandonarlo todo por amor a los hombres". En Cuba la emoción y el mito siempre estuvieron presentes. Los chicos cubanos aprenden en la escuela cómo era el Che chiquito, en el colegio les hablan de su adolescencia y les piden que sean como él. Pero todo mito puede tener muchas lecturas.

—Es verdad, muchos que no estamos conformes con el régimen seguimos admirando al Che. Aunque claro, algunos dicen que si hubiera seguido vivo habría seguido el camino de todos los demás. Muchos creemos que no, que él no habría hecho eso.

Dice Mayra, 24, traductora de francés, ex cantante de un grupo de rock que se disolvió cuando su líder se fue a vivir a España, hace unos meses. En estos días, el Che no para. Las radios hablan del Che, la televisión recuerda cada noche algún hecho de su vida, las organizaciones juveniles lanzan concursos de poemas sobre el Che, las infantiles, de dibujos sobre el Che.

—Cuando pronuncies el nombre de Ernesto Guevara, olvídate de la consigna formal.

Recomienda la radio Rebelde en un programa juvenil.

—Por supuesto, el Che es alguien que todo el mundo quiere en Cuba, y lo quieren de una manera muy especial, más allá de cualquier mercantilismo o apetencia personal.

Dice Arufe.

—¿Qué sería, como el santito de la Revolución?

—No, el Che no es ninguna divinidad. Es un hombre como cualquiera de nosotros, es de nosotros, los materialistas, los

revolucionarios. Era un hombre, con sus inmensas virtudes y sus defectos y errores.

—Pero de los errores no hablamos casi nunca.

—No, no nos gusta hablar. Que los tenía los tenía, pero no tenemos por qué resaltarlos.

Termina Arufe, y se ríe.

—Como no tienen nada bueno para mostrar del presente, nos llenan de glorias del pasado y promesas de futuro. Pero nosotros queremos vivir aquí y ahora, ¡caray!

Se enoja Mayra.

—Ahora, hoy, el Che es la mejor forma de recordarnos que esto es una revolución que va para adelante y que no baja sus banderas.

Dice el comandante Manuel Piñeiro. Durante años, a Piñeiro lo llamaron Barbarroja y fue, también, parte del mito: Barbarroja era el viceministro del Interior, jefe de la Inteligencia y encargado de las relaciones con las guerrillas del Tercer Mundo. Ahora, Barbarroja tiene la barba blanca y presenta una revista en la que cuenta, por primera vez, algunas de sus historias con Guevara:

—Me enteré de su muerte por una radiofoto que recibí el 10 de octubre, donde aparecía su cadáver en la lavandería. Llamé a Fidel y él vino a mi casa. Recuerdo la cara de Fidel, dubitativo: aunque le hallaba a la foto algún parecido con el Che, no estaba muy convencido de que fuera él. Se marchó para su casa, y estando allí con la compañera Celia Sánchez le llevé una segunda radiofoto que me había llegado, que ya no dejaba dudas. En aquella habitación se hizo un gran silencio. Fidel envió a la compañera Celia a buscar a Aleida, la esposa del Che, que estaba en las montañas del Escambray, para darle la noticia. Luego llamó a otros compañeros de la dirección del Partido y empezó a dar instrucciones sobre cómo se debía transmitir la información y preparar a nuestro pueblo para esa dura noticia. Fue un impacto tremendo. Pero en estas misiones revolucionarias uno deja la vida debajo de la almohada.

En la presentación también está Aleida March viuda de Guevara. Es una mujer de sesenta y pocos, cara ancha, pelo corto y rubión. Me impresiona pensar que ella sí se acostó con aquel con quien tantas

quisieron. Aleida March habla muy poco.

—Imagínate, chico, si diera entrevistas no podría vivir.

Me dice, con sonrisa tranquila.

En el escudo de La Habana, que data de 1665, hay un lema que parece un chiste: “Siempre Fidelísima Ciudad”. La Habana, cada vez más fidelísima, es un prodigio de ciudad. No hay ciudad en América Latina que me guste más: durante tres siglos La Habana fue haciéndose edificios de extrema belleza y, desde hace más de treinta años, nadie los cambia ni derriba. En sus calles, los grandes coches americanos de los cincuentas y las motos con sidecar circulan entre columnas y columnas. Las ciudades, como el resto de los seres, suelen tener su esqueleto por adentro, tapado por sus carnes. La Habana tiene su esqueleto afuera, derritiéndose al sol: no hay ciudad que muestre más columnas. En la calle San Rafael, en pleno centro, hay una balanza. Dos chicas gordas con calzas flúo que les resaltan rollos tremebundos y un acompañante escuálido se pesan, y los tres pesan 140 libras, unos 65 kilos. La aguja está clavada en 140.

—Esto es el socialismo, chico, el verdadero: lo mismo para todos. Por suerte todavía funciona.

Dice una de las gordas, con revoleo de dientes. En esas calles siempre hay dientes, y mucha gente muy ocupada en nada. Un chico negro hace rebotar en el suelo un trocito de resorte: se ve que está adquiriendo una habilidad muy especial en ese arte. A veces no le sale, pero tiene condiciones: con unos meses más de práctica va a ser el mejor de la cuadra. Más allá, una mulata con pollera menos que teórica intenta abordar a un mexicano de vientre bien potente. Cuatro matronas hablan de sus cosas, manos en sus caderas, y el esposo de una le grita que se deje de charlar y se ocupe de cuidar su casa; un hombre en una silla se ofrece para arreglar encendedores viejos; una familia pasa en una bicicleta; tres cincuentones se inclinan sobre el motor de un chevrolet 54. Una negra inmensa toda vestida de blanco, con su pañuelo en la cabeza, bien santera, pasa llevando una torta para treinta y cinco muy glotones. Hay un verbo, me dicen: cubanear. Que, según parece, describe la acción de caminar sin rumbo fijo,

parando aquí y allá, en un bar, una esquina, charlando según encuentros azarosos. Me pregunto qué acción describiría el verbo argentinear, y me digo que mejor no imaginarla.

Esta tarde, el calor es un enemigo tremebundo y un chico reta a un perro que se le quiere escapar a toda costa:

—Compañero, de dónde tú sacas esa conducta contrarrevolucionaria, vamos a ver.

Más allá, un viejo vende *Granma* y cigarrillos sueltos. En la puerta del CDR de la manzana cinco cincuentones charlan, sentados sobre sillas vacilantes. Enfrente, en un balcón de arcos moriscos, una negra cuarentona alimenta a sus ocho gallinas ponedoras; al lado, su hija de 16 se deja mirar por los paseantes. A la entrada de un taller de costura hay un gran estandarte rojo con la cara de Guevara y la frase: Ser como él. Detrás, seis hombres jóvenes transpiran cortando y cosiendo telas ocho horas por día cada día. En la puerta, tres muchachos comen criollitas y hablan de que más tarde van a ir a ver *Duro de matar II* en el cine del barrio. Una vieja gallega viene refunfuñando que hoy tampoco había arroz en la tienda. Una negra con muchísimas carnes encerradas en 30 centímetros de lycra malva pasa con gran vaivén de piernas y se lleva todos los piropos:

—Ay, si tú fueras virgen y yo fuera Dios Padre…

La Habana huele a sudor y cigarrillo negro. La Habana es una de las ciudades más bellas del mundo: es como Venecia después de la tormenta, cuando todos los ríos se secaron: una ciudad grandiosa y descascarada que la mano de un dios yoruba o socialista ha detenido en el momento inmediatamente anterior al derrumbe final. Una pareja de italiano viejo panzón y mulata de cartel camina aburrida de la mano, y de todos los rincones salen músicas. Un matrimonio con dos chicos pasea, toma el fresco. Son negros, jóvenes, se ríen. Ella va endomingada con un vestido blanco, muy naïf. Se paran ante la vidriera de una perfumería; ahí, la nena de seis descubre, de una vez y para siempre, que sus padres no entienden nada de la vida:

—Mami, mira. Y tú me decías que nunca había jabones…

Padre y madre se miran: primero se sonríen y enseguida se quedan

muy serios. La vidriera está llena de jabones y sus precios van en dólares. Quizás piensen que, uno de estos días, van a tener que contarle a la nena los grandes misterios de la vida.

—Hay, mija, pero no es lo que tú crees.

Hay una rara paradoja: en Cuba, hoy, los sectores que tienen acceso a los dólares son los que están en contacto con el capitalismo: los que trabajan para empresas extranjeras, los que reciben remesas de parientes emigrados, los que trabajan en turismo o se dedican al mercado negro. La economía cubana está dividida en dos: un veinte por ciento de la población que tiene dólares y puede consumir, y el ochenta por ciento que no tiene y las pasa muy difíciles. El ministro Arufe me dice que es una situación que no les gusta:

—Nosotros siempre hemos intentado que los que reciban bienes materiales sean aquellos que más contribuyen a la producción y a la Revolución. Y sin embargo ahora una familia que recibe dólares del extranjero, sin hacer ninguna contribución especial a la sociedad, puede que tenga una vida mucho más fácil que un trabajador que sí hace aportes importantes.

El tema de los dólares es central: en Cuba es muy difícil comprar con pesos cubanos, pero con dólares se consigue casi cualquier cosa.

—¿Y eso no crea una sociedad con clases?

—Nosotros le ponemos límites a lo que pueden hacer con ese dinero. Hay una cuestión central, que es el tema del poder. Con eso no se juega y, seamos francos, el poder es nuestro: así podemos regular esas situaciones. Por ejemplo un científico o un obrero destacado pueden recibir una casa o un coche sin tener un dólar, y alguien que tiene un paquete de divisas no los podrá comprar. Y por más dinero que alguien tenga va a tener que mandar a sus hijos a la misma escuela que el que no tenga, y si el hijo del que no tiene es más inteligente va a poder seguir una carrera universitaria y el otro no. Y la salud también va a ser igual para todos.

Dice Alberto Arufe, y dice que lo más importante es el trabajo ideológico:

—Seguir hablando con todos, seguir explicándoles por qué a veces

tenemos que pasar por momentos difíciles. Nosotros tenemos problemas para proveer todos los productos de la libreta, de la canasta familiar. Claro, si nosotros nos concentráramos en el 20 o 30 por ciento de la población tendríamos recursos para darles a todos ellos, que es lo que pasa en muchos países capitalistas. Pero eso es algo por lo que nunca vamos a pasar: estamos firmes en la idea de que hay que distribuir los recursos entre todos. Por eso muchas veces tenemos que hacer grandes esfuerzos para conseguir productos suficientes para todos o que, incluso, no lleguemos a conseguirlos.

El calor no cede: dos treintañeros se comentan que hay cerveza barata en el bar de la calle Angustias; cuando emprenden camino, se tropiezan con dos chicos que fingen un round de box vigilado por tres viejos que suspiran recordando a Kid Chocolate. Me acuerdo de que en Moscú, al final de la URSS, alguien me dijo que el pacto entre el estado y sus empleados era simple: "Nosotros hacemos como que trabajamos y ellos hacen como que nos pagan", me explicó. Es lo que hacen muchos, como Willy.

Willy es alto y espigado, 35, con modos de malandro bailarín. Willy primero me ofrece puros: en la Habana Vieja, cada cien metros te ofrecen puros. Los roban de las fábricas —o los hacen en sus casas— y los venden mucho más baratos que los legales. Yo no quiero puros pero nos ponemos a charlar. Al cabo de un par de cervezas, Willy me cuenta que trabaja ocho horas diarias como vendedor en una tienda de zapatos —del estado— donde gana unos 180 pesos por mes —unos 6 dólares. Le pregunto para qué, si con cada caja de puros gana más que eso.

—Porque si no tuviera un trabajo, chico, no podría justificar de qué vivo, y empezarían los problemas con la policía. Me pueden aplicar la peligrosidad, y me mandan preso cuatro años. Lo tengo para que no jodan, tú sabes. Pero lo que sirve son los dólares.

No es fácil, para los que no tienen, ver que los que tienen consiguen todo lo que a ellos les falta. Chucho, el del paladar, me contaba que el año pasado su padre estaba muy enfermo en un hospital y no había oxígeno para ponerle, y que él se fue al "área dólar" del hospital —el

piso donde atienden a los extranjeros que pagan— y se llevó a las patadas un tubo.

—Era mi padre, oye, y estaba boqueando desesperado. ¿Qué tú querías que hiciera?

No es fácil. Por eso muchos hacen lo que sea para conseguir los famosos dólares: ofrecen al viajero sus coches como taxis ilegales, sus casas como alojamientos ilegales, los servicios que pueden. Por eso la proliferación de jineteras. El día anterior, alguien me había dicho que por fin en Cuba había quienes seguían las enseñanzas del Che Guevara:

—Las jineteras, chico. Sí, mira a las jineteras, que no paran de buscar al hombre nuevo cada noche.

El chiste era suavemente siniestro, como corresponde. Jinetera es el nombre cubano para las prostitutas, que están por todos lados; el turismo sexual de españoles, italianos y mexicanos —sobre todo— que van a Cuba en busca de fornicios se desarrolla imparable. Willy se quejaba:

—Ahora nuestras mujeres ya no nos hacen caso, chico. Lo que buscan es el dólar. Y son las más baratas del mundo, te imaginas.

—¿Y en qué ciudad no hay putas? En todas hay y nadie hace tanto escándalo.

Me dijo en esos días un dirigente comunista que me pidió que no citara su nombre.

—Bueno, pero aquí hay una moral que supone que no debería haberlas.

—Mira, seamos claros. Acá el turismo es muy necesario para la supervivencia del estado. Es un turismo barato y, en buena medida, sexual. Necesitan a las putas, o sea que hay como una realpolitik, sin decirlo. ¿Se necesitan putas? Pues que las haya. Son toleradas, de vez en cuando la policía hace campañas y redadas, y enseguida reaparecen.

Me dijo el dirigente, y otro me dirá que lo que hay que hacer es trabajar con sus familias, en su barrio, explicarles, que entiendan: que la solución policial no sirve para nada. Sin embargo, el nuevo Código

Penal ha incrementado las penas por prostitución; también restringió la circulación interna de los cubanos, que tienen que justificar la razón por la cual están más de un mes fuera de sus lugares de radicación.

—Yo puedo vivir donde quiera. ¿O qué tú crees, chico? Para eso hemos hecho la revolución, ¿no?

Me dice Zoraida. Yo estoy por preguntarle qué revolución ha hecho ella, pero supongo que sería tonto. Zoraida tiene 21 años y un cuerpo que bien valdría un palacio de invierno. Zoraida me mira con ligera guasa, como quien sabe que siempre está en ventaja, y me dice que esas tetas de guanábana se las dio su madre, y que esas piernas tan largas le vinieron del África, y que esa cinturita y esa piel muy negra y esos ojos más negros y ese ritmo para que cada paso suyo sea una declaración y que esa boca bien bembona no se los dio Fidel, usted perdone. Y que los extranjeros la tratan mejor que los machistas de sus compatriotas, qué se le va a hacer, y que ella a la Revolución le da lo que le pida pero que ese cuerpo no, porque ese cuerpo es suyo y es lo único que tiene.

—¡Coño, basta de hablar de putas! ¡Nuestras putas son las más famosas del mundo! Esto es muy injusto para las demás: sobre ninguna de ellas se ha escrito tanto.

Se exaltará, otro día, Alberto Arufe, y me parece que tiene parte de razón.

—¡Ahí llega, ya está ahí!

—¿Quién, dónde?

El moreno Alfonso Gerardo, uno de los cantores nuevos más populares, cantaba a alguien que "subía desde el Cono Sur *y venía desde antes,* con el amor al mundo bien adentro": Guevara, por supuesto. Todos lo coreaban hasta que las palabras acallaron las palmas:

—¡Ahí está, ahí está!

Los rumores habían empezado temprano a la mañana. Alguien había hablado con alguien que había hablado con alguien que había visto a uno de los custodios del Comandante en el lugar donde iba a ser el acto: era probable que él pensara ir, decían.

En el acto de inauguración del XIV Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes había coreanos vestidos de ninja, japoneses de uniforme celestón, argentinos muy gritones, vietnamitas con sombreros pirámide, una nicaragüense rubia que varios acechaban, un viceministro zambio de dos metros cuatro, seis maoríes con las caras pintadas, cientos de cubanos con banderitas patrias, colombianos sobre zancos con banderas rojas, guineanas con todos los colores del África en sus telas, iraníes cubiertas por pañuelos negros, madres de plaza de Mayo, indios guatemaltecos, sikhs enturbantados y punkis alemanes, y todos se miraban con ligera sorpresa. Les resultaba raro pensarse como semejantes tan diferentes pero iguales, y los reconfortaba. Para eso habían venido: para reconocerse, entre otras cosas. Se los veía felices, exaltados. Abundaban las remeras y estandartes con la cara de Ernesto Guevara. Abundaba la cara de Guevara, y las cámaras de fotos. Quizás ya pasaron los tiempos en que uno podía asistir a los hechos históricos con la confianza de que otros los recordarían; ahora, si acaso, es mejor asegurarse esa memoria en 18 por 24, con revelado en tres horas, exhibidor y un rollo gratis.

El conjunto era bastante impresionante. En las escalinatas blancas neoclásicas de la Universidad de La Habana, 136 jóvenes muy de blanco agitaban las banderas de sus 136 países. Más abajo, la mayoría de los 10.000 delegados al Congreso se frotaban los ojos, como quien quiere decir que no puede creer lo que está viendo. Poco antes habían soltado las palomas y ahora todos lo miraban a él:

—¡Pero sí, mira, es él, es él!

El Comandante en Jefe Fidel Castro, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros y Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba —como lo llama el *Granma*— tenía el aspecto de siempre, idéntico a sí mismo: el gorro verde, la chaqueta verde, la barba despareja cada vez más gris. Algunos gritaron Fidel, Fidel: otros no. En la escalinata, un locutor terminaba de decir que Cuba es el freno contra todos los totalitarismos del futuro y muchos gritaban y vivaban.

—I am socialist, ¡coño!

Le lanzó un cubano mulato patizambo, levemente beodo, a un grupo

de americanas rubias fabricadas a corn flakes y leche muy entera. Mientras, el locutor leía pasajes de la carta de despedida de Guevara a Castro cuando se fue a Bolivia y jóvenes cubanas iban siguiendo las palabras con los labios:

—… otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba…

A un costado, discreto, el Comandante aplaudía con precisión. Son muchos años de saber cómo y cuándo aplaudir. En estos días corrieron muchos rumores, porque hacía tres meses que no había hablado en público: que estaba enfermo, que estaba gagá, que estaba reservando toda la artillería para octubre:

—Como él habla sin discurso escrito, muchas veces se le escapa más de lo que querría. Ahora prefiere guardarse todo para el V° Congreso.

Me había dicho un periodista con años en Cuba, y después me dijo que un amigo suyo que decía que conocía bien a Fidel le había dicho que para entender al Comandante había que pensar en tres libros:

—Los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola, *El Príncipe* de Maquiavelo, *El Padrino* de Mario Puzo.

Cuando le pregunté si no había que incluir a Marx, me miró con un dejo de sorna. Me pareció que exageraba. Ahora, todos cantaban que aquí se queda la clara, la entrañable transparencia, y el Comandante, a lo lejos, parecía emocionado.

—La revolución nos dio mucho, pero también se cobró todo, y más.

Me dice Camilo, un negro muy bien puesto, 32, con su mujer y sus dos hijos, en la cola de Coppelia. Yo fui a Cuba pensando que no quería escribir de política. No por nada; si acaso, por prurito de originalidad. Pero en La Habana nadie habla de otra cosa; y no paran de hablar. Les ha dado el sarampión de hablar y contarte sin cesar sus penas, que siempre tienen que ver con la política. Camilo me cuenta que él nunca habría podido estudiar sin la Revolución, y que ahora es veterinario y tiene un buen trabajo.

—Pero no me alcanza para mantener a mi familia, no me alcanza, ¿ves?

Coppelia es una gran heladería en pleno centro del Vedado, el barrio elegante de los años cuarentas, justo al lado del hotel Habana Libre, el viejo Hilton. La heladería está en medio de un parque, sumergida entre árboles enormes y tropicalísimos que deberían llamarse baobabs. Son las cuatro de la tarde y ya llevo más de una hora haciendo cola para comerme un helado. La mujer de Camilo se pone nostálgica:

—Antes sí que había gustos. Hasta seis o siete gustos, había, antes de que llegara el Período Especial.

Ahora hay un solo gusto, el mismo para todos, y la cola. Una parte importante de la vida de los cubanos transcurre en estas colas. La cola tiene mecanismos complicados, negociaciones, peleas desganadas: yo estaba antes, pero no chico, no ves que cuando tú llegaste yo ya estaba y casi nos tropezamos, no, sí señor, seguro. En la cola varios se quejan, me buscan para quejarse. Algunos porque quieren más libertad, o más consumo, o menos imposiciones, o poder viajar. Se quejan y, en general, no imaginan salidas. También hay otros, más sofisticados, como el médico joven. Tiene menos de treinta e insiste en mostrarme su credencial de médico, para que le crea. El médico me dice que necesita salir del país, que no se puede ser médico en Cuba. Que no llegan nuevos libros y se van atrasando, y que tienen muy poca práctica porque la salud está demasiado controlada:

—Yo trabajo en una clínica de Centro Habana. Como hay tanta prevención, no me llegan casos buenos: lo único que tengo son pacientes que vienen a que les controle la presión, o que les dé unos remedios. Parece una farmacia.

El médico se desespera. Después, de pronto, se le ilumina la cara:

—Bueno, a veces sí. Hace unos días por suerte me llegó un linfoma muy bonito… Una chica joven, muy interesante…

La Habana me calienta. Creo que volvería una y otra vez, aunque más no fuera por las miradas. Las miradas son más pícaras que profundas, más provocadoras que cómplices, más desafiantes que amistosas: como quien invita a una fiesta que quizás no sea. Las miradas son húmedas, y vienen casi todas de ojos negros. Hace calor.

Una negra de veinte me mira mojándose los labios gruesos con la lengua muy rosa y, cuando la miro, simula no mirarme. Una mulata bien llena de sus carnes me mira de través y, mientras me mira, retoca despacio con los dedos la lisura de un cigarro poderoso. Una mulata en sus treinta canturrea una canción rítmica y ronca mientras me mira y, cuando la miro, baja la mirada y se lleva, con sus ojos, a mis ojos de paseo por su cuerpo. En la gran sala de los torcedores de tabaco de la fábrica Partagás hay lujo de miradas en el aire. Calor, sudores, cármenes haciéndose su mito. El tabaco —hacerlo, fumarlo, pensarlo — siempre estuvo del lado del pecado. Ya lo sabía, supongo, el papa Urbano VIII, que dictó una bula en 1624:

"Se nos ha informado que la costumbre de tomar por la boca y las narices la yerba vulgarmente denominada tabaco se halla extendida en muchas diócesis, al extremo que las personas de ambos sexos y aún hasta los sacerdotes y los clérigos, olvidándose del decoro propio de su rango, la toman en todas partes, sin avergonzarse, durante la celebración del muy santo sacrificio de la misa, ensuciándose las vestiduras sagradas con los repugnantes humores que el tabaco provoca… en consecuencia, por medio de la presente prohibimos, a todos en general y a cada uno en particular el tomar tabaco…".

No parece que haya tenido mucho éxito.

—… pero tampoco desconozcamos las asechanzas de un mundo en que, detrás de las publicitadas bondades de la economía de mercado, se imponen la corrupción, la droga, la mafia, la miseria, los graves conflictos nacionales, culturales y étnicos y, desde luego, las contradicciones económicas, que están en el fondo. No olvidemos que Marx y Engels tenían razón también cuando dijeron…

El lector recita con voz de locutor de radio tropical las noticias del *Granma*, el órgano oficial. Los trabajadores no parecen locamente interesados; prefieren, me dice Nancy, la lectura de la tarde, justo después de comer, que es una novela: ahora están leyendo *El Conde de Montecristo*, que ellos mismos votaron a partir de una lista de títulos. El lector es una institución muy antigua: desde mediados del siglo pasado los tabacaleros consiguieron el derecho a escuchar lecturas durante su trabajo. Esto los convirtió en los obreros más ilustrados —y

combativos. En las guerras por la independencia y en la revolución castrista, los tabacaleros tuvieron un papel importante. Antes ponían plata entre todos para pagar al lector; ahora es un servicio que les presta la empresa.

Después, en otra sala de la fábrica, don Porfirio del Valle Dueña me contará que empezó en esto del tabaco hace más de cincuenta años. Que antes de la Revolución llegó a tener una pequeña fábrica propia y que después, hace más de treinta, entró a trabajar en Partagás. Don Porfirio sabe de tabacos lo que nadie, y los fuma sin parar. Le pregunto qué cambió en la manufactura con la Revolución.

—Nada, acá no puede cambiar nada. Esto tiene que hacerse igual, siempre igual, para que salgan buenos.

Me dice, con una sonrisa que debería ser pícara si no fuera porque está demasiado preocupado porque no se le caiga el puro que tiene entre los dientes.

Yuri pedalea. La Habana y Nueva York son las únicas ciudades que han puesto a funcionar, últimamente, rickshaws: triciclos de transporte de pasajeros que solían verse en los países asiáticos. Aquí aparecieron tras la crisis de combustible, en 1993, y los vende el estado por 790 pesos cubanos. Yuri me dice que él llega a hacer siete u ocho viajes por día, los cobra 2 o 3 dólares cada uno, y puede ahorrar algo:

—¿Y estás mejor que antes?

—Coño, ahora no tengo quién me grite, tú ves. Ahora yo soy mi propio jefe, hago lo que quiero. Si quiero trabajar trabajo, si no me echo una siesta, mi hermano, vivo como quiero.

Son las delicias del cuentapropismo tropical. Yuri suda como nadie. Tiene 24 y parece emprendedor: sueña con ahorrar y mejorar su negocio pero sigue pidiendo la igualdad que le enseñaron en la escuela:

—¿Sabes qué pasa, mi socio? Que aquí todos hablan de igualdad pero los ministros andan en mercedes. Es del carajo. El Comandante tendría que hacer algo. Pa mí que hay muchas cosas que el Comandante no sabe que pasan. Si no, haría algo.

—¿Y quién podría decírselo?

—Yo no sé quién pudiera. Mira, mi socio, él siempre está rodeado de gente que trata de que nadie se lo pueda decir. Pero yo lo defiendo, porque sin él, los americanos aquí serían los dueños de todo.

Casi todos están de acuerdo en que nada ayuda tanto a Castro como el bloqueo americano: lo mantiene, antes que nada, como un líder de la patria amenazada, y con eso se gana el respeto de muchos. Otros, ni así.

Cuando nos subimos en su Lada oficial, Miguel Díaz-Canel puso un casete de *Circo beat*, empezó a redoblar sus dedos sobre sus rodillas y me dijo ya estás en Buenos Aires, mira. Miguel Díaz-Canel anda en jeans gastados y camiseta del Che y no tiene el pelo tan largo como me habían dicho, ni hizo todo lo que dicen que hizo. Sobre él se cuentan muchas historias.

—No, eso yo no lo dije. Eso es una historia.

Me dice, cuando le cuento que un amigo en La Habana me dijo que él se había declarado "el secretario de todos, de los obreros, los estudiantes, los campesinos, los homosexuales".

—No lo dije, pero yo siempre he dicho que tenemos que dar un espacio para todos, trabajar para todos, ¿me entiendes?

Díaz-Canel es el primer secretario del Partido Comunista de Villa Clara, la provincia que incluye la ciudad de Santa Clara donde, según la canción, se quedaba la entrañable transparencia. Aquí se quedarán, dentro de un mes, los huesos de Ernesto Guevara.

—El Che inmortalizó esta ciudad. Aquí fue su batalla más importante. Los santaclareños tienen sentido de propiedad patriótica sobre él. Y todo esto ha ido arrancando compromisos de lealtad, de fidelidad. Ahora nosotros no tenemos derecho a equivocarnos: tenemos que ser los mejores porque ahora sí, más que nunca, su ejemplo nos va a estar escrutando todos los días.

Dice Díaz-Canel en el Hospital Nuevo de Santa Clara, en una reunión de evaluación de la política sanitaria provincial, esta mañana, y los médicos y enfermeras asienten y escuchan. Ya han revisado el estado de los servicios y la posibilidad de inaugurar un par de

dependencias nuevas.

—También tenemos que concentrarnos en la preparación del arribo de los restos inmortales del Che. Yo participé en el acto cuando llegaron a la base y me quedé shockeado. Pero tenemos que ver cómo le transmitimos esa emoción a la gente. Todavía estoy insatisfecho con lo que hemos podido transmitir…

El secretario Díaz-Canel tiene 36 años y un diploma en ingeniería electrónica, pero siempre estuvo en política y fue parte del equipo del ahora canciller Robertico Robaina en la Unión de Juventudes Comunistas. Los cuadros dirigentes cubanos están empezando a renovarse: de los quince secretarios provinciales, ocho tienen menos de 40 años. En principio, los nuevos no tienen diferencias ideológicas y discursivas serias con sus mayores, pero en muchos casos se manejan distinto. Después de una época en que funcionó bastante el modelo soviético de burócrata encerrado, los nuevos buscan el contacto con la gente, la discusión.

—Oye, Díaz, a ver para cuándo terminan con el camino aquél que tú dijiste.

Le dice, más tarde, cuando caminamos por el centro de Santa Clara, un vecino, y Díaz-Canel se para a darle explicaciones. Otros pasan y lo saludan, le preguntan algo. Díaz-Canel es alto, bien hecho, con mucho deporte encima: una especie de Richard Gere con la sonrisa siempre lista. Y además, me parece, esta nueva generación ha sido capaz de inventarse una épica de la gerencia: frente a sus mayores, que hicieron revoluciones heroicas, su trabajo de producción y distribución podría parecer menor.

—¿Y no tienes cierta envidia de aquellos años, de lo que ellos hicieron?

—¿Por qué? En estos momentos difíciles, organizar una zafra, lograr la recuperación económica, convencer a la gente de que dé todos sus esfuerzos por la Revolución también es una batalla que vale la pena pelear. Hacer la revolución fue importante, fundamental, pero construir el socialismo también puede ser la pelea de una vida.

Dice Díaz-Canel, con ligero dejo mitinero. Ahora, después de la caída de los muros, cuando se han quedado solos, ciertos militantes

cubanos recuperaron el espíritu pionero: por ser los últimos podrían ser los primeros, y ganar donde todos perdieron.

—Bueno, esta semana hemos reparado 500 casas más, pero todavía nos faltan 20.000. Seguimos trabajando, compañeros.

Hace menos de un año, el huracán Lili devastó la provincia. Desde entonces, los responsables de todas las empresas y áreas provinciales se reúnen tres veces por semana para ver cómo evoluciona la recuperación. Esa reunión se ha convertido en el espacio desde donde manejan todas las necesidades de la provincia.

—Esta semana no hemos tenido ningún caso de hepatitis. La diarrea bajó de 308 a 259.

Informa uno, y otro dice que se encontró carne salada en mal estado, y otro que el agua sigue saliendo turbia, y otros hablan del caso de un recién nacido que murió, de la disminución de los apagones, de recuperar los atrasos en el plan de helados, de lo bien que va la producción de ron, de la llegada de veinte baterías para micros escolares.

—Nosotros en la funeraria estamos dentro de las cifras. Tenemos siete cajones, que nos pueden alcanzar para diez días más.

Díaz-Canel opina, cita cantidades, da órdenes menores:

—Bueno, hay que aumentar la producción de repostería. Atención, que con las vacaciones va a subir la demanda.

Después, a la salida, le comento que el gran flanco débil del socialismo es, seguramente, esa ambición magnífica y desmesurada de hacerse cargo de todo: en este sistema cualquier desgracia de cualquier individuo es culpa del estado. Y que es allí, en general, donde afloran los problemas, las incompetencias, los reproches.

—En el capitalismo, si alguien no tiene un ataúd la culpa es suya, por no poder comprarlo. Aquí, en cambio, la culpa es de Fidel. Eso es muy difícil de sostener, ¿no?

—Sí, claro. Pero tú no sabes la satisfacción que te da cuando ves que va saliendo bien, que la gente va viviendo mejor. Eso no se paga con nada, chico, con nada.

Me dice, y yo recuerdo una charla muy etílica con Vodimir Natorf, el ex secretario de organización del Partido Comunista Polaco, Moscú,

1991. Aquella vez, el ex secretario bebía vodka con limón y me decía que él sabía que habían cometido muchos errores, pero que el mayor había consistido en "actuar como si el hombre fuera intrínsecamente bueno, como si existiera un hombre ideal, perfecto, utópico".

—Sí, bueno, se podría discutir eso. Pero yo creo que lo importante es que haya una vanguardia que lleve adelante las cosas. Los otros van siguiendo y mejoran poco a poco con el ejemplo de la vanguardia.

Me dice, ahora, confiado, Díaz-Canel.

—Ahora vas a tener el privilegio de ver algo que han visto muy pocos.

Me dijo Díaz-Canel, más tarde, mientras me llevaba hasta el mausoleo del Che. Varios periodistas me habían comentado que trataron de ir y no los dejaron pasar. Pero nadie paró al secretario del partido y a su acompañante.

El mausoleo está en la gran plaza de la Revolución, una explanada enorme dominada por una estatua de Guevara, diez metros de bronce con metralleta en mano. Aquí fue, en septiembre pasado, el gran día de Díaz.

—No te puedes dar una idea de lo que fue eso, chico. Cuando salí y vi a toda esa gente ahí reunida, gritando…

La tarde anterior, Fidel Castro había ido a un rincón de la provincia a inaugurar una ruta de 48 kilómetros sobre el mar y, a la noche, mientras descansaba de incógnito en Santa Clara, Díaz-Canel le propuso un "gran acto de masas" para el día siguiente.

—Pero es muy poco tiempo. ¿Cómo vas tú a convocar a la gente en tan pocas horas, en ese espacio tan grande?

—Usted no se preocupe, Comandante. Denos ese chance. Déjenos decir que está acá, y ya va a ver.

Castro se resistió un rato y al final cedió. Hacía veinte años que no hablaba en Santa Clara. A las seis de la mañana la radio empezó a convocar. A las seis de la tarde, la plaza estaba repleta con 150.000 personas, más de la mitad de la población de la ciudad. Cuando empezó a hablar, Castro contó la historia de sus dudas:

—Creo que nunca se organizó un acto tan grande en tan breve

tiempo.

Dijo el Comandante: al otro día, la reputación de Díaz-Canel se había hecho nacional.

—Mira, todos los que trabajan aquí son ex combatientes del Che, o familiares de ellos.

La cripta está en construcción y tiene unos 15 metros de ancho, 8 de fondo y el techo abovedado de maderas nobles. En una de las puntas un cantero de plantas tropicales simboliza la selva guerrillera. En el medio, una llamita eterna. Al otro lado, en una de las paredes recubierta de pedazos de mármol, diecinueve nichos van a recibir los restos de Guevara y sus compañeros. Una hora antes Aleida Guevara, la hija mayor, había estado revisando las obras y sugiriendo algún cambio menor.

La ceremonia será el 12 de octubre. El 8, día del Guerrillero Heroico, se abrirá el V° Congreso del Partido Comunista que, según dicen, no va a introducir grandes cambios: más que nada, sancionar esta idea de "recuperación de los valores morales revolucionarios". El congreso cerrará el 10 y, el 11 de octubre, la procesión con los restos marchará desde La Habana, lenta, parando en cada pueblo: son 300 kilómetros. El 12, Fidel Castro recibirá los restos en la enorme explanada y los huesos del santo de Frei Betto tendrán que emprender su penúltima batalla.

—Todos tenemos que morirnos. Se trata de pasar lo mejor posible estos años que estamos acá, de prestado.

Me dice, con su voz seductora por aguardentosa, Juan González, babalao. El babalao tiene casi sesenta, una musculosa azul y muchos collares de colores en el cuello. Suda fuerte. Los babalaos son, en la religión santera de los negros cubanos, los intérpretes o sacerdotes de los dioses. Juan González está sentado en el suelo, sobre un tapete de esterilla, en una habitación grande como un ascensor mediano. En el suelo hay mucha pluma revuelta con pegotes de sangre, del sacrificio de gallinas de hace un rato. El babalao es cálido, amable, y parece muy concentrado en una ristra de ocho caracolas, negras de un lado y blancas del otro, que tira en el suelo mientras repite conjuros en

yoruba. De vez en cuando riega la habitación con el agua de un coco. Yo estoy al lado, en una silla baja; tengo que concentrarme en las caracolas y hacer algunos pases raros con las manos. El babalao va anotando las tiradas en un cuaderno: es una especie de *I Ching*, que me va a explicar dentro de un rato. El que habla, me dice, no es él sino Orula, el gran adivinador, que en la iglesia se llama San Francisco, me dice. Y me dice que mis amigos son mis enemigos y que tengo que unirme con el santo para que me proteja, y que él puede hacerme una ceremonia para que me una. Todo parece suavemente banal; después me dice algunas cosas sorprendentes, que me impresionan un poco.

—… porque tú eres como ese pez que se va y siempre vuelve, pero debes tener cuidado porque el pez, como tú sabes…

La casa del babalao González está en Regla, el suburbio más santero de La Habana, del otro lado de la bahía. Para llegar, hay que tomar un transbordador, y caminar un rato.

—Acá —me dice después Celina, la mujer del babalao, mientras despluma una gallina— vienen todos. Acá en Cuba todos creen en los santos, aunque no digan, sabes. Todos creen porque los santos son muy poderosos.

—¿Argentinos también vienen?

Sí que vienen, me dice, y me muestra dos cartas que recibieron hace poco, con estampillas patrias.

—Nosotros queremos mucho a los argentinos, ¿sabes?

Yo me sonrío; ya lo escuché muchas veces. Cuba es el único país del mundo donde quieren a los argentinos. En Europa a nadie le importamos demasiado; en Asia o África, por supuesto, no tienen ni idea, fuera de Maradona; y en América en general nos detestan: salvo en Cuba. Aunque es cierto que nos querían más cuando estuve hace cinco o seis años: cuando todavía no llegaban tantos en plan turista ganador.

—Acá vienen todos, sabes, todos.

Insiste Celina, toda sonrisa, con la gallina desplumada.

—¿Y los comunistas también vienen?

Le pregunto, incrédulo.

—También, chico, también. Antes no venían, pero ahora vienen. Aunque algunos todavía vienen tapados, para que no se sepa, ¿sabes?

Los santeros avanzan, pero la competencia es dura. Dentro de unos meses Juan Pablo II llegará por primera vez a Cuba. Y hoy, domingo, en la iglesia del Carmen, en Centro Habana, un cura español, canoso y gritón, también dice que no vale la pena trabajar sólo para conseguir bienes materiales, un carro, ropa, el televisor, la nevera.

—Trabajen para el alimento: no para el que perece sino para el que no perece, para la vida eterna.

La iglesia es de un barroco desenfrenado y hay, cada diez metros, grandes ventiladores. La iglesia está bastante llena: más mujeres que hombres, más viejos que jóvenes, más blancos que negros.

—El Señor está por encima de todo, porque nos da un pan que no perece, nos da una vida que no se acaba. Queridos hermanos: ¡Dios es el único líder verdadero!

Los feligreses parecían henchidos de fervores místicos. Al otro día le pregunté a un chofer muy comunista por unos plumeros que algunos camiones y ómnibus llevaban colgados del espejo externo, y me dijo que imitaban colas de zorra.

—Ah, para la suerte.

—Antes era para la suerte, chico.

Me dijo, y se rio.

—Eso cuando la gente creía en esas cosas, con el oscurantismo que había. Ahora ya no, ahora son cosa de adorno. Ahora tú ves a un guajiro y le preguntas quién es Dios y él te dice pero quién es el tipo ése. Pero si le preguntas el nombre de algún genio, un científico inventor, seguro que sabe quién es.

Dijo el chofer, con la sonrisa oronda. La competencia, queda dicho, es tremebunda.

(1997)

América

HISTORIAS DEL OJO

—Lo que nosotros queremos es dar una imagen bien conservadora. Acá viene toda gente respetable, ejecutivos, hombres de negocios, bien vestidos, bien educados.

Dice Amy Linn y se sonríe, porque su negocio es sonreír. Amy Linn es la gerente de relaciones públicas de Global Management, la empresa que administra los cuatro "clubes para adultos" más grandes, caros, brillosos y promocionados de Miami.

—Esa es nuestra imagen: un maitre con smoking, champagne francés, las chicas más caras, que nuestros clientes sepan que sólo se van a encontrar con la mejor gente.

Amy Linn tiene treinta años, una sonrisa cien por cien colgate, el pelo rubio recogido dentro de una gorra de béisbol, una remera suelta, zapatillas y bermudas de fajina. Amy Linn es rubia, alta y tiene buena parte de su capital bamboleándose bajo la remera. Me parece una chica linda americana, como tantas, hasta que me aclara que ella no siempre es ella:

—Vos me ves acá, así, y no lo dirías, pero mirá quién soy yo.

Dice, y me muestra la foto de una rubia despampanante y desnudísima posando como Mascota del Año 1993 de la revista *Penthouse*, con gran despliegue de capital carnoso.

—¿Conseguí sorprenderte? También fui chica de tapa de *Playboy*, no te creas.

En su oficina con mucha madera, Amy Linn tiene fotos de su nena de cinco y un señor. No es su marido: su marido murió antes de que naciera la nena, en un accidente de coche, y ella la crio sola y se enorgullece de eso. Amy Linn se llama Amy Linn Baxter, pero su padre es vagamente banquero —ella dice que es banquero— en Nueva Inglaterra, la zona más conservadora de los Estados Unidos, y ella, cuando le ofrecieron posar desnuda en las grandes revistas, prefirió guardarse su apellido.

—¿Y qué dijo tu padre cuando se enteró?

—Todo bien. Al principio estaba un poco incómodo, pero después sus compañeros de caza y de golf le empezaron a pedir fotos mías autografiadas, y él se puso orgulloso. Y más cuando vio la cantidad de

plata que yo estaba ganando.

Durante los últimos doce años, Amy Linn apareció desnuda en fotos y películas, bailó desnuda en clubes de todo el país, habló de sexo en todo tipo de programas de radio y televisión, y dice que ganó mucho dinero:

—Cuando salís en *Playboy* el negocio recién empieza: ahí podés hacer giras por todo el país, por clubes como éstos y, si sos top, podés ganar quince, veinte mil dólares por semana. Más las propinas, y demás. Pero ahora, que mi belleza va a empezar a caer, tengo que hacer un trabajo que ponga más en juego a mi cerebro. Así que aquí estamos, y todo muy bien.

Amy Linn es una triunfadora: dice que es una triunfadora.

—Yo soy como un modelo para las chicas: la que le fue bien, la que supo guardar, la que siempre hizo lo que quiso. Por eso muchas chicas me admiran, quieren ser como yo.

—¿Qué te gusta de bailar desnuda?

—Me gustás vos mirándome. Las caras de los hombres mirándome. No sabés las caras de idiotas que pueden llegar a poner. Eso es poder, querido, ése es mi poder.

Me dice Natalia. Nunca antes había charlado con una liga de seda tan rodeada de carnes. Una liga tan forrada de billetes.

—Yo soy muy vergonzosa. En serio te lo digo, soy. Cuando voy a la playa casi ni me saco la remera, porque me da vergüenza.

Me dice Natalia, sin remera ni ninguna otra tela, bailando muy desnuda a diez centímetros de mis anteojos. Natalia es santafesina y tiene veinte años y un cuerpo según todas las recomendaciones de la sociedad protectora de animales.

—Pero acá prefiero estar desnuda.

—¿Por qué?

—Porque ahí es cuando me dan plata. Yo me desnudo y ustedes me dan plata.

El salón del club Pure Platinum en Fort Lauderdale, cerca de Miami, es una versión optimista del apocalipsis según Juan: luces de colores, neones, brillos cromados, espejos y mujeres, mujeres, mujeres

meneando sus carnes sobre mesas, tarimas, sillones, taburetes. Así visto, por momentos, es grandioso; por momentos, es casi aburrido. Aunque sean, como solía decirse, mujeres de almanaque, o sea: todas impresionantes según las normas habituales. Me parece que alguien debería conservar una buena filmación de todo esto, para que el antropólogo futuro tenga una idea clara de los modelos femeninos de este fin de siglo: las piernas largas musculosas, el culo fabricado a fuerza de trabajo, el vello púbico bien peinadito y corto, la panza como si no existiera, las tetas compradas en el Silicon Valley, el pelo rubio verdadero o falso, los labios ensanchados, la suave mueca de desdén, los movimientos ampulosos. En el escenario, entre un humo ligero, en medio de profusión de espejos, otras dos se van desvistiendo con mohínes. Las chicas se miran mucho en los espejos. Se gustan. Algunas van y besan su figura en el espejo, se frotan a su figura en el espejo. Después bajan, y empiezan a ofrecerse por las mesas.

—Ese es el juego: yo me desnudo y vos me llenás la liga de billetes.

En eso consiste el rito: los señores llegan, pagan cinco dólares la entrada y se sientan en la barra o en mesas chicas junto al escenario. Los señores piden bebidas, pagan: diez dólares una cerveza, quinientos un champagne francés. La música es una caja de ritmos sin remedio. Las chicas siguen desnudándose; los señores, si se entusiasman, les enganchan billetes en la liga. Después ellas bajan, pasan entre las mesas y les ofrecen a los señores el número privado: por diez dólares les bailan desnudas frente a las narices. No es caro, pero muchas veces los señores se entusiasman, piden más y más. Entonces, si se quedan sin cash, los señores pueden comprar con sus tarjetas billetes de la casa, tipo Estanciero, especiales para poner en las ligas. El dinero llueve pero Natalia hoy está de malhumor porque todavía no recaudó mucho:

—Recién, al fondo, un tipo me ofreció quinientos para meterme el dedo, pero yo no quiero.

Yo le pregunto por qué, mientras trato de calcular qué haría con semejante oferta:

—Porque acá esto es un club serio, tiene reglas, y a mí me gusta

respetar las reglas.

Natalia habla con mezcla de acentos caribeños y criollos. Hace seis años que su familia se vino a vivir a Miami, y no parece muy cómoda con el español. Quizás no esté muy cómoda con ningún idioma. Yo le pregunto cómo empezó con esto.

—Vine, me hicieron desvestir, me miraron y empecé.

—Pero ¿te prepararon de alguna manera?

—No, qué va. Para desnudarse sólo hay que tener con qué.

Atrás, en una mesa, un gordo viejo hace bailar a dos que se refriegan con entusiasmo moderado.

—Yo antes trabajé en un bar con fricción. De esos que tienes que franelearlo al cliente. Pero no me gustaba. Los hombres se venían en los pantalones. Era sucio, ¿no?

La fricción es otra cosa. Otro de los clubes de Global Management lo hace: ahí, las chicas tienen que usar un slip porque se sientan o acuestan sobre los clientes y los refriegan afanosamente, con gran dedicación y un dejo de saber gimnástico. Pero cuando alguno de ellos le quiere poner una mano donde no debe le marcan con toda firmeza hasta dónde llegan los derechos que acaba de comprar. Aquí, el tema de los límites siempre está muy claro.

—¿En qué pensás cuando estás ahí arriba?

—En nada. A mí me sale muy bien pensar en nada.

—¿En tu novio?

—Pobrecito.

Natalia me cuenta que tiene un novio, y que no le gusta mucho lo que hace.

—La verdad, no le gusta nada. Pero sabe que hay que pagar el alquiler. Y los pequeños gustos.

Natalia se llama Soledad, y me cuenta que cada noche puede hacer entre 200 y 600 dólares. Libres de impuestos.

—¿Y extrañás la Argentina?

Natalia/Soledad me mira como si le hablara del teorema de Gödel.

—¿Yo? ¿Por qué?

Por momentos, todo esto parece un arte de la exasperación: mirame

y no me toques. Pero mirame mucho mucho, y no me toques nada. Si acaso, a veces, las chicas se tocan a sí mismas, como quien dice mirá lo que hace esta mano, que nunca podrá ser la tuya. El mirón de este fin de siglo está acostumbrado a que las mujeres que se come con los ojos estén hechas de celuloide o de papel satinado o de rayas en la pantalla del televisor. Verlas vivas a quince centímetros es muy extraño: son demasiado reales para ser falsas, demasiado falsas para ser reales. Aquí lo que separa al mirón de lo mirado no es la imposibilidad sino las reglas: ellas están ahí, al alcance de una mano extendida. Pero las reglas, la buena conducta, hacen que el manotazo sea casi imposible. Es un arte de la exasperación: el mirón, el cliente, está siempre en la obligación de retenerse, de no hacer aquello que querría.

Es —quizás sea— un ejercicio zen para señores en busca de las grandes verdades: contención, disciplina, autocontrol. O —quizás sea — una escuela de vida para el perfecto ciudadano: de cómo aprender a respetar las reglas aun en las circunstancias más desesperadas.

—Hace veinte años, estos clubes eran unos agujeros malolientes con chicas feas desdentadas y nunca había un show. Por eso la sociedad no los aceptaba. Pero desde que nosotros empezamos a jerarquizar este negocio, otro tipo de gente pudo venir a vernos. Empezaron a decir uy, carajo, esto no está mal: un tipo como yo también puede ir a uno de esos clubes. Ahora muchos hombres de negocios traen a sus clientes acá. Y vienen los mejores, los grandes ejecutivos o los grandes actores: Tom Selleck, Lee Majors, Steven Seagal, De Niro, Sly Stallone, todos vienen a nuestros clubes.

Me dice, ahora, Randy Beasley, el presidente de Global Management. Beasley lleva veinte años en el negocio del sexo y parece un tío bonachón: rubio, pelo corto, bigote prolijo, anteojitos sin marco, camisita sin cuello y unas tremendas botas de cuero de serpiente.

—¿Y le parece que el cambio de los hábitos sexuales habrá influido en esto?

—Seguro. Con el miedo al sida, los tipos no andan por ahí buscando sexo casual y, en cambio, vienen acá, se excitan y después se van a su

casa y tienen sexo con su mujer.

—¿Sí? ¿Le parece que después de esto van a buscar a sus mujeres?

—Sí. O a ellos mismos. A sus videos y ellos mismos. Eso va en gustos.

—Es una opción mucho más segura: esto ha hecho mucho por la salud de los americanos. Pero acá el genio fue mi amigo Michael.

Es más de medianoche. Beasley toma un sorbo de soda y me cuenta que su amigo Michael Peter, un graduado de Cornell, inventó el modelo hace unos veinte años:

—Michael es un genio, un visionario. Él estudió en una gran universidad y un día tuvo una visión y se dio cuenta de lo que había que hacer. Y ahí revolucionó el negocio.

Dice Beasley, tan admirativo. Pero a principios del año pasado Peter vendió todo y se fue de largas vacaciones. El que compró los cuatro clubes de Miami fue un empresario ruso. Amy Linn ya me lo había contado:

—Sí, ahora tenemos rusos por todas partes. Esta es la verdadera invasión rusa. Por fin lo consiguieron. Esta es una familia muy rica, que negocia con oro, diamantes, petróleo. Y vinieron y les gustó y preguntaron cuánto vale. Tanto. Bueno, lo compramos.

—Eso suena a mafia.

—No, yo he visto a algunos mafiosos americanos, y te puedo asegurar que estos rusos no tienen nada que ver. Son muy dulces, muy amables.

Me dijo Amy Linn. Es gracioso que los rusos estén apuntando a lo mejor del vicio americano. Quizás sea una maniobra para destruir la moral del antiguo enemigo. Aunque no creo. Beasley tampoco, y le pregunto si siente algún tipo de culpa por lo que hace.

—Ni un poquito. Soy una persona muy abierta y libre, y no engaño a nadie. Acá no se fuerza a nadie y todo funciona de puertas para adentro, sin obligar a nadie a que venga. La “mayoría moral” a veces trata de cerrar algún club, porque sospecha que es una casa de prostitución, pero no lo es. Esto es un negocio, limpio y divertido, para la mejor gente. Es un negocio con clase. Y el gobierno no se

queja, porque nosotros pagamos mucho dinero en impuestos y les conviene tenernos.

Beasley está orgulloso: tiene esa forma tan americana de decir que ellos son los mejores, y me cuenta que ha llevado a las chicas de sus clubes a desnudarse a Atenas, Madrid, Honolulu, Múnich o México:

—Nosotros tenemos controles muy estrictos con lo que hacen nuestras chicas, cómo actúan. No pueden caminar con un vaso o un cigarrillo en la mano, o hablar a los clientes de determinada manera, o vestirse mal. Si lo hacen, les ponemos multas.

Para eso —y para moderar a los clientes entusiastas— tienen a unos muchachos rudos. El manager y sus ayudantes acaban de llegar del último concurso de Mister Músculo: se les nota que salieron segundos.

—¿Por qué son todos tan grandotes? ¿Tienen muchos problemas?

—No. Por eso.

—¿Por eso qué?

—Por eso no tenemos problemas: porque somos así de grandotes.

Me dirá, después, el manager, que me lleva una cabeza y dos espaldas, y ahora Beasley me dice que el control es una parte fundamental de este negocio.

—¿Y también las controlan afuera? Por ejemplo, si las chicas quieren prostituirse afuera…

—No, no se lo permitimos de ninguna manera. Tenemos un control muy muy estricto.

—Usted decía que era muy libre, pero tiene una especie de modelo moral a este respecto…

—No, eso no tiene nada que ver con la moral: es un problema legal. La moral no me importa, pero ahí entraríamos en conflicto con la ley, y eso sí que no nos conviene. Nos arruinaría todo el negocio.

Dice Beasley, y no me dice, aunque se lo pregunto, cuánto mueve el negocio. Pero parece que, en las semanas buenas, cada club recauda unos 200.000 dólares. La cifra, para los cuatro clubes, andaría en más de 20 millones de dólares por año.

En el salón del Pure Platinum hay unos sesenta clientes, y están entusiasmados. En general vienen en grupos y al principio se hacen

chistes entre ellos, nerviosos. Los hay de todo tipo: más viejos, más jóvenes, muy rubios, japoneses, bien vestidos, hispanos.

—Si esto estuviera en la Argentina, la cancha de Boca no se llenaba más…

Dice uno, a mi izquierda, y lo miro con fervor patriótico. Son tres cuarentones entusiastas que ya llevan gastados varios cientos.

—Esto me gusta porque sé que si yo pongo mi billete de diez, ellas se sacan la ropa y bailan para mí. Está todo muy claro, es un negocio limpio. Billete de diez, tetas en el aire. Todo muy clarito.

Dice un viejito americano con su gorra de béisbol y la ropa impecable de tan blanca. A su alrededor, otros cinco lo aprueban sin dejar de mirar sus tetas propias. Algunas nalgas les pasan a dos dedos de la frente. Uno, incluso, ha dejado por la mitad su hamburguesa: supongo que no quiere atragantarse. Entonces sospecho que otra de las ventajas es que aquí nadie tiene que hacerse cargo de sus fantasías. Uno, aquí, puede seguir pensando uy lo que le haría a esa morocha, sin tener que pasar, en ningún momento, a ver si puede hacerlo: a confrontarse con la realidad.

En un reservado, vestida para matar con una mini negra y medias negras, Amy Linn me explica su versión:

—En América, muchas feministas dicen que nosotras no deberíamos explotar nuestra belleza y nuestra sexualidad para hacer negocios. Pero yo pertenezco a otro estilo de feminismo que dice ¿por qué no? Dios nos dio belleza, talento, clase y estilo y nosotras debemos usarlo para nuestro beneficio, ya sea trabajando como abogadas o ejecutivas o en el negocio para adultos. Somos mujeres hermosas, ¿por qué no vamos a sacar dinero de eso?

Es toda una clase. Yo escucho; ella sigue bebiendo su milkshake con licor de café. Sobre el escenario, más tetas revoleadas.

—A mí cuando me dicen que esto es machista yo les digo pero escuchenmé: hay una chica bailando, mostrando el cuerpo, y hay unos tipos con cara de perrito con la lengua afuera dándoles billetes. ¿Quién tiene el control, ella o ellos? ¿Quién está explotando a quién? Yo creo que las chicas están explotando a los hombres. No se van a la cama con ellos, no los tocan: sólo les sacan plata. Mirales las caras a

los tipos y vas a ver quién controla a quién.

—¿Y por qué ellos se dejan explotar?

—Porque se sienten solos, se calientan, se dejan llevar por sus fantasías. Les gusta, sacan algo por su dinero. En América el sexo es muy tabú, y estos señores se han casado con la mujer correcta, la mujer que puede ayudarlos con su carrera y sus éxitos y sus hijos, pero esa mujer no se va a desnudar y bailar para ellos sobre la mesa del living y hacerles cositas; entonces ellos vienen acá, donde esas cosas sí pasan. Les gustaría que se las hicieran sus mujeres, o les gustaría haber tenido el coraje de casarse con una chica menos apropiada y un poco más sexy pero como son muy conservadores y no se atreven, vienen acá y pagan. Y se van contentos.

En el salón hay muchas teles colgando del techo, donde señores con gorritas de béisbol batean y batean. Amy Linn me dijo, hace un rato, que "para los hombres americanos el sexo y el deporte siempre vienen juntos", y se rio con ganas. Por momentos me parece que los desprecia mucho, pero ella dice que más bien los ama, pobrecitos, con tantos tabúes.

—Pero yo agradezco que los tengan. Si no, no habría negocio.

Afuera, en el parking, hay beemes, porsches, mustangs, mercedes y una ferrari amarilla. Afuera, en Miami, llueve como si alguien quisiera lavar todos los pecados que estos señores se imaginan. Adentro, en el salón, se arma un lugar sin tiempo, sin el menor contacto con el tiempo: pase lo que pase afuera, aquí adentro siempre pasa la mismo. Es una erótica de lo preciso, lo ordenado: lo tranquilizador. Todo está en su lugar, nada se mueve de más, nada sorprende, todo se repite una y otra vez. Desde su cabina, en un rincón del club, el disc jockey maneja los climas:

—¡El show más caliente de la ciudad, señoras y señores! ¡Disfruten del estilo de vida de los ricos y famosos! ¡Este es el momento de las oportunidades: dos bailes y una gorra de béisbol por sólo 20 dólares! ¡Qué bicoca, muchachos, qué bicoca!

Una de las chicas viene a la cabina del disc jockey, vestida con una soguita alrededor de la cintura, y le llora en el hombro:

—Nadie me quiere, ya nadie me quiere. Esta noche sólo hice trescientos.

—No te preocupes, ya va a ir mejor.

—No, ya estoy vieja, ya nadie quiere que le baile encima.

—¿Con esas tetas que Dios te dio, cariño? Pero vos estás loca…

Dice el DJ y hace como que la admira con sus ojos expertos.

—En este trabajo uno tiene que hacer de todo.

Me dirá después, cuando Ginnie ya se haya ido, y me contará que hace trece años que está en esto. Allá abajo, Ginnie ya está moviendo carnes frente a un par de señores muy duritos. David tiene una barba candado, traje gris, camisa negra con pañuelo negro, una voz aguardentosa y un equipo infernal.

—¿Y todavía te produce algo ver a una mujer desnuda?

—¿Cómo decirte? Son como hermanas para mí.

Dice David, y trata de limpiarse una mancha de carmín de la mejilla. No sé si entendí cómo es ser una hermana —para él.

—Me gusta cuando viene una nueva. A veces hasta me calienta, mirá lo que te digo.

Las chicas vienen de todas partes. Hay americanas, por supuesto, pero también rumanas, polacas, argentinas, colombianas, austríacas, puertorriqueñas. Cada chica tiene su estilo: está la que hace los mohínes de Susy secretos del corazón, la que pone la mirada acerada de Panzer al ataque, la que junta los belfos en trompita querido si te agarro te desgracio, la que pierde los ojos en el techo en realidad lo que me importa es Schopenhauer, la que le brilla la sonrisa cándida yo soy aquella compañerita que nunca te tumbaste en el colegio, la que se contonea y exprime y retorcija más allá de cualquier personaje que no sea pura carne, la que deja que un velo de melancolía le ensombrezca la cara a ver si sos capaz de hacerme olvidar tanta tristeza: cada cual su marca. Pero a Felicia la anuncian como una fuera de serie:

—El más increíble cuerpo real en la industria del video para adultos… Todo natural, todo verdadero, nada de plástico.

Grita David y grita que Felicia es la actriz de más de doscientas películas porno, y no grita que Felicia, en sus películas, sólo tiene sexo

con mujeres, porque aquí casi todos lo saben.

—Yo soy muy tímida, jijijí, y siempre tuve la fantasía de acostarme con mujeres, pero nunca podía realizarla. Entonces una vez una chica en una disco me invitó a filmar algo con ella en una cama, jijijí, y me gustó tanto, tanto…

Me dirá, después, Felicia, con una voz de pito sorprendente y una risa tipo Alelí 1972. Sentada, charlando, Felicia tiene la prestancia de un perrito pekinés. Pero en el escenario se transforma. Aparece vestida de cowboy con un par de pistolitas en las manos, pero enseguida suelta las pistolitas y se dedica a revolear pelos y flecos de cuero. Baila, salta, sonríe, se toca y va tirando una por una cantidad de ropas, muy ordenadita, siempre en el mismo rincón.

—¿La viste? ¿Ya la viste en películas? Es increíble, es lo más grande. Yo no creo que pueda querer a nadie tanto como a ella.

Dice Ronnie. Ronnie tiene 23 y no cumple con las expectativas del lugar: bermudas, ojotas y remera, pelo rubión larguito, un clásico good american boy de ojos celestes y nariz respingada. Está sentado en la primera fila, alucinado: no le pierde un paso. Felicia, a esta altura, tiene un par de cientos en la liga dorada, botas plateadas de astronauta, la sonrisa radiante y nada más sobre su cuerpo tan bien trabajado. Los clientes lanzan gritos comanches. Cuando no lo hacen, David se los reprocha:

—¿Qué pasa? ¿Ya no hay hombres acá? ¡Quiero oírlos gritar, quiero oírlos vibrar, caballeros! ¡Griten, caballeros, griten!

Cada vez que alguien le ofrece un billete, Felicia se acerca y le mima un bailecito privado y le agradece con gran urbanidad. Después rechupa chupetines y los reparte, bien chupados, entre la clientela. Al final, tras el baile, se baja del estrado y se acerca al rincón donde su señor marido, un gordo rapado más bien fofo, ha abierto la valija de los videos para venta inmediata. Entonces Felicia, muy vestida con sólo sus botas de astronauta, reparte sonrisas y autógrafos entre sus fans. Muchos son mujeres.

—Estoy casada con un hombre, pero me metí en el negocio para conocer mujeres, jijijí, no hombres. Y te aseguro que funciona. Muchas

veces, después de los shows, vienen a pedirme consejos sobre cómo hacer para, jijijí, estar con una mujer. Eso me halaga mucho, sabés. Y yo les digo que toda mujer debe acostarse con una mujer por lo menos una vez en la vida, jijijí. Que lo hagan junto con su novio, o solas, pero que lo hagan, que no tengan miedo. Eso es lo que siempre les digo.

—¿Y vos te acostás con ellas?

—A veces, sí, jijijí. Yo siempre estoy buscando chicas lindas. Y además gano mucha, mucha plata.

Dice Felicia. En el escenario quedaron tres billetes arrugados sobre el piso lustroso: el marido gordo corre, se agacha y los recoge.

—Me encanta que los hombres y las mujeres tengan fantasías conmigo, jijijí, que se exciten pensando en mí. Por eso los miro como los miro: lo importante es hacerle pensar a cada uno que es la única, jijijí, persona en el lugar, que todo esto lo estoy haciendo sólo para él o ella, sólo con él o ella. Me excita mucho, me calienta que me miren así.

Dice Felicia y, al final, mira muy seria al grabador y le recita la dirección de su club de fans, en algún rincón de California.

Son las dos y cuarto de la mañana. El club acaba de cerrar y ahora, en el vestuario, las chicas cuentan plata. Las diosas zen han vuelto a convertirse en una banda de jovencitas de veinte un poco excitadas, apilando billetes y comentándose historias de la noche con risas y gritos.

—A ese japonés lo hubiera matado. Ma-ta-do. El tipo se debía creer que yo no me di cuenta de que tenía todo el tiempo la mano en el bolsillo, ¡y la movía!

Dice una rubia aberdeen angus y su amiga pelirroja shorthorn la mira como quien dice ahora me vas a contar que no te gusta. Entonces la rubia le tira un almohadoncito por la cabeza, y la encargada del vestuario, la “mami”, les grita chicas, chicas, calma.

—Estas chicas están ganando tanto como los abogados y los médicos, y todo sin siquiera tener sexo con los clientes. Muchas de ellas estudian, están pagándose una carrera. Y si son inteligentes,

ahorrarán como yo ahorré, y entonces después podrán relajarse como yo me relajé, y hacer algo más tranquilo. Por eso nuestra compañía, ahora, les está dando cursos de cómo invertir su dinero, porque esto dura poco, y no deberían gastarse todo en tonterías.

Me dice, ahora, Amy Linn, gallina sensata protectora. Todo es tan razonable, tan limpio americano. El manager les dice que respeten las reglas, que se cuiden de las drogas y que hasta mañana, señoritas, tengan cuidado con cómo se portan, que acá queremos chicas serias. Las chicas serias se van yendo: vestidas resultan casi eróticas.

La noche se termina y yo pido las llaves de mi coche. Cuando llegué tuve que dejarlo en manos del valet, para que lo estacionara. Y ahora resulta que el valet se fue y nadie sabe dónde están las fucking llaves. Mientras las buscan, y no las encuentran, me acuerdo de la cantidad de veces que el presidente Beasley me dijo que todo en sus clubes funcionaba tan bien, con tanta atención por los detalles. Entre una y otra cosa se pasan dos horas. Ya son las cuatro de la mañana: todos se fueron, y yo espero una grúa que se lleve mi coche a la rastra. El show más caliente de la ciudad, decían. Disfruten del estilo de vida de los ricos y famosos, decían. La grúa, parece, todavía puede tardar una hora más.

(1997)

el mundo, nueva york (3)

La velocidad. En la esquina de mi casa, 86 y Broadway, hay un señor que se mueve con la velocidad de la marmota: más que lento, descomponiendo cada movimiento en infinitos pasos. El señor suele fumar: la mano que lleva hasta su boca el cigarrillo puede tardar dos, tres minutos. A veces, mirarlo desespera; otras, reconforta. El señor es negro, cincuentón, no tiene dientes; usa un traje clarito y un sombrero panamá con cinta roja.

—El mundo ahora va tan rápido que alguien tiene que compensar, para que no se desboque del todo.

Me dijo el otro día.

—Así que yo me resigno a hacer ese trabajo.

Hay héroes, siempre, todavía.

Sábado, Village. Llueve, pero esta noche es sábado y el Village está atestado de paseantes que toman cafés en cafés con mesas en la vereda, miran los ejemplares humanos más extraños y se sienten en medio de una película barata, hasta que la producción hace un esfuerzo y, de la nada, un negro sale corriendo perseguido por otros dos. Que, finalmente, lo alcanzan en una esquina y lo derriban sobre el asfalto, se le tiran encima, le pegan a los gritos. Uno de los perseguidores sigue zamarreando al perseguido, sentado encima de sus hombros, cuando empieza a llegar la policía. Primero son dos agentes, un hombre y una mujer, que se tiran encima de los dos y los separan, y enseguida aparecen cuatro patrulleros con sirenas y luces encendidas. El zamarreador es un negro muy alto, apuesto, joven, vestido con cuero caro; su compañero es un poco mayor y tiene un saco de gamuza elegante: el prejuicio diría que son traficantes de drogas, pero vaya a saber. El zamarreado, en cambio, tiene la ropa avejentada y el pelo muy revuelto. Se diría que trató de robar a los otros dos, y lo agarraron. Los policías le ponen las esposas y parece que todo se termina, pero entonces los policías esposan también al negro más joven y le dicen que se lo van a llevar porque estaba

encima del otro, pegándole. El negro se queda muy tranquilo, pero su compañero no soporta.

—No, no, llévenme a mí. Yo estaba pegándole, él no hizo nada. Yo estaba pegándole.

La declaración es increíble y yo sospecho que el joven debe tener droga encima y que el otro está tratando de entregarse para salvarlo. Entonces llega una blanca bonitísima que hace como si fuera la chica del negro joven y lo abraza y le rebusca con disimulo en los bolsillos. Un policía los separa, y sube a los dos detenidos a un patrullero. La gente empieza a dispersarse. Un alemán pregunta si todo esto estará organizado por la oficina de turismo, y su señora, gorda y germánica, no sabe si su señor le está haciendo un chiste y trata de no reírse por si acaso. Tiene razón: es demasiado Nueva York para ser cierto, y es probable que, por eso, lo sea.

Fuck. En la sociedad de la libertad de expresión, los diarios no pueden escribir ciertas palabras. Fuck, por ejemplo: fuck aparece como "f…" o, muchas veces, "la palabra de cuatro letras". Hace un par de milenios la palabra de cuatro letras por excelencia era "Yavé", y le decían el tetragrammaton —la palabra de cuatro letras—: los mismos religiosos que hoy se escandalizan ante fuck prohibían pronunciarla porque era el nombre del Dios, al que no se podía llamar por su nombre. Ahora, en los diarios y revistas americanos, la palabra que ocupa ese lugar, el tetragrammaton presente, es fuck, coger. Sic transit gloria swanson, y cada vez mejor.

La necesidad. En la esquina de la 34 y Lexington un tal Perico mueve su vaso de plástico con algunas monedas. El vaso suena como una campanita bastarda. Perico está siempre en esa esquina: es bajito, moreno, le queda poco pelo en la cabeza. Perico tiene una campera vieja que fue verde y ahora no se sabe. Perico nació en San Juan, Puerto Rico, pero no se acuerda de esas calles. Ahora, en su esquina, corre detrás de los que pasan, les habla, les pide una moneda:

—A mí me quiere todol mundo en Nueva Yol, porque todol mundo sabe quién soy yo. Yo soy palte de Nueva Yol, me necesita.

Dice Perico, y agita sus monedas.

Americanizados. Michael Jordan acaba de ganar su sexto campeonato de la NBA con los Chicago Bulls, y hay gran revuelo. En el *New Yorker*, Henry Gates, un profesor negro de Harvard, escribe un largo artículo sobre el prócer del momento y sus usos comerciales y simbólicos: "Haberse convertido en la imagen publicitaria de Coca Cola, Nike y McDonald's también refuerza el estatus de Jordan como un símbolo internacional de América. Jordan se ha transformado en una de esas cosas que constituyen nuestra identidad como americanos, ciudadanos de la sociedad de los ganadores. Esa identidad siempre está en construcción: el trabajo de aquello que solemos llamar globalización —y el resto del mundo llama americanización— nunca se detiene".

Bañe a su perro. Nueva York es la ciudad hecha para el consumo: todas lo son, ahora, pero ninguna con la fuerza y el ahínco de la Gran Capital. En Nueva York siempre da la impresión de que todo puede comprarse todo el tiempo: los negocios no cierran casi nunca, no hay semana sin unas rebajas, y es difícil imaginar algún producto que Nueva York no ofrezca. Todo lo que el mundo produce está en algún negocio aquí, listo para venderse. Nueva York es siempre la ciudad del consumo, pero en ningún momento del año lo es tanto como en estos días navideños.

La avalancha empieza justo después del Día de Acción de Gracias, a fines de noviembre. Tanto que, desde hace un par de años, algunos grupos han empezado a convocar a un Día de No Comprar Nada: "En respuesta a la locura consumidora de cada año, el día después de Acción de Gracias ha sido designado para no comprar y alentar a la gente a que reflexione sobre sus excesos. En lugar de comprar, pase ese día con la familia, mire la televisión, arregle su jardín, bañe a su perro", dice una declaración del movimiento.

Niños y ballenas. El can había desaparecido una noche de su casa

de Boston y su dueña no tenía consuelo. Para buscarlo dejó su trabajo, invirtió sus ahorros, se pasó varios meses. Al final lo encontró, cuatrocientos kilómetros al sur, en un suburbio de Nueva Jersey: lo tenía un sargento de policía que lo había recogido cuando rondaba lastimado, hambriento. Su dueña lo recuperó, pero tuvo que prometerle al sargento que, cada tanto, se lo llevaría a pasar unos días con él.

—Es que lo quiero como a un hijo.

Dijo el sargento, la primera vez que volvió a verlo, y los diarios contaron la historia. Fue hace un par de semanas. Poco después, el *New York Post* atacaba de nuevo: en su tapa, las caras de cinco chicos hispanos con cara de drama tan profundo. Su perrito había muerto atropellado, y no se reponían. ¿Qué pueden hacer los diarios amarillos en una ciudad donde la violencia está en baja y los equipos de básquet y de fútbol no le ganan a nadie? Recurrir a los perros: en Nueva York son un valor seguro.

Para mí es un problema. Suelen indignarme estos fulanos que se preocupan tanto por los animales y tan poco por los hombres. Sobre todo, esos ecololós que darían la vida por proteger a un pingüino cubierto de petróleo en la Patagonia y no perderían diez minutos en alimentar a un chico pobre a veinte cuadras de sus casas. Era una de mis protestas recurrentes. Hasta que vi, el otro día, en el *New York Times*, esa foto del antiabortista con el mismo argumento.

El chico tenía 14 y el perfecto aspecto del fascista como americano adolescente. Estaba sentado en su cama y miraba a la cámara con la determinación de quien ignora la duda. Detrás, en la pared, un cartel astuto decía “Sea un héroe: salve una ballena. Vaya preso: salve a un niño”. En Estados Unidos, los antiabortistas han quemado clínicas y matado médicos: son lo más retrógrado, racista, religioso. Es duro compartir argumentos con el enemigo.

Sospechas. Esta mañana se me ocurre que Nueva York debe estar llena de viudas o esposas desdeñadas de dictadores, torturadores u otros hijos de puta. Ellos las abandonan cuando se ponen viejas, metereta s y borrachas, y ellas no pueden quedarse en su país y en el

escarnio, así que se vienen para acá y viven con sus caniches en Park Avenue. Deben ser débiles, presas fáciles de gigolós expertos. Ahora se me ocurre que debe haber gigolós especialistas, y me pregunto cómo será especializarse en ocupar el lugar de semejantes generales: a quién se le ocurrirá meterse en esas aguas o cobijas.

La buena vecindad. El posmodernismo fue una guerra contra el contexto. En esos días buscadamente confusos, todo podía mezclarse con todo, y eso constituía un estilo y una idea de la vida. Algunos sospechan que esa idea está en retroceso pero, según parece, todavía nadie les avisó a los editores de los diarios. Esta mañana, en el *New York Times*, un artículo largo —"La maldición centenaria de la esclavitud está viva en Costa de Marfil"— cuenta la historia de un jovencito de Mali, uno de los países más pobres del mundo, al que le dijeron que si se iba a trabajar a Costa de Marfil le pagarían casa, comida y 250 dólares por año —"una fortuna para muchos malíes"—. El chico se fue y se encontró, una vez allí, con que el tipo que lo transportaba junto con otros veinte los estaba vendiendo a un agricultor a 30 dólares por cabeza. Durante varios meses el chico trabajó siete días por semana desde el alba hasta el ocaso: cuando caía la noche lo encerraban junto con sus compañeros en un galpón para que comiera el plato único del día y se durmiera. Al final pudo escaparse.

La historia está bastante bien contada. Alrededor, el *Times*, como suelen hacer los diarios que pueden, pone avisos: Louis Vuitton anuncia una cartera de 315 dólares, Tiffany un collar de 4950, IBM ofrece Netfinity, su server más moderno para computación empresarial, Saks Fifth Avenue muestra unas pulseras de oro y piedras por 4500, J. P. Tod's unos mocasines de 470 y Bloomingdale's un vestido de 1380. Y a nadie se le ocurre pensar que la mezcla puede quedar guaranga, que quizás haya alguna relación entre aquellos esclavos y estos lujos.

Argentina

LA LEY DE LA CALLE

—Acá lo que pasa es que ya no hay más respeto, papá. Esto está lleno de pendejos que se endrogan y salen a matar a cualquiera, a una viejita, a una nena, a lo que se les cruza. Los pibes de 14, 15 años quieren ir rápido, se llenan de pastillas de rohipnol…

Dice Uno, y Dos lo retoma al vuelo; Uno y Dos se completan, se pisan, se dan manija el uno al otro: —¡Sí, esas pastillas están arruinando al planeta! Los pendejos están como locos, van y te matan a uno para tener fama. Así nos vamos a ir al carajo, andá a saber lo que puede pasar…

—¿Y a ustedes qué es lo que les preocupa?

—Y, papá, te joden la calle, te la llenan de yuta, te la hacen más difícil. Nosotros no estamos en eso, no vamos a ir a matar a alguien por cien pesos, por diez pesos, por un papel de droga, ¿me entendés? Nosotros hacemos otras cosas, hacemos cosas grandes. No vamos a ir a meternos con los laburantes, a entrar en una casa por 200 mangos. Nosotros no estamos para esta pavada, papá.

Dice Uno, orgulloso.

—Nosotros estamos para los laburos serios, ¿me entendés? Estos se meten con todos, no les importa nada. Fijate lo del otro día, con la nenita esa de cinco años. Nosotros si hay una criatura la tratamos bien, con cariño, señora corrasé para ahí, quedesé tranquila: es muy distinto, ¿me entendés?

Dice Dos, casi enternecedor.

—¿Sabés qué pasa, papá? Nosotros cuando tiramos es porque no tenemos más remedio. Cuando nosotros salimos a laburar si hay muertos es porque la cosa se puso jodida, un tipo se arrancó y…

—¿Cómo es cuando matás a un tipo?

—Y… es el laburo. Vos no vas a tirar, lo vas a apretar bien. Pero si ahí el tipo se te retoba, te amaga con sacar un fierro, lo tenés que matar vos porque si no te mata él.

Dice Dos, tranquilo, sin exaltarse.

—¿Les pasó alguna vez que mataron a alguien y al día siguiente leen en el diario que el tipo era así y asá, que tenía una mujer, hijos…?

—Sí, sí.

Dice Uno, y les pregunto qué piensan entonces.

—Qué suerte que zafamos.

Dice Dos, impertérrito.

—Qué suerte que estoy acá sentado, leyendo el diario.

Dice Uno, y después suelta una carcajada tremebunda:

—¡Vaya a saber lo que hizo ese varón para que muera!

Dice, y Dos matiza de nuevo:

—Pobrecito el que murió, digo. Pero peor sería si salgo yo en el diario, ¿me entendés?

—¿Alguna vez piensan si lo que hacen está bien o mal?

Uno y Dos se miran, despistados primero, después risueños, y me dicen que sí.

—¿Y qué se dicen?

—Que queremos plata.

Dice Dos, y Uno completa:

—Que queremos plata y que la tenemos que seguir haciendo. ¿Qué otra cosa vamos a pensar, nosotros? Si estamos en ésta, vivimos en ésta. Si nos dan un laburo nos morimos. No somos aptos a la sociedad, nosotros. Si yo voy a pedir un laburo no me lo van a dar nunca, con los papeles que yo tengo. Yo nací en esto, viví de esto toda mi vida, crie a mi familia de esto… ¿A mi quién me va a tomar para laburar, papá? Nadie. Si soy un analfabeto cualquiera. No tengo oficio, no tengo nada. ¿Quién me va a tomar para laburar? Agarrá un par de nueves, un par de cuatro y medio, un par de metras y a la calle. Es la única que nos queda, papá, la única. Y además nos gusta con locura, papá, pa' qué te voy a mentir.

Uno, Dos y yo estamos en un lugar que, por un rato, va a ser ningún lugar. Se podría pensar que es una casita de una villa del Gran Buenos Aires: quizás sea, quizás no. Puestos a suponer, también se podría pensar en un despacho oficial o una oficina elegante. Ahora, por un rato, este lugar va a ser otro lugar, y tampoco importa: a veces, para contar la verdad, hay que mentir. Falsear algo en alguna descripción, ocultar una vía de acceso, disimular ciertas sorpresas: los blanquitos

bienpensantes clasemedia porteños solemos creer que hay una distancia social enorme entre nosotros y, por ejemplo, dos ladrones pesados. Falso: nada que no pueda sortearse con un par de llamados bien puestos. ¿Usted sabe a qué se dedica su vecino del 9º B?

—¿Y cómo les llegan los laburos? ¿Alguien viene, te dice algo? ¿Cómo es?

—Bueno, suponete venís vos, ahora, que estás trabajando en ese diario y me decís mirá el 25 viene una plata, en un auto así, la oficina es así… Entonces nosotros lo hacemos, y si sale todo bien vos te llevás tu parte.

—¿Cuánto me das?

—Como le damos a todos: el 10 por ciento.

—Pero ¿siempre hay un entregador?

—Sí, si no no podés, no tenés cómo saber qué pasa ahí adentro.

Dice Dos, y me cuenta que igual, aunque tengan la información, tienen que ir un par de veces al lugar, mirar el movimiento, cuándo pasan los patrulleros, qué vecinos hay, y recién después hacer el plan. Uno y Dos trabajan juntos desde hace años, con un tercero que hoy no pudo venir: —Tantos años, hace, que nos conocemos… Años. No sabés la confianza que nos tenemos, papá. Yo sé que si hay que meter caño vamos a meter caño los dos juntos, y a otra cosa mariposa. Pero yo no sé dónde vive él, y él no sabe dónde vivo yo.

Dice Uno, con su sonrisa de medio lado. Para que aceptaran esta charla tuve que prometerles, por supuesto, que no iba a decir sus nombres. Uno tiene poco menos de 40 años: es muy morocho, ojos chiquitos, pelo corto, chaleco y camisa bordada de cantante bailantero con un par de contratos por delante. Uno tiene los rasgos del que pasó por todas las que hay en la lista y dos más que le inventaron para él. Dos tiene poco menos de 30: es bastante morocho, ojos atentos, pelo corto, una remera de colores y un bluyín: el pibe más bueno de la cuadra, el empleado de la farmacia que quizás llegue a encargado, con el tiempo.

—¿Y después?

—Y después vamos y le damos —dice Dos—. Él se queda en el auto, con su ropa de trabajo, una ropa grafa, así, con manchas de pintura…

—Y una metra así de grande abajo…

Dice Uno y se entusiasma, y me empieza a dibujar en un papel un plano de un supuesto banco, la vereda, la entrada, las vías de escape. Por momentos la birome se le escapa de los dedos: no parece que sea su instrumento favorito. Dos me sigue contando: —… y yo y otro muchacho nos bajamos, bien, con la corbatita, cambiaditos, todo. Entonces entramos en la oficina, buenas tardes, somos de tal empresa, esto y lo otro, y de repente ¡todos para el fondo! Entonces los encañonamos a todos, nos llevan adonde está la plata, los encerramos en el baño y nos vamos.

Dos lo cuenta tranquilo, como quien dice esta noche quizás llueva, y vuelve a quejarse de los pibes que sólo saben hacer bardo.

—Así nadie sabe adónde vamos a ir a parar.

Al principio, Uno y Dos estaban reticentes, desconfiados. Pero se van soltando y, por momentos, empieza a gustarles lo que cuentan de sí mismos: sus personajes les resultan atractivos, excitantes, y los juegan cada vez más. Dos me cuenta que su viejo estuvo muchos años preso, que él empezó a los 12 tirando unos tiritos con una 22, que después se robó una bicicleta, un estéreo, que su hermano mayor era chorro y lo mataron: —Y vos, viste, cuando sos chico querés ser como tu hermano, le seguís los pasos…

—Porque nosotros nos criamos en villa, no nos criamos en departamento. Nos criamos en una villa miseria que teníamos una casita de chapa, y robábamos, nos metíamos ahí adentro y no nos sacaba nadie. Pero nadie tampoco iba a robar a la casa de un vecino. No es como ahora, ¿me entendés?

Dice Uno, y los dos proclaman que eran compañeros del “finado Sopapa, que era un tipo entero, de los que iban al frente de posta”. Uno estuvo preso casi quince años: tiene los brazos llenos de tatuajes y me cuenta historias del penal de Sierra Chica: —Cómo nos hemos divertido en Sierra… En Sierra una vuelta que hicimos un motín, jugamos a la pelota con la cabeza de los presos…

—¡¿Cómo?!

La pregunta me salió un poco destemplada, bruta. Por un momento

me pareció que había entendido mal, pero no: —Claro, ahí estaban esos presos viejos, veinte, treinta años adentro, que ya no tenían nadie afuera, entonces los tipos se hacían ortibas, te batían, papá, te daban la cana. Y esa vuelta cuando hicimos el motín le cortamos la cabeza a dos o tres y jugamos al fútbol.

Yo sigo creyendo que no entendí bien. Pero sí.

—Entonces uno decía pasámela a mí, pasásela a aquél, y venía la cabeza con los ojos abiertos y otro gritaba pateale en el ojo, pateale en el ojo, así cierra el ojo…

Dice Uno y suelta una carcajada tremebunda. Yo me quedo callado. A veces Uno puede resultar espeluznante. Dos pone voz de circunstancias: —No, eso fue terrible. Terrible fue. Yo tenía a un muchacho ahí en Sierra, que me contó que a los muertos, ¿sabés qué les hacían? Los metían en el horno, les prendían fuego, y con el fuego cocinaban las facturas, te daban las facturas calentitas…

—No, Sierra es el final. Yo de ahí salí loco. Una vez que fuiste allá tu familia se olvida de vos, te deja tirado. Yo perdí toda mi familia. Ya no tengo padre ni madre ni nada. ¿Y cómo salís de ahí? Salís re tarado. No salís con ganas de trabajar. Salís con ganas de cargarte a cualquiera…

La charla sigue: un amigo muerto, un asalto gracioso, un par de trucos para esquivar patrulleros. Mientras, Uno me mira cada vez más fijo. Al final salta, duro: —A vos te veo cara conocida. Sí, a vos te tengo visto.

—No, no sé, no creo.

—Sí, a vos te vi…

Dice Uno, y me mira muy feo.

—¿No será que a éste también le robaste, bolú?

Le dice Dos, como para cortar el clima.

—No, no, no es joda. Yo a vos te vi en la estación aquella el día que me agarró la cana con el maletín lleno de fierros… Sí, vos estabas, ahí, ese día…

Dos trata de distraerlo. Uno me mira cada vez peor. Yo me estoy poniendo nervioso.

—Sí, vos estabas ahí.

—Pero no, no seas boludo, hermano, este no tiene nada que ver. ¡No seas animal!

Le grita Dos; Uno lo piensa un momento, con los ojos muy fijos: le suda la frente, una mano se le va a la cintura. Dos le hace un chiste, y yo trato de distraerlo con una pregunta: —¿Y cuánto sacan en un buen afano?

Dos me contesta, para seguirme la corriente. Uno sigue refunfuñando algo por lo bajo.

—Y, cincuenta, sesenta lucas, cuarenta, según. Dividido entre tres, calculá. Así sí vale la pena.

—¿Y qué hacen con la plata?

—Él tiene casa, su auto, tiene un negocio, la agencia de remises… Yo tengo dos casas, un negocio, tres autos, una camionetita…

Dice Dos y Uno, por fin, entra en el juego. Es un alivio.

—La invertimos en negocios. Está toda invertida.

—¿Piensan retirarse algún día?

Uno y Dos se ríen:

—Acá no te retirás. Acá te dicen que hay una platita y decís bueno, vamos a buscarla.

—Pero quizás podrían vivir sin trabajar.

—No, nosotros no tenemos nada. Nosotros la ganamos en diez minutos y la podemos perder en diez minutos. Nosotros caemos presos y tenemos que poner para abogado, para arreglos, para el juez…

—Pero si no siguieran asaltando podrían no caer presos…

Uno y Dos me miran con un poco de sorpresa, casi compasión: decididamente, el pelado no entendió un carajo.

—No, hermanito, ya te dije, es un vicio. Es como un juego, ves la pelota y salís disparado, sí, quiero correr.

Dice Dos, y Uno lo apoya con una teoría del éxito:

—¿Sabés qué? Mientras te vaya bien no te saca nadie. ¿Sabés cuándo podés parar? El día que no puedas ni caminar…

—Pero ¿no les pasa que están por salir a un asalto y dicen puta madre, si me llegan a agarrar me como diez años…?

—No, no, si yo pienso eso nunca voy a hacer nada. Yo no puedo

pensar una cosa de esas, que tuve un sueño así, que mi señora me dijo, o que tengo mis hijos que… No, o una de dos: o hacés la de tus hijos o hacés las cosas por vos. No, ahí pensar no se puede. Vos tenés el laburo y salís a hacerlo; si sale, sale, y si no sale, no sale. Y chau. Para arrepentirte ya vas a tener tiempo. Yo tuve quince años para arrepentirme… ¡y no me arrepentí!

Dice Uno, y otra vez carcajada.

No vale la pena que yo también me haga el duro: a esta altura de la charla ya he pasado sustos, nervios, sorpresas, diversión; pocas veces en mi vida he visto gente con normas tan distintas de las que solemos llamar normales. Uno y Dos tienen su propio reglamento: juegan a un juego muy duro pero aceptan las normas, se las bancan como señoritos. El problema es que un día cualquiera, de sopetón, sin el menor aviso, te hacen jugar a vos, a cualquiera, con sus reglas.

—Es un vicio, loco, es nuestro vicio. ¡Estamos re locos, nosotros!

—Pero ¿qué les gusta de eso, qué es lo lindo?

—Lo lindo es cuando vas al juego, viste. Vas a jugarte la vida, ahí tenés la emoción.

—¿Y cuando vas a salir estás muy nervioso?

—Y, en la calle, cuando vas, esperás de cualquiera, viste. No sabés de dónde puede venir la mano. Y si hay que tirar, tirás, y si ves que alguno se mueve feo lo volás, papá, no lo vas a dejar que te vuele él a vos.

Dice Uno y tira tiros con el dedo como quien juega al Llanero Solitario.

—Medio jodido, es… Los primeros sí, estás un poquito nervioso, pero después, ahora… Es muy lindo robar, ¿eh?

Dice Dos con la mirada pícara, y le pregunto por qué. Pero Uno contesta antes: —Y, porque no tenés que transpirar mucho. Es un rato nomás. O te sale bien, o no transpirás más.

Dice, y suelta otra vez la carcajada. Y vuelve a hablar de los pibes que se drogan y salen a matar a cualquiera, y que así no podemos seguir, y que esto es un desastre. Dos lo retoma: —Nosotros lo que menos nos gusta es hacer bardo. Él en su barrio es el tipo más normal

del mundo, no molesta a nadie, hace su vida. Y yo también, tranquilo, saludo con los vecinos, juego con mis hijos, los llevo al colegio, no molesto a nadie. Yo tengo mis hijos, los hago vivir bien, fútbol, estudio, pim, pum, van a su club, van a su colegio privado, todo como tiene que ser… Yo les quiero dar una vida lo más linda que podemos.

Dice Dos, y Uno dice que sus dos varones también juegan al fútbol y la nena estudia y no les falta de nada, y yo les pregunto si no quieren que sus hijos sean ladrones. Uno se pone casi serio, solemne: —No, no. Para eso estamos laburando nosotros. Para que ellos, si Dios quiere… Ya que nosotros nacimos en una villa todos, que no pudimos ni aprender a leer y escribir, que ellos…

—¡Fijate que la mía quiere ser policía!

Dice Uno, y los tres nos reímos.

—Y yo me quiero morir. Imaginate, me duele el alma.

—¡Tarjeta roja, le ponemos, si la hija se vuelve policía!

Dice Dos, y meta carcajada. Yo miro el grabador, y Uno hace como que monta una pistola y me dice bueno, largá el Sony, y más risa. Menos mal que era risa.

—¿Qué les gusta mucho en la vida? Digo, cuando quieren pasarla bien, ¿qué hacen?

Uno y Dos me miran: no se la esperaban. Uno lo intenta:

—Y, según. A mí me gusta sacar a pasear a la familia, ir a comer, ir a la costa, tengo la piletita en el fondo de casa…

—Sí, nosotros vamos y hacemos nuestro trabajo, pero después queremos tener la vida más normal de la tierra. A mí lo que me gusta es cargar a la familia en el coche y me voy a pasear al Tigre, una lanchita, lo más normal…

—Porque además tienen mucho tiempo libre…

—Y sí, las veinticuatro horas del día.

Dice Uno, y se queda callado, como quien recuerda. Esta vez consiguieron sorprenderme: los ladrones como perfectos burgueses familiares, señores de su casa. Hasta que Uno suelta la carcajada torva, bochinchera: —Bueno, y después está el Tucán.

—¿El qué?

—El hotel Tucán, ahí en la ruta… Ahí nomás, mujeres, joda, andá a

la concha de tu madre.

—Ah, bueno, ya me estaban convenciendo de que eran papá noel.

Uno y Dos se ríen, gritan, manotean:

—¡No, no, qué te creíste! ¡Tanto lío peleando los trabajos, también nos tenemos que mandar una jugada! ¡No, mandamos para la ruta, y meta música, meta putas! ¡No, no te vayás a confundir!

Dicen, a los gritos, hasta que Dos hace una pausa, y otra vez serio, solemne: —No, nosotros tenemos en la mente siempre presente que hoy estamos y mañana no estamos. Podemos estar presos como podemos estar muertos. Entonces vamos a disfrutar la vida bien. La normal, pero también hacemos nuestras cosas, ¿me entendés?

—¿Les gusta ver películas de afanos?

—No. ¿Quién pierde siempre en las películas? No, hermano, para amargarte, no. Nada más a veces mirás las fugas, estudiamos los escapes, pero después no miramos más, porque las pérdidas siempre las tienen los nuestros, ¿me entendés?

—¿Y para levantarse minas sirve ser ladrón?

—No, nosotros no hacemos ésa. No, yo les cuento cualquier otra, la careteo. Hay que tener mucho cuidado con la fama. Ése es el quilombo con los pendejos, se creen ésa, pero es una pelotudez. No, ¿fama para qué? No, la fama cuesta.

Dice Dos, sentencioso.

—¿Y eso de que hoy estás y mañana no estás no les da miedo, a veces?

—No, ese es el trabajo de nosotros: hoy estamos, mañana no estamos.

—¿Y de acá a diez años cómo serán, qué se imaginan?

—De acá a diez años nosotros no vamos a estar más, papá.

Dice Uno, y Dos me explica, paciente:

—No, el pensamiento de nosotros no es ah, no, vivir otros diez años, tener nuestra jubilación, ir a jugar a las bochas, no, no…

—Si hubieran podido elegir ser otra cosa, ¿qué habrían elegido?

—Y, yo hubiera elegido tener un poco más de fierros, para divertirme un rato… Yo no puedo elegir otra cosa en esta vida. ¿Qué

podemos pensar nosotros? No es como la vida del bacán, que vive de su laburo, pancho. Vos te vas de vacaciones, te vas a Miami, te vas al Chaco. Yo no puedo ni sacarme la camisa, papá, estoy todo lleno de tatuajes. Nosotros ya no tenemos lugar para hacer la vida normal. Mirá si vas a un restorán y se aparece un damnificado y empieza a los gritos. Pero no es eso. ¿Querés que te diga la verdad? A nosotros nos gusta esto, para qué te voy a mentir. Tenemos que robar, jugarnos, mientras podemos lo tenemos que aprovechar…

La cuestión de la vida breve me impresiona, y me pregunto cómo harán para bancarse la idea de que se pueden morir en cualquier momento: a la mayoría nos suele resultar insoportable. Pienso en los trucos habituales: —¿Ustedes creen en Dios?

—Yo creo.

Dice Uno, y le pregunto si se va a ir al infierno.

—No. No, porque mi mente no es para que se vaya al infierno. Mi mente es una mente buena, porque yo podría hacer maldades grandes, pero no hago.

—Si matás gente, cómo que no hacés maldades grandes…

Le dice Dos, cachador, y se ríe. Uno trata de contestarle:

—Yo mato porque se da la situación para matar la gente, si no yo no mataría a nadie. Por ejemplo, mirá, si salgo a laburar yo sé que tengo que matar, pero si no estoy haciendo nada no tengo maldad para…

—La otra vuelta tuvimos un laburo, y el viejo no se quiso entregar. Sacó una 357 y lo apunta a éste, ahí, en la frente, y yo le pego el grito guarda el golpe y el viejo medio que me miro a mí y éste sacó la 9 y le metió tres tiros pum pum pum en la cabeza.

—¡Claro, estamos re locos nosotros, qué vamos a creer en Dios! Este va a creer que estamos locos. No, yo creo en Dios, viste, pero no podemos creer tanto, viste… ¡Somos delincuentes, cómo vamos a creer en Dios, nosotros, papá!

Ahora, Dos me cuenta que él también pasa droga, de vez en cuando, pero que no le gusta mucho: —De vez en cuando sí, hacemos un movimiento. Yo, más bien. A él no le gusta mucho.

—No, yo te agarro medio kilo y me lo meto todo en la nariz.

Dice Dos, otra vez a los gritos.

—A mí lo que me gusta es metérmela en el bolsillo, nada más. Lo que pasa es que es complicado, mucho quilombo. En cambio un robo vos vas, tirás un par de tiros, son diez, veinte minutos, y te llevás la plata. Con la droga tenés que ir a un lado, a otro lado, está lleno de vigilantes, de ortibas, de envidiosos. Es linda la droga, te deja plata, pero hay mucho problema. Demasiada gente metida en el medio.

—Pero ustedes se quejaban de que los pibes anden todos drogados, y van y la venden.

—No, no es lo mismo. Lo que pasa es que los pibes se dan con cualquier cosa, el rohipnol, el artán, el poxirrán, gilada, basura. Con la merca se quedan tranquilitos en la casa, tienen miedo. La merca te voltea, la porquería esa no. Ahí está la diferencia, papá.

Me explica Uno, contra cualquier farmacopea, y Dos se preocupa por definir su negocio: —Aparte yo no vendo un papelito acá, otro allá. No, yo pum pum, hago un movimiento y chau. Medio kilo, un kilo, se va a Europa, es otra cosa.

—¿Y con la cana cómo es la relación?

—¿Con la cana? Nooo… Si vos arreglás con la policía, perdiste. Perdiste porque el día de mañana cuando necesitan hacer números van y te matan.

Dice Uno, y Dos matiza, como siempre, moderado. Dos tiene mirada de chico bueno y tranqui, que nunca rompió un plato. Es probable que no haya roto nunca un plato.

—No, arreglo con la policía no podemos hacer porque nosotros vamos a robar, pum, metemos caño y si nos sale bien nos vamos. Pero si nos manotea la yuta cuando estamos laburando, ahí sí podemos hablar. Los tipos saben que somos gente seria, que no vamos a hacer bardo, re drogados, y le decís bueno, cuánto es. ¿Va la plata, va la plata? No, no. ¿Va la plata? No, bueno, sí, al final arreglás: veinte mil dólares, veinticinco mil dólares, ponemos la plata y pum, nos vamos. Ahí sí, pero solamente ahí, cuando te manotearon.

—A mí lo que me rompe las pelotas es que nosotros somos los malos, los delincuentes, y después tenés a ésos de corbatita, un

terrible doctor, que con una firma se afanó millones. O los políticos, que no paran de robar…

Dice Dos, comprometido. Entonces les pregunto a quién votan, y los dos me dicen que a cualquiera, que igual ningún político va a hacer nada por ellos, y que ninguno hizo nada por la Argentina, que la deuda externa sigue ahí. Pero Uno empieza a reírse y dice que la otra vuelta votó a los Montoneros.

—¿Cómo?

—Sí, yo entré y metí el papelito y después me llevé uno para saber a quién voté. Y cuando estaba como a tres cuadras lo miré y eran ésos, los Montoneros, los guerrilleros. Yo me cagaba de risa. Decía uy, si vienen éstos después me van a acribillar…

Uno sigue riéndose y dice que algunos andan por ahí contando que con los militares no se podía robar y que un carajo, que él con los militares robaba re tranquilo, sin problemas. Pero Dos le dice que no, que no era lo mismo, que su viejo estuvo preso en esa época y que era muy duro, que cuando alguno en la cárcel jodía lo agarraban y lo tiraban al río y chau, que era muy distinto.

—En cambio ahora la cárcel en Capital es joda, tienen celular, andan con cadenas de oro, se la pasan culeando, pueden hacer de todo. Terrible, es terrible.

—¿Cómo, no les parece mejor?

—No, para nosotros es mejor, está bárbaro. Pero también por eso los pibes hacen lo que hacen, porque saben que en la cárcel no pasa nada…

Uno y Dos ya se están poniendo nerviosos: hablan menos, se mueven, miran el reloj. Hace casi dos horas que estamos en el lugar ninguno, y se impacientan. Yo les digo que una última y se van: quiero saber qué les pasa cuando ven a alguien con quien podrían identificarse, un vecino, por ejemplo, que sale a trabajar temprano, con el bolsito, para ganar 300 o 400 pesos. Uno y Dos se miran, piensan un momento. La respuesta, por supuesto, es de Dos: —¿Sabés qué? Que él va a tener la libertad para vivir, y nosotros no vamos a tener la libertad para vivir. Él capaz que se va a cagar de hambre, pero tiene la libertad. Nosotros tenemos plata en diez minutos pero

podemos perder la libertad en diez minutos, podemos perder la vida en diez minutos. Él en cambio siempre va a tener su libertad. Esa es la diferencia, ¿me entendés?

(1999)

Brasil

EL IMPERIO DE LOS SENTIDOS

Ya no consigo oír ni lo que pienso. El mundo se ha vuelto resbaloso, y la música es una ola gigante de jalea de fresas que arrasa y pegotea. Es de noche, de Río, de calor, de baile sin remedio. En medio de cuerpos y más cuerpos una mujer blanca de 60 y rollos majestuosos se aprieta un negro de 35, dos mulatos en musculosas lila pelo corto se toquetean con ganas, una madre de 15 baila con su hijita de meses en los brazos, tres chicos y una chica de 20, negros y preciosos, se abrazan con más piel que ropa. Más allá, un indio flacucho le pinta los labios a una negra inmensa con la dedicación de un hijo agradecido. Un mulato cuarentón acaricia amorosamente el pelo de una mulatita de 6: me emociono con la tierna escena paternal, hasta que aparece el padre de la nena. Alrededor, 40 o 50.000 personas bailan, saltan, se agitan. Algunos bailan displicentes, con aplicación conyugal; otros, como si fuera una forma mongui del suicidio. Algunos bailan para demostrar lo bien que bailan, otros para encantar a su próxima presa, otros porque la música los lleva, otros para mostrarles a sus hijos cómo se hace, y la mayoría porque es carnaval, y en carnaval se baila baila baila. Jugos de sexo mojan todo.

—¿Querés cerveza?

Me dice, sonriente, una morena.

—No, muchas gracias.

Le digo yo, Chikoff perfecto.

—¡Andate al carajo!

No es fácil aprender los códigos. En el Terreiro hay sudor y sudor y cuerpos y miradas; olor a gente, baba entre cuatro labios. En un escenario, músicos se suceden tenaces como perros. Abajo hay puestos de comida, una pista inmensa, riadas de cerveza. Hay abrazos de borrachos prometiéndose lealtad infinita, miradas asesinas de borrachos que acaban de descubrir al culpable de todo, trastabilleos de borrachos derrumbándose. Sentados en dos sillas, lejos del mundanal ruido, cuatro piernas mezcladas, un mulato y una rubia de 15 se empeñan en una escena familiar y recíproca: ella le aprieta los granitos y él el clítoris, o lo que sea que ella tenga ahí. En el Terreiro do Samba, viernes de carnaval, casi todos son pobres, oscuros y

entusiastas: son muchos miles, y nadie lleva anteojos.

—Seguramente está bien, pero no sé. Bueno, los jefes lo eligieron, debe estar bien.

Dice la negra, tan negra que parece disfrazada de negra, cuando le pregunto por el tema del desfile de su escola de samba, ecologista. La negra tiene cuatro o cinco lentejuelas, una sonrisa, dos sandalias y todo el resto es carne. La negra salta y baila al frente de la Coronados de Jacarepaguá, que ahora espera para empezar su desfile en la avenida Río Branco, donde marchan las escolas de tercera. Alrededor pululan negros vestidos de legionarios romanos derrotados; en el medio gimotea un negrito flaco y descalzo con una camiseta vieja que dice quien tiene a Jesús tiene todo.

—¿Qué pasó?

—Yo quería subirme a la carroza.

—¿Y no te dejaron?

—Mi papá no tiene plata para comprarme las plumas. El papá de ése sí tiene, porque es policía.

La Coronados es una escola de samba de un barrio pobre, y hace en pobre lo mismo que las grandes hacen en riquísimo: los carros con tortugas amenazadas por unos barriles de petróleo, unas plumas gastadas, carteles, la batería de tamboriles, la canción del año: "¿Hasta cuándo, madre Naturaleza?". Encima del carro hay una bailarina con una pollera hawaiana y un embarazo de seis o siete meses, que baila incontenible. Estos días, el mundo está lleno de panzas que se mueven. Ninguna carioca que se precie sale a la calle sin su panza, un poco rellenita, provocadora, en contra. Es un problema metafísico: para sacar tanto el culo para atrás es preciso sacar al mismo tiempo la panza hacia adelante. Entonces, supongo, hicieron de necesidad virtud: sin una buena panza no hay mujer.

—Sí, debe estar bien: ayudar a la naturaleza siempre está bien, ¿no?

Me dice la negra lentejuela sin dejar de lanzar la pelvis contra un enemigo imaginario. El enemigo es envidiable. Siempre lo es, pero esta negra lanza la pelvis como nadie, y lo sabe.

—¿Y no te molesta que te miren así?

—Al revés, me encanta. Siempre todos me miran. Pero acá me ven como yo quiero. Para eso está el carnaval, meu bem.

Quizás esa es la idea: que, cada año, los brasileños tienen tres días para ser lujosos, divertidos, sensuales, admirados, sarcásticos, todo lo que se les ocurra y, sobre todo, tan distintos de sí. Aunque el carnaval ya no moleste a nadie:

—En su origen, el carnaval subvertía el orden para ponerlo en ridículo, provocar la risa crítica. Hoy, con la estetización del cuerpo y la banalización del sexo, la fiesta perdió ese sentido y se empobreció.

Dice la historiadora paulista Zelia Lopes. A principios de siglo, un hombre vestido de mujer era un discurso fuerte; ahora, una pareja desnuda en el sambódromo es una necesidad de la televisión. Pero, en Río, el carnaval también es muchas otras cosas: una cantidad indefinible de bailes, fiestas, desfiles, concursos. Finalmente, Río es una ciudad provincial, que vive de glorias pasadas, que ya no es ni la capital ni la potencia económica, y que una vez por año, durante tres días, se consigue un lugar en las pantallas del universo mundo: gracias al carnaval.

—Lo bueno del carnaval es que trae a Río a mucha gente importante.

Me dice en la puerta del Copacabana Palace una señora blanca con chancletas. En la puerta del Copa varios cientos se amontonan para ver entrar a los famosos que van al baile más pretencioso de la ciudad. Por la vereda pasa un germano gordo, tremenda panza de cerveza, con una mulata de 18 perfecta, resplandeciente. Después un italiano bajito y retaco con una que parece de 12 pero debe tener 9. Se llama Guglielmo, tiene más de 60 y es un especialista: uno puede suponerlo por su camiseta de Varadero o confirmarlo porque él lo dice.

—Sí, estoy viajando bastante, la estoy pasando bien. Yo trabajé toda la vida como una bestia. Ahora que me jubilé tengo un poco de plata y puedo darme algunos gustos.

En estos días, diarios y gentes se indignan por el descubrimiento de un monitor de una colonia de vacaciones de San Pablo que filmaba a

sus alumnos en pelotas y les hacía lo que podía. La historia es indignante, pero alguien sospecha que el problema es que en este caso la pedofilia amenaza a los hijos de los bienpensantes, que se preocupan mucho menos cuando vienen los europeos a cogerse a los chicos de la calle.

—No, no se vaya a creer: acá a este baile viene lo mejor de lo mejor.

Insiste la señora con chancletas cuando le pregunto si esa morena que está entrando será muy cara. Hay ovaciones para varios actores de la televisión y una rubia pulposa travestida en sirena, pero nadie reconoce a un escritor peruano, Mario Vargas Llosa, cuando entra disfrazado de congolés con un chaleco de seda de colores y un turbantito muy coqueto:

—Desde que llegué he visto todo tan bello y lleno de fantasía que parece como si en este país no hubiera crisis económica.

Dijo después el escritor a los periodistas.

—¿La crisis? Mañana, eso empieza mañana. Ahora es carnaval.

Me había dicho una mujer en un colectivo, pero algunos números son aterradores: el consumo de cerveza, por ejemplo, cayó un 12 por ciento el mes pasado, y eso debe ser grave. Y un amigo arquitecto me contó que la empresa donde trabaja su mujer la mandó a un curso de economía familiar y ahora alquilan menos cintas de video, no comen afuera, no llevan a los chicos al supermercado, compran menos comidas preparadas, juntan mucha ropa antes de poner la lavadora, se cuidan con las luces y le dijeron a la mujer de la limpieza que viniera menos. Ellos no están contentos, pero el problema grave lo tiene Ermezinha, la señora que ahora trabaja una vez por semana en vez de tres.

—Mientras dure el carnaval estoy vendiendo cervezas en la calle. Después va a ser difícil.

Me dijo Ermezinha.

—No, no hay problema. Después viene el comienzo de las clases y vendemos cuadernos, y después la Pascua y vendemos huevos.

Me dijo después, en la calle, un vendedor de cerveza. La ciudad está repleta de vendedores de cerveza.

—¿Y después?

—Y después… Dios dará.

—¿A vos te gusta este trabajo?

Le pregunto a Wilmar, un morocho flaco y fibroso que empuja un carro de la escola de samba Beija-Flor, una de las principales. El nombre escola de samba viene, como casi todo en Río, de un chiste. Hacia 1930, el bloco del barrio de Estacio, uno de los que solían salir en carnaval a desfilar con su samba-enredo, se bautizó a sí mismo "Dejalos hablar". El bloco estaba cerca de la Escuela Normal: "que los demás digan los que quieran; nosotros somos de la Escuela, de dónde salen los profesores", decían, y apareció ese nombre. Wilmar escucha mi pregunta como si no entendiera; después me mira con su mejor desprecio:

—Es un trabajo, algo hay que hacer.

Wilmar tiene pocos dientes y una camiseta en la cabeza, a modo de turbante. Wilmar debe andar por los 40: ya no va a tener muchas chances en la vida, y lo sabe.

—¿Es mejor que otras cosas?

—Y, cuando entrás al sambódromo es una emoción. Pero bueno, nosotros trabajamos todo el carnaval y los otros se divierten.

—¿Cuánto les pagan?

—No, nosotros trabajamos para la escola todo el año, tenemos un sueldo.

—¿Cuánto?

—Casi 200 reales por mes.

Dice Wilmar, bajito, como para que no lo oigan. Wilmar vive en una favela, y le pregunto cómo es el carnaval allá arriba.

—Y, más o menos, porque muchos estamos acá abajo trabajando.

Mis amigos cariocas me dijeron que ni loco fuera a subir a una favela. Yo pensaba hacerles caso, pero me terminó de convencer el que me dijo que no valía la pena, que no pasaba nada. Varias veces miré los morros desde aquí, y casi no había luces. Muchos estarán abajo, trabajando; otros, arriba, mirando los desfiles por la tele. Y otros, seguramente, abajo también, tratando de aprovechar la confusión para quedarse con lo que sea. Los servicios y la amenaza se

parecen mucho. Ese siempre fue un problema grave de los ricos: que para mantener a los que deben servirlos, tienen que soportar su amenaza siempreviva.

Las músicas se mezclan: Julio Iglesias, Martinho da Vila, Roberto Carlos, Os Paralamas. Y los olores y los gritos y gritos y más gritos, la romería de emperadores con sus mantos de púrpura, indios con plumas verdes y naranjas, arcángeles de alas blancas radiantes, negros que sólo tienen el slip que llevan puesto, carritos de pororó que avanzan desafiantes, diosas desvestidas en sedas de ocasión, bahianas de cien kilos con sus turbantes y polleras de volados, damas antiguas relucientes que hacen cola para entrar a un baño de plástico, reyes con coronas de medio metro de oro falso que se bañan con una latita de cerveza. Para quien llega a pie, el camino al sambódromo es un paseo de cientos de metros de una calle de trópico pobre con puestos de cerveza, parrillitas de chorizo, humos y olor a meo y, en el medio, las hordas de señores y señoras con disfraces carísimos, plumas descacharrantes, brillos y más brillos, que se preparan para desfilar: esa mezcla debe ser el carnaval. Sentado junto a un charco, un soldado holandés de la colonia habla por su celular:

—¡Allo, mamae! ¡Tu hijo está por desfilar en el sambódromo, mamae! ¡Sí, de verdad, de verdad!

En los últimos veinte años, el desfile de las escolas de samba ha llegado a unos niveles de lujo kitsch alucinante.

—La pobreza sólo les gusta a los intelectuales. El pueblo lo que quiere es ver todo el lujo posible.

Dijo famosamente, hace unos años, Joaozinho Trinta, el más respetado director de escola. Por eso, el "mayor espectáculo de la tierra" ya no es posible sin sponsors, y la mayoría de ellos son "bicheiros", los capos del juego ilegal carioca. Su negocio es redondo: lavan dinero, consiguen agradecimiento y prestigio social, y una cobertura perfecta. El jueves pasado, el bicheiro Luizinho Drummond, patrón de Imperatriz y presidente de la Liga Independiente de Escuelas de Samba, cayó preso por el asesinato de otro bicheiro. Salió

en un día y, el domingo, el sambódromo lo ovacionó. Si un mafioso fuera preso por matar a alguien a nadie le importaría, pero si el que va preso es el presidente de la Liga de Escolas el carnaval, y toda su estructura económica, tiembla.

—Fue una maniobra brillante de estos señores: por ahora, con eso se consiguieron diez o veinte años más de vida.

Me dice un periodista brasileño que prefiere que no diga su nombre. El problema es que los bicheiros están en baja y que, ahora, las escolas ya no saben cómo organizarse sin ese flujo de dinero: les crearon necesidades que ya no cubren, y los aires de crisis amenazan el próximo desfile.

Tenía razón mi amigo el periodista cuando me dijo que los desfiles, en vivo, no se parecían nada a lo que se ve por la tele:

—Es que la televisión no se banca la épica. Y esto es épica pura.

Quizás no sea para tanto, pero impresiona. El sambódromo son dos filas de tribunas para 60.000 personas alineadas a lo largo de una avenida: por el medio, las catorce escolas del Grupo Especial desfilan domingo y lunes para pelear el campeonato. Cada escola lleva unas tres mil personas, trescientos percusionistas, ocho carros.

—Este carnaval, Río no habla portugués. Eso se explica por la desvalorización del real. De todos esos, ni la mitad sabe lo que está viendo.

Me dijo el periodista mostrándome las tribunas. Se calcula que este año hay 50 por ciento más de turistas que el pasado, unos 200.000.

—El carnaval genera empleo y además es un bálsamo para el país, porque las bolsas de valores están cerradas.

Dijo el ministro de Turismo, Rafael Greca. Abajo, en la pista, olas de colores de los miles de plumas intentaban un océano imposible.

—¡Mirá, mirá ésa, no te la pierdas!

Me dice ahora, en la tribuna, una negra gorda que me presta sus prismáticos cada vez que pasa una mujer apetitosa. En la pista, una rubia y dos señores posan para los fotógrafos y todos aplauden mucho; la negra me explica que es fulana de tal, su novio y su ex novio, que se habían peleado muchísimo pero que ahora el carnaval los reconcilió:

—¡Eso es el carnaval, belleza!

Debe ser. Poco después, cuando un hombre y una mujer vestidos de versace portugués del siglo XVII dieron rápidas vueltas sobre la pista y toda la tribuna gritó como si Maradona hubiera vuelto a meter aquel gol, entendí que no entendía nada, y me bajé.

Es turbio río de lava. Al final, cada desfile se va deshaciendo en besos y tristezas. Son más y más fulanos llenos de plumas y de brillos y de ruidos que desembocan de pronto en un espacio chico. Es difícil imaginar más movimientos, más colores y ruidos. Pero, poco a poco, los pelotones se deshilachan y cada uno se va resignando a que lo más importante de su carnaval ya terminó. Hay encuentros, abrazos, miradas que negocian lo que queda de noche. Dos negros en slip con las caras muy pintadas se besan con las lenguas al aire; un gordo con pinta de hijo de papá rico le ofrece porsche y cama a una rubia escéptica. Un periodista empieza a hacerle preguntas y la rubia se le escapa: cuando termina el reportaje, el gordo ha entendido algo sobre los peligros de la prensa. Las más de las miradas están hechas de agotamiento, o de espanto: son caras de gente que acaba de hacer algo que está por encima de sus posibilidades. De vez en cuando se llevan a alguien desmayado. Una rubia me dice que se prepara todo el año.

—¿Cómo?

—Viviendo bien, comiendo bien, haciendo ejercicios.

Los disfrazados van saliendo despacio, arrastrando sus plumas por el suelo encharcado, y los vendedores de bebidas los asaltan a gritos. Varias señoritas semidesnudas les reparten dos forros a cada uno: parece que la potencia sexual del brasileño medio embebido en cerveza está mejorando; o quizás la calidad de los forros está disminuyendo.

—¿Valió la pena tanto esfuerzo, tanta expectativa?

—Valió, valió.

Me dice un viejo con anteojos y una pelada llena de sudor.

—¿Por qué?

—Porque soy brasilero.

—¿Por qué?

—¡Porque soy brasilero, porra!

Jose Siqueira, el secretario de Seguridad Pública de Río, acaba de decir que puso doce mil policías en la calle y que no hay que exagerar con eso de la inseguridad, que la ciudad es mucho menos violenta que el paraíso.

—Nosotros tenemos seis millones de habitantes y el año pasado hubo seis mil homicidios. En el paraíso había cuatro habitantes; cuando Caín mató a Abel, la criminalidad alcanzó al 25 por ciento de la población.

Pero el club Scala, de todas formas, está justo enfrente de la Brigada Antisecuestro de la policía de Río, y en la puerta dice que está expresamente prohibida la entrada de personas armadas. El Scala es el reducto de Chico Recarey, el "dueño de la noche" carioca, y tiene fama de fiestas muy salvajes. El Scala es una masa compacta de gentes y globos divirtiéndose mucho: los globos, sobre todo, aunque hay más gente pisando globos que globos pisando gente. Es una suerte. En la tapa del inodoro de este baño hay merca suficiente como para que Pablo Escobar retome su carrera en su mejor momento, pero no hay gente cogiendo a la vista: todo mito tiene sus exageraciones.

—Estos creen que porque se dan vuelta tres días por año son unos transgresores bárbaros.

El tipo se llama Clarice y tiene los labios más carnosos al sur del Amazonas, un slip hecho con casi tanta tela como mi pañuelo y medio kilo de siliconas en cada mama, que revolea con orgullo y denuedo:

—Yo no, yo soy así. Yo estoy disfrazado todo el año, estoy del otro lado todo el año, y no tengo vuelta atrás. ¿Éstos qué son? ¿Turistas del reviente?

Clarice ha revoleado sus carnes durante horas y ahora me dice que es un buen trabajo, que se divierte, que le pagan bien y que la gente que va al baile del Scala es gente fina, así que puede conocer algún novio, o por lo menos un par de clientes.

—Pero siempre gente seria, bien, no un mulato roñoso.

Es probable que no haya otro lugar donde se revolee tanta carne como en el carnaval carioca. Si el carnaval consiste en revolear carne

—despojarse de cualquier idea, volverse impulso, quedar en puro cuerpo—, el Scala sería su templo berretón. Así debían ser las bacanales de los romanos: mujeres desnudas, ingleses desaforados, levantadores de pesas vestidos de odaliscas, japoneses con casi una sonrisa, brasileros pulando, y dos docenas de Tiazinhas. La Tiazinha es el personaje del año, la presentadora de un programa de televisión que aparece con antifaz, bikini, un orto inenarrable y el látigo para asentar su autoridad. Ahora, en el Scala, los muchachos manotean una nalga, una teta de cualquier Tiazinha para que ellas les peguen con el látigo y ellos suelten gritos de placer con los ojos en blanco.

—La Tiazinha es el símbolo de la política brasilera consagrada en la última elección: el pueblo, cuando eligió a Fernando Henrique parece haber dicho eso, pegame que me gusta.

Escribió hace poco un sociólogo local. La banda son seis percusionistas, tres trompetas y tres cantores: entre los doce juntan poco menos de mil años y hacen más ruido que el apocalipsis en versión Ringling Brothers. En un rincón un inglés blanco como una novia, no mucho más que piel y hueso, cierra trato para toda la noche con un travesti de casi dos metros. Cada una de las cachas del travesti mide lo que el pecho del británico. Le pregunto a un alemán desaforado si se está divirtiendo.

—No sé, cuando vuelva te digo.

No está muy claro de qué vuelta habla.

—Ahora no puedo saber nada, nada, nada.

A la salida del Scala, un moreno en tremendo beeme y novia alemanota tiene que parar porque una vieja linyera se precipita bajo su rueda delantera. El moreno toca la bocina; la vieja le muestra que quería levantar una lata de cerveza para agregar a su bolsa llena de latas de cerveza. Las latas vacías son el principal sustento de los linyeras de Río, y estos días hay superproducción. El morocho se va con el beeme, la vieja con su lata. Junto al cordón de la vereda, alguien rompió hace rato una botella y nadie se ocupó de levantar los vidrios. La vieja de las latas los agarra uno por uno, metódica, y los lleva hasta un tacho de basura. Adentro, la fiesta sigue, porque es carnaval.

—¡Está todo bien, la vamos a pasar genial, pero no se olviden del forro!

Grita el gordo que anima el baile de Cinelandia, en el centro de Río. La campaña proforros es abrumadora: ya me han regalado varios, he visto cantidad de carteles, he escuchado docenas de consejos. Dicen que ya repartieron siete millones. El ministro de Salud, José Serra, ha declarado que todo depende de las mujeres:

—Soy muy escéptico de lo que pueden hacer los hombres con respecto a eso.

Dijo, sin pudor.

—Esas campañas multiplican las nocivas relaciones hetero u homosexuales. Porque la gente cree que usando preservativos su sexo es seguro, y eso es falso.

Escribió el cardenal Sales, arzobispo de Río de Janeiro:

—A veces la ciencia produce efectos contrapuestos: por un lado consigue prolongar la vida de los infectados, pero eso los transforma en el medio más eficaz para propagar la enfermedad y la muerte.

Remató el cardenal, humanitario. Mientras, aquí, en el baile de Cinelandia, decenas de gays disfrazados de Carmen Miranda bailan y aplauden al cantor, un gay que canta como Carmen Miranda. Alrededor familias, vendedores de chorizos, viejos cariocas, algún ladrón perdido, una especie de Woody Allen aburrido:

—A mí el carnaval no me gusta, pero es difícil no bajar a la calle. Vos sabés que a dos cuadras de tu casa está pasando algo que algunos preparan todo el año, que otros vienen a ver desde miles de kilómetros. Yo no me divierto, pero es muy difícil no bajar.

Dice el Woody y, de pronto, el revoltijo. Media docena de policías le está pegando a un chico que se retuerce como renacuajo. Sandstede va a hacerle fotos y un par de policías se le tiran al humo. Yo me acerco.

—Estamos haciendo nuestro trabajo.

Me dice uno de los policías.

—Nosotros también. Cuando vimos que le pegaban…

—Pero es un tipo que no vale nada. Ustedes ni siquiera saben qué hizo.

—¿Y qué hizo?

—Estaba robando.

Me dice el policía, y una gorda descalza salta a los aullidos que no, que es todo mentira, que lo tenían marcado, que se lo llevan porque son unos hijos de puta: ahora la pelea es entre ellos. Un poco más allá, los Carmen han descubierto una rejilla de subte y se divierten con el efecto Marilyn: polleras en el aire sobre slips abultados. Es una fiesta familiar: muchas nenas van de Tiazinha con su antifaz negro y su pequeño látigo, y azotan a quien se lo pida.

—Más, más fuerte, más fuerte.

Es un alivio: a esta altura ya empezaba a hartarme de ver a tanta gente besarse, toquetearse.

Que Merda é Essa? avanza por la rambla de Ipanema. Ipanema es la playa más californiana de Río. O quizás sea al revés: alguien me decía que Hollywood y compañía son como Río con música melosa y demasiadas rubias como para que cada una valga algo. Que Merda…? es una especie de bloco de protesta: sus miembros son cuatrocientos o quinientos vecinos de sólida clase media del sur de Río respaldados por treinta morochos dándole a los tambores. Esto de los blocos empezó haceciento cincuenta años, cuando un grupo de pobres de Río, un poco hartos de que su carnaval consistiera en ver pasar a los ricos en carrozas, se juntó para hacer los blocos de calle: esos grupos de gentes y tambores que dieron origen, ochenta años después, a la escola de samba. Es curioso: éste es el espíritu de los carnavales populares de Río, pero ahora sobrevive más que nada entre la clase media alta. Como los blocos no tienen ningún apoyo público, a los pobres les resulta difícil pagar una batería o el camión de sonido.

—Si no aprovechamos que es carnaval para salir a gritar, ¿cuándo vamos a salir?

Me dice una mujer que debe haber sido muy bella hace veinte o treinta años y que todavía se mueve como si lo fuera, y casi me convence.

—… ¿Qué mierda es esa? *Impuestos, tasas, yo no pago más.* La moratoria / voy a decretar…

Diez o doce policías los miran aburridos y un camión de basura los persigue tenaz; los joggers pasan indiferentes. Hace falta mucho más que esto para conmover a un jogger. Dos jóvenes argentinos se mezclan con el bloco en la esperanza de intercambiar jugos con las naturales del país. Siguen a tres de ellas, intachables. Los argentinos suputan la morbidez de sus carnes bajo pieles cobrizas, la tornura preterperfecta de sus nalgas, la fineza de un tobillo opuesto a la solidez circunvoluta de una teta. Al final uno se decide:

—Hola, garotas, somos argentinos.

Las chicas los miran con una versión beta, nueva nueva, del desdén infinito.

—Bah, la verdad que eran unas negras de mierda.

Dice el argentino antes de salir con el rabo entre las patas. Por el costado pasa veloz un triciclo de panadería cargado de hielo; el conductor grita que está sin frenos. Que Merda…? avanza, pero ya viene llegando por la avenida Simpatia é Quase Amor. Esos no tienen ningún problema: son miles y miles, saltan, gritan y son blancos sanitos. Una señora con varias cirugías se pasea con un perro-ratón en pollera bahiana:

—Es carnaval. Todos tienen derecho a divertirse, ¿no?

Dos horas antes, cuando los Simpatia empezaron a juntarse en la plaza de Ipanema, el animador los saludó:

—¡Hola, burguesía de Ipanema!

Desde entonces, no han parado de cantar la misma canción:

—Tirá una sonrisa para acá / dejá la tristeza por allá…

En el cruce, Que Merda…? queda hundido en la derrota. En la rambla de Ipanema el carnaval es amable, bien educado y huele a Kenzo y Dolce Vita. Un entusiasta de Simpatia lo celebra:

—¡Estos tipos no entienden nada! Para amargarnos ya tenemos todos los días del año… ¡Esto es carnaval, porra!

Su alegría es de verdad contagiosa, y el paseo termina en la playa, en medio del atardecer: el sol se pone tras un morro, el mar se tiñe de celeste verdugo, la alegría no para: nada puede ser más perfecto. Hay momentos en que Brasil resulta francamente ofensivo: ante tanto despliegue, ¿cuánto tardaríamos en matarnos si no pensáramos que

son un poco nabos?

—¿Sabés qué pasa? Que Dios primero hizo el mundo, y recién después Río, cuando ya tenía práctica.

Me dijo, entusiasmado, un bailarín en una calle del centro. A veces me parece que Río es la rubia tarada: tan bonita, coqueta, tan alegre, llena de cuerpos cuidándose y meneándose y mostrándose y mirándose. Después me arrepiento de haber pensado tal pavada. La fiesta sigue, en tantas calles, plazas, clubes. Cerca de la playa de Botafogo, en la funeraria Último Adiós, el dueño cincuentón y su mujer esperan, sentados en sillas en la puerta. Detrás hay una docena de ataúdes para todos los gustos y presupuestos.

—¿Le parece, pasarse esta noche acá?

—Esta noche no es mala, no se vaya a creer. Siempre hay dos o tres que quieren disfrazarse de muertos.

—¿Y les sale bien?

—Óptimo. Llegan con una cuchillada en el costado, más fríos que un vampiro. No hay más que maquillarlos y al cajón.

El carnaval no siempre es una fiesta. O, mejor dicho: es una fiesta para algunos. Yo tendría que haberme enterado antes, pero ya me estaba yendo cuando leí la encuesta de la red Globo. Las cifras eran claras: este carnaval, el 80 por ciento de los brasileros pensaba descansar, y sólo el 20 por ciento iba a participar de los festejos del mais grande do mundo.

(1999)

Brasil

LA TIERRA DE LOS SIN TIERRA

—La bala me había rozado, nada más, pero me sacó sangre y me quedé atontado. Unos soldados me agarraron y me tiraron al costado del camino, con todos los cadáveres. Yo tardé un rato en entender lo que pasaba; escuchaba todo raro, como de lejos, y no quería abrir los ojos. Al rato vinieron los soldados y empezaron a levantar los cadáveres para meterlos en la parte de atrás de una camioneta. A mí también me metieron: les pareció que estaba muerto. A mí me parecía que no. Yo estaba con muertos por abajo y por arriba y tenía un miedo horrible de que descubrieran que estaba vivo. Traté de no moverme nada. Es difícil no moverse nada. El cuerpo siempre lo traiciona a uno, ¿vio? Yo los escuchaba hablar, a los soldados. Uno decía que habían tenido compañeros que no quisieron tirar y que eran unos blandengues; otro le dijo que nunca más iban a confiar en esos pollos. Otro comentaba que habían matado a más de veinte. Después al lado mío se movió uno. Un soldado se subió y le pegó un tiro en la cabeza.

Inacio lleva un sombrero que fue marrón y un bigotito ralo. Tiene 40 años, o 50, y la voz le tiembla y los ojos todavía se le escapan cuando habla de ese día: le dan vueltas, como si no quisieran ver el mundo donde eso le pasó:

—Fue un viaje largo. Yo no sabía adónde nos llevaban. No sabe cómo sufrí ese viaje, con ese olor a muerto. Es profundo ese olor a muerto, olido de tan cerca. Yo sabía que cuando llegáramos me iban a descubrir y me iban a matar a mí también. Pensé que había tenido mala suerte, que mejor me hubieran matado al principio, sin pasar por todo eso. Cuando paramos me dije mirá, Inacio, hasta acá fue. Pero escuché voces que me pareció que estábamos en un hospital. Entonces me levanté y me bajé de la camioneta. Había enfermeros y muchos policías y soldados. Uno agarró su pistola y dijo ése está vivo, ahora lo mato. Y otro le dijo no, no seas animal. Así que no tiró, y acá me tiene. Puro milagro, ¿no? Será que yo no estaba pronto, todavía.

El sábado 13 de abril de 1996, 3000 campesinos se instalaron a la vera de la ruta que va desde Marabá hasta Parauapebas, en el sur del estado de Pará, en el Amazonas brasilero. Había mujeres, hombres,

chicos: meses antes, habían ocupado La Macaxeira, una fazenda de 40.000 hectáreas de tierra improductiva, y querían presionar al gobierno para que cumpliera con su promesa de expropiarla y entregarles lotes. El domingo 14, el padre Luis Muraro, un jesuita italiano con 30 años de residencia en el Brasil, fue a verlos para decirles misa en medio del camino:

—Vamos a salir de esta tierra de esclavitud, de esta tierra de hambre para conquistar la tierra prometida por el Señor. Nuestra marcha va a estar llena de sacrificios, pero con su ayuda y nuestro esfuerzo vamos a conseguirlo…

El lunes, los campesinos bloquearon la ruta. El miércoles llegaron cientos de policías. Hacia el mediodía, el comandante de los policías, el mayor Oliveira, habló con los delegados de los campesinos y les dijo que iban a llegar unos ómnibus para llevarlos a Belém, la capital del estado, a peticionar ante el gobernador.

—Querían asegurarse de que los iban a retener ahí hasta que les llegaran los refuerzos necesarios para empezar la carnicería.

Dirá, mucho después, Luiz Araujo, del Partido de los Trabajadores, secretario de Educación de la municipalidad de Belém, capital del estado. Ese miércoles, a eso de las 2 de la tarde, el mayor Oliveira le dijo a Marisa Romao, una periodista de la televisión de Marabá, que si se quedaba ahí no podía responder por su vida. A las 4 llegaron los refuerzos que esperaba, y ordenó el ataque. En minutos, docenas de campesinos cayeron muertos o heridos.

—La intención de la policía era matar a la dirección del Movimiento, pero sus informantes se equivocaron. Justo ese día casi todos nosotros estábamos en distintas reuniones en la región. Así que estamos vivos gracias a la burrada de la policía.

Dirá, ahora, Jorge Neri, el líder del MST del estado y miembro de la conducción nacional del Movimiento, que ese día estaba en Belém, iniciando las negociaciones.

—Ellos dicen que mataron a diecinueve, pero yo he estado investigando desde entonces y puedo asegurar que fueron, por lo menos, treinta y dos. Hay varias mujeres y chicos que nunca aparecieron, y sus cuerpos tampoco.

Dirá, tras meses de investigaciones, el padre Luis Muraro. Marisa Romao y su cameraman pudieron filmar parte de la masacre. Cuando el mayor Oliveira los vio, les sacó el casete y los hizo subir a un ómnibus de la policía, donde también había campesinos heridos, en el suelo, sin ninguna atención. Horas después, cuando pudo salir, Marisa fue a ver al mayor para pedirle su casete. El mayor le dijo que de ninguna manera, y Marisa le dijo que no lo dejaría tranquilo hasta que se lo devolviera. El mayor le contestó que fuera a verlo al cuartel a la mañana siguiente. Marisa se pasó la noche recorriendo hospitales: suponía que su presencia podía ayudar a que no remataran a los heridos. A las 6 de la mañana se presentó en el cuartel de policía militar de Parauapebas. El mayor Oliveira le dijo que le iba a devolver su casete, porque lo había mirado en su aparato de video y no tenía nada grabado. El casete era super-VHS, que parece igual a uno común de VHS pero no es: su aparato no lo pudo leer. Por eso decidió devolvérselo a Marisa.

Ese fue su error. Sin él, es probable que la matanza hubiese tenido una repercusión local o, a lo sumo, nacional. Este tipo de episodio no es tan raro: ya había habido otras masacres semejantes y, según Amnistía Internacional, en los últimos diez años casi mil campesinos murieron en enfrentamientos con la policía y los hacendados, en conflictos por la tierra. Pero el jueves 19 de abril de 1996 a las 8 de la noche, 50 millones de personas vieron la matanza en el noticiero de la Globo y, al otro día, las imágenes aparecían en las televisiones de todo el mundo. Las imágenes mostraban una cantidad de fulanos muy desarrapados corriendo con palos y piedras detrás de un grupo de policías, hasta que un par de policías se daban vuelta y empiezan a tirar con sus ametralladoras. Ahí, varios campesinos caían, y seguían los tiros.

No es la primera vez que una masacre produce un efecto opuesto al que esperan los victimarios. La matanza llamó la atención del mundo sobre el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra, y obligó al gobierno a hacer una serie de concesiones: por ejemplo, la creación de un ministerio de la Reforma Agraria. La justicia sigue sin determinar qué pasó ni encontrar culpables, pero el Movimiento

quedó más sólido que antes:

—No creo que haya peor desafío que el de pasar la barrera de la muerte. Cuando fue la masacre, pensamos que todo se acababa, pero fue al revés. Salimos de la muerte con más fuerza.

Me dirá, ahora, casi un año después, en Marabá, Jorge Neri, el líder del Movimiento de los Sin Tierra del estado de Pará.

En Brasil, la tenencia de la tierra siempre produjo conflictos. Según informes de la ONU, Brasil es uno de los países con mayor desigualdad en la distribución de la riqueza: el uno por ciento más rico —1.500.000 personas— tiene la misma tajada del producto nacional que el 50 por ciento más pobre —75 millones de personas—, y el 5 por ciento de los brasileros es dueño del 80 por ciento de la tierra del país. Según la ONU, la renta de los 358 millonarios más ricos del mundo es mayor que la del 45 por ciento de la población mundial —2300 millones de personas.

En Brasil, sólo las 75 fazendas más grandes alcanzarían para asentar a un millón y medio de familias de campesinos sin tierras. Entre 1970 y 1990, 30 millones de brasileros se fueron del campo a la ciudad: una de las mayores migraciones en la historia de la humanidad. El campo brasilero se vació por la llegada de máquinas, su incapacidad para mantener a su gente. Brasil es el cuarto exportador de alimentos del mundo y, al mismo tiempo, el sexto país de la tierra en cantidad de desnutridos: hay 40 millones de personas que no ganan lo suficiente para alimentarse y cada cuatro minutos se muere un chico de menos de un año.

En Brasil hay mucha tierra improductiva. Y la Constitución de 1988 dice que la tierra tiene que cumplir una función social de producción y que, por lo tanto, toda fazenda que no lo haga puede ser expropiada por el gobierno dentro del marco de la Reforma Agraria. Un estudio oficial reciente dice que el 44 por ciento de las tierras del Brasil no está produciendo nada.

—Para muchos fazendeiros, terratenientes, la tierra es un factor de especulación, una reserva de valor. Les sirve para recibir créditos muy baratos de las instituciones oficiales, supuestamente para mejorar sus

haciendas; después los desvían hacia el sector inmobiliario, que les resulta más rentable. En conjunto, tienen una deuda de 20.000 millones de dólares con los bancos oficiales y privados. Pero nadie les dice nada, porque ellos mismos son los dueños de esos bancos, o están muy ligados con ellos, y porque además tienen mucho peso en el poder: hay una agrupación más o menos informal de unos diecisiete diputados que se llama "la bancada ruralista": son todos los diputados que están comprometidos con los hacendados, y sin ellos no se puede hacer nada en el Congreso. Ni la reelección de Cardoso habría salido sin su acuerdo.

Dice, en San Pablo, Mineirinho, un dirigente local del Movimiento de los Sin Tierra. El MST fue fundado en 1984 por un grupo de militantes que venían de partidos de izquierda, de las comunidades cristianas de base y de diversos sindicatos rurales. Su propósito básico, declararon, era que los cinco millones de familias de campesinos sin tierra del Brasil consiguieran tierras donde trabajar y, por medio de esa reforma agraria, construir "una sociedad más justa".

Desde entonces, el MST consiguió la instalación de 150.000 familias en diversos predios rurales. La repartición de tierras forma parte del programa del gobierno actual: el presidente Cardoso prometió instalar a 280.000 familias antes del final de su mandato. Por ahora no está cumpliendo con los plazos pero, aunque los cumpliera, el MST cree que es muy poco: a ese ritmo, tardarían cuarenta años en instalar a 2.800.000 familias, la mitad de los sin tierra del país. Entonces, su política consiste en presionar de distintas maneras para acelerar la reforma agraria.

Marabá es una ciudad de frontera, la más importante del sur del estado de Pará. La mayoría de sus 150.000 habitantes nació en otra parte y se escapó hacia acá. Marabá está a 600 kilómetros de Belém, y no es fácil ir. Del ómnibus se sabe cuándo sale pero no cuándo llega. Tren no hay, y el barco dejó de pasar porque hicieron un dique en el río y no le pusieron esclusas. Así que tuve que venir en una avioneta de ocho lugares y un solo motor a hélice, que derrapaba sobre las nubes como un perro en el hielo, y subía y bajaba tipo yo-yo russell.

Yo no sabía que, además, llevaba una bolsa con 900.000 reales a un banco de la región. Y nunca lo habría sabido si no fuera porque, al otro día, el diario local contó con lujo de detalles cómo lo habían asaltado, en la escala siguiente a mi bajada, tres hombres enmascarados con ametralladoras, que se llevaron todo.

—¡Ven, luchemos con el puño erguido, *nuestra fuerza nos lleva a edificar* nuestra patria libre y fuerte / construida por el poder popular!

Cantan, esta mañana, en una especie de aula-quincho abierto al parque de una casa de retiro del obispado de Marabá, los militantes del MST de todo el estado.

—Reforma agraria, ¿cuándo?

—¡Ya!

—¿Cuándo?

—¡Ya!

—¿Cuándo?

—¡Ya, ya, ya! / ¡Che, Zumbí, Antonio Conselheiro, *en la lucha por justicia,* somos todos compañeros!

En la única pared hay retratos de Ernesto Guevara, Mao Tse Tung y Jesús, y a los costados cuelgan las banderas rojas del Movimiento. Más tarde, Jorge Neri me cuenta, bajo un árbol frondoso, quiénes suelen integrar el MST:

—Bueno, están los peones rurales sin trabajo, o los que ya no pueden vivir con los 100 reales que les pagan, o los campesinos que perdieron su tierra y andan deambulando por ahí, buscando empleos temporarios. Están los garimpeiros, los buscadores de oro que se quedaron sin trabajo ahora que les cerraron la mina porque la van a privatizar. Están los que trabajaron en la construcción de las carreteras o las represas. Están todos esos que vinieron a esta región desde todo el Brasil, cuando les prometían que el Amazonas les iba a dar tierra y trabajo. Están los que se hacinan en los suburbios de las ciudades de la región, viviendo de trabajitos o de pequeños crímenes. Con el desempleo y la miseria que está resultando del Plan Real, mucha gente empieza a pensar que la vuelta a la tierra puede ser una alternativa para, por lo menos, sobrevivir, tener qué comer. Esos son los nuestros: todos esos que no tienen nada, y que ya no quieren

seguir así, no pueden seguir así.

Jorge Neri nació en 1965 en los suburbios de Belém: sus padres eran campesinos pobres que huyeron del campo en los años sesentas, y él creció en medio de la miseria y la violencia. Su padre era alcohólico, y varios de sus parientes robaban para vivir. Cuando cumplió 15 años conoció a unos militantes del Partido de los Trabajadores, y empezó a colaborar con ellos. En 1989 se fue a Marabá; poco después se separó del PT y entró en el MST. Al tiempo hubo varias muertes entre sus militantes y muchos se dispersaron: Jorge no sabía qué hacer, empezó a beber, se sentía perdido.

—Y entonces el Movimiento me rescató: el Movimiento me dio la oportunidad de vivir, de vivir con sentido. Y ahí me fui formando en los campamentos, en la selva, en la resistencia, durmiendo mal, comiendo poco, con miedo, haciendo guardias en medio del barro con la lluvia que te moja la espingarda. Pero siempre con la sensación de que nada de eso es en vano.

Un poco más allá, un grupo de jóvenes aprovecha el receso para cantar canciones que hablan de la derecha que siempre mata y el pueblo que triunfará. Seis o siete chicos muy chiquitos caminan a los porrazos por el pasto. La mayoría de los militantes tiene menos de 30 años, y se palmean, abrazan, ríen mucho. Casi todos vienen de los campamentos del Movimiento en la región: en estos tres días tienen que organizar lo que harán durante todo el año:

—La formación político-ideológica comprende el fortalecimiento de la pertenencia de clase, la mejora de las cualidades humanas de cada cual, el conocimiento de la realidad de nuestro país y del mundo, la elevación del nivel de cultura política y el cultivo permanente de la mística revolucionaria…

El MST del Pará tiene varios asentamientos ya regularizados por el gobierno y algunos campamentos de sin tierra que esperan la expropiación de las tierras que les prometieron. Por la calle pasa uno de esos coches con parlantes que hacen publicidad en las ciudades chicas:

—… la tienda para las personas educadas, las personas civilizadas. Si usted compra en las Lojas Tocantins, todos sabrán que usted no es

un cualquiera…

La telenovela de las 8 de la red Globo es la única religión sin ateos en Brasil. Y la que ocupó las pantallas durante los últimos meses se llama *O rei do Gado* —El rey del ganado— y es la historia de un hacendado riquísimo y casi bondadoso que se enamora de una sin tierra y sufre por eso hasta que descubre que en realidad ella es la heredera de una gran hacienda que se perdió cuando era chica, y empieza a sufrir por otras cosas. El Movimiento de Sin Tierra aparece mucho en la novela, bajo una luz más bien favorable.

—La novela de la Globo de repente empezó a meter en la cabeza de los brasileros la idea de que el MST quiere la tierra para trabajar, para mejorar sus condiciones de vida. Y hay un senador Caxias que es asesinado en la novela, ahora también el líder de los sin tierra fue asesinado, y la novela no lo dice pero da a entender que los que lo mataron fueron los fazendeiros. Todo eso está ahora en la cabeza de la sociedad brasilera, y a mí me cuesta mucho trabajo sacárselo.

Se queja Roosevelt Roque do Santos, el presidente de la Unión Democrática Ruralista, la asociación de los fazendeiros para defenderse del MST.

—Es difícil dar vuelta la opinión pública. En eso estamos ahora; estoy contento porque la sociedad ya empezó a entender que ese movimiento es político-ideológico: el otro día, en un programa de televisión, hicieron una encuesta y dio que el 43 por ciento estaba de nuestro lado.

—¿Y el 57 con los sin tierra?

—Sí, pero eso es una mejora grande para nosotros.

El MST tiene buena imagen pública. El año pasado, una encuesta sobre más de 3000 casos mostró que la prensa y la iglesia católica son las dos instituciones más creíbles del Brasil, con 72 por ciento de aprobación; después vienen las fuerzas armadas, con 66; la universidad pública, con 62, y el MST, con 59 por ciento. La policía está en 50 por ciento, y el parlamento en 27.

—Nuestro objetivo es mostrar a la sociedad brasilera que ese movimiento es político y que si crece demasiado va a desestabilizar la

democracia en el país.

Roosevelt Roque do Santos es abogado: durante los años del gobierno militar fue concejal en su ciudad, Presidente Prudente, en el oeste del estado de San Pablo. Su región, Pontal de Paranapanema, es una de las más conflictivas en estos días. El doctor es un hombre de campo: tostado, fuerte, cincuentón bien plantado, estilo amistoso varonil, de esos que te dan palmadas recias en la espalda. Como estaba muy ocupado y no encontraba otro momento, el doctor Roosevelt me invitó a comer, una noche en San Pablo, bacalao.

—Nada, yo soy un propietario medio, tengo sólo 2000 hectáreas. Si hago todo esto no es para defender mi hacienda sino por espíritu, por convicción. La propiedad es sagrada: es el principio básico de nuestro sistema democrático. Y si esa propiedad se ataca, tenemos el derecho de defenderla. Es la legítima defensa: si a usted le entra un ladrón en su casa, usted tiene el derecho de usar armas para defender su propiedad. Lo mismo pasa con las fazendas: si las invaden, nosotros tenemos derecho a defenderlas con las armas en la mano. Eso dice la ley, y en este país todos tienen que aprender que la ley está para ser obedecida. Pero acá la justicia no funciona. Hay fazendas que fueron invadidas, desalojadas por la policía y vueltas a invadir, hasta diez veces. Y la justicia no puede pararlos, y el gobierno es blando e inoperante. Si el gobierno no prohíbe tajantemente las invasiones, en cualquier momento se va a producir una tragedia.

En Pontal y en muchos otros lugares los fazendeiros de la UDR exhiben sus custodias bien armadas, y a veces tiran. Mientras, Roosevelt está muy activo dando charlas y reportajes en distintas ciudades del país y me cuenta que pronto tiene que ir a dar una conferencia en el Club Militar de Río de Janeiro:

—Les voy a mostrar a los amigos militares el peligro que suponen las acciones de este movimiento. Lo que están haciendo ya es desobediencia civil, no están respetando las leyes del Brasil. Y de la desobediencia al caos, y del caos a la guerra civil las distancias, lamentablemente, no son grandes. Ellos tienen gente preparada para la guerrilla, y no sabemos hasta dónde pueden llegar. Si el gobierno sigue yendo a remolque de una banda de criminales, esto puede

terminar mal, muy mal para todos. Espero que la democracia sea capaz de resistirlo.

Dice, y me ofrece otro chop de cerveza.

Al costado del camino que me lleva hacia La Macaxeira se alternan la selva y su esqueleto. La selva es un paisaje inútil: se lo puede ver desde un camino, un río, un avión, pero no hay cómo entrarle, cómo usarlo. Hay tramos de espesura cerrada, impenetrable —el mato—; hay otros que son grandes llanuras con apenas algunos árboles muy altos, quemados, que se mantienen aquí y allá para decir que esto fue el Amazonas.

La Macaxeira está cerca de un pueblo que se llama Treinta. Su nombre verdadero es Curionópolis, pero lo llaman Treinta porque está en el kilómetro 30 de una ruta que la selva se va comiendo día tras día. A pocos kilómetros de acá está la gran mina de Serra Pelada, una de las mayores reservas de oro del mundo, que el gobierno está por privatizar por una cantidad que la oposición denuncia como muy inferior a su verdadero precio.

—Y solían decir que Treinta solamente se llamaba así de día. De noche, era Treinta y Ocho.

Por el calibre del revólver más popular: cuentan que en los ochentas, cuando la fiebre del oro, cada noche morían seis o siete: robos, peleas, celos, disputas por un filón confuso. Y que los enterradores estaban tan apurados que los tiraban así nomás, a cuerpo limpio, en hoyos de ocasión, y que solía quedarles un brazo o una pierna afuera, a modo de monolito pobre de esas tumbas sin nombre.

Desde Treinta hasta el campamento de los sin tierra son quince kilómetros de un camino de dos metros de ancho, hecho de agujeros, piedras y arroyitos, cercado por la vegetación cerrada y lujurienta: por suerte, en la parte de atrás de la pickup que me lleva somos veinticinco, así que sobra personal para empujarla cada vez que se queda en el agua o que, más prosaica, se para. La mitad del viaje de dos horas consiste en correr detrás de la pickup en ruinas. El cielo está cargado de nubes muy pesadas, pero el sin tierra que me trae me tranquiliza:

—No hay problema. ¿Ve el arcoíris, ahí? ¿Está de pie, ve? Si estuviera acostado llovía. Pero así no. No va a llover.

Diez minutos después teníamos toda el agua del Amazonas bajando a chorros sobre nuestras cabezas. Siempre es un problema dar opiniones categóricas.

—Ellos dicen que esta tierra es de ellos porque alguna vez les vendieron los títulos. Y que nosotros no pagamos nada. Nosotros pagamos tanto, tanto cuando la ocupamos: pasamos hambre, lluvia, enfermedades, las cargas de la policía, los ataques de los pistoleros del hacendado. No, nadie puede decir que no pagamos muy caro por la tierra…

A Gaúcho lo llaman Gaúcho porque nació en el estado de Paraná, cerca de la Argentina, hace unos cuarenta años. Durante cinco o seis trabajó en la construcción de Itaipú; después, cuando se quedó sin empleo, se vino para el norte, a buscarse la vida. Hizo trabajitos, garimpó, y vivió en los suburbios de Recife, donde fue vendedor ambulante y entró en el "ciclo del cangrejo": en Recife, muchos se alimentan sobre todo de cangrejos que cazan en la playa; los cangrejos, a su vez, se alimentan de las heces humanas que desaguan en la playa. Así, todo lo que fue puede volver.

Gaúcho vivía en un barrio marginal de Emperatriz, una ciudad del Pará, cuando un vecino le dijo que había conocido a unos muchachos del Movimiento Sin Tierra y que había una reunión con ellos esa noche, en la iglesia del barrio. Gaúcho fue y se entusiasmó. Le hablaban de la reforma agraria, de la justicia de que todos tuvieran la posibilidad de trabajar y de comer, y lo convocaron para otra reunión, la semana siguiente.

—Nosotros tenemos derecho a la tierra, la tierra es de toda la sociedad, no de unos cuantos. Los latifundistas se la robaron a los indios y al pueblo brasilero con la bendición del gobierno y de su policía…

A la cuarta, los dos muchachos del Movimiento les dijeron que estaban preparando la ocupación de una tierra, que si querían participar, que si conocían más gente la trajeran, que no pensaran que sería un paseo, que iba a ser duro pero podía ser un cambio tan

importante para todos ellos.

—Preferimos enfrentar la arrogancia del gobierno y de los hacendados antes que pelearnos por un pedazo de comida con los buitres y ratas de los basurales de la ciudad.

Se formaron grupos, se eligieron coordinadores, se discutieron dudas y quedaron en que para la próxima llevarían arroz, frijoles, ollas, hamacas, hoces, machetes y, si tenían, espingardas —la escopeta casera, de un solo tiro, de los campesinos brasileros. Y a sus mujeres e hijos.

—La lucha es de todos, es del hombre y de la mujer, si las mujeres no participan no tenemos ninguna posibilidad…

Corría 1995. Los militantes del MST ya habían elegido un campo improductivo, próximo a la carretera, difícil de defender por su tamaño. Poco después, cientos de familias se reunieron cerca de La Macaxeira, al costado del camino, con todo lo que tenían. En la fazenda, los "pistoleiros" del dueño los esperaban, apostados junto a las dos entradas principales. Una noche se pusieron en marcha: eran como tres mil y, para burlar a los custodios, evitaron los caminos conocidos. Rompieron las alambradas y, durante horas, chicos, hombres, mujeres, caminaron por la maleza, bajo la luz de la luna, hundidos en el barro hasta la cintura. Empezaba a clarear cuando llegaron al lugar elegido: organizaron guardias y equipos de trabajo y, en dos o tres horas, lo habían limpiado y estaban empezando a levantar sus chozas con palos y hojas de palma.

—Esa sí que es una emoción que no le puedo explicar, hombre, la sensación de que por fin tenemos lo que nos corresponde.

Dice Gaúcho. Jorge Neri me había dicho que, parar él, era un momento de rara felicidad:

—Me hace profundamente feliz cuando vamos a ocupar una tierra: toda esa gente caminando con sus hoces, sus machetes, derribando las cercas de la ignorancia, de la obediencia, de la dominación. Cuando un sin tierra está en el suburbio de una ciudad, aislado, o cuando está trabajando para el patrón, anda con la cabeza baja. Cuando un sin tierra ocupa la tierra ya no tiene la cabeza baja, ya no se deja tratar de

vagabundo y está orgulloso de decir que es un sin tierra, y además empieza a cuestionar todo. ¿Por qué tenemos que hacer esto, por qué lo otro? Y ahí la dirección tiene que ser capaz de convencerlo: acá nadie hace nada porque la dirección manda.

Gaúcho quedó instalado en el campamento de La Macaxeira, junto con otras mil familias, esperando. La técnica de los sin tierra es una rara mezcla de acción directa y respeto por las instituciones. Ocupan el predio, enfrentando a veces a los pistoleros del fazendeiro pero, una vez que están ahí, solicitan al gobierno, a través del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria, la expropiación y concesión de esas tierras. Y, si el trámite se alarga, intentan otras formas de presión: cortes de rutas, marchas a las ciudades, ocupaciones de edificios públicos, agitación mediática.

Mientras, mantienen el campamento y van asentando su organización. La espera puede durar meses, años; tienen que estar preparados para contestar los ataques de los fazendeiros y, a veces, de la policía. En las discusiones públicas, en la prensa, eso siempre evoca la cuestión de las armas. Mineirinho, en San Pablo, había sido tajante:

—El latifundio siempre funcionó a partir de las armas, siempre mató y masacró bajo la mirada pasiva del gobierno y la policía. Nosotros estamos en contra de la violencia: ¿cómo podríamos decir que llevamos adelante una lucha por la vida con un arma en la mano? Sería contradictorio. Los violentos son ellos, el gobierno y los latifundistas. Nuestra ofensiva consiste en impulsar el debate social. Porque las grandes transformaciones se dan cuando la sociedad se moviliza. Sólo si la gente nos apoya en la calle, y hace presión, el gobierno tendrá que aceptar nuestras reivindicaciones. El arma para conseguir la reforma es la movilización, no el revólver.

Jorge Neri, en cambio, en Marabá, matizaba más. El MST es un movimiento con distintas corrientes y opiniones y a veces, hasta se jactan de eso:

—No creemos que la lucha armada sea el principal elemento de la lucha social. Pensamos que la conciencia y la organización y la masividad son más importantes. Pero en el curso de este combate la lucha armada puede hacerse necesaria. Aunque habría que definir qué

se llama “lucha armada”: sería cuando nosotros nos armásemos para luchar contra los que ya están armados. La lucha armada ya existe en el campo brasileño. Sólo que quienes están armados son ellos: el estado brasileño, las milicias paramilitares de los fazendeiros.

Días antes, en San Pablo, un analista político me había dado una versión más cínica del fenómeno:

—Si el gobierno quisiera mandaría al ejército y sofocaría el Movimiento. Pero no creo que lo haga, porque el MST es el único que ofrece una salida, un futuro distinto del desempleo y la violencia urbana. El gobierno no es tan estúpido como para no entender que el Movimiento les está aliviando la presión. Si no fuera por estos movimientos, aquí pasaría lo que sucedió en Francia hace doscientos años. No le gusta nada las maneras de los sin tierra, pero de alguna manera es un aliado que lo ayuda a resolver la crisis.

El día de la masacre de Eldorado, Gaúcho recibió ocho o nueve tiros: nunca pudo saber exacto. Los policías lo subieron al ómnibus de los heridos, y Gaúcho gemía de dolor. A cada gemido, un policía le pegaba para que se callara. Gaúcho no podía parar, pero parecía que si seguía gimiendo así lo iban a matar. Marisa Romao, la periodista, estaba retenida en el mismo ómnibus: agarró un cigarrillo y se lo puso en la boca, para callarlo. El truco funcionó. Gaúcho pudo contener los gemidos y los policías lo dejaron tranquilo por un rato. Gaúcho nunca había fumado, pero le gustó, y ahora pita con ganas:

—Y pensar que algunos dicen que el cigarrillo mata, porra.

Dice Gaúcho, y se ríe con muy pocos dientes.

—Ellos dicen que la propiedad privada es sagrada. Tal vez lo sea. Pero Jesús dice que la vida también es sagrada, ¿no?

Hace trescientos años, ésta era una zona de “quilombos”, los poblados de negros esclavos que se escapaban de los ingenios azucareros de la costa y se instalaban en la selva. Los campamentos del MST retoman de alguna manera la tradición de esos quilombos: sólo que ahora no hay más tierra libre y, para establecer un quilombo, hay que sacársela a alguien.

—Y nosotros nos morimos de hambre mientras ellos se guardan

tanta tierra sin usar… Si eso es sagrado, su Dios debe ser otro, ¿no?

En el campamento de La Macaxeira no hay electricidad ni agua ni coches ni negocios. Hay chozas hechas de troncos y palma, repartidas en un terreno que antes fue selva, y una plaza central. La plaza es un espacio abierto de 40 metros de lado, irregular. En la plaza hay un mástil de palo para la bandera roja, el cadáver de un árbol enorme, seco, todavía parado, una tarima con techito de palma desde donde se dirigen los actos y asambleas y tres chozas de troncos son la iglesia católica, la adventista y la de la Asamblea de Dios. Un poco más allá está la choza de la escuela "Compañero Oziel", una de las víctimas de la masacre. En general, la escuela es una de las primeras cosas que organizan los acampados del MST: diurna para los chicos, nocturna para los grandes.

—Yo cuando llegué acá no sabía nada de nada. Y ahora estoy aprendiendo, me estoy convirtiendo en una mujer entera.

Gorette está en cuarto grado, y ya sabe leer y escribir casi cualquier cosa. Gorette tiene 32 años: era una empleada doméstica en Parauapebas y, cuando veía por la tele que los sin tierra invadían una fazenda, le parecía que no tenían que meterse con la propiedad ajena. Hasta que su madre la convenció de ir a una marcha, hace tres años; primero le gustó el clima de camaradería; después empezó a convencerse de que esas propiedades no eran tan ajenas: que sus dueños habían llegado y las habían ocupado, pero que no era justo que ellos tuvieran todo y ella tuviera que conformarse con las migajas:

—Ahora nadie me saca de la cabeza que todos tenemos derecho a una tierra. Ellos tienen 10.000, 20.000 hectáreas y quieren más. Nosotros nos conformamos con 20, y cuando reclamamos nos tratan de delincuentes. Parece que los derechos son para ellos, nada más.

Gorette es petisa, muy oscura, de pelo bien crespo. Tiene cuatro hijos de cuatro señores diferentes pero ahora ellos están con su madre, en otro asentamiento: yo me instalo en su cabaña y ella se va a la de unos vecinos. En la cabaña de Gorette hay dos cuartos divididos por una mampara de hojas de palma, una cocina de barro, un machete, cuatro platos de lata, tres vasos, cinco cucharas, dos cacerolas de latón, dos hamacas de red, el suelo de tierra bien pisada, las paredes

de palos, el techo de palma, un tacho con agua, tres latas de leche en polvo con azúcar, sal y leche en polvo, una lata de aceite con aceite, dos latas de aceite vacías, tres toallitas, una caja de cartón con muy poca ropa, dos almanaques de almacén con paisajes, un pedazo de espejo, dos cepillos de dientes, un cucharón de palo, media bolsa de arroz, una radio que no capta casi nada, dos diarios del Movimiento, el cuaderno de la escuela, un balde de plástico para traer agua del pozo, una palangana de plástico para lavar los platos y una muñeca de trapo morochona, con vestido rojo y rara cofia. Esas son sus posesiones en el mundo, junto con tres troncos para sentarse, un candil de kerosén y exactamente nada más.

—Yo no pude elegir nada en la vida. Tuve que ir tirando cada día como podía, para tratar de comer algo. Ahora que tengo mis hijos, me gustaría que sus vidas no fueran así: que ellos sí pudieran elegir su futuro.

Gorette me ofrece un arroz con frijoles: es lo que comen casi siempre. Este tiene, en mi honor, un suplemento de cuatro pedacitos de tatú. Lo más difícil es rechazar el agua que me da:

—Yo no puedo tomar esa agua. Me haría mal.

—Nunca digas de esta agua no he de beber.

Me dice, y se queda muy seria. Cuando llega la noche, Gorette me explica cómo hay que dormir en una hamaca, y se va a la casa de una vecina. La hamaca se me resiste mucho. Antes de irse, Gorette me había dicho que se me iban a pegar algunas sanguijuelas, pero que ella ya me las sacaría. Yo no logro dormir y me tiro en el suelo de tierra, sobre una manta. Entonces pasa un vecino y me dice que mejor me suba a la hamaca, que si no me va a picar la cobra.

—¿Qué cobra, de qué habla?

Le pregunto, molesto.

—La cobra, la serpiente, jefe: esto es la selva.

La hamaca, de pronto, me parece el mejor de los mundos posibles.

El campamento es provisorio: en cuanto les entreguen la tierra, los sin tierra van a establecer sus casas definitivas en otro lugar. El campamento supone un período de empobrecimiento: los que vienen

tienen que vender lo poco que tienen, una radio, una cocina a gas, para aguantar esos meses de espera.

—Pero esto también tiene su aspecto positivo, porque hace que la gente se junte más, supere su individualismo, y esté más estimulada para la lucha.

Me había dicho Jorge Neri. El campamento de La Macaxeira está rodeado de plantíos de arroz y maíz de los sin tierra. Para plantar tienen que quemar y talar la selva.

—Acá no había nada, sólo árboles. El dueño de esta tierra no la usaba para nada.

La tierra sin desmontar es considerada improductiva, y puede ser expropiada por el INCRA. La cuestión de la ecología es complicada. Parece que resulta más fácil ser ecologista a la distancia, y lamentar la destrucción de la selva amazónica desde San Francisco o París, que resistir a la tentación de quemar los árboles de ese terreno que, una vez desmontado, podría alimentar al que lo quema. Sobre todo, cuando nadie le ofrece otra solución para su hambre:

—Nosotros la quemamos porque necesitamos que esta tierra produzca: porque necesitamos comer.

Dice Gorette. La ecología es un problema global, colectivo, y el hambre de cada cual sigue siendo un problema individual. Pero las talas masivas están afectando el sistema. En los últimos años, la temperatura media de la región subió 5 grados, por la deforestación, y la reducción de la capa de ozono aumentó la incidencia del cáncer de piel en Brasil: de los 240.000 casos anuales, dos tercios corresponden a trabajadores rurales. Y esta tierra es pobre: la deforestan, le sacan una o dos cosechas y la tienen que dejar para ganado e ir a quemar otra parcela. Pero sigue habiendo mucho espacio virgen: a principios de los setentas, mientras se iba acabando el milagro brasilero, el ministro de Planeamiento dijo que “Brasil podía convertirse en un importador de polución” —con la intención de atraer empresas que tuvieran problemas en sus países. “¿Por qué no? —dijo, según el *New York Times*—. Aquí todavía queda mucho por contaminar”.

En los campos de los sin tierra trabajan hombres y mujeres, pero Gorette se queja de que, cuando vuelven al campamento, las mujeres

tienen que ocuparse de los chicos, de la casa; los hombres, en cambio, se van a jugar a la pelota al descampado, o a las cartas con sus vecinos, a discutir del gobierno y componer el mundo.

—Todavía no conseguimos cambiar eso. Yo no quiero que nadie me diga lo que tengo que hacer, prefiero estar sola.

Las mujeres hacen reuniones para hablar de sus hijos, de cómo tratar al marido, de la salud de la familia, de algún proyecto de hacer ropa para ganar dinero extra.

—Pero muchas veces los maridos no dejan ir a sus mujeres. Tienen miedo de que les metan en la cabeza que ya no tienen que obedecerles más.

En una radio suena el hit del verano: bate forte o tambor, eu quero tic tic tic tic tac. El ritmo se llama boi bunda y es de por acá cerca. Aldina, una nena de 12 que parece de 9, lo baila con movimientos muy sinuosos:

—Si me voy a la ciudad voy a terminar de puta, como mis amigas. Yo prefiero quedarme acá. Acá por lo menos puedo ir a la escuela.

—Pero cuando vamos a hacer de putas nadie protesta —le dice Gorette—. En cambio, si reivindicamos un pedazo de tierra para poder trabajar y comer nos transforman en enemigos, malvivientes, yo qué sé qué…

—… el camarada Zé Pedro ya entendió la gravedad de su falta y ya pidió disculpas. Pero las disculpas no alcanzan para pagar la falta de disciplina del camarada.

Dice Wagner, un mulato de 23 que coordina uno de los grupos del campamento. Cada grupo reúne unas cincuenta familias. Son las 6 de la tarde: todos han vuelto de los campos, y ahora están discutiendo qué hacer con Zé Pedro, un viejo de 44 años y cuatro o cinco dientes que, hace unos días, bebió de más en Treinta y, cuando volvió, fue a cortejar sin gran delicadeza a la mujer de su vecino.

—Compañeros, hay que tomar una medida que deje un buen ejemplo. Lo que le pase al camarada es importante, pero más importante es que quede el ejemplo, para que todos sepamos que acá no hay que hacer esas cosas. Si nosotros hacemos esas cosas,

camaradas, los fazendeiros y el gobierno van a ganarnos todas las luchas, camaradas.

Dice una morena flaca con una nena muy rubia en brazos. El punto de reunión está en un claro entre las casas: son varias filas de troncos donde están sentados todos los miembros de ese grupo, hombres y mujeres. Zé Pedro los escucha con los ojos bajos, sin mirarlos. Tiene una camisa que fue roja y pantalones cortos; sus pies son un mapa de todas las batallas. La discusión sigue. Los mosquitos vuelan al ras, con su carga de malaria y fiebre amarilla. Hay argumentos a favor y en contra, y parece como si algunos se regodearan con el juguete nuevo: ese lenguaje lleno de palabras como responsabilidad, compañeros, lucha, interés del grupo, victoria, solidaridad. Por lo que dicen, parece que todos lo quieren, y preferirían no tener que castigarlo, pero que entienden que el bien común lo necesita:

—Zé Pedro, ¿por qué hacés esas cosas? Si no fuera por eso podrías ser un compañero modelo, un puntal del Movimiento, porra.

Wagner trata de cerrar la discusión:

—Compañeros, si fuera la primera vez, la cosa sería distinta. Pero el camarada ya lo hizo otra vez, hay que tomar medidas serias. Si todos están de acuerdo, voy a pedir que se llame a asamblea general para tratar la expulsión del camarada Zé Pedro de este campamento.

En La Macaxeira no se ven grandes medidas de seguridad. En Araras, en cambio, un campamento que no tiene tres meses, todos los que entran y salen son controlados en un puesto de guardia con barrera, y los otros accesos posibles también están vigilados. De día, los guardias están desarmados; de noche tienen sus espingardas. Si los pistoleros atacaran, los guardias no alcanzarían para rechazarlos con sus escopetas primitivas, pero se supone que al primer tiro todo el campamento correría para allá. Por eso está prohibido cazar —antas, carpinchos, tatús— cerca del campamento: cualquier disparo podría crear el caos.

La guardia es estricta: el que se duerme o la abandona es castigado por el comité de disciplina. La sanción habitual es prolongar la guardia un día más. También hay sanciones peores, como la expulsión, que sólo la asamblea general puede decidir. Uno de los guardias me

cuenta que él ya había hecho lo mismo para el patrón de la hacienda donde trabajaba:

—Yo estaba ahí, me pasaba los días con mi rifle, pensaba demasiado. Pensaba que si venían me iban a matar o que los iba a tener que matar yo. Un día no aguanté más y me fui. Poco después me encontré con los compañeros, que estaban preparando la ocupación, y aquí me tiene. Me pude traer a mi mujer y mis hijos. Acá, si me matan, por lo menos sé que los compañeros se van a ocupar de ellos, ¿no?

Los horarios del baño también están reglamentados: todos tienen que ir al mismo estanque, justo a la entrada del campamento, así que las mujeres tienen turno de 3 a 5 y los hombres de 5 a 7. Cuando alguno se enferma, es un problema: el botiquín del campamento tiene iodo, tela adhesiva, vendas y antidiarreico por toda dotación. La bebida y el sexo soltero están prohibidos en el campamento. Los dos, para que no se arme lío. La mayoría de los acampados son familias con chicos; los solteros, si quieren sexo, tienen que decidirse a ir a vivir con el otro, y comunicárselo a la secretaría del campamento. Que también tiene que autorizar las salidas: cada uno tiene derecho a pasar cinco días por mes afuera. No más, para que el campamento no se vacíe y quede a merced de un ataque de los fazendeiros.

—Nosotros no podemos descuidarnos. Esto es una pelea sin cuartel, y el que se descuida pierde. Si ellos pierden no les pasa nada: se quedan con una tierra menos. Pero si nosotros perdemos, es el hambre, la muerte.

Hoy es sábado y empieza el carnaval. Afuera, del otro lado de la selva, a lo largo de miles de kilómetros, millones de personas se están deslomando para que su carnaval siga siendo el más famoso del mundo, pero aquí, en La Macaxeira, todo sigue igual que siempre:

—Todavía no podemos darnos ese lujo, nosotros. En carnaval se toma, y acá la bebida está prohibida. Cuando toma, el hombre pierde el control, puede hacer las peores cosas. Acá tenemos que vivir todos juntos, sin pelearnos, de la mejor manera.

Cuando los sin tierra consiguen la adjudicación de un predio, todo

cambia. En Palmares, por ejemplo, a unos 50 kilómetros de La Macaxeira, ya están construyendo un pueblo con casas más sólidas, calles y negocios. Ahí empieza a haber conflictos entre los que quieren trabajar la tierra en régimen cooperativo y los que pretenden que su lote sea sólo suyo.

—Al principio tratamos de imponer el sistema cooperativo, pero fue un error. Ahora tratamos de dejar que cada cual haga lo que quiera, y demostrar que el sistema colectivo da mejores resultados económicos que el individual. Aunque sabemos que estamos yendo contra la corriente: estamos haciendo propuestas socialistas en un régimen capitalista, pero igual sabemos que podemos conseguirlo.

Me dijo Jorge Neri, días atrás. Por ahora, tres cuartos de las tierras del MST están en régimen individual, y un cuarto, colectivo. Quise saber cuáles serían, entonces, sus objetivos generales.

—Cuando empezamos, pensábamos que con la obtención de la tierra la gente conseguiría paz y felicidad. La historia nos demostró que no, que después de romper la cerca del latifundio nos encontramos con la cerca de la injusticia, la cerca del mercado, la cerca del preconcepto, la cerca del gobierno que no prioriza las políticas sociales. Ahora sabemos que el problema no consiste en que no tenemos tierras, sino en que somos una parte de ese pueblo que está siendo empujado hacia afuera del sistema, hacia las estadísticas de la miseria. No alcanza con pelear por la reforma agraria, porque el problema es político: el gobierno no sabe qué hacer con millones y millones de personas que le sobran y muchas veces su única respuesta es militar. Entonces la única posibilidad es el cambio político.

—¿Cuál sería ese cambio político?

—Un proyecto nacional que implique generación de empleo, creación de un gran mercado interno para acabar con la miseria, el acceso de todos a la educación, la salud, la justicia. Para algunos de nosotros, ese proyecto es el socialismo. Que para tantos ya no existe, ya murió, pero nosotros no vemos otra salida. La economía de mercado ha demostrado que es cruel, inhumana: en toda América Latina, los gobiernos neoliberales sólo han producido una crisis que crea las condiciones para los que quieren luchar por el cambio en

nuestros países.

—Pero hay otros sectores del Movimiento que hablan de mejorar la adaptación de los campesinos al mercado…

—Sí, eso también se da. Parece contradictorio, ¿no? Porque, al mismo tiempo que intentamos disputar el mercado capitalista, como movimiento luchamos para la extinción del capitalismo. Vaya a saber. Quizá no lleguemos adonde queremos, quizás el capitalismo nos corroa por adentro y nos gane. Puede ser. Pero mantenemos nuestra pasión por creer en un mundo distinto: quizás no sea racional, hasta puede que sea místico, religioso, pero nos negamos a creer en el capitalismo como sistema único, indestructible, inevitable.

Jorge Neri tiene la cara muy ancha, labios anchos, la frente y nariz anchas, un cuerpo bajo y ancho: en sus rasgos hay mucho de indio y bastante de negro. Eso que aquí suele llamarse un caboclo.

—¿Y no tenés miedo?

—Aquí hubo mucha violencia, muchos muertos. Cada vez que un compañero moría, siempre había alguien que me decía salvate, salí de acá. Y otros que me decían cómo, ¿vas a irte y dejar a tus compañeros muertos, a los que murieron por el mismo sueño en el que vos creés? Yo me quedaba, pero seguía pensando en la posibilidad de irme. Al cabo de unos años me di cuenta de que ya no tenía más miedo. Hoy es posible que me maten en una emboscada, en un atentado. Siempre recibo esas amenazas.

Jorge se queda pensando. Me imagino escenas sombrías bailando en su cabeza. Jorge habla con los ojos perdidos allá adelante, como quien mira algo que él solo puede ver:

—Pero bueno, yo sé que algún día voy a morir. Y para alguien que viene de mi medio social, ya viví mucho. Mis amigos del barrio ya murieron. En esos mundos hay mucha violencia, y muy pocos pasan de los 20, 25 años. Yo ya tengo 31 y de todas formas no puedo imaginarme fuera de la lucha. Tengo muchos muertos, y tengo que mostrar que su memoria sigue viva, que su muerte no fue en vano. Yo no puedo verme en un lugar donde no pueda demostrar cada día que mi vida está comprometida con el sueño de todos ellos. Yo no creo en

los hombres que viven sin sueños: no digo sólo el sueño de la reforma agraria, de la revolución. Digo cualquier sueño que te permita aportar a la felicidad de todos, ¿no? Esa es la vida que vale la pena. Yo elijo esta vida, y si para vivirla tengo que correr el riesgo de morir por ella… bueno, yo sé que no va a haber ningún campesino del Movimiento, por más incrédulo que sea, que no sepa que su tierra es una construcción de los demás, que fue pagada con las vidas de tantos otros. Aunque a veces pienso que la recompensa es poca. No es un país independiente, una patria libre… pero bueno, quizás esos sacrificios sean nuestra cuota para que nuestro pueblo se despierte.

—¿Y pensás que pueden repetirse masacres como la de Eldorado?

—Espero que no, pero la tendencia de cómo el gobierno trata la violencia en el campo, la concentración de la tierra, la impunidad, me hace pensar que va a haber más enfrentamientos y más sacrificios. Pero aun si nosotros desapareciéramos, si el gobierno consiguiera aniquilarnos como movimiento mañana, ya habríamos dejado una contribución, una lección: que si vos querés, si yo quiero, si nosotros queremos resistir contra algo, conquistar algo, podemos. Todavía tenemos muchos problemas, pero en estos años pudimos cambiar una conciencia creada durante siglos, de sumisión y de ignorancia.

Jorge Neri tiene una camisa de manga corta de color impreciso, como si no importara. Ahora se para, busca una palabra o una idea:

—¿Sabés qué? Si desapareciéramos hoy, al menos quedarían los asentados comiendo arroz con frijoles; ya sería bueno, porque antes no tenían ni eso. Sin duda cometemos errores pero tenemos una idea que quizás nos hace diferentes: no nos consideramos la vanguardia del mundo nuevo. Nos vemos como una parte del Movimiento, que está creando condiciones para que los que vengan después tengan un escondite, un lugar para pasar la lluvia, para poder pensar ah, esos fueron los que se equivocaron para que nosotros no tengamos que cometer los mismos errores.

(1997)

el mundo, nueva york (4)

Solidaridades. En el subte, un mendigo viejo negro con pantalones cortos y gorrita de béisbol pasa agitando un vaso con monedas. Somos muchos, en el subte, esta tarde, pero nadie le da nada, salvo una vieja negra cansada con ropa de pobre. El mendigo le agradece y se sonríen. Después otro negro con pantalones rotos le da otra. Los demás no le damos. El mendigo se va al vagón siguiente, y algunos blancos nos miramos raro.

Caos y cosmos. Nueva York se presenta como el espacio de un caos permanente: la mezcla y competencia de los edificios, la indefinición de los barrios, el denuedo. Es raro: no sé si hay otra ciudad en el mundo donde los barrios más elegantes, esos donde un metro cuadrado de edificio cuesta 10.000 dólares, se acaben al doblar la esquina y aparezca un escenario posnuclear con vagabundos que pasean sus botellas escondidas en bolsitas de papel madera. Parece como si la ciudad no hubiese querido —o podido— establecer zonas bien limitadas, y los tantos se mezclan todo el tiempo. Como si los ricos no hubiesen terminado de colonizar su territorio, y no pudieran impedir que detrás de sus edificios lujosos pulule el bajo pueblo. En Nueva York todo se mezcla. Y la mezcla también contribuye al clima de energía desencadenada: el caos como placer estético.

La pelea está todo el tiempo en escena. Las ciudades europeas suelen ser amaneradas: encontraron, en algún momento, un estilo y lo repiten, con más orgullo que resignación. Eso las hace calmas, amables y coquetas: previsibles como francesa en flor. Nueva York también tiene un estilo, pero no se conforma: aquí, cada edificio es el desplante de alguien que quería mostrar que era mejor que el de al lado, y no tenía ningún prurito en hacer lo necesario. Nueva York es un canto a la iniciativa individual capitalista: cada cual esforzándose por superar al otro sin reparar en medios, sin hacer concesiones al pudor. El pudor no parece una emoción muy neoyorquina.

Ecololós. Me invitan a la presentación del Salón de la Biodiversidad del Museo de Ciencias Naturales de Nueva York. El Salón es un festival ecololó: fotos, cuadros, textos, animales embalsamados para alertarnos sobre el peligro de la degradación del ecosistema planetario. Todo muy bien presentado, tan moderno. Y una pantalla bastante impresionante: la que muestra el crecimiento de la población de la Tierra desde tiempos de Cristo. En el año 1 d. C. había 250 millones de personas en el mundo; recién 1600 años después la cifra se duplicó, y llegó a 500 millones. Hacia 1815 éramos 1000 millones; en 1952, 2500. Y en los cuarenta años siguientes esa cifra se duplicó y llegamos a los 5000 hace siete u ocho años. Ahora somos más de 6000 millones: el mundo está casi completo.

La pantalla intenta advertir sobre los peligros de esta superpoblación. Indudable, pero me parece que también muestra otras cosas. Entre ellas, que cuando los hombres estaban bien integrados en su ecosistema, y seguían sin mayor defensa los ritmos de la naturaleza —año 308, digamos, o 1186— se morían como moscas, y no conseguían superar una cantidad que duró siglos. Eran los tiempos en que cualquier resfrío los mataba a raudales, en que seis meses sin lluvia suponían la desaparición de todo un pueblo. Los ecololós muchas veces se olvidan de esos datos. Las cifras actuales pueden ser preocupantes pero son, curiosamente, también, una celebración de la técnica. Ahora somos muchos porque sabemos cómo sobreponernos a las amenazas de la naturaleza, se podría decir: porque sabemos cómo derrotarla. Aunque ser buen ganador sea tan difícil.

La causa justa. En la esquina de la 34 y Séptima Avenida, cuatrocientas personas con guantes, gorros y bufandas caminaban en ronda con carteles que decían dejen de bombardear Irak, Clinton es un criminal de guerra, las sanciones contra Irak también son genocidio. Hacía un frío excesivo, innecesario: mucho menos ya habría sido insoportable.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, / acaben con esta guerra racista!

Cantaban, sin parar, sin cambiar: como un mantra menor. Alrededor, miles pasaban apurados y los manifestantes trataban de

entregarles volantes, de charlar: nadie les hacía caso, pero habían elegido bien su lugar. Justo enfrente, las dos manzanas macizas de Macy's atraían oleadas de compradores impacientes, sin tiempo que perder en minucias. Había corridas, aglomeraciones. La Navidad llegaba y había que comprar, comprar, comprar.

No siempre. Ante el bochinche de las bombas atómicas que probó la India, los políticos americanos se pusieron a buscar responsables, y decidieron —setentistas— que la mayor parte de la culpa era de la CIA, que no había sabido advertir a tiempo lo que pasaría. La semana pasada, un funcionario del Departamento de Estado decía que quizás, pero que el gobierno indio venía anunciando que haría pruebas nucleares desde que asumió, hace un par de meses.

—Lo que a nadie se le ocurrió pensar es que, algunas veces, los políticos hacen lo que dijeron que iban a hacer.

Dijo el funcionario.

Inventos. Juan, mi hijo, tiene siete y hace unos días que está de visita en Nueva York. Vamos por todos lados, vemos Nueva York desde arriba tantas veces. Nueva York es una ciudad que se ofrece para que la miren desde arriba.

—Mirá, papi, un mcdonald's. Es el primero que veo. Acá hay menos que en Buenos Aires.

—¿Te parece? Qué raro, porque acá los inventaron.

—Sí, ya sé. Acá inventaron casi todas las cosas. Bueno, casi todas las cosas las inventaron los americanos y los chinos, ¿no?

—¿Como qué?

—Bueno, los americanos inventaron los mcdonald's, la coca, los juegos para compus, las compus, los dibujitos animados, las gorras de béisbol, el chicle, las lavadoras de platos, las cámaras de fotos, los autos, los teléfonos, los subtes…

Y la lista se convirtió en un catálogo de todas las máquinas. Yo, de vez en cuando, trataba de decirle que no era para tanto, pero preferí cambiar de táctica:

—¿Y los chinos?

—Los fideos. Los chinos inventaron los fideos.

—¿Y qué más?

—¿Y qué más querés?

Toda la tecnología del mundo había desaparecido ante el avance incontenible del tallarín y Nueva York, a esta altura, era un poroto pisoteado por el tacón de un flatulento.

La reina de los gatos. La mujer era igual a Katharine Hepburn cuando ya no soporta a Boggie en *La reina africana*: una flaca de pómulos salientes y mandíbula crispada que gritaba en la esquina de Broadway y 75:

—¡Firme el petitorio por los gatos! ¡No sea cruel, firme por los gatos sin hogar!

Justo detrás, tres negros homeless paseaban mugre de semanas y las miradas levemente perdidas de quien ya no sabe cómo era la vida cuando había.

—¡Sea humano, firme el petitorio por los gatos sin hogar!

Insistía la reina. La gente pasaba rápido, sin hacerle mucho caso, y los tres negros se pararon a mirarla: por sus caras, parecía que les costaba decidir si preferían estrangularla o hervirla despacito en un caldo knorr suiza.

Merry Christmas. —Estos son días felices para todos.

Dice Rachid, el bigotazo oscuro, acento hindú, la sonrisa excitada.

—Días muy buenos para los negocios.

El resto del año, Rachid tiene un triciclo de hot dogs, pero en Navidad lo cambia por una mesa donde vende biyutería y pañuelos de seda de Taiwán. Las calles están llenas de mesas que venden cualquier cosa: libros viejos, libros nuevos, paraguas, guantes, relojes, carteras, anteojos, corbatas, joyas de seis dólares cincuenta, yoyós con luces, agendas símil cuero y casi todo el resto.

—Todos compran, todos compran, yo les vendo.

Las calles están llenas de señores que venden cualquier cosa para que todos puedan comprar algo. Los que llegan a la Gran Capital tienen que consumir algo, lo que sea: para eso vinieron, eso buscan. La

semana pasada, el padre de una familia de inmigrantes de Bukhara, en el Asia Central, compró unas velas que quería poner en la mesa navideña. Pero se le ocurrió probarlas antes: esa noche, sorprendió a su mujer, sus hijos y su suegra con una cena romántica. Todos se regocijaron, y el hombre procedió a prenderlas: la explosión casi le vuela la cabeza. Cuando las compró, parece, no entendió que las supuestas velas eran cuetes.

Las calles están llenas, pero nada como Chinatown. El barrio chino es el emporio de lo trucho. En Chinatown, al sur de Manhattan, es fácil comprar perfumes franceses perfectamente falsos, imitaciones de relojes Armani o Calvin Klein, videos piratas de los estrenos más recientes, pero no es tan fácil comprarse un rolex falso. El rolex, por alguna razón, es un límite. No se puede mostrar, lo venden clandestino. A lo sumo, te muestran uno tan falso que ni siquiera es una imitación; para acceder a los buenos, los que no se distinguen, hay que estar en el ajo.

—¿Y no tiene de los automáticos?

—Sí, pero no acá.

Me dice un chino con campera de cuero y ojos de guerrero manchú planeando el contraataque. Entonces me muestra un catálogo de rolex supermanoseado y me dice que me puede vender cualquiera de esos pero me va a costar 50 dólares.

—No, le puedo pagar 15.

—40 es mi último precio.

—20 y ni un centavo más.

Los dos sabemos que vamos a arreglar en 30, pero el ritual exige que sigamos un rato. Sin el regateo los chinos se volverían princesas, y quizás no les gusta. Al final arreglamos y el chino saca un walkie-talkie y habla en chino básico.

—Esperá, ya está llegando.

Me dice, y la conspiración avanza. Yo miro para los costados. Cada cual consume como puede: parece que eso es, últimamente, la verdadera democracia.

Argentina

CLAROSCUROS

El ciego acaba de subirse al colectivo, se para junto al chofer y dice que va a molestarnos unos minutos para ofrecernos algo que no tiene precio. A mi lado, una señora resopla: ufa, otro más. Es el tercero en veinte minutos. Hace calor, y todas las ventanillas del 60 están abiertas: el ruido, por momentos, tapa las palabras. El ciego es menudo; lleva el pelo raleado con colita, pantalones anchos medio hippies y una manera de moverse que casi desmiente su ceguera: empieza a caminar por el pasillo del colectivo sin grandes titubeos y deja, en cada asiento, un papel con un poema suyo que se llama "Hijos de una derrota": "… Nosotros, hijos de una derrota, *constructores del sueño y de su intento,* paridos en décadas rebeldes, *la sangre en torbellino y el esperma.* Por suerte, Señor, está el deseo *invocando la vida a cada rato,* haciéndonos amigos de los miedos *y cantando retruco al desengaño (…). Nosotros, hijos de una derrota,* que lo vayan sabiendo los perversos, *los idiotas,* con la dulce señal del optimismo, / seguiremos sembrando en primavera".

Cuando pasa a recogerlo yo lo paro y le pregunto por qué escribe lo que escribe. Él me dice que se llama Alejandro Alonso y que, si de verdad quiero saberlo, me lo puede contar.

El 13 de septiembre de 1971 José Poblete se tomó un tren en la estación central de Santiago de Chile. José Poblete había nacido allí 16 años antes: esa tarde, quería ir a visitar a su padre, preso en una cárcel del sur del país por una escaramuza con un carabinero. José era un muchacho alto, bien plantado, de origen obrero, que había empezado a trabajar a los 13 años y militaba en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria chileno. El tren iba repleto: José viajaba en el estribo y, en un frenazo, se cayó a las vías: el tren le pasó por encima y le cortó, limpias, las dos piernas. José estuvo a punto de morir desangrado, pero lo salvaron. A partir de ese día, tuvo que aprender a vivir sin sus piernas.

Esa misma tarde, en el barrio de Floresta, Buenos Aires, Alejandro Alonso estaba jugando al fútbol con sus amigos. Alejandro tenía 14: a los 3 había perdido la visión del ojo izquierdo por un golpe, pero se

las arreglaba bien. Era flaquito y tuerto: para compensarlo y hacerse querer por sus amigos tenía que hacer esfuerzos, pensar mucho. Esa tarde, Alejandro fue a cabecear una pelota y se golpeó el otro ojo. No le dio importancia; más tarde, en el cine donde estaba viendo *Simplemente una rosa* de Leonardo Favio, la vista se le fue nublando. Esa noche, en el hospital, cuando le dijeron que era un desprendimiento de retina y que tenían que operarlo, Alejandro se alegró: le estaba yendo mal en el colegio y esa podía ser la forma de zafar, al menos por un tiempo.

El padre de Alejandro era un artesano izquierdista que participó junto con los hermanos Santucho en la fundación del Partido Revolucionario de los Trabajadores, que después, a su vez, fundaría el ERP. La madre era una señora de buena familia que seguía a regañadientes los caprichos de su marido militante y ligeramente mitómano a través de pobrezas y pensiones.

Alejandro pasó por ocho operaciones y un año y medio de convalecencia. Le dolía la ceguera pero, sobre todo, sufría por el abandono de sus amigos, que no soportaban verlo así y se fueron apartando. Su madre, en esos días, le leía el *Informe sobre ciegos* de Ernesto Sabato.

Poco a poco, Alejandro volvió al mundo: paseaba por el barrio, guio a sus amigos hasta el primer burdel, era delegado de su clase en el Mariano Moreno, dio un año libre, se tiraba desde el trampolín alto y tuvo su primera novia. Recién cuando ella —Gertrudis Hlaczik— lo dejó, tiempo después, aceptó que le faltaba algo. En esos días, Alejandro empezó a desesperarse: en sus charlas con Dios le decía que si lo curaba, si lo dejaba ver de nuevo, le prometía que nunca más se iba a masturbar. Era una oferta generosa, pero el Señor nunca quiso escucharla.

Alejandro tenía 16 años y toda la tristeza: se pasó meses sin salir a la calle. Su madre le insistía y, esa tarde, cuando vieron por televisión a un grupo de lisiados que hablaba de sus problemas y de cómo los enfrentaban, fue ella la que lo convenció de que fuera a buscarlos.

Durante casi un año, José Poblete trató de no darse cuenta de que

ya no tenía piernas: pese a la evidencia, simulaba que su vida podía seguir igual. Hasta que, en marzo de 1972, el barrio pobre donde vivía, en los alrededores de Santiago, se incendió. Esa mañana, José se sintió muy débil: veía cómo todo se quemaba y no podía hacer nada. Del desespero sacó una decisión: tenía que recuperarse, volver a hacerse útil. Se enteró de que en Buenos Aires había un Instituto de Rehabilitación del Lisiado que, en esos días, era el mejor de la región, y decidió venirse.

A principios de 1973 el país hervía. Cámpora estaba por ganar las elecciones, la política se dirimía en la calle y el mundo estaba a punto de cambiar para siempre. En el Instituto de Rehabilitación de Dragones y Mendoza —donde ahora está el Incucai—, José, que era una especie de líder natural, convenció a varios de sus compañeros de que ellos no podían quedarse afuera. En esos días formaron el Frente de Lisiados Peronistas, que respondía a la Juventud Peronista. Los lisiados del FLP estuvieron en la primera línea de las movilizaciones del momento: llegaron a ser más de doscientos los que iban a las marchas con sus muletas, sillas de ruedas, lazarillos. El 20 de junio, cuando Perón volvió al país y la derecha peronista tiroteó la manifestación de Ezeiza, López Rega los acusó de haber transportado en sus sillas “armas y drogas para los Montoneros”. Y, el 24 de julio, el ministro de Bienestar Social mandó a la policía para reprimir una manifestación de lisiados en la avenida Libertador: sobre el asfalto quedaron bastones, sillas, cuerpos desarmados.

—Los discapacitados estábamos en manos de la beneficencia, de las señoras gordas que tenían que sacarse la culpa por tener tanto dinero. El FLP estaba en contra de esa visión asistencialista; buscaba una adaptación activa, que nos permitiera trabajar, insertarnos en la sociedad y decidir sobre nuestros destinos. Y también queríamos actuar en la política general, como tantos otros.

Hacia mediados de 1974, el clima político se había puesto muy pesado: la Triple A mataba militantes, todo se hacía cada vez más peligroso y el FLP se disolvió. Pero José y los suyos mantuvieron funcionando una agrupación menos politizada, que habían creado poco antes: la Unión Nacional Socio-Económica del Lisiado. El 13 de

septiembre, el día en que se cumplían tres años de sus accidentes, Alejandro conoció a José y al resto de sus compañeros, que había visto en la tele: Norberto Scarpa, parapléjico por la poliomielitis, Claudia Grumberg, que tenía problemas motrices por artritis reumatoidea, Mónica Brull, ciega, su novio Juan Agustín Guillén, que sufría las secuelas de la polio en una pierna, Hugo Avendaño, con una artritis avanzada, y alguno más. Alejandro se sintió medido, examinado, pero pasó la prueba: esa tarde lo incorporaron a la UNSEL.

Dos semanas después, la UNSEL tuvo su gran victoria: el parlamento, a propuesta del diputado Oraldo Britos, promulgó una ley laboral para discapacitados —la 20.923— que se consideró como la más avanzada de América Latina. Entre otras cosas, la ley obligaba a las empresas a tomar entre sus obreros un 4 por ciento de discapacitados. José y sus compañeros sintieron que habían conseguido algo importante.

—Nosotros no queríamos dar lástima. Queríamos mostrar a todo el mundo que podíamos hacer lo mismo que todos los demás. Y en esos años, lo mismo que los demás implicaba también soñar con una utopía, tratar de aportar para un mundo distinto.

Dice ahora Alejandro. En esos meses, José, Alejandro y los demás formaron un club de discapacitados que organizaba actividades sociales, culturales, deportivas. El grupo era, además, el espacio para que sus miembros hablaran de sus problemas, se apoyaran los unos a los otros:

—Pero vos, Alejandro, estás entero. ¿Vos sabés lo que es para mí que una chica se acueste conmigo?

—Bueno, no parece que tengas grandes problemas para conseguirlo.

Le contestó, entonces, Alejandro, y era cierto. Aun sin piernas, José solía tener buen éxito con las mujeres. Ese verano hizo mucho calor. Una tarde de febrero, en un banco del parque Los Andes, José le hizo la gran revelación:

—Nosotros somos un grupo que responde a la organización Montoneros, y queremos ver si vos querés participar junto con nosotros.

Alejandro, al principio, no le creyó. Después se alegró tanto de que, por fin, lo hubieran aceptado, y los quiso más que nunca. En esos días, los militantes cercanos a los Montoneros habían recibido la consigna de "insertarse en la producción": buscar empleos que los acercaran a los trabajadores. Gracias a la nueva ley, Alejandro consiguió un puesto en la imprenta del Banco Provincia, donde armaba formularios.

—Yo estaba convencido de que tenía que ser igual que los demás y que para eso tenía que laburar mucho y demostrar que los discapacitados éramos tan útiles como el resto. Así que trabajaba como un burro. Entonces vino uno y me dijo la puta que te parió, si seguís laburando así dos días más, te hacemos echar.

Alejandro entraba a las seis de la mañana, salía a la una de la tarde y después, a la noche, terminaba la secundaria. José, al mismo tiempo, se empleó en la fábrica Alpargatas.

El 24 de marzo de 1976 el golpe los obligó a extremar los cuidados. Y la tercera ley derogada por la junta militar fue, precisamente, la ley laboral para los discapacitados. Pero el grupo siguió juntándose, intentando oponerse a los militares: en un momento en que cualquiera de esas cosas podían costarles la vida, ellos hablaban con gente, pegaban cartelitos, repartían volantes. Alguna vez, incluso, salieron a hacer una pintada: Alejandro, el ciego, que todavía recordaba cómo dibujar letras, fue el encargado de pintar "abajo la dictadura"; Miguel, con una pierna sola, estaba en la esquina haciendo de "campana" —para avisarle si venía la policía.

Hasta que, el 12 de octubre, seis hombres en dos falcon sin patentes secuestraron a Claudia Grumberg en Barrancas de Belgrano. Nadie nunca pudo saber qué fue de ella. Y los miembros de su grupo tuvieron que dejar sus casas y abandonar sus trabajos, porque no sabían si ella los había cantado. Después, mucho después, supieron que no lo había hecho. En esos días, unos periodistas le preguntaron por ella al general Videla:

—El caso de esta niña a quien usted hace referencia no lo conozco en detalle pero entiendo que está detenida a pesar de estar lisiada. El terrorista no sólo es considerado tal por matar con un arma o colocar una bomba, sino también por activar a través de ideas contrarias a

nuestra civilización occidental y cristiana a otras personas, y es posiblemente en esta condición que esta joven esté detenida.

Les dijo el presidente de los argentinos.

Fueron tiempos difíciles. Los miembros del grupo se habían redistribuido, para seguir militando, en diversos barrios. Alejandro volvió a Floresta, donde se conectó con el grupo de Cristianos para la Liberación que funcionaba en la parroquia de Cristo Maestro, del padre Octavio Montes de Oca. José también se enganchó con los cristianos y llegó a formar parte de su conducción. En esos días, todos los militantes corrían peligros enormes, pero para un ciego o un hombre sin piernas la situación era terrible. Muchas veces, caminando por una calle cualquiera, Alejandro tenía la sensación de que lo estaban siguiendo, y la desesperación de no poder mirar para comprobarlo.

—Pero también es cierto que nuestras discapacidades nos daban algunas ventajas. Imaginate, a menos que nos vinieran a buscar, ¿quién iba a sospechar de un ciego, o de uno sin piernas? Y a veces aprovechábamos la silla de ruedas para llevar un paquete de volantes, o lo que fuera. Siempre con la idea ésa omnipotente de aprovechar incluso nuestros déficits. José solía decir que hay que transformar los inconvenientes en ventajas, y las derrotas en victorias. El problema, decía Fritz Perls, no es lo que le sucede a la gente, sino lo que la gente hace con lo que le sucede.

Para mantenerse, José, Alejandro y varios más empezaron a vender en trenes y colectivos: esponjas, postales, lapiceras, lo que saliera más en cada momento. Les había enseñado Fernando, un hermano menor de José, recién llegado de Chile, que también militaba con ellos. Mientras, José se había casado con Gertrudis Hlaczik, aquella chica que, años antes, había roto el corazón de Alejandro; en esos días se instalaron los tres y otro militante, el Hueso, en una casa en Guernica.

El grupo funcionaba como podía y buscaba formas de seguir agitando: pintadas, volantes, charlas con vecinos. Eran días de terror. A su alrededor, la mayoría de sus compañeros de militancia habían caído secuestrados o muertos. En abril de 1978 nació la hija de José y

Gertrudis: era una nena y la llamaron Claudia, por su primera compañera secuestrada, y Victoria, por sus esperanzas.

—En esa época yo me sentía totalmente asfixiado, como que no íbamos a ninguna parte, y empecé a pensar en irme del país. Acá todos pensaban nada más que en el Mundial y, en medio de eso, a nosotros nos seguían persiguiendo, reprimiendo. Pero justo ahí me enamoré de la hermana de José, y así me fui quedando, ¿no? Aunque yo creo que cualquier cosa me hubiera venido bien para quedarme, porque ese grupo era mi familia…

En esos días se les ocurrió formar un grupo cultural y lo llamaron Pablo VI: Alejandro compuso una canción, la ensayaron y se presentaron a un concurso zonal de canciones cristianas. Lo ganaron, y estaban preparándose para presentarse en la final. José, sobre todo, empezaba a sentirse optimista: ya lo peor había pasado, decía, y tenía una frase repetida: "Si no caímos hasta ahora es que ya no caemos más".

El martes 28 de noviembre de 1978, a las seis de la tarde, Alejandro se encontró con José en Sarmiento y Pasteur. José le dijo que tenía que ver a Puchi —el otro responsable de los Cristianos para la Liberación—, que le iba a dar una noticia importante, y que se volvieran a encontrar a las nueve en Plaza Once. Esa noche Alejandro lo esperó un rato largo. Como José no llegaba, buscó a otro hermano suyo, el Lolo, de 14, y se fueron hasta la casa de Guernica.

—Cuando llegamos escuché que el Lolo pegaba un grito. ¿Qué pasó?, le pregunté, ¿qué pasa? Yo no podía verlo, pero por su tono me asusté. Me parece que entraron a robar, me dijo él. Qué robar, dije yo: acá se pudrió todo.

Puchi había caído el día anterior y cantado sus citas. Esa tarde, alrededor de las siete, un grupo de tareas del ejército secuestró a José Poblete en el barrio de Once; poco después se presentaron en su casa, la robaron, la destrozaron y se llevaron a su mujer y su hija de ocho meses. Después secuestraron a varios más: el Hueso, el boliviano Gilberto Rengel, Mónica Brull, su marido Juan Agustín Guillén, y hasta el turco al que le compraban la mercadería para la venta callejera. La casa de Guernica estaba alquilada a nombre de Alejandro,

que tuvo que perderse de inmediato: se pasó un par de días durmiendo en las plazas y después, con Miguel, otro hermano de José, se escapó a Jujuy y terminó parando en Santiago del Estero, donde se quedó unos meses, vendiendo en colectivos.

—Cuando desaparecieron todos ellos y yo fui el único que quedó, mi sensación era como si me hubiese estallado el mundo. Fue terrible…

—Paren, boludos, ¿qué nos van a traer, a todo ALPI?

Dicen que dijo, en esos días, un torturador del Olimpo cuando vio que le llevaban más y más lisiados.

En el Olimpo —el campo de concentración que la Policía Federal operaba en Ramón L. Falcón y Olivera, en el barrio de Floresta—, el Turco Julián —el sargento de policía Julio Héctor Simón—, Colores —el oficial Juan Antonio del Cerro— y otros torturadores se ensañaron con José Poblete. Lo llamaban "El Cortito" y lo torturaron con saña. Lo picaneaban, le pegaban, lo subían a una escalera y, desde dos metros de altura, lo tiraban al suelo. José, sin piernas, caía sin defensas. A Gertrudis Hlaczik también la torturaron mucho. Y se llevaron a Claudia Victoria, su hija de ocho meses, que nunca más apareció.

A Mónica Brull, ciega, embarazada de dos meses, la torturó el Turco Julián. Ella pudo contarlo:

—Me llevaron a una habitación y empezaron a golpearme. Uno me arrancó la camisa y me tiraron sobre la plancha metálica donde me ataron los pies y las manos. Les dije que estaba embarazada de dos meses y el Turco Julián me contestó: "Si la otra con seis meses aguantó, cómo no vas a aguantar vos. Además, violenlá". Los torturadores se ensañaban conmigo por dos razones: porque era de familia judía y porque no lloraba, cosa que los exasperaba…

Mónica perdió el embarazo. Uno de esos días, encadenada en un calabozo, recibió el reto aterrador de un general que había ido de visita:

—¡Pelotuda, tapate los ojos! ¿No te das cuenta de que acá los que nos ven son los que no van a vivir?

Juan Guillén, su marido, que estaba encadenado al lado, tuvo que explicarle que no se preocupara, que su esposa era ciega. En un descuido de sus carceleros, Guillén y Brull llegaron a hablar unas palabras con Gertrudis y José Poblete. Cuando los soltaron, el 21 de diciembre, sus compañeros todavía estaban vivos. Esa Navidad, en el Olimpo, los carceleros organizaron un "festejo" donde varios secuestrados escucharon a José cantando y tocando la guitarra.

Pocos días después, ya en enero de 1979, los secuestrados del Olimpo supieron que se estaban llevando a algunos de ellos para un "traslado": para ejecutarlos. Sucedía casi todas las semanas. Esa noche, alguien vio la silla de ruedas de José Poblete, vacía, abandonada en un rincón. Nunca nadie volvió a saber nada de él, ni de Gertrudis Hlaczik, su mujer. José acababa de cumplir 24 años; Gertrudis, 21. Su hija, Claudia Victoria Poblete debe tener, ahora, 19 años: sus familiares nunca dejaron de buscarla.

—Cuando se produce un fenómeno de discriminación o de segregación es un ataque a la identidad. Yo estoy aprendiendo, y todavía seguiré aprendiendo, que mi nombre es Alejandro. Que además escribo, que además soy psicólogo, que además soy ciego: que esa es una singularidad entre otras, que no quiero quedar atrapado en mi ceguera.

Dice Alejandro Alonso, en un aula de la Escuela de Psicología Nacional, de Alfredo Moffatt, y cien alumnos lo escuchan en el mejor de los silencios.

—Yo no quiero colocarme en el lugar que los demás me quieren asignar; yo voy a tratar de decidir mi destino. Todos tenemos un lugar asignado, si sos negro, si sos judío, si sos mujer, si tenés una discapacidad tenés un lugar asignado y tenés que quedarte ahí. Nosotros no quisimos quedarnos ahí.

En estos veinte años, Alejandro terminó la carrera, trabajó mucho, se casó con una hermana de José —Patricia—, tuvo dos hijas, se separó, escribió poemas, sigue viviendo. A veces, dice, querría ver las caras de la gente que quiere, pero no quiere que nadie lo aprecie ni desprecie por ser ciego. Sí le importa contar su historia y la historia de

los que quiso y ya no pueden contarla. Alejandro está satisfecho con su vida, pero el día en que me contó todo esto no podía parar de llorar.

—¿Qué pasa que negamos, entre las historias de los desaparecidos, esta historia? ¿Qué pasa que nadie la cuenta? Yo sospecho que es porque la discapacidad es un fenómeno muy negado en nuestra sociedad, por lo doloroso, por el espanto que causa a primera vista. Creo que por eso nadie habla de lo que nos pasó. Pero creo que hay que contarlo: es un acto de justicia. ¿Te acordás cómo dice el poema? "Nosotros, hijos de una derrota, / que lo vayan sabiendo los perversos, *los idiotas,* con la dulce señal del optimismo, / seguiremos sembrando en primavera".

(1998)

Chile

LA SOMBRA DEL TIRANO PRÓFUGO

—Todos dicen que estamos al borde de la guerra civil, señor. Afuera todos dicen eso, por eso nadie viene acá, po. Acá ahora todo está parado.

Me dijo el chofer del primer taxi que tomé en Santiago. Los taxistas son el último recurso del periodista en apuros: yo nunca citaría a uno de ellos. Pero, en estos días, otros tres choferes, cuatro mozos y fulanos diversos en la calle me dijeron más o menos lo mismo:

—Que vuelva de una vez el general, señor. Desde que se lo llevaron acá nadie invierte, no hay un peso, las empresas cierran, despiden gente.

—¿Por qué?

El taxista tenía una camisa de rayitas azules con su cuello blanco, tipo ejecutivo de película mala, una corbata roja y la cara más parecida a Eduardo Duhalde al oeste del río Matanza. Si la Alianza quisiera hacer un spot con Duhalde diciendo barrabasadas, el taxista podría hacer de sosias perfecto.

—Porque los empresarios necesitan garantías, necesitan seguridad para invertir su plata. Y acá el que les da la seguridad es él, señor.

En el último mes, la Bolsa de valores de Santiago subió un 14 por ciento: son sólo cifras.

—¿Y cómo les da seguridad, si él ya no es…?

—¡Cómo que no! Él tiene el ejército, señor. En el ejército tiene hartos compadres que le deben todo, po. Si tienen que dar la vida por él, pos la dan sin problemas.

El centro de Santiago es una mezcla de unos pocos restos coloniales, mucho manierismo francés, los edificios macizos de los cuarentas y una serie de incrustaciones pinochetistas de vidrio y acero. El centro es un caos de gente en movimiento, pero las calles están limpísimas: hay unos morochos bajitos que las limpian con estropajo todo el tiempo. En la esquina de Ahumada y Huérfanas, el puro centro, hay una farmacia, una sastrería, un banco y una kodak: todo muy parecido a sí mismo. La gente que pasa caminando se parece a la población de Buenos Aires si Roca no hubiera matado a todos los indios: si hubiera

dejado unas docenas para el mestizaje. Tres chicas mapuches vestidas de mapuches tocan un tamboril y piden solidaridad para que no construyan una represa encima de sus tierras; los peatones más pobres les dejan monedas; los otros las miran con un poco de asquito. El señor del audífono mira; el tambor sigue repicando. Jubilados de traje y corbata, con bastón y sombrero, charlan sentados en los bancos. La ropa de la gente que pasa parece un poco vieja, como en Buenos Aires. Abundan los teléfonos públicos y un hombre bajito, por supuesto, los está limpiando. Todos están en uso: debe haber mucho que decir en estos días.

Yo miro para todos lados porque me dijeron que esto está lleno de ladrones; supongo que a los turistas que caminan por Florida les deben decir más o menos lo mismo. Los policías pasan en parejas, mujer y hombre, y también miran para todos lados. En una esquina, un señor de traje y anteojos negros tiene un audífono en una oreja y una carterita muy sospechosa en la mano derecha. Él también mira para todos lados: debe estar controlando que nadie tire papelitos en el suelo.

—El centro está lleno de cabros que te arrancan lo que pueden nomás. Nadie les pone coto, y la policía menos. La policía está con ellos. Con el general esto no pasaba.

Me dice un lustrabotas, a medio dólar la lustrada. La inseguridad, aquí también, parece ser un problema candente, pero los diarios la tratan con cierta delicadeza: “Una persona falleció de un disparo en la cabeza luego de que intentara ingresar a un local con la intención de robar”, empieza una nota de *La Tercera*. “En tanto, la policía busca a otras 15 personas que acompañaban a la víctima”. Los diarios también se preocupan por los cortes de luz, la gran mortandad de salmones, los incendios forestales, las protestas de colectiveros por el stress, las victorias del Colo-Colo, la sequía, las danzas mapuches para pedir lluvia y una porotada para 14.000 personas —600 kilos de porotos— que pretende llegar al libro Guinness de los récords. El imperialismo acecha en los rincones más insospechados.

El Mercado Central de Santiago es un edificio de hierro muy bonito

que construyó hace un siglo el ingeniero Eiffel. En su mejor esquina hay una batucada sostenida: dos docenas de trabajadores del frigorífico Santa Ana tamborilean sobre latas con palos y gran brío. Están parados en las puertas de la carnicería que vende sus productos, y piden a los clientes que no entren, para apoyar su huelga: "Contra la política de hambre y los bajos salarios", dice un cartel escrito a mano. "La crisis no la podemos pagar los obreros", dice otro. La carnicería está vacía.

—Estos patrones hijoeputas se creen que pueden seguir haciendo todo como cuando estaba el Pinocho.

Dice un obrero viejo, con gorra de visera y la piel muy cuarteada, y yo le pregunto si ahora es muy distinto.

—¿Cómo?

Me pregunta, y se queda mirándome:

—¿Muy distinto, decí? ¿Muy distinto?

Hay un silencio. "Chile tiene una economía próspera, basada esencialmente en el libre mercado", empieza diciendo el último informe anual de la CIA. "Los gobiernos civiles —que sucedieron a los militares en marzo de 1990— siguieron reduciendo el rol gubernamental en la economía…". El salario mínimo son 80.000 pesos, unos 170 dólares. Un huelguista más joven se rasca la cabeza:

—Sí, po, es muy distinto. Mira, estamos en la calle, haciendo huelga. Con el Pinocho nos llevaban de acá en un minuto, po.

El viejo lo mira y le pregunta si sus hijos ahora comen más que antes:

—¿Y los patrones no son los mismos, compañero, y los sueldos no son los mismos?

El más joven se queda un rato pensando la respuesta y al final sacude la cabeza, se calla, vuelve a tamborilear sobre su lata.

—Muy distinto un carajo.

Me dice el viejo, y me pide unas monedas para el fondo de huelga.

El palacio de la Moneda aparece caído, como si nadie quisiera ser el que le pinte la cara. La Moneda es una de las imágenes del horror del siglo: aviones en vuelo rasante, el humo, la metralla, la voz

entrecortada de Salvador Allende. Ahora está chico y vetusto, aburrido frente a su plaza transformada en un descampado donde florecen veinte palos borrachos y una docena de banderas chilenas tamaño familiar. A los costados, por si acaso, varios carros de asalto se calientan al sol del mediodía:

—Antes nos respetaban, la gente nos quería. Era un orgullo ser un oficial.

Me dice un oficial joven y desesperanzado.

—Ahora, si esto sigue así, vamos a terminar como los militares argentinos. Si a mi general lo tratan como lo tratan, ¿qué nos puede pasar a nosotros, po?

Los militares están preocupados: temen que, en la volea, les caiga una ola de juicios por derechos humanos. Dicen que el comandante en jefe del ejército, el general Izurieta, estaba tratando de despolitizar su institución; ahora, en plena crisis, tiene que asumir la defensa del Gran Jefe si no quiere que sus camaradas se lo coman crudo. Pero hasta los que piden un golpe de estado saben que ésa sería la mejor forma de que Pinochet se quedara en Europa para siempre.

La Fundación Presidente Pinochet está al fondo de Vitacura, uno de los reductos más rancios de los nuevos ricos chilenos. Para llegar desde el centro de Santiago hay que viajar un rato y atravesar una muralla de grandes edificios a la Puerto Madero: el modelo construye igual en todas partes. Vitacura es la versión enrejada de un barrio de clase media alta de Los Ángeles: eso aquí pasa por distinción completa. Al lado del bunker de la fundación hay un jardín de infantes Girasol: una docena de niñitos rubios bailotea bajo la sombra de los árboles a los sones de un piano chopinesco; al fondo, al sol, un jardinero mestizo suda podando los ligustros: todo es demasiado obvio. Hace un rato, Augusto Pinochet Hiriart, el hijo del verdadero, dijo por televisión que “si es necesario para la reconciliación nacional pedir disculpas lo haríamos”, pero que “ese perdón lo tienen que pedir los dos bandos enfrentados”.

—Y no creo que Salvador Allende pueda pedir perdón, porque se murió.

Dijo, y explicó que los fusilamientos que ordenó su padre "fueron justos, porque no se ejecutó a personas sino a bestias". Hace tres días Pinochet dijo, en una radio amiga, que había "perdonado a todos los que eran mis adversarios. Dígaselos, que los he perdonado total y plenamente". Su voz sonaba cascada, un punto menos flauta que de costumbre, casi aguardentosa. Era la primera vez que hablaba de perdón, pero no lo pidió: lo ofrecía.

La recepción de la Fundación Presidente Pinochet tiene un cuadro del Gran Jefe tamaño faraón y un escritorio donde una señora Laura recibe a los que quieren ir a Londres para apoyar al perseguido. La idea se les ocurrió hace un par de días y ya hay varios charters organizados: unos quinientos patriotas que no lo van a dejar solo. La señora Laura los convoca para una reunión mañana a las nueve. Hasta que un dirigente llega y le dice que el horario no era ése, que se equivocaron, que era a las diez y media. Discuten un ratito, se insultan con mesura: es un gusto verlos. Después vuelven a la queja repetida:

—Estos ingleses son tan crueles que van a dar la decisión de la extradición justo el día del cumpleaños de la señora Lucía, ¿te figuras? Eso sí que es conspiración, po. La conspiración socialista desenfrenada, po.

La señora Lucía es la Gran Esposa y dicen que está enferma como él: no mucho. Los militantes oscilan entre la compasión y el odio que les da esa compasión. Hace unos días, para defenderlo, Margaret Thatcher dijo que Pinochet era "una persona vieja, frágil y enferma, que ayudó a Gran Bretaña durante la guerra de las Malvinas".

—Si hubiéramos sabido lo que iban a hacer estos ingleses, po, los ayudábamos a los argentinos con las Malvinas.

—¿Te parece? No, sobre todo no hay que caer en provocaciones. En Londres tenemos que mostrar una imagen muy suave de Chile. Si quieren llevar banderas, hay que decirles que no les pongan ni palos.

Dice un dirigente. Pero los pinochetistas no están dispuestos a perder su "legitimidad", y tienen el poder de sostenerla. El diputado Alberto Cardemil, ex subsecretario del Interior del gobierno militar, lo ha dicho muy claro en la televisión:

—Sin esa legitimidad no vamos a ceder nada. Yo he ganado dos

elecciones populares como ex colaborador del general Pinochet. ¿Le parece que puedo aceptar que el 11 de septiembre fue un acto inmoral, antiético y antidemocrático? No voy a aguantar más que digan que nosotros fuimos autores, encubridores o cómplices de violaciones a los derechos humanos. El día que aceptemos eso se acabaron todas nuestras posibilidades políticas. Ante eso, uno se defiende como fiera.

Al fondo, otros dos hablan de cómo se pasaron el sábado llamando a amigos policías para que soltaran manifestantes pinochetistas presos.

—Pucha que han cambiado los tiempos, huevón…

—Si la gente lo conociera como yo lo conozco tendría otra opinión de él. Es un hombre muy humano: recto pero muy humano.

Me dice Mónica Wehrhahn, la jefa de prensa de la fundación, que fue su cameraman desde 1973.

—¿Sabes que es lo que más le duele a mi general? Que con esto Chile se ha vuelto a dividir. Él, que trabajó tanto para hacerlo uno solo…

Mónica Wehrhahn también se está preparando para ir a Londres, y se la ve excitada. Es campechana; tiene una camiseta negra, un chaleco de cuero y espaldas de portuario. En el jardín de la fundación, junto a una pileta vacía, cuatro rubias pintan carteles para una manifestación: “Chile digno dice no al colonialismo”.

—Vamos a mostrarle al mundo que nosotros tenemos nuestra dignidad como país, que no aceptamos ser colonia de nadie…

Me dice Wehrhahn cuando me ve mirando. En su discurso, los españoles son “colonialistas” y los ingleses “piratas”: es un giro importante.

—La derecha nos cagó con la cosa de la soberanía. Se apropiaron de ese reclamo, y la gente lo sigue.

Me dirá después un miembro del gobierno, muy anónimo, “en off”:

—En Chile tenemos la derecha más derechista del mundo. Y, por primera vez, están en una situación que no manejan: todos los resortes de la acción están en manos ajenas. Eso los desespera, y nos reclaman que hagamos más y más cosas. Por eso el gobierno tiene que seguir

produciendo hechos, comisiones, resoluciones, para mostrar que se ocupa.

Las opiniones de los chilenos están mezcladas: el 70 por ciento —la derecha y los democristianos— no quiere que lo juzguen en el extranjero. Pero otro 70 por ciento —la izquierda y los democristianos — quiere que lo juzguen en Chile. Y nadie sabe cómo puede terminar esta historia.

En los claustros coloniales de la Universidad Católica —geranios, arcos, palmeras, la tumba de un obispo—, todos parecen vestidos para una gran fiesta de quince. Es día de exámenes, y hay mucho taco, minis, medias negras, anteojos negros, sacos y corbatas: los tilingos se parecen mucho en todas partes. Las paredes están blancas impecables, una placa recuerda el paso de Juan Pablo II y guardias de traje se pasean discretos. Los estudiantes están alborotados por los nervios:

—Ay, niña, te digo que con esta blusa se me ve harto la guata.

Dice una gordita preocupada mientras trata de taparse el ombligo. Junto a la fuente cantarina, una parejita se toquetea con brío posconciliar.

—Ay, cuidado, Jaime, que nos ven.

—¿Y ahora no te gusta que nos vean?

Ella le hace un mohín y le aprieta un muslo contra la entrepierna. Estoy empezando a excitarme. Él carga libros de economía: es probable que pronto pueda entrar a la empresa de papá. El mundo exterior, Pinochet, los Andes, los duraznos parecen estar a miles de kilómetros. Quizá no. Dos corbatudos con patillas de rugbier prenden cigarrillos:

—El papá dice que si no apruebo me da la extradición.

—Patricio, cómo puedes hacer chistes con eso.

—Sí, pobre mi general. Con todo lo que hizo ahora le pagan así. Si no lo traemos de vuelta p'acá somos unos desagradecidos del carajo, po.

Dice Patricio, y saluda a una rubia de piernas recién hechas. La rubia lo torea:

—¿Sabís qué pasa, Patri? Quizás mejor que se acabe el viejito. ¿Te

imaginas? Ahora no podemos ni ir a Londres, como están las cosas. Nos tratan mal por todas partes. Es una lata, po.

La juventud puede ser dura. Pero, en general, la burguesía chilena es más principista, más ideológica: siguen convencidos de que le ganaron la primera gran batalla al marxismo internacional y defienden en bloque a los militares que lo hicieron. No como la argentina, que los usó y los tiró cuando pensó que ya no le hacían falta.

Dos kilómetros más allá, pasando el Estadio Nacional, un campus de la Universidad de Chile concentra varias facultades. A la entrada hay un empate técnico: una pintada dice “Liberen a Pinochet”, y otra “Pin8, cagaste”. Adentro aparecen textos más clásicos: “Juventud combatiente, insurrección permanente”, firmado por un ERP; “Hasta la victoria siempre”, firmado por un FER; y “Estudien borrachos culiaos”, sin firma visible.

El campus es una sucesión de pabellones en medio de un gran parque de árboles frondosos y césped mal cuidado. Acá también es época de exámenes, y muchos repasan tirados en el pasto. Un perro toma agua, cantan pajaritos, chicos y chicas rasguean en guitarras canciones vagamente folkies y no consiguen terminar ninguna. El campus es la pesadilla tercermundista del decano de cualquier universidad de California. Dos chicas charlan de la salida de anoche con el Lucas y el Tito; un grandote de bermudas y sandalias toca la batería en el aire siguiendo, supongo, el ritmo de su walkman. Dos tipos de pelo largo y bolsos bolivianos intentan ejercicios vagamente yoguis. La clase media no es igual en todas partes: en la Argentina, casi todos éstos parecerían pobres.

—¿Te lo imaginas llorando, huevón? El Pinocho llorando en esa clínica para drogones y borrachos y chiflados… Qué placer, huevón, qué gusto.

Un grupo de siete u ocho escucha a uno que dice que hay que hacer algo para “manifestar la voluntad de los estudiantes de que el asesino sea juzgado en España, en Francia o en el Congo Belga”. El tipo tiene una remera con la bandera inglesa.

—Acá en Chile es donde tenemos que juzgarlo, huevón. No tenemos que dejar que los otros nos hagan la tarea, po.

Le contesta un morocho con trenza bien mapuche, y un barbudo interpone:

—¿Y a ti qué te importa, po?

—¿Cómo qué me importa? Es la historia de nuestro país, es nuestro futuro…

—Pero ¿no te das cuenta de que es otra trampa de los políticos para tenerte agarrado de las huevas? Tú ahora te vas a una manifestación por ahí y después a otra y a otra, en lugar de estudiar, hacerte un oficio y poder vivir bien y mantener a tu familia.

—Pero nadie puede vivir bien si está ese asesino en la calle, hermano.

—Tú no entiendes, huevón. Es la trampa de los políticos: tú los sigues, y entonces no puedes tener un buen oficio y tienes que depender de ellos para vivir, los necesitas. Tus padres no son ricos, huevón, les cuesta mucho que tú vengas acá a hacer el estudiante pa que tú lo desperdicies así, pa que te metas en la trampa.

De a poco la polémica sube de tono, varios más se meten, empiezan a los gritos: discuten el papel de Pinochet, de los políticos, las posturas de cada sector, sus propios objetivos en la vida. Un par de pajaritos se retiran ofuscados; el perro no se da por enterado y sigue panza arriba.

—Justamente. Eso, multiplicado por mil, es lo que puede llegar a pasar en todo el país, en todos los ámbitos si esta incertidumbre se mantiene unas semanas más. Acá puede venir el caos.

Me diría más tarde, cuando se lo conté, un viejo dirigente socialista, asesor de un ministro, que prefería no decir su nombre.

El miércoles pasado, cuando salió la sentencia de los lores, la comisión política del PS, que estaba reunida mirando, festejó con aplausos y gritos. Y enseguida tuvieron que salir a respaldar a uno de sus dirigentes, el canciller Insulza, que fue a Inglaterra y España a pedir la liberación del general “por razones humanitarias”: es la política del gobierno de concertación entre democristianos y socialistas. Insulza es el perfecto esquizo latinoamericano: “Yo no

estoy aquí defendiendo al dictador de los años setentas y ochentas; estoy defendiendo a un senador de la República, como es mi deber constitucional", declaró muy serio.

—Al principio teníamos que disimular la alegría todo el tiempo: yo tenía miedo de que se me notara demasiado la sonrisa. Ahora ya se pasó: la situación se ha vuelto tan complicada que la alegría quedó al fondo, sepultada por los problemas.

Dice el asesor socialista. Y lo peor, me dice, es que es una crisis que les llovió del cielo cuando nadie la esperaba. Yo le digo que es como para dejar de creer en cualquier idea de causalidad histórica: todo se conmueve porque a un par de abogados y un juez se les ocurre una idea delirante y, contra toda lógica, consiguen su objetivo.

—O como para creer que hay causalidades tan fuertes que encuentran su camino aun por vericuetos impensables.

Me dice, y se ríe.

—Pero te voy a decir algo positivo: con todo esto hemos descubierto que la estabilidad chilena es mucho más sólida que lo que pensábamos. Hace cuarenta días que estamos en este lío y seguimos dentro de los límites de lo institucional.

El dirigente es un tipo sólido, bien formado, y me dice que esta crisis también está sirviendo para que Chile, que siempre estuvo muy aislado, descubriera de golpe que el mundo es muy distinto de lo que sus dirigentes suponían. Después me dice que el problema de los socialistas es que tienen que jugar con dos variables al mismo tiempo: la ética y la gobernabilidad. La ética los lleva a impulsar el castigo a Pinochet pero creen que, en estas condiciones, el país se va a volver ingobernable, dice. Y no dice que, además, Ricardo Lagos, el candidato socialista que tenía casi asegurada su elección como presidente el año próximo, puede perderlo todo.

La situación está caldeada: hoy mismo, lunes a la tarde, hay cien generales reunidos con el comandante en jefe, hay una declaración del bloque de diputados socialistas contradiciendo a Lagos —que pide la vuelta de Pinochet para que lo juzguen en Chile—, hay divisiones en la Democracia Cristiana, hay rumores de que la DINA está volviendo a funcionar, hay amenazas de bombas, hay grupos de la derecha que

quieren que Pinochet se quede en el extranjero como un mártir útil, hay otros que están dispuestos a todo para que vuelva, hay manifestaciones frente a las embajadas de Inglaterra y España, y siguen firmas.

—La única solución sería un acuerdo muy amplio de todos o casi todos los sectores para traer a Pinochet y juzgarlo acá, o por lo menos revisar en serio el tema de derechos humanos, y entonces ir a Inglaterra todos juntos y decirle a Straw mire, si no nos lo manda se nos arruina la gobernabilidad en Chile. Pero eso es muy difícil. Para el presidente Frei es un problema grave, porque su último año puede ser un desastre y él quería volver a presentarse en el 2003. Pero la verdad, si alguien puede perder con todo esto somos nosotros.

Me dice el socialista.

—Lagos ha tenido una actitud vergonzosa, incalificable. No sé si forma parte de su campaña presidencial, pero él ha renunciado a la justicia, a todos sus principios. Están diciendo que van a traer a Pinochet para juzgarlo acá: nosotros sentimos que se está engañando a la comunidad internacional. Acá no hay ninguna voluntad política de juzgarlo.

Viviana Díaz, la vicepresidenta de la Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos oscila entre la indignación y la alegría:

—Cuando nosotros, en estos veinticinco años, decíamos que alguna vez Pinochet iba a ser detenido, nos miraban como diciendo de qué mundo salen. Estaba la autoamnistía, parecía imposible. Pero nosotros teníamos la plena confianza, y ahora sucedió. No le puedo explicar mi emoción cuando los lores le negaron la impunidad: era ver que tantos años de esfuerzos, tantos sacrificios, tantas muertes habían servido para algo.

La asociación funciona en un galponcito al fondo del caserón de un organismo cristiano en el centro de Santiago. Son tres piezas precarias repletas de carteles. Cuando llegué, un viejo aindiado, de pelo negro y ropa remendada, se me acercó para hablarme en voz baja:

—¿Usted sabe que yo me voy a morir?

—Bueno, es probable que yo también me…

Empecé a decirle, y me paré. La mirada del viejo era sombría, intensa, y no se merecía una respuesta de circunstancias: la mirada del viejo era un golpe en la nuca.

—Ya sé que todos nos vamos a morir, po. Lo que le digo es yo ya tengo fecha, señor, me estoy muriendo.

Yo balbuceé una pregunta pero el viejo no la necesitaba; quería contar:

—Sí, señor. Hace dos años el doctor me dijo que me moría en unos meses: un cáncer en el hígado, oyó. Yo le dije bueno pues, yo me muero, pero nunca antes que ese hijoeputa. El hijoeputa mató a mi mujer y a mi hermano, señor. Yo de ningún modo me voy a morir sin verlo muerto. Por eso estoy vivo, señor.

Me dijo el viejo sin exaltarse, con la voz monótona, como quien está casi harto de escucharse.

—Nosotros nunca quisimos venganza. Si hubiéramos querido la podíamos haber tomado por nuestras manos, pero nosotros creemos que para eso está la justicia. Acá hasta hace unos meses todos nos decían por qué no dan vuelta la página, hay que mirar al futuro, que los familiares somos intransigentes, obstinados… Se habla de verdad y de perdón: para nosotros es tan importante la verdad como la justicia.

Me dirá después Viviana Díaz, y que los que hablan de un golpe de estado sólo tratan de amedrentar a los chilenos: que ese golpe no es posible porque no tiene el respaldo de Estados Unidos, básico en el 73.

—¿Y no les preocupa que la gente vote, aquí o en Argentina, a gobiernos que tratan de que este tema quede enterrado para siempre?

Viviana Díaz me mira con cuidado: tiene unos cuarenta años, una blusa blanca abotonada al cuello, la cara redonda y las manos cortas, enrojecidas. Su padre era un dirigente comunista secuestrado en 1976.

—Es una realidad, es algo que nos cuesta asumirlo, no se entiende. De repente uno ve que para la gente es más cómodo: votan y evitan comprometerse. Pero eso nunca nos ha hecho bajar nuestras banderas.

Me dice, y trata de cambiar de tema. De vuelta en la calle hay más rumores, más alarmas, más títulos catástrofe. La detención de Pinochet parece tener en vilo a su país y, de hecho, todos la comentan. Pero las últimas encuestas que maneja el gobierno muestran que la

cuestión ocupa el cuarto lugar entre las preocupaciones de los chilenos: antes están la inseguridad, los cortes de energía, los despidos y recién entonces, con un 20 por ciento, la detención y juicio del tirano prófugo.

(1998)

América

ZAPPING LAS VEGAS

Quizás los aviones existen para hacer que el mundo sea un juguete. Desde cualquier avión, el mundo —las casitas, laguitos, cochecitos, personas como hormigas— parece de juguete. Pero Las Vegas, desde cualquier avión, es el cuarto de juegos de un niño millonario loco caprichoso desmedido rubio malcriado: la salita rosa de América.

Desde cualquier avión, Las Vegas es sobre todo una calle larga y ancha, el Strip, flanqueado por los delirios del rubio malcriado: una pirámide negra apenas más chica que la de Keops, una torre Eiffel casi terminada, un castillo hecho de rasti de Taiwán, una estatua de la Libertad, la batalla de dos galeones en el agua, un Empire State Building de colores pastel, la torre de 135 pisos con su montaña rusa arriba, la piazza San Marco con canales, un volcán en erupción perfectamente regulada, los racimos de millones de luces. Durante siglos, la arquitectura fue el arte de disimular los límites del hombre con volutas y gárgolas. Después alguien pensó Las Vegas para que nadie pueda decir que nada es imposible. Por eso —quizás por eso— Las Vegas es la ciudad que más creció en los Estados Unidos en los últimos diez años: de 500.000 a 1.200.000 habitantes, y cada año llegan 75.000 más. Desde cualquier avión, Las Vegas es una promesa incandescente:

—Hey, ahora en cuanto nos bajemos nos bañamos en el jacuzzi de la habitación, nos cambiamos y nos vamos a jugar. Después con lo que ganemos nos vamos a buscar unas chicas y…

Le dice un coloradote de treinta y pico a su acompañante, un pelado muy flaco de bermudas grises.

—¿Y qué…?

Cada año, 32 millones de turistas —casi 100.000 por día— llegan al medio del desierto.

Las Vegas es Australia: una isla enorme en un océano —de arena. Igual que Australia, Las Vegas recibió como primera población a hombres y mujeres rechazados de su lugar de origen. Si no, pocos habrían ido. “Nuestra expedición es la primera y seguramente la última partida de hombres blancos que visitan estos peladales

inútiles", escribió en 1855, visionario, el teniente Joseph Ives, tras conocer el lugar.

Sólo que, en Australia, putas y criminales tuvieron que empezar una vida distinta. En Las Vegas, en cambio, las putas, jugadores y capomafia pudieron hacer legalmente lo que era ilegal en sus ciudades: para eso fueron. La frontera del estado de Nevada era una varita mágica; era, también, la prueba de que las leyes, las normas, las morales, son lo más relativo y variable que inventaron los hombres.

Desde 1931, jugar por plata fue legal en el estado de Nevada —y en ningún otro de la Unión. Entonces la mafia decidió que ése era el lugar, y mandó a Bugsy Siegel, un judío neoyorquino, a colonizarlo. El desierto de Nevada era un lugar espantoso: arena, piedras y 45 grados a la sombra —pero no había sombra.

Bugsy Siegel se lo tomó en serio. En la Navidad de 1946 consiguió inaugurar el primer hotel-casino de Las Vegas, el Flamingo. Sus únicos antecedentes eran los grandes casinos europeos, tipo Montecarlo y Baden-Baden. Pero no era lo mismo. Para la inauguración del casino de Montecarlo, en 1879, el arquitecto Charles Garnier construyó un teatro de ópera donde Sarah Bernhardt leyó un poema. En 1946, en cambio, la velada inaugural de Bugsy Siegel estuvo amenizada por Abbott y Costello.

Siegel sufrió el destino del pionero: en 1947 sus patrones de la mafia lo mataron porque estaba perdiendo mucha plata, pero su invento siguió su camino: Las Vegas se convirtió, decididamente, en esa isla donde las reglas no corren del todo. Aunque las normas y morales de Las Vegas no parecen contradictorias con las otras; más bien, complementarias. Son como una válvula de escape: están ahí para que, en el resto de América, nadie se pase de la raya. La salita rosa.

Hace unos veinte años que la mafia ya no domina la ciudad, y algunos se quejan:

—Parece raro decirlo, pero antes esto era más seguro. Con ellos a cargo a nadie se le ocurría hacer líos. Ellos controlaban. Desde que se fueron acá hay mucha más inseguridad, la vida se ha hecho más

difícil. No es que yo quiera que vuelvan, pero… A veces tengo miedo por los chicos.

Dice Tracy, una madre de familia rubia, mientras se sube a su camioneta para ir a buscar a sus niños al colegio. En Las Vegas, parece, también hay colegios.

El lamparazo del flash los inmortalizó en el momento preciso del triunfo: trataban de sonreír, y a algunos les salió mejor que a otros. Se llaman Rodrigo, Sheila, Chang, Chad, Peter: los nombres comunes de esta América. También tienen las caras comunes de esta América y posan, en esas fotos, al lado de las máquinas tragamonedas que acaban de derrotar con tanto esfuerzo. Algunos ganaron cientos, otros mil: en ningún caso mucha plata. Parece como si no vinieran a jugar por la plata sino, más bien, por el hecho de alguna vez ganarle a alguien: tienen caras de gente que no ganó muy a menudo. Sus fotos están expuestas en la puerta del Binion's Horseshoe, un casino en el viejo centro de Las Vegas —que ya tiene como 50 años. Sus fotos son necesarias para convencer a los demás de que algunos sí ganan.

—Muchas veces me pregunté: si realmente quiero un buen milkshake, ¿cuánto puedo llegar a pagarlo? Hay gente que paga miles de dólares por una botella de vino: para mí no los vale. Pero no voy a decir que están equivocados o son tontos, si eso es lo que quieren. Así que si un tipo quiere gastarse cincuenta o cien mil en una mano de póker, es su privilegio. La sociedad puede considerarlo un error, pero si eso es lo que quiere, no lo podés culpar. Eso es América.

Dice Jack Binion, el dueño del Horseshoe. Estados Unidos es, probablemente, el único lugar en que la justificación del juego puede virar al patriotismo: lo hacemos porque somos libres, y porque somos libres ganamos tanto, producimos tanto y somos los más grandes. Que se mueran los feos.

En Las Vegas nadie se viste para jugar, nadie refrena sus impulsos de salir gritando gol cuando los dados mandan, todos compiten en crudas carcajadas, cada cual salta, alarida, se rasca lo que tenga que rascarse sin ninguna concesión al modelo supuestamente europeo de

impasibilidad ante los caprichitos de Fortuna. Han pagado, y quieren disfrutar a su manera. Acá, dicen, se sigue la regla de oro: el que tiene oro hace las reglas. Es todo un lema.

Once de los doce hoteles más grandes del mundo están aquí, sobre el Strip, y nadie sabe si realmente existe el duodécimo. El mayor —el MGM— tiene 5000 habitaciones, y lo están ampliando: en toda la ciudad hay 120.000 cuartos disponibles. Los grandes hoteles de Las Vegas, ahora, tienen "temas": como los "parques temáticos" a la *Jurassic Park* —que reproducen batallas de la Guerra Civil, escenas de la selva africana, alunizajes o guerras galácticas. Entre los grandes hoteles de Las Vegas hay uno que se llama New York-New York —un inmenso edificio hecho de los perfiles de todos los rascacielos famosos de Nueva York—, otro Excalibur —un castillito supertrucho—, otro Caesars Palace —lleno de estatuas y columnas romanas— y así sucesivamente.

—Sí, pero dormir en una tumba…

Erna y yo paramos en Luxor, un hotel que ya tiene como cinco años, al final del Strip, cerca del aeropuerto. El Luxor es "egipcio". A la entrada hay una esfinge tamaño baño, un pequeño Nilo falso y bosques de columnas, pero lo que más impresiona es el edificio principal: una pirámide negra de treinta pisos de alto. Por adentro, la pirámide es un agujero enorme: las 2500 habitaciones están en sus paredes oblicuas y, en el medio, hay un pueblito egipcio con casas, mezquitas, templos y obeliscos. Todo lo cual, por supuesto, es un casino rodeado de restoranes y tiendas. Para entrar en los hoteles de Las Vegas o salir o ir a sus restoranes o a sus tiendas hay que atravesar hectáreas de casinos en penumbras.

—No, en serio, dormir en una tumba…

En los grandes hoteles de Las Vegas, las referencias —Edad Media, Roma, Egipto o lo que sea— son puramente decorativas. Son chistes, recuerdos de una película de sábado a la tarde. Erna quiere un hotel que sea una pirámide azteca con sacrificios, gente a la que le sacan el corazón. Se cree que es tan fácil. Sólo a mí.

—Este lugar te afecta el sentido estético.

—Yo siempre tuve esta estética.

—Más bien tendrían que hacer uno de Atenas clásica, con muchas columnatas y Sócrates fornicando a Alcibíades entre frases pomposas de un maniquí recitando a Platón, y Sócrates bebiendo y bebiendo su gin-tonic mortal.

—Eton College, y sólo comes porridge y los celadores te pegan y te insultan en latín y las duchas son un relajo extraordinario, pero sales hecho un duque.

—Un gran tepee indio, ahora que los competidores son los indios. Y Rintintín mira a la derecha cada vez que se lo dice el cabo Rusty y todo el que no sea blanquito tiene derecho a matar a un general Custer cada noche.

—Un inmenso barco tipo Mayflower y cada tarde en el casino tienes la posibilidad de fundar América pero todo tiene tantas prohibiciones y reglas que la gran diversión es encontrar la manera de eludirlas: jugar al moralista bien perverso.

—Un iglú tamaño iceberg del Titanic, bien resbaloso, todo blanco refulgente y lleno de focas, sólo para gordos, y las putas y putos son osos polares amaestrados.

A los americanos siempre los salvó su ignorancia perfecta de la historia: así, ahora, aquí dentro, nadie repara en que las pirámides servían para enterrar a cierta gente, y que es raro venir a pasarse un par de días en un nicho.

Aquí, dicen, el tiempo no es dinero: el dinero es tiempo. El dinero es la unidad que permite medir el paso del tiempo. Para los jugadores, el tiempo se calcula según el dinero que cada cual perdió o ganó, y por eso los casinos están diseñados para que nadie pueda saber, una vez adentro, si es de noche o de día. En los casinos no hay ventanas, no hay relojes, no hay marcas exteriores. Los casinos existen para poder creer, por unas horas, que el mundo es sólo eso. Es bueno poder creer, de vez en cuando, que el mundo es algo simple y abarcable.

Una cereza es una cereza es una cereza, pero tres cerezas juntas son tanto más que eso. Tres cerezas juntas pueden ser la gloria hecha

cascada de monedas. La vieja baja la palanca mientras murmura una plegaria antigua: una cereza se para a la izquierda, una cereza al centro, una campanita a la derecha jode todo.

—¡Por la salvación de Jesucristo!

Grita la vieja en camiseta blanca con un loro estampado, bermudas rojas y várices violetas. Yo me paro a mirarla: la podría mirar horas y horas, y ella nunca me vería. Me pregunto para qué querría mirarla horas y horas. ¿Sólo para probar la idea de que cualquier cosa merece ser mirada horas y horas, que una buena mirada hace que cualquier cosa merezca ser mirada? Horas y horas, y ella no me vería:

—Estoy trabajándome a esta máquina desde hace dos semanas. Ya se me va a entregar, la muy…

Sobre la fila de tragamonedas hay un reloj electrónico que dice que el gran premio está en 19.882.331 dólares, y la cifra aumenta todo el tiempo. En Nueva York hay otro cartel así, que dice que la deuda externa de cada familia americana es de setenta y pico mil, pero sube mucho más despacio. En el casino del Circus Circus hay mesas de póker, blackjack, baccarat, dados y ruleta, y las filas y filas de tragamonedas: el paisaje de todos los casinos es igual. Como todos, éste está lleno de lucecitas, y la música es, como en todos, una sucesión de bips, sirenas y pitidos interrumpidos de vez en cuando por la catarata de monedas que cae sobre la chapa y los gritos de quien se las ganó. La señora sigue batallando.

—Ya se me va a entregar.

Dice, y le da a la palanca. En Las Vegas hay 120.000 de estas máquinas, y los capitalistas del juego ganan más con las tragamonedas de 25 centavos que con los dados, ruleta y blackjack juntos. La señora insiste: de tanto en tanto, unas cuantas monedas caen para reconfortarla. Después, la señora Ruth me dirá que está jubilada, que cada mes recibe su pensión desde Chicago y se la gasta acá.

—En Las Vegas se puede vivir con poca plata. Me alquilo un departamentito por 300 al mes, como todos los días en los buffets de los hoteles, que son tan baratos, y por lo menos tengo esto para divertirme. ¿Si no qué haría, me quiere decir?

Uno de los problemas más graves del Occidente rico es que hay

demasiados viejos y nadie sabe qué hacer con ellos. Acá hay muchos como la señora Ruth. Quizás a alguien se le ocurrió que la solución era atraerlos al desierto y, alguna tarde, ahogarlos bajo una lluvia de monedas. Sería una muerte dulce, casi envidiable, y seguramente muchos otros vendrían, desde todo el país, para esperar su turno.

—Acá por lo menos tengo algo que hacer, sabe.

Insiste la señora. Más allá, un tipo en silla de ruedas con dos tubitos de oxígeno conectados a la nariz respira con mucha dificultad antes de lanzar los dados, mirarlos alejarse, saltar, decidir un pedazo de su suerte. Es tan obvio que ya perdió, hace mucho. Pero quizás muchos juegan para convencerse de que, pese a las evidencias, todavía pueden ganar algo.

—Acá se ve pasar tanta plata que todos queremos sacar una tajada.

Dice Bettie Culloughs, una abuela de pelo blanco que trabaja de camarera, antes de contarme que ya la arrestaron cinco veces por su militancia sindical.

—La última vez, hace un par de años, estábamos haciendo la huelga para obligar a los del MGM Grand a permitir que sus 3000 trabajadores se afiliaran al sindicato, y arrestaron a unos 500. Éramos tantos que un policía vino y me dijo lo siento, abuela, esta vez no la podemos llevar porque no tenemos lugar en la cárcel.

Las Vegas, la ciudad del vicio, es el distrito más sindicalizado de Estados Unidos. Sólo la huelga de los 550 trabajadores del Frontier Hotel, que tampoco quería reconocer al sindicato, duró seis años y cuatro meses, hasta que la ganaron. En Estados Unidos los sindicatos están perdiendo poder día tras día, pero en Las Vegas la unión de los trabajadores hoteleros ha pasado de 18.000 a 40.000 miembros en los últimos cinco años.

—Es, sin dudas, la ciudad con los mejores sindicatos de América.

Dijo hace poco John Sweeney, el jefe de la AFL-CIO, la gran central sindical, y lanzó un plan para mandar a sus militantes a aprender tácticas y técnicas en Las Vegas. La pelea, aquí, tiene dos metas claras: conseguir que los dueños de los hoteles y casinos no traben la afiliación, y que les paguen buenos sueldos. Una camarera en Las

Vegas gana, ahora, 1800 dólares al mes; en Los Ángeles, por el mismo trabajo, sacaría 900.

De los jugadores me gustan sobre todo los frugales, prolijos, cuidadosos. Esos que parece que jugaran de la misma manera que dirigen su empresita de distribución de tornillos parker en bolsas autoinmunes. Camisa clara arremangada escrupulosa, la raya del pantalón planchada, los anteojos de marco finito, los rasgos despejados. Me gusta esa manera que tienen de perder sus ahorros, el colegio de sus hijos, su seguro de vida, la última moneda, sin que parezca que han salido nunca de su oficina suburbana.

Los más prolijos son los que hacen apuestas deportivas: en cada hotel, en un ambiente absolutamente calmo y estudioso, ciento cincuenta señores están sentados frente a ciento cincuenta pupitres, cada uno con un televisor y una luz baja. Nadie habla, algunos toman notas, otros cavilan, varios fuman. Al frente hay ventanillas para apostar y, más arriba, dos docenas de pantallas enormes. Los estudiosos están jugando su dinero en todas las carreras que se corren en los Estados Unidos en este momento: parece que son muchas.

Son todos hombres. En los casinos de Las Vegas, muchas veces, él estudia performances y pedigrís de los caballos mientras ella aprieta los botones de las tragamonedas.

—Así ella se evita que él se quede todo el fin de semana sentado como un plasta en su sillón, mirando los partidos de béisbol y tomando cerveza. Y encima no tiene que cocinar. Es un buen negocio para los dos.

Dice Erna.

—¿Te imaginás lo que diría Betsie si nos viera ahora?

Le dice ella a él, y a él se le ilumina la cara: feliz, condescendiente. Vienen a pasar el mejor momento de sus vidas: han visto tantas veces todo esto en fotos y películas, series y revistas del corazón, que ya saben perfecto qué cosas tienen que sorprenderlos, que maravillarlos. Él tiene la cara más pálida al oeste de las Rocallosas; ella se ha comprado unos tacos demasiado altos.

—¡Uy, si sólo pudiera vernos!

Betsie puede ser la vecina o la subjefa del trabajo o incluso la maestra de los chicos allá en Saskatchewa, North Dakota, o Paris, Texas: un resto del mundo real, del de todos los días, donde él y ella se levantan temprano, se bañan, se afeitan, salen a trabajar, limpian la casa, reciben órdenes, cumplen órdenes, llevan a los críos al dentista, imaginan libertades que no tienen, pasan noches de insomnio, cuidan el centavo, contribuyen a cuatro buenas causas —para salvar impuestos—, festejan cumpleaños, sueñan con el loto, pagan impuestos, comen afuera cada cinco semanas, ahorran para la vejez, celebran la graduación de Nancy, lloran por su divorcio, se jubilan, descansan, se enferman, se aburren, se mueren. Aquí no pasa nada de eso. Aquí nadie se muere. Las Vegas es un lugar de paso, donde nadie se muere. Alguna vez supuse que uno de los grandes atractivos del turismo es que nadie se muere en un tour a Florencia o en siete días en Cancún todo incluido. Cada cual se muere en su lugar. Por eso, entre otras cosas, la tentación del viaje es tan extrema.

En 1964, Tom Wolfe decía que Las Vegas era una de las poquísimas ciudades del mundo con una arquitectura unificada, de estilo "americano rico tardío" o "barroco moderno". Ahora su unidad es el universo: todo lo que el mundo tiene está —resumido, parodiado— aquí. La idea de concentrar el espacio y el tiempo en un solo lugar avanza, se impone. El primero que lo hizo en serio fue Walt Disney, y cada vez hay más de eso. Como si no alcanzara con lo chico que está el mundo; como si, ahora que todo queda a mano, hubiera, además, que resumirlo en siete cuadras.

Desde la ventana del hotel vemos cómo construyen justo enfrente otro hotel. La vista en Las Vegas es cómo hacen Las Vegas: ése es el espectáculo mayor. Enfrente están construyendo el Mandalay Bay, un monstruo tipo rascacielos en forma de Y absolutamente dorado, y a su alrededor ya empiezan a aparecer los templos asiáticos que le van a dar su estilo propio. Mandalay es una ciudad del centro de Birmania, en medio de una zona casi tan desértica como ésta: nunca tuvo una

bahía, y es probable que casi todos sus habitantes quepan dentro del Mandalay Bay, y es seguro que entre todos no juntarían el dinero que cuesta este edificio.

Más allá del Mandalay empieza el mundo chiquitito: manchones de casas en urbanizaciones más o menos cerradas, secas, sin árboles, donde duerme el millón de habitantes. Más de la mitad vive de los hoteles y los casinos, pero Las Vegas trata de simular que también tiene otras cosas: empresas, escuelas, una universidad flamante muy moderna. El Citibank tiene uno de sus centros importantes en Las Vegas.

—Será que les gusta la timba…

En realidad, lo que les gusta es que aquí pagan muchos menos impuestos. Más allá, detrás de las casitas, el mundo se termina: millas y millas de desierto con montañas violetas y, de vez en cuando, un avión o helicóptero que interrumpen el cielo. Y después, otra vez, el desierto.

Todo alrededor hay desierto, montañas y huevitos de Las Vegas desparramados en medio de la nada: embriones que suponen que alguna vez Las Vegas fue como ellos y que, entonces, si Las Vegas pudo por qué nosotros no. En medio del desierto aparece un enorme edificio de quince pisos con un pueblo del lejano oeste de cartón alrededor: una iglesita, un saloon, una calle central y una bandera americana y la pantalla gigante de televisión que nadie puede ver. O un castillo Tudor con iglesia normanda y un puente levadizo sobre foso reseco. América siempre puede seguir inventándose a sí misma: si alguien tuvo éxito con Las Vegas hace treinta años, por qué no, ahora, cualquiera de estos. El sueño americano es una forma tardía de la imitación de los que no durmieron.

Nunca había pensado que para pintar un cielo hay que ponerle nubes. Sin nubes, un cielo de mentira es sólo un techo pintado de celeste: las nubes hacen el cielo como las vaquitas el campo.

El Foro del Caesars Palace tiene un cielo con nubes. El Foro es un shopping que pretende, con bastante éxito, ser un barrio de Roma con

calles y calles de tiendas y monumentos bajo cielo pintado. En esas calles falsas se puede consumir, comer, entretenerse. Están los negocios más caros, que ahora están en todos los shoppings más caros de todas las ciudades más caras y menos caras del mundo, y están las hordas de paseantes.

En el Foro algún mecanismo regula el paso del tiempo: cada dos o tres horas amanece en el cielo pintado, llega el mediodía, anochece, vuelve a amanecer. Acabamos de terminar el almuerzo, llevamos quince minutos caminando, y este ocaso ya me hace pensar en la cena. Es como las luces de los ponederos, donde los capataces prenden y apagan los focos para que las gallinas se crean que ha pasado otro día, y pongan huevos.

Cara de póker: se dice de la cara que trata de mostrar algo distinto de lo que es, de lo que debería verse. Las Vegas, la capital mundial del póker, la sede de los grandes campeonatos, no podía tener otra cara. Acá todo es simulacro, salvo los olores: es probable que haya equipos de científicos llegados desde todo el mundo tratando de resolverlo, pero todavía no han dado con la fórmula, y los enormes casinos siguen oliendo a sudor, plásticos, miedo y esa mezcla de perfume y maquillaje que termina resultando como un cartel que dice miren, estoy tratando de disimular algo, casi todo, lo que soy o lo que temo ser.

En el Foro hay una Fontana dei Tritoni no mucho más grande que el original romano, con cafés y restoranes alrededor, mesitas en la calle, gente que pasa todo el tiempo. Más allá, otra fuente tiene columnas de mármol falso negro con dioses griegos de mármol falso blanco en las puntas. Cada hora, los dioses de las columnas reviven y empiezan una pelea homérica por el dominio de la Tierra, con mucho fuego, rayos y centollas. Todo se vuelve rojo, azul, verdoso. Los dioses son unos muñecos animados casi perfectos: hacen los mismos movimientos que cualquier actor de telenovela pero se ve que son autómatas porque tienen los ojos demasiado tristes y ninguna cirugía plástica a la vista. Al final, el bien prevalece y todos se reconcilian.

Más allá hay un caballo de Troya, doce metros de alto, obra de Fao-Schwarz, la mayor juguetería del mundo, que mueve la cabeza, resopla y echa humo por las fauces. Los chicos suben pero no saben muy bien de qué se trata.

—¿Te parece que es el caballo amigo de Barney, papi?

—No sé, Babsie. Cuando dan Barney yo estoy en el trabajo.

Las barbies de la juguetería usan peplos y túnicas, largas, blancas. Una familia gorda pasa por debajo de las patas del caballo: la mujer inmensa va en su silla eléctrica porque sus piernas ya no la sostienen. Así va a ser, poco más o menos, el futuro del mundo: lleno de fulanos demasiado inútiles para caminar. Todos en sus máquinas rodantes y, si acaso, de vez en cuando, corriendo para recordar —como los ciudadanos de Los Ángeles, que van en coche hasta los gimnasios donde caminan por esas cintas que avanzan sin parar hacia ninguna parte.

Junto a la enorme vidriera hay un señor con traje blanco de vaquero, águilas bordadas en oro, un pañuelo rojo al cuello, anteojos negros con pedrería incrustada, zapatos blancos, jopo negro y 60 años mal llevados. Algunos deben saber quién es, porque de tanto en tanto se sacan fotos a su lado. En la vidriera, osos, monos, conejos de peluche animados por motorcitos invisibles representan la vida en el imperio romano. La vidriera tiene abajo y arriba. En el mundo de arriba, en un carro tirado por dos caballos de peluche, un general oso victorioso encabeza un desfile; lo sigue su legión de osos con escudos y lanzas; más atrás, los monos prisioneros. Al fondo el oso emperador, apantallado por un conejo, recibe las ofrendas de un mono cargado de joyas. Una cuadrilla de osos y monos trabaja en la construcción de un templo. Un oso escultor está esculpiendo una estatua del oso emperador. El Elvis de pacotilla sigue al costado, esperando que lo salude alguien. En la vidriera, en el mundo de abajo, esclavos monos y osos de peluche cargan agua, cavan pozos, muelen maíz, hacen pan, modelan potes de arcilla en un gran taller con un horno. Más allá embalan las piezas terminadas en cajones y las suben a un carro para llevarlas a vender a un mercado lejano. Es una de las mejores representaciones que he visto del mundo romano. El peluche triunfa, y

el señor de blanco se queda solo y aburrido.

Cuando nos cansamos de dar vueltas por el Foro vamos a la pileta, un baño romano resucitado lleno de monumentos, columnas y templetes, con fuentes y jacuzzis y pianito de Richard Clayderman a tope. Las estatuas son las más aéreas de la historia del neoclasicismo: están hechas de yeso, más liviano, y entonces los ángeles y ninfas y las gracias vuelan en brazos del hércules de turno como nunca pudieron cuando el mármol les pesaba en el culo. Tienen cara de barbie tras la cuarta cirugía estética: toda una relectura de las adustas caras helenas. El calor es tremendo.

—¿Cómo puedo ayudarlo, señor?

Las camareras pasan con tragos y mucho taconeo de bikinis tan rubias: son como una página central de *Playboy* que un chico ha manoseado demasiado. Algunas de ellas van a dejar de ser camareras más o menos pronto.

—¿Putas? ¿Por qué tenés que llamarlas así? ¿Qué querés, una acompañante? Tenemos de todo: desde 200 hasta 10.000 dólares la noche.

Me contestó, más tarde, en el teléfono, una voz gay mexicana en inglés con acento. Pero ahora, en la pileta, nos estamos asando y tenemos que volver al mundo real, o sea: adentro del hotel. La naturaleza en Las Vegas es insoportable: aquí, el mundo es interior, refrigerado.

—Entonces, los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe.

Las viejas fórmulas tienen la piel dura. Nadie se casa en Las Vegas si piensa mantener su matrimonio hasta que la muerte lo separe: este es el lugar de las bodas fáciles de hacer y deshacer, pero la frase sigue en pie. Los novios se besan: ella es negra oscura con una bola de pelo afro más ancha que sus hombros; él es mulato engominado; los dos tienen cuerpos de propaganda de dentífrico.

—Por favor, señores, ahora tienen que despejar la sala.

En la capilla Canterbury del hotel Excalibur los novios pueden

casarse disfrazados de señores medievales o con una camiseta blanca con letras doradas que dicen rey del día, reina del día, que se vende por doce dólares ahí mismo, pero la negra y el mulato tienen trajes de novios. Afuera, en un salón coqueto con sillones de raso rosita, un rubio alto con pinta de granjero y una polaca sicalíptica se miran sin saber qué decirse mientras esperan el momento de pasar al altar. Detrás, una pareja de colombiano con el pelo cortado al ras y colombiana bajita con su mamá esperan, callan, miran. Casarse debe ser una experiencia muy silenciadora.

—Que pasen los que siguen, por favor.

A la salida de la capilla del Tropicana, una cabaña caribeña escondida entre espesura falsa, los novios pueden sacarse una foto en un sillón: sentado entre ellos, Kevin, un chimpancé de mediana edad, los abraza y pone cara de beso para esperar el flash. Después les come lo que puede: la flor en el ojal de él, el maquillaje de ella. Alrededor está lleno de tucanes y espejos y curiosos. Kevin lleva unos pantaloncitos rojos: quizás no quiere que se le note si un abrazo lo excita demasiado. La foto va a pasarse unos meses en el living de una casa en Nebraska o Nuevo México, hasta que los novios descubran que el chiste ya dejó de hacerles suficiente gracia.

Pero siempre llegan nuevos clientes. En Las Vegas hay 500 iglesias: algunas son de verdad; la mayoría, capillitas donde cualquiera puede casarse en media hora, por 100 dólares la boda.

En la ciudad del desenfreno todo está perfectamente controlado. En las veredas no hay vendedores ambulantes, no hay lugares públicos de encuentro, nada sucede fuera de carril: todo transcurre en los negocios, en los casinos, en los grandes hoteles, en los bares, en los puticlubs. Seguramente gracias al clima, pero también gracias a la policía y al poder municipal de los grandes hoteles.

El poder suele estar en los nombres. En Las Vegas las calles tienen nombres pavos: Tropicana Drive, New York - New York Drive, Treasure Island Drive. Los hoteles se compran los nombres de las calles que los bordean, y entonces hay gente que tiene que vivir en la Circus Circus Drive o la Caesars Palace. Los hoteles son los dueños de

todo, acá en Las Vegas.

Es mediodía; en la cola del buffet del MGM Grand hay unas setecientas personas esperando para entrar a un lugar donde les darán todo lo que puedan comerse por sólo 6,99 más impuestos. Adentro hay varios cientos más. Un japonés con gorrita de béisbol está sentado en posición de flor de loto sobre su banqueta; al lado su chica, pelo ala de cuervo tipo yoko, come con su mejor cara de asco. Una pareja de mexicanos, 120 kilos cada uno, él con musculosa y bigotito ralo, ella con pollerita corta y bigote mejor, acumulan más y más tajadas de carne asada con gusto a carne hervida. Un padre de 35 con su hijo de 3, los dos muy rubitos, me hacen pensar que hoy debe ser sábado, día de visita: los sábados son iguales en todo el mundo conocido. Jeannie, nuestra camarera, nos dice que la llamemos si necesitamos algo. Jeannie tiene más de cincuenta y todavía se pinta como una puerta de burdel de provincias. No debe ser fácil reciclarse cuando el trabajo en el cabaret se te empieza a escapar entre los dedos.

—¿Los vieron, cómo comen? No pueden parar, me impresionan.

Dice Jeannie. Los cientos zampan y zampan sin parar. Al fondo, un batallón de gordas grita junto a la mesa de los innumerables postres y acumula crema sobre crema.

—Eh, Suzy, ¿querés otro de merengue y nueces?

Las Vegas está llena de grasa: cuerpos y cuerpos y más cuerpos llenos de panzas, papadas, colgajos, culos pajareros. No debe ser políticamente correcto decirlo, pero me parece que el paisaje humano de Las Vegas explica el uso más idiota de la palabra “grasa”: cuando quiere decir pobre, mersa.

Las Vegas es un viaje de clase media baja, o baja. En Estados Unidos los pobres son los que están más expuestos a la comida basura, a la vida basura de escritorio, televisión, cerveza, domingos de salchicha asada. Y echan grasa. Los ricos, en cambio, o los más o menos ricos, tienen tiempo y dinero para cuidar sus cuerpos, modelarlos. No es fácil conseguir un traje, un reloj o unos anteojos que no tengan una imitación china casi perfecta; entonces, ahora, los ricos marcan la diferencia con sus cuerpos. Los cuerpos de los ricos tienen miles de

dólares invertidos en cirugías, dietas, buenos productos, personal trainers y otras tecnologías. Los cuerpos de los pobres pagan el precio de sus mcdonald's, de sus pizzas, de los buffets a 6,99.

Ya llevo casi tres días en Las Vegas, y nunca nada para ni un momento. Todo el tiempo la furia, la música chillona, las luces titilantes, las falsas catedrales, las estatuas vivientes, las batallas antiguas, las ofertas de comidas imposibles, los cientos de negocios, los gordos entusiastas, los miles de turistas, los flashes de sus cámaras, el tintineo de los premios que nadie va a ganar, el corcoveo de las tetas que cualquiera puede comprar si puede, los esfuerzos por sorprenderte siempre.

—¡Hey, amigo, éste es el mejor espectáculo del mundo!

En cualquier hotel de Las Vegas a cualquier hora hay gente ganando, perdiendo, comiendo, bebiendo, paseando, trabajando. Supongo que durmiendo, que cogiendo. En cada momento del día, aquí pasa todo lo que en los otros lugares sólo pasa a ciertas horas, en orden sucesivo. Aquí todo sucede al mismo tiempo. Lo que hace a Las Vegas en verdad diferente es que, aquí, el tiempo se confunde.

En 1850, cuando los primeros hoteles de lujo abrieron en Nueva York, el comentario de muchos era que, por primera vez, los que no fueran riquísimos iban a poder disfrutar, por un día o dos, de los lujos que hasta entonces eran para muy pocos. El Fifth Avenue Hotel era, según el corresponsal del *Times* de Londres, "un edificio más grande y bonito que el palacio de Buckingham", y eso lo escandalizaba. El invento del gran hotel viene con el invento de la democracia, de la clase media, del consumo masivo y es, quizás, su forma distintiva. La manera de ser, por un día o dos, aquel que uno querría ser pero no puede.

En Las Vegas, el democratismo también está en los avisos y carteles: hay muchos lugares que se jactan de haber sido votados como la mejor parrilla, el mejor restorán italiano, las mejores atracciones para niños o las mejores tragamonedas de la ciudad. Nadie nunca dice quién votó qué: en eso también el modelo se parece mucho a la

democracia.

—Este es el lugar más democrático de América. Acá cualquiera puede llegar hasta la cima.

Dijo alguna vez la mujer de Steve Wynn, el dueño de buena parte de Las Vegas. Su marido está allí para demostrarlo: Las Vegas es, parece, el sueño americano hecho realidad de neón y cartón piedra.

Él suele decir que está haciendo un lugar perfecto:

—Como lo habría hecho Dios si hubiese tenido el dinero necesario.

Dice Steve Wynn a quien quiera escucharlo. Wynn tiene 56 años, más hoteles y casinos que nadie, y la firme decisión de construirse el mejor de todos. Ya lo está terminando, se llama Bellagio y, como por casualidad, está en Las Vegas. En el mundo real, Bellagio es un pueblo del norte de Italia, sobre el lago de Como; en la versión Vegas, el Bellagio es un rascacielos de 33 pisos en forma de Y con 600.000 metros cuadrados, 3000 habitaciones, parking para 6000 coches y un lago de 11 hectáreas, el Como de Las Vegas, rodeado de casitas a la italiana que venden Armani, Chanel, Gucci, Hermes o Tiffany's.

Wynn tiene todo lo que un dueño de Las Vegas puede tener pero le falta, parece, una historia. Los dueños de Las Vegas no suelen preocuparse por la historia: es más, en general tratan de olvidar que tienen una. Wynn, que empezó con un bingo en Maryland, no está especialmente interesado en recordarlo, pero decidió que si el Bellagio iba a ser tan elegante necesitaba una historia, y se la compró por poca plata. Es curioso: los americanos, dueños de la historia en estos días, innovadores que rompen con tantas tradiciones, suelen sufrir por la falta de viejas glorias para poner en sus blasones.

—Para tener estilo, clase, hay que tener siglos de historia.

Dijo alguna vez Wynn. El estilo y la clase le importan más que nada, y se inventó el cuento de una pareja de nobles italianos, el conde y la condesa de Bellagio, que llegaron a Nevada en 1870 —el asma del conde necesitaba el aire del desierto— e instalaron una fina hostería para albergar a sus distinguidos amigos. La familia Bellagio la regenteó durante años pero terminó abandonándola hace algunas décadas y fue Wynn, cuenta su cuento, el que la restauró y salvó del

olvido. Entre los programas de computación más vendidos en Estados Unidos siempre hay uno o dos que permiten armarse un árbol genealógico y encontrar, incluso, el escudo de armas de la familia Smith.

Pese a los rumores, no es cierto que Las Vegas sea una producción del departamento de Letras de la Universidad de Princeton, decidida a explicar de una vez por todas la diferencia entre copia y parodia. Pero queda tan claro. El Monte Carlo, por ejemplo, trata de ser discreto y elegante: de copiar el original sin exacerbarlo, de reproducir con la fidelidad posible sus rasgos primitivos. En el New York, en cambio, o en el Luxor, todo está exagerado, mezclado, cambiado: el carnaval de la parodia. El Monte Carlo es el aburrimiento de una mala copia; el New York es el invento de otra cosa, de un juego diferente. En las copias, el kitsch es algo que les sucede sin querer, una condena; en las parodias, una decisión y un desenfreno. Sin los hoteles-parodia, Las Vegas sería un museo de lo obvio. Con ellos, es una creación desmesurada.

El Bellagio no sólo tiene historia: para terminar de ser chic, también tiene cuadros. Wynn decidió que en un lugar como Las Vegas, donde todo es falso, la forma de diferenciarse sería tener lo más auténtico. El arte suele parecerlo, así que Wynn se compró 300 millones de dólares en Van Goghs, Gauguins, Renoirs, Monets, Degas, Picassos, Matisses, Mirós y Warhols. En su nuevo hotel los grandes jugadores, esos que arriesgan 100.000 dólares a una carta, podrán olvidar sus miserias mirando un Van Gogh de 30 millones. Los que vayan a comer al restorán Picasso, en cambio, no tendrán esa suerte.

—No, ahí vamos a poner un par de Picassos decorativos, nada serio, nada de más de 3 millones.

Steve Wynn inaugura el Bellagio a mediados de octubre, y los especialistas esperan una gran sorpresa: cuando abrió el Treasure Island, otro de sus hoteles, hace cinco años, la ceremonia incluyó la demolición con dinamita de un gran edificio que había al lado: dicen que el show fue memorable, realmente digno de Las Vegas. Antes, los

turistas iban a veinte kilómetros del centro a ver estallar bombas atómicas en el desierto de Nevada. Ahora las bombas ya no estallan: los dueños de Las Vegas saben que es difícil reemplazar semejante espectáculo, pero hacen todo lo posible.

No me puedo dormir. En el cuarto de al lado llora una mujer: llora hace siglos. Yo me despierto, me vuelvo a dormir, me despierto otra vez, y ella sigue llorando. Las paredes de los edificios americanos están hechas de aglomerado fino, como si nadie pensara que necesitan durar años, y se oye casi todo. Ella llora y yo me desvelo imaginándole razones: que perdió todo lo que tenía en el blackjack, que acaba de recibir una llamada tremebunda, que su hombre la va a dejar si no tienen un hijo, que no puede terminar de saber si el violeta le sienta, que le acaban de confirmar que es argentina. Sea lo que sea, debe ser terrible. Me pregunto por qué no baja a jugar, a tomar algo, a buscar algún consuelo. Después de todo, estamos en Las Vegas, ¿no, cariño?

(1998)

el mundo, nueva york (5)

Poder. ¿Cómo puede una ciudad ser tan guaranga intrigante atractiva pobre mersa caótica sofisticada brutal millonaria y sutil al mismo tiempo? ¿Cómo puede conseguir, además, que todo se le note todo el tiempo?

Futuro de los ricos. Hace unos días se abrió el testamento de una pareja de viejos mejicanos riquísimos difuntos, Natasha y Jacques Gelman: decía que su colección de cuadros debía ser donada al Metropolitan Museum de Nueva York y exhibida en una sala especial que llevaría sus nombres.

La noticia sobresalía por dos razones. Una, que la colección es una de las mejores en pinturas del siglo: Matisses, Braques, Picassos, Modiglianis, Bacons y muchos más. Y otra, que el señor Gelman había hecho su fortuna produciendo las películas de Mario Moreno Cantinflas.

Y no sobresalía por una tercera: es tan común que los ricos americanos compren un lugar público para guardar sus nombres. Un hospital, un centro universitario, un teatro, un museo; las opciones varían, pero el resultado principal es siempre el mismo: los nombres de los muertos ricos en el bronce alquilado —el que no habrían podido conseguir de otra manera. A veces, los ricos tienen ese problema: dedican sus vidas a conseguir plata y provocar envidias, y en algún momento, les da pena no haberse esforzado por hacerse un lugar en el bronce.

—Hijo, yo te voy a comprar una notaría y así vas a ser un hombre respetable.

Le dijo su padre a Voltaire cuando el filósofo no era filósofo, tenía veinte años y parecía un verdadero tiro al aire.

—Padre, yo no quiero una respetabilidad de esas que se compran. Yo sabré labrarme una que no me costará nada.

Pero no todos somos Voltaire, y la supervivencia está difícil. Entonces, los ricos americanos pagan, a la manera de papá Voltaire.

Los ricos argentinos, en cambio, no se preocupan por tales nimiedades. Siempre me intrigó ese desinterés. ¿Será que son más religiosos y prefieren imaginarse con el arpa sentados a la diestra del Señor Omnipotente? ¿O que practican sin desmayo la frase de aquel otro francés: después de mí, el diluvio? ¿O que no creen, en realidad, en el futuro, pobres muchachos punkis, de este país y de cualquier institución que en él puedan crear?

Perfiles. La empresa se llama Perfiles y Contornos, pero su subtítulo aclara el nombre: "El centro neoyorquino de cirugía plástica". Perfiles publicita a menudo en el *New York Times*: "¿Su vasta experiencia está empezando a vérsele en la cara?", pregunta uno de sus avisos. Y después explica: "Estar bien preparado ya no alcanza: usted también tiene que parecer bien preparado", dice, parafraseando a Julio César, y es curioso: retomar una frase de dos mil años pero agregarle un "ya" para introducir la urgencia. Y rematan: "La cirugía plástica no es una garantía de progreso pero puede ayudar. Lo puede ayudar a parecer y sentirse inmejorable. Puede aumentar su confianza y autoestima. Puede aumentar su éxito, su rentabilidad". Y entonces sí está todo dicho.

Las ventas. Hay gente que no sabe ni sabrá venderse, y eso es bueno o malo según sea: entre otras cosas, depende de si hay o no razones para que otros quieran comprarlos pese a todo. El hombre no tenía ninguna, supongo, o casi ninguna. El hombre estaba recostado sobre las baldosas de la Quinta Avenida, entre Gucci & Armani, Bergdorf & Goodman, y respiraba difícil, con retortijones del pecho y de las manos, la boca muy abierta. El hombre tenía el cuerpo cubierto de esas manchas que produce el sida, y no era más que huesos.

El hombre era blanco, cuarentón, nada especial: la muerte más común puesta en escena. El espectáculo era espeluznante, pero el hombre no sabía venderse. A su lado, un cartón escrito decía que tenía sida, que cuando estuvo en el hospital perdió su casa y su trabajo, que necesitaba 18 dólares para irse con su familia —a morir en paz, no decía, pero se entendía. El texto era escueto, inmejorable. Pero tenía

un detalle: “Me contagié por una transfusión”, decía y, en esa frase corta, la inmensa legión de gays neoyorquinos, siempre preocupados por ayudar al semejante enfermo, se le escapaba como agua entre los dedos. “Me contagié por una transfusión”, decía, y era tan penoso. Tirado en las baldosas de la Quinta Avenida, respirando con tremendo esfuerzo, mareado, enfermo, casi vivo, ese señor todavía tenía que explicar que él no era nada malo, ni un drogón ni un trolo, no vaya a ser, señora, que me confunda usted con esa chusma.

El hombre no sabía venderse, y no sabía, sobre todo, a quién. Las señoras finas pasaban rápido, miraban a otro lado. El espectáculo de ese cuerpo ahí tirado les parecía una afrenta innecesaria, y no le daban nada.

Religiones. La pelea es tremenda: dos religiones enfrentadas sin cuartel. Hace un par de semanas, una maestra del Bronx, Mildred Rosario, 43, fue despedida de la escuela pública donde trabajaba porque, cuando sus alumnos le preguntaron sobre un compañero que se había ahogado, les hizo rezar una plegaria. En general, la religión liberal es tolerante, y acepta a todas las demás. Sólo que, de vez en cuando, para mantener la tolerancia tiene que ser absolutamente intolerante, como toda religión: dice la Constitución que la separación entre el estado y las iglesias tiene que ser completa. Si el estado permitiera que una de sus escuelas enseñara la religión de alguna iglesia, estaría interviniendo, traicionando sus supuestos principios. (Mal momento para ciertas religiones: esta semana, en California, un jurado condenó a la diócesis católica de Stockton a pagar 30 millones de dólares de indemnización a dos hermanos acosados por un cura abusador. La semana pasada, en Dallas, la diócesis católica local aceptó pagar 23,4 millones a nueve monaguillos que un párroco intentó atender. Y hay varios juicios más, pendientes de sentencia).

Olor de la venganza. Visto de atrás, el tipo era sobre todo una larga camiseta rosita con agujeros y manchas de batik. Pero, además de la camiseta, tenía unos pantalones cortos y, en la punta de la nuca, un solideo, kipá o gorrito judío. El tipo llevaba dos bolsas de plástico

enormes, una en cada brazo, como con asco: las bolsas le colgaban a los dos lados del cuerpo, alejadas del cuerpo, los brazos estirados. Todo olía a basura en verano.

El tipo se paraba en cada basurero, y buscaba latas. Acá los mendigos recogen latas en los basureros; después, en los supermercados, les dan cinco centavos por cada una: un centenar de latas les compra una sopa caliente, una botella de whisky barato. Es sábado a la tarde, todavía hace calor. En la vereda de Ámsterdam y la 100, portorras y dominicanos esperan la hora del juego de pelota tomando unas cervezas.

—Mira, hermano, un judío recogiendo latas.

Dijo uno y los demás se rieron. Los judíos, supuestamente, no hacen esas cosas. Recoger latas es cosa de negros, de hispanos: de razas inferiores.

—Coño, tienes razón. Un judío recogiendo latas.

Le contestó otro, y las carcajadas sonaron fuertes y llenas de intención. El olor de la venganza es dulce, y más aún un sábado a la tarde, bajo el sol.

Las reglas del juego. —Pero ¿cómo que no puedo fumar? Yo soy el cliente, yo tengo razón.

El tipo era más argentino que el dulce de leche light: cincuenta y pico, muy bronceado, la campera de cuero recién comprada para venir al frío, las manos llenas de bolsas con logos pretenciosos, la mujer al lado que le decía vamos Beto, no te pongas así.

—Me pongo como me pongo. Yo les estoy dando mi plata y ellos tienen que respetarme.

Una vendedora puertorriqueña trataba de explicarle:

—Señor, acá tenemos reglas. Incluso nosotros tenemos reglas.

Alrededor, miles y miles de caritas de mickey se reían desde camisetas, almohadones, tazas, muñecos de peluche. El argentino creía que había entendido el mecanismo y seguía gritando:

—Yo soy el cliente. Yo tengo derecho a hacer lo que yo quiero.

En el Disney de la Quinta Avenida, otros miles seguían comprando sin hacer tanta alharaca. Ellos sí que habían entendido.

—Los derechos de los consumidores están siendo cada vez más vulnerados, pero al mismo tiempo ellos son cada vez más conscientes y se defienden mejor. Se unen, se instruyen, buscan las maneras.

Me dijo Eileen Spheird, una vocera de la Consumers Union. Es curioso: mientras los sociólogos se quejan de que las nuevas estructuras socioeconómicas hacen que la gente haya pasado de la categoría de ciudadano a la de consumidor, los consumidores asumen su nueva identidad y se organizan para serlo. Una nueva raza —los "consumidores conscientes"— se agregó últimamente a las filas de los políticamente correctos: Nike es una de sus víctimas.

—¿De verdad te parece que les compremos algo? Son unos explotadores indecentes.

En la 57 y Quinta, el edificio de Nike intenta una estrategia distinta: que el local sea en sí el espectáculo. La instalación es de una modernidad apabullante, y suelen organizar eventos con figuras deportivas: el cliente, entonces, va a mirar y, si acaso, además, compra algo. Pero eso no pudo resolver el problema. Nike era una de las marcas más cool —piola— hasta que, hace un par de años, apareció la noticia de que algunas de sus fábricas en el Tercer Mundo empleaban menores de edad. Mucha gente dejó de comprarles: una forma de intervención política de estos días pasa por decidir qué se consume. El boicot es un arma que quizás no cambie el mundo, pero sí ciertas estanterías.

—Ya sé, pero esas zapatillas son alucinantes.

Hace unos meses, los consumidores conscientes de la Universidad de Berkeley, California, iniciaron un boicot a la ropa de Gap, una de las cadenas más potentes de América. Habían descubierto que la fabricaban en El Salvador, en talleres donde pagaban menos de un dólar la hora; el movimiento fue creciendo y los tenía orgullosos, hasta que les llegó una carta firmada por cientos de obreros salvadoreños: "Por favor, no sigan. Nosotros necesitamos esos trabajos, y lo que nos pagan nos da de comer. Les agradecemos mucho, pero los salvadoreños ya hemos demostrado, a lo largo de muchos años de guerras, que sabemos defendernos solos".

Argentina

LA HORA DE LOS HORNOS

—Yo digo que ellos no hicieron nada. Qué van a hacer, si cuando se volvieron de allá de Pinamar, antes de que los agarren, José vino varias veces a comprarme la cerveza y seguía contando las moneditas, pobre.

Dice Luisa, mientras le cobra a un chico los 85 centavos de un paquete de fideos. Luisa devuelve 15: en Los Hornos, las monedas importan. En Los Hornos llueve: parece como si lloviera desde siempre. Los Hornos está hecho de casas chatas y de calles muy anchas: aquí nadie se preocupó nunca por ahorrar espacio. Luisa puso su almacén en el living de su casa de dos habitaciones de material, chiquita, con su baldío al fondo. Lo puso hace tres años, cuando cerró la fábrica donde trabajaba, y dice que para que funcione tiene que pasarse todo el día. Luisa tiene cuarenta, las manos muy gastadas.

—Yo a José lo conozco de siempre: él vive acá en la otra cuadra, con sus viejos. Y a los otros pibes también. Ellos no son ladrones, qué van a ser. Al revés, si muchas veces yo tenía que salir y ellos estaban tomándose una cerveza en la esquina y me decían andá tranquila, Luisa, no te calentés que estamos de rondín así que acá no pasa nada.

—¿Y hay muchos robos en el barrio?

—Sí, ahora, desde que ellos no están. Eran buenos pibes, los pibes. Les gustaba la cerveza, la droga, pero no le hacían mal a nadie. Yo no creo que ellos hayan ido ahí a la costa para afanar. Si la cana les puso una casa será que se los llevó de buchones, para que se mezclen con el ambiente de la droga y les canten alguna cosa, será.

Luisa despacha un paquete de salchichas, 1,20 en monedas, y dice que los supermercados la están reventando, que tendría que haber más solidaridad y que sus vecinos no se dan cuenta de que es como escupir para arriba, porque los supermercados la guita se la llevan afuera, en cambio si me compran a mí y yo necesito un plomero, un albañil, la guita vuelve al barrio, se queda, dice Luisa y dice que José trabajaba con el padre de Prellezo desde que era chiquito, en el reparto de galletas:

—Se drogaba, se fumaba algún porro, pero era un buen tipo. A mí me hace gracia, porque yo siempre dije que tenía un pre y un pos.

Antes del porro, en el pre, siempre andaba serio; después, en el pos, se cagaba de risa. Y ahora cuando lo veo por la tele, que siempre se está riendo, me parece que debe estar todo el tiempo en el pos.

José, está claro, es José Auge, uno de los cuatro de la "banda de Los Hornos", los fulanos que se autoacusaron de haber secundado a su ex vecino Gustavo Prellezo en el asesinato de José Luis Cabezas.

Los Hornos es un pueblo como hay cientos en la pampa: no hay nada menos exótico que un pueblo de la pampa. Los Hornos tiene unos 60.000 habitantes, 420 kilómetros cuadrados y, en realidad, forma parte del municipio de La Plata: técnicamente es un barrio de La Plata. Aunque algunos vecinos piden la autonomía: que Los Hornos se transforme en partido.

—¿Y de qué vamos a vivir, del cementerio?

Dirá, después, el padre Folgueras. El cementerio es enorme: es el cementerio de La Plata y hay quienes dicen que la autonomía es imposible porque entonces la capital se quedaría sin camposanto. En el cementerio hay una gran sección de tumbas chicas, que se llama "Angelitos". Las tumbas de los bebés llevan los nombres de la época: hay mucho Yoel, Prisila, Wanda, Romina, Yanina, Alen, Yonatan y cantidad de N., los que no llegaron a hacerse con un nombre. Algunos tienen, incluso, alrededor de sus tumbas recientes, corralitos, sillitas, una cunita rosa.

—Y, en una de esas vivimos mejor que ahora.

Le dirá don Pastor, un fiel de la parroquia. Los Hornos no tiene industrias: algunas cerraron, otras se mudaron, y de los hornos de ladrillos que le dieron su nombre queda poco. La mayoría de sus habitantes trabaja en la administración platense, en el comercio o en nada. Y los quinteros de la zona rural también están ahogados. Los Hornos sobrevive porque está dentro del presupuesto de la capital, pero casi no tiene recursos propios.

El centro de Los Hornos son unas pocas cuadras de la calle 137, un bulevar con pinitos, faroles y bancos en el medio. A los costados hay polirrubros, videoclubs, regalerías, mercerías, panaderías, agencias de loto, papelerías, zapatillerías, un bazar y un locutorio que ofrece sus

teléfonos para participar en los concursos de Susana Giménez:

—No, yo nunca juego con juegos de azar.

Dice una cincuentona digna, bien teñida.

—Esto no es un juego de azar.

—¿No?

—No, es un concurso.

—Ah, entonces anotame.

Un poco más allá está el Club de Fomento con buffet, básquet, bochas, biblioteca y cursos de gimnasia artística, taekwondo, danzas universales, peluquería, fútbol infantil, patín, repostería, decoración, tejido a mano, corte y confección, cocina, tallado en madera, porcelana en frío, tarjetería española. En la cancha de básquet, unos chicos que vieron mucha NBA han aprendido de Karl Malone a pegar saltitos con la cara de bonzo extático cuando tiran cada pelota al aro. En Los Hornos hay muchas cosas, pero no hay un bar. Ni uno, ni un restorán, ni una parrilla, ni una pizzería. Me parece que puede ser un caso único.

—Debe ser porque es medio pueblo, medio barrio.

Me explica una chica que pasa, y no me explica nada. Llueve, y pocos caminan por la calle. Algunos, cuando se cruzan, se saludan. Ahora tienen un buen motivo para el asombro y el comentario. Dicen que están avergonzados, que no soportan que todos los conozcan por la banda, pero a veces me parece que están casi felices de ser el pueblo de la banda, los malditos: por lo menos son algo.

—Pensar que los teníamos tan cerca, vio, como quien dice entre nosotros.

La esquina de 66 y 137, el centro, es el cruce de dos bulevares. En la esquina de 66 y 137 hay un banco municipal con su cola de jubilados empapados, una carnicería que vende tres kilos de falda cinco pesos, una heladería centauro cerrada con razón y una parrilla el bagual transformada en local provisorio de un movimiento popular republicano, que propone acabar con la corrupción y volver a la cultura del trabajo. En el local no hay nadie. Enfrente, en el semáforo, una chica de 12 ofrece diarios y un cuarentón de barba rala, pescados de colores. La chica vende, de tanto en tanto, un diario. El cuarentón

ni uno:

—Es una buena idea. Pero todavía no la captaron. Se me ocurrió la semana pasada, ¿me entendés? Acá todos soñamos con los pescaditos de colores; yo les doy la posibilidad de cumplir con sus sueños, ¿me entendés?

Pasan coches. Los Hornos es como un gran museo del automotor de los setentas: fititos, fiats 1500, peugeots 404, torinos, chevrolets 400, F-100 y, sobre todo, mucho falcon. El aire está cerrado de tanto cable y en la parada hay como quince señoras y señores esperando colectivos que no llegan. Usan narices rojas: hace frío. Un señor mayor, con su boina azul negra, dice que son todos iguales, son:

—Los lunes los colectivos tardan, no hay tutía. Los negros se maman el domingo y hoy no trabajan ni a patadas.

El señor es blanquito, el bigote amarillo de pura nicotina, los sesenta pasados:

—Lo que pasa es que éstos no quieren laburar. Acá desde que éstos llegaron se fue todo al carajo.

—Ah, pensé que me quería preguntar por el tema de Prellezo y su famosa banda. Como todos vienen para eso…

El comisario Raúl Magallanes todavía no se puso el uniforme porque le falta media hora para empezar el turno. Su oficina es grande, desangelada, sin más adorno que el cuadro del Libertador detrás del escritorio. Le digo que no, que vengo para ver cómo es Los Hornos y el comisario dice que es un lugar como tantos, sin mayores problemas, con una población de gente de trabajo.

—Claro, las comparaciones siempre son tediosas, pero al lado de cualquier comisaría del Gran Buenos Aires… Acá le rompen el vidrio a un coche para robarle el estéreo y se considera un delito importante, y si ocurre dos o tres veces en la semana… Yo lo veo perfecto que se preocupen, pero bueno, los delitos que se cometen no son tan graves.

El comisario me cuenta que hace poco detuvieron a unos que asaltaban chacareros y que, para hacerles decir dónde tenían la plata, los torturaban.

—Sí, a algunos de ellos los han atado a la cama y han pelado los

cables del velador y les han dado corriente eléctrica…

Yo le digo algo sobre la privatización de la tortura y el comisario no se da por enterado y sigue con un discurso bueno y comprensivo: me habla de la "necesidad de reinserción social del delincuente" y los planes del gobierno para "rescatar al individuo y ofrecerle otras posibilidades". Yo le digo que en el rato que llevo en Los Hornos más de uno me ha dicho que claro, que a "los que roban los protege la cana, así quién los va a parar".

—Sí, esto es una cosa real, la mala imagen existe. Pero si alguien sabe algo, que venga a la comisaría y haga la denuncia, acá o en el juzgado. Así nos investigan a todos. Si no siempre todo se queda en denuncias.

—Pero mucha gente tiene miedo de hacer denuncias.

—Pero no, si nosotros lo que queremos es que hagan denuncias. A nosotros nos conviene. Hoy por hoy nosotros estamos en una situación de trabajo bastante insalubre.

—¿Por qué?

—Bueno, se ha generado una gran presión, con razón. Nunca fue simpático, para el resto de la sociedad, ser policía. Pero ahora debe ser lo más antipático que existe.

El comisario dice que a esa presión social se suma la presión política e institucional y que entonces trabajan "muy apretados", que tienen problemas con sus amigos, con sus parientes. Y que no se lava las manos, que la policía tiene que empezar por hacer su mea culpa, pero que habría que ver bien quién más tiene esas culpas.

—¿Como quién?

—Bueno, habría que analizar muchas cosas. Yo no lo puedo hacer porque soy comisario y pertenezco a un elemento vertical, me está prohibido, pero habría que ver las políticas de conducción de la seguridad pública y…

En Los Hornos los vecinos se quejan, la comisión de comerciantes dice que nunca hubo tantos robos como ahora. El comisario dice que exageran, que tienen razón en quejarse pero que exageran. El comisario tiene cuarenta y pico y es gordito, pelado, de mirada simpática y dice que el problema es que nadie quiere hacer denuncias

porque el sistema procesal tiene “algunas trabas para la víctima, que tiene una situación traumática cuando es asaltada, tiene una situación traumática cuando va a la comisaría, que muchas veces no es atendida como corresponde” y también cuando detienen a los sospechosos y tiene que reconocerlos:

—Como nuestra base jurídica está significativamente asentada en la presunción de inocencia, que es el estado el que debe de probar que la persona es culpable… Entonces al que se lo hostiga pare que declare es a la víctima.

—¿Y cómo se podría hacer si no?

—Habría que invertir la carga de la prueba. Pero eso es un tema legal que habría que verlo en las cámaras, en todos los sectores de la sociedad, a ver en qué sistema queremos vivir. El sistema sería que habría que decirle mire, usted hizo tal cosa y usted tiene que probar que no lo hizo. Acá, en cambio, el estado tiene que probar que lo hizo… Esto así no funciona.

Dice el comisario y contesta un teléfono con frases cortas, secas. Después retoma la sonrisa, nuestra conversación:

—Otro de los problemas es esta villa que tenemos al lado del ferrocarril. De ahí salen a robar cuestiones menores, un estéreo, una campera, diez pesos a un remisero, que por regla general nosotros sabemos o presuponemos de que esto puede ser para comprar drogas… No son todos, la gran mayoría son gente de laburo que son pobres, y ser pobre no es un delito, muchos son muy nobles. Yo trato mucho con ellos y me siento muy bien de ser amigo de muchos. Pero claro, como las características de la villa le permiten al que delinque burlar la acción de la justicia, o esconderse mejor que lo que sería en un barrio, entonces van y se meten ahí, y para la policía es mucho más difícil controlar una villa.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Bueno, ahí se hicieron determinadas razias tratando de determinar cuáles eran las personas que estaban delinquiendo. Lo que pasa es que muchas veces chocamos con una cultura bastante embromada, que la gente sabe quién delinque, lo vio, lo conoce, pero no lo quiere declarar. Y cuando los agarramos, como muchos son

menores salen enseguida y continúan delinquiendo. Por supuesto el hecho de detenerlos les da una experiencia para no volver a cometer el mismo error, entonces estas personas se van perfeccionando y a la policía se le va haciendo más difícil meter en cana a los tipos, ¿se da cuenta?

El comisario se exalta, se posesiona, dice que él es policía por vocación y que todavía se emociona cuando ve a los vigilantes que arriesgan todo por un sueldo magro, por la sola satisfacción del deber cumplido, con un gran sentido nacional, "porque los tipos agarran la bandera y la suben y bajan de ese mástil con un respeto que le pone la piel de gallina".

—Pero ahora Los Hornos se ha transformado en una ciudad… comercialmente importante para los medios de prensa, a partir de la banda de Auge y demás. Entonces empezó a tomar otro cariz toda la parsimonia y la tranquilidad que había acá. Pero si acá hacemos una estadística delincuencial seria vemos que la cosa no es para tanto. Acá en todo el año no hubo un homicidio, por ejemplo. Acá lo que nos queda a nosotros por solucionar es el tema de la villa.

—¿Sabe lo que pasa? Resulta que esto, para todo el mundo, es una villa. Esto es un barrio, pero para ellos es una villa. Entonces cualquier robo que hay dicen que es de la villa. Cualquiera mata a alguien y dicen que es de la villa. Si hasta los que agarraron ésos de Cabezas dicen que son de acá, que son de la vía, y no son… ¿Por qué ensucian un lugar así, digamé, por qué lo ensucian?

La villa San Benjamín son unas docenas de casillas alineadas a los dos lados de una vía que no lleva a ninguna parte: las ruinas de la Argentina ferroviaria, y mucho barro.

—Acá somos honestos. Hay alguno que no, pero son muy pocos. Está ese chico, el petiso, no me acuerdo el nombre, pero es un ratero. Se lleva alguna cosa de los autos… O si no, ¿sabe lo que hace? Cuando está en estado de droga los quema, los autos. De chiflado, por la droga, nomás. ¿Pero sabe por qué se hacen drogadictos? Porque no tienen plata y la andan vendiendo, para ganarse un peso. Y entonces un día les da la curiosidad y la prueban, para ver por qué se la

compran. Y por ahí van y les gusta.

Doña Irma tiene argumentos para casi todo. Nació muy cerca, vive en la zona desde casi siempre. Pero la villa empezó hace doce, trece años.

—Todos nos acusan, pero acá hay de todo, hay gente que trabaja afuera, que es policía, que se puso un almacencito. Acá a la gente le gusta progresar. A cualquiera le gusta progresar. Yo no vine a quedarme acá para siempre. Algún día, si Dios me ayuda, yo de acá tengo que salir.

Doña Irma vive en una casilla de madera bajo un sauce pelado. Alrededor, en un terrenito de seis por cuatro, se amontonan dos o tres bicicletas herrumbradas, mucha chapa agujereada, un lavarropas viejo y cantidad de perros.

—Nosotros acá dejamos todo afuera y gracias a Dios todavía no nos han sacado nunca nada. No sé, será que saben a quién le sacan. Si acá nos vendrían a robar sería gente que no son de acá, que pueden desaparecer y no saber nosotros quiénes son. A mi cuñado ya le robaron veinticuatro caballos: tiene el caballo para el carro, para levantar cartones, y siempre se lo roban, pobre. Son borregos, son, chicos, pero seguro que los mandan los grandes, de otra parte.

—¿Y la policía no hace nada?

—¿La policía? Si ni siquiera para el caso Cabezas hicieron, la policía. No, está jodido. Y encima ahora para sacar quince pesos, veinte, tiene que andar todo el día, de sol a sol, el pobre. Ya cada vez la gente tira menos, ¿vio?

Doña Irma parece de cincuenta y pico: es gorda, rubiona, de pelo alborotado y una pollera atada a la cintura con su soguita sucia. Tiene seis hijos: tres hijos y una hija, con los nietos, viven en las casillas de alrededor, y ninguno tiene un trabajo fijo.

—Acá lo que necesitamos es trabajo. Cuando vienen a traernos cositas no es lo mismo. ¿Usté se acuerda cuando nos daban la caja del PAN, los radicales? Bueno, había muchos hombres que mandaban a la señora a trabajar y con la caja y lo que traía la señora ya alcanzaba para los vicios. Entonces el hombre se quedaba en la casa pancita para arriba. Esas cosas sirven para fomentar la vagancia del que no le

agrada el trabajo, ¿vio? Tiene que haber trabajo y que el jefe de familia no sea la mujer sino el hombre, como fue siempre, ¿no? Pero no para mandar y gritonear a la mujer, sino para traer la comida a la casa: para ganarse el pan con el sudor de su frente.

Doña Irma sobrevive haciendo empanadas, pastelitos que vende, y milita por la copa de leche: está haciendo una casilla para recibir a los chicos pero por ahora sólo consigue darles su leche los sábados, porque no tiene apoyos. Doña Irma dice que por supuesto es peronista pero.

—Cuando vienen las elecciones se abren unidades básicas por todos lados, pero lo primordial es que se trabaje todo el año, que haya o no. Entonces la copa de leche está cuando les conviene y después se me olvidan. Después contestan bueno, nadie tenemos la culpa de que hay tantos chicos. Dios nuestro señor dice que los únicos privilegiados son los niños, y yo creo que tendrían que hacerle caso, ¿no?

Yo creo recordar que lo de los niños lo dijo otro señor, pero hubo un momento en que los dos trabajaban de lo mismo. Cantan gallos, ladran perros, gritan niños y doña Irma me dice que en vez de tanta política deberíamos unirnos más y hacer todo el bien que podamos, y que las manzaneras no la convencen. Que ahí abajo, tres casas más allá, vive una, que es una buena chica.

—No, yo era, pero ya no soy. Hice el curso de manzanera, todo, pero me fui.

Dirá, poco después, Marga, que vive un poco más allá. Marga pone cara de ésos a mí no me agarran, a mí no, y le pregunto por qué.

—Tuve problemas con los que estaban repartiendo. Había mucho quilombo, que se guardaban las mercaderías, que después me enteré que las iban a vender. Yo tengo chicos, yo defiendo lo mío y no me gusta meterme en esos líos.

—¿Y en los cursos hablaban de política?

—No, para nada.

—¿Vos sos peronista?

—Yo sí, toda la vida.

—¿Y estás de acuerdo con esto de las manzaneras?

—Mirá, yo lo que quiero es que tengamos trabajo. Con medio litro

de leche por día no hago nada. Yo no puedo creer que con un gobierno peronista estemos así, que no haya trabajo para nada.

Marga es flaquita, veintipico, un jean gastado y un buzo que dice Princeton University con muy pocos agujeros. Atrás gritan sus chicos, y se tiran barro. Marga me dice que su marido es panadero y plomero pero hace mucho que no consigue un trabajo, que anda haciendo changas. Le pregunto cómo se las arregla.

—Mal. Así no se puede. Como no hay trabajo, tenemos que aceptar lo que nos ofrecen, ¿vio? Si son diez pesos, diez pesos; si son quince, quince. Lo que nos quieran dar.

—¿Y cuánto necesitás para vivir?

—¿Por día?

Ahora, con la urgencia, las cuentas son por día.

—Y, con diez pesos yo con mis hijos vivo.

—¿Y para divertirte, qué podés hacer?

—Para divertirnos no tenemos mucho, acá. Los más jóvenes se van al baile, los sábados, que tocan cumbias tropicales. Y los demás nos juntamos con la familia, hacemos una vaquita para el asado. Y comemos, tomamos sus vinos, y después a apoliyar tranquilos, ¿vio?

En la otra cuadra vive María, que sigue como manzanera. María me invita a pasar a su casilla. En la radio suena una cumbia; alrededor, los chicos.

—Por cada chico les reparto tres huevos por semana. Y una vez por semana un paquete de fideos, o de harina, o de arroz. Además del azúcar y la leche.

—¿Y por qué empezaste a ser manzanera, para ayudar?

—No, estaba mi suegra y me dijo que me metiera yo. Ella me dijo y yo no tengo problema. A mí me dijeron, yo no tengo problema.

María se ríe. María es regordeta y tiene un estante lleno de ositos de peluche. María es la reina del peluche:

—Son de la máquina, se los gané a la máquina. Yo a la máquina la tengo loca.

En la punta del estante hay dos estéreos de coche. Detrás, un afiche de Luis Miguel y una estampita de Juan Pablo II. Una gotera le ha perforado la nariz al santo padre.

A la entrada de la villa está la iglesia y el colegio de San Benjamín, el colegio presentable de la zona: chicos rubios con joggings adidas, chicas con medias de nylon bajo las polleras cortas de los uniformes. En la puerta hay un cartel que dice “prohibida la entrada de putos”, porque algún niño rico con tristeza se divirtió retocando la A para que resultara P. El cura de San Benjamín, desde hace muchos años, es el padre Folgueras:

—Ah, cuando lo escuché golpear pensé que era otro que venía a pedir comida o trabajo. Están viniendo todo el tiempo, cada vez más. Y nosotros hacemos lo posible por atenderlos, pero muchas veces no tenemos con qué satisfacer sus pedidos. La situación es muy difícil. Porque plata no hay, pero nacimientos sí. Y eso que se los educa, eh.

El padre Folgueras tiene cincuenta y tantos y una panza importante: después, una mujer nos trae las tortas fritas. El padre dice que han cerrado muchas fuentes de trabajo y que la gente quiere trabajo, no dádivas. Yo le digo que Los Hornos parece más bien de clase media:

—Es una clase media sufriente, media en bajada.

Dice el cura.

—Porque el consumismo te crea necesidades, te lleva a querer tener, tener, tener. Entonces la gente se entrampa con las cuotas y se va hundiendo, se va hundiendo. Todo por la condena consumista.

Después el cura me habla de las necesidades que les crean a los pibes, de sus diabluras, de los comerciantes que les venden alcohol, que está prohibido, y después protestan porque les roban:

—Pero si vos les das, querido, jodete, qué le vas a hacer.

Dice el cura, con lógica bien bíblica, y dice que muy a menudo viene alguno de estos chicos a pedirle que lo ayude a dejar la droga, el alcohol, el robo, y que él les da su ayuda espiritual y los manda a ver a algún profesional amigo, “para que consigan ponerse de pie”. Y que si tienen fe y una buena educación familiar, a veces lo consiguen. Aunque es cierto que en su parroquia, últimamente, aumentaron los delitos, pero dónde no.

—Y no podemos culpar solamente a la policía. Eso que quede claro. No digo que la policía sea inmaculada, también hay que moralizarla.

Pero también está la cuestión de la legislación. Dice San Agustín: “El hombre se organiza y crece cuando hay orden”. La justicia lo lleva a vivir en libertad. En cambio la anarquía lo lleva a la injusticia, al libertinaje y a la esclavitud. En los últimos años, la Argentina ha bajado en su nivel cultural y en el adiestramiento de la clase trabajadora. ¿Por qué? Por esa libertad mal entendida. Yo soy un enamorado de la democracia, pero no hay que aprovecharla para caer en la corrupción, la ignorancia, la inmoralidad.

El padre Folgueras se ha puesto enfático; yo como tortas fritas. Afuera llueve. Suenan, al fondo, las campanas, convocando a la misa de seis.

La casa del señor Prellezo, el padre de la criatura, es un chalecito con un garage de herrajes oxidados y un cartel de cuidado con el perro. El chalet quedó al fondo: al frente, el señor Prellezo ha construido dos locales que ahora alquila: la frutería, la carnicería. Nadie contesta el timbre. Hasta que sale un sesentón canoso a decirme que el señor no está en casa: yo estoy casi seguro que es él, pero no digo nada. No me extraña que no quiera contestar estúpidas preguntas sobre su apellido convertido en sinónimo de criminal horrible.

—No, loco, yo matar no mato, ni en pedo. Si me tienen que meter adentro que sea por robo, no por homicidio.

Me dirá, al día siguiente, Buco, acomodándose unos pelos lacios que se le meten en los ojos. Buco tiene 19, la piel muy blanca, una campera de lona negra y las new balance relucientes.

—¿También son afanadas?

—No, loco, qué te creés. No, éstas las compré, en cuotas. Mirá qué boludo, no pagué la última cuota y ahora me da vergüenza pasar por el boliche. Los quías conocen a mi vieja. La verdad, las tendría que haber cortado, era más piola.

Su hermano menor, Rigo, al lado, asiente. Rigo es una selva de rulos sobre una camiseta azul y oro.

—Pero no te vayás a creer, chabón, yo soy del lobo. Lo que pasa es que ésta se la corté a un pendejo el otro día.

La pizza se enfría. La comemos sentados en un tronco, en un baldío,

junto a una casilla abandonada, en uno de los extremos de Los Hornos, más allá del asfalto. Al lado está la casa de los padres de Buco y Rigo: una construcción sin revoque, de material, con un living y dos habitaciones.

—El viejo es policía, pobre, policía. La otra vuelta con un tipo nos fuimos a hacer un remisero, en el centro, y se aparecieron como cuarenta patrulleros. Nos portaron adentro: justo era la comisaría de mi viejo. No sabés la cara que puso el pobre cuando me vio ahí. El viejo es botón pero de los buenos, sabés, de ésos que no existen.

Dice Buco, y me explica que lo mejor es caer un jueves, porque el viernes largan. Él cayó un viernes y se comió todo el fin de semana.

—Pero ahora tengo que cuidarme, loco, porque ya tengo dos entradas. Ahora si me agarran en un bardo grueso me pueden mandar a Olmos. Hay que cuidarse. Yo salgo a cortar sano, porque no quiero bardo.

—Sí, éste es un boludo, recién ahora se le ocurrió empezar a cortar. Tendría que haber empezado antes, como yo, que soy menor y no me pueden hacer bardo.

Dice Rigo, suelta la carcajada. Hay tres bicicletas apoyadas en la pared de la casilla, y Rigo me pregunta si me gusta alguna.

—Acá se las cortamos a los bolitas, y después se las volvemos a vender, fijate qué boludos. Los bolitas se lo merecen, vienen acá, nos están copando todo, nos sacan el laburo porque son giles, se dejan explotar, y encima son amargos. Si toman se quedan en sus casas, solos.

Las bicicletas se venden a cincuenta, dicen, y el Patón se ríe. El Patón tiene 20, una chivita rala, la piel oscura y una campera de bluyín muy ajustada. El Patón dice que nos apuremos, que después tiene que ir a repartir unos volantes para la unidad básica del barrio, duhaldista, que le dan veinte pesos.

—Y me dijeron que cuando ganen van a abrir una fábrica de maquinaria, acá, en el barrio, y nos van a dar laburo a todos. A mí me prometieron un laburo bueno.

—Sí, de gerente general te van a dar, boludo.

Le dice Buco y Rigo suspira, mozzarella en la mano:

—Yo me muero por conseguirme un buen laburo, piola, tranqui.

—Pero no seas bolú, bolú. Te van a dar tres gambas por mes y eso te lo hacés en un rato, con un Spazio te lo hacés.

Rigo dice que es el especialista en robo de coches. Me muestra un manojo de llaves y me dice que es fácil. Los roban por encargo, para tipos que chocaron y necesitan un repuesto, o para sus mecánicos.

—Ayer acá con el maestro Buco nos hicimos un galaxy, loco, una masita. Una luca nos dieron por el galaxy.

Les pregunto qué hacen con toda esa plata y me dicen que al final no es tanta, porque hay que repartir, pero que con eso se pagan sus cosas. No termina de estar claro cuáles son sus cosas.

—Un poco de merca buena, el fumo, alguna pilcha, una moneda para llevar a bailar a una minita. Para vivir un poco, loco, curtir buena.

Buco me dice que día por medio trabaja en un lavadero de autos, para blanquearse, y que le pagan tres pesos por día:

—Y la vieja después me ve llegar con un toco de guita y dice cuánta gente que está lavando autos, me dice, pobre vieja.

Ya comimos bastante y queda pizza. Buco les pega un grito a tres chicos de seis o siete que juegan en la calle:

—Vengan, che, ustedes que no comen nunca nada bueno, vení, morfate un cacho de pizza.

El Patón dice que ahora viene el postre, y empieza a armar un porro. Lo mete adentro de una botellita de plástico y pita por el pico. Después ofrece.

—Lo que no hay que hacer es meterse en casas con gente. Están todos al palo. Ahora cualquiera tiene un caño y te tira a pegar.

—Y ustedes, cuando van a afanar, ¿van enfierrados?

—Sí, loco, ¿qué te creés, que comemos bulones? No somos locos, pará, sin un bufo se te cagan de risa.

Buco quiere dejar muy claro que ellos trabajan por su cuenta, que no aceptan encargos.

—Hay algunos chabones que esperan que los vengan a buscar, gente de guita o de la cana, y les marquen qué hay que hacer. Pero terminan explotándote como a mí en el lavadero, y si hay quilombo el que va en

cana sos vos, loco, ellos siempre zafan. Hasta ahí te pueden proteger, pero después si se viene la noche te cuelgan, mirá lo de Cabezas.

Dice, y el Patón dice que Retama es un gil de goma:

—Ése es un drogón, boquea de más. La semana ésa que lo vinieron a agarrar estuvo toda la semana duro, sentadito, con el DNI en la mano. Así como estaba podía decir que lo mató a Cabezas o a Clinton. Era lo mismo.

—Sí, el que tiene que estar metido es Auge. Él sí que laburaba para la cana.

Dice Rigo, y yo me pregunto para qué me están contando todo esto. Quizás sea cierto, quizás no. Quizás se están haciendo los vivos y me cuentan cómo les gustaría ser: sus fantasías. Buco no fuma el porro y dice que no, que tiene que estar sano porque a la tarde tiene que salir a "cortar una bicicleta que ya tiene junada". Buco parece un tipo frío, de lo más razonable y me dice que tiene que irse, que tiene que llevar a su hermanito de ocho al colegio en el falcon desvencijado de su viejo:

—Para que el pibe no tenga que caminar, sabés, que no se embarre.

—¿Y después salís a afanar?

—¿Y qué querés que haga? Yo afano porque quiero tener lo que tienen todos. ¿O vos te pensás que lo consiguieron laburando?

—¿Y no te parece que esté mal, no tenés problema?

—No, loco, cualquiera que tenga algo es porque algo robó. ¿Vos no afanaste nunca, vos? Mi hermano hace ocho años que labura de seis de la mañana a seis de la tarde y no tiene ni un terrenito: alquila. Lo único que tiene es una bicicleta. Eso yo me lo hago en una noche de laburo, y encima me divierto.

Dice Buco, y se va. Yo me estoy yendo y el Patón me llama:

—Loco, ¿vos tenés un coche?

—Sí, tengo.

—¿Y no querés llevarnos un paquete hasta Varela? Son cincuenta mogras, nomás, pero allá te los pagan el triple. Yo te digo con quién. Si nos hacés el aguante te podemos dar unos mangos. ¿Agarrás?

(1997)

América

EL DÍA DEL JUICIO

—Este caso se terminó el viernes pasado, cuando Susan Cummings subió al estrado, tratando de defenderse, y confesó su homicidio: cuando dijo que sabía que el revólver estaba allí, cargado, lo agarró y disparó cuatro tiros que mataron a Roberto Villegas. Es la verdad, la contó la acusada, y no hay más que hablar.

Dijo esta mañana de martes, para empezar su alegato ante la corte del condado de Fauquier, el fiscal Kevin Casey. Pero era obvio que estaba simplificando demasiado.

Si el mundo no fuera cada vez más chico, Susan Cummings y Roberto Villegas nunca habrían llegado a conocerse: no tenían por qué. Ella tiene 35 años, se educó en Suiza, habla inglés con acento francés, es la hija del mayor traficante de armas del mundo, vive en el condado más elegante de Virginia y tiene cientos de millones en su cuenta. Pero se aburre, y suele pasarse los días en su finca, cuidando a sus animales, practicando tiro, entrenando a sus petisos de polo. La chica es rara. Cuentan que una vez espantó a un amante cuando le mostró el mágnum que tenía debajo de la cama, llena de ositos de peluche:

—Quiero que lo conozcas: es mi mejor amigo.

Roberto Villegas tenía 38, había nacido en Córdoba de una familia campesina pobre y se fue a Miami en 1981, a trabajar de petisero para polistas argentinos. Era entrador, amable, entusiasta. De a poco, su situación fue mejorando: al cabo de unos años se volvió jugador profesional de polo. Nunca pasó de los cuatro goles de hándicap, pero cobraba 400 o 500 dólares por partido en el circuito americano de segunda: aquí siempre hay un par de ricos que juegan más o menos mal y contratan a algún argentino para completar el equipo.

Hace dos años el polista pobre conoció a la rica heredera. Villegas solía tener éxito con las mujeres; Cummings, muy poco trato con los hombres. Empezaron a salir y, tras unos meses, eran una pareja establecida. Jugaban juntos, entrenaban caballos, cuidaban la finca. Villegas mantenía su casa pero pasaba muchas noches en el caserón de la heredera: un chalet de tres alas no mucho más grande que el palacio Anchorena. Los amigos argentinos de Villegas le tomaban el

pelo: ahora sí que lo había conseguido, le decían, que se había parado. El petisero no se enojaba, pero les decía que no, que en serio la quería.

—Fue un asesinato premeditado. Claro que sí. El revólver estaba ahí, listo para ser disparado. Ella nunca dijo bajo declaración que él tenía un cuchillo en la mano, ni que se iba a levantar de esa silla para atacarla: no podía decirlo, ante todas las pruebas que se habían acumulado. A lo sumo, dijo que él podía estar pensando en matarla…

Sigue diciendo el fiscal joven. Es su primer caso de asesinato, y no es uno cualquiera.

—… y esa es la mejor historia que nos puede contar, después de ocho meses de pensarla día y noche.

El domingo 7 de septiembre de 1997, hacia el mediodía, el embajador argentino en Washington y sus docenas de invitados empezaron a impacientarse: Roberto Villegas tenía que jugar un partido, y no llegaba. Villegas solía ser puntual; al final, le consiguieron un reemplazo. Recién el lunes se enteraron de que el domingo, poco antes de las 9 de la mañana, la heredera le había pegado cuatro tiros mientras tomaban el desayuno. Y que había usado su mejor pistola: una Walther PPK, la preferida de James Bond, la más vendida por su padre.

—Roberto Villegas está muerto. Ella acaba de matarlo. Entonces empieza a pensar: tengo que hacer algo, porque esto va a ser malo para mí. Así que se va a buscar el cuchillo que Roberto había dejado en su bolso y se hace unos raspones en el hombro, así puede decir que él la atacó. OK, ahora ya va siendo mejor, se dijo. Roberto me atacó y tuve que matarlo. Esa sería su historia, pero bajo juramento no pudo sostenerla.

Dice ahora, en su alegato final, el fiscal Casey. El fiscal tiene los modos y maneras del petiso canchero: moñito, barba a la italiana, el pelo a la navaja, la mano izquierda en el bolsillo del pantalón muy bien planchado. Muy derecha en su silla, Susan Cummings lo mira como si no lo viera. Aquella mañana ella llamó a la policía, les dijo que lo había matado porque él la atacó, y al día siguiente quedó libre con una fianza de 75.000 dólares. Desde entonces, empezó a preparar

su defensa.

—Ustedes no deben tomarse la libertad que el señor fiscal acaba de tomar, de especular sobre lo que pasó en este caso, a menos que puedan estar seguros más allá de toda duda razonable. Y eso, en este caso, no es posible. Si tomamos las mismas pruebas y las ponemos en función de la teoría de la defensa, sirven para contar una historia totalmente distinta. Nada se puede establecer más allá de toda duda razonable. Y ustedes saben que, en caso de duda, tienen que optar por la inocencia.

Dice, ahora, en su alegato, Blair Howard, el abogado defensor. Howard me decepciona un poco: yo esperaba una reencarnación de Perry Mason, y no esta especie de pantera rosa con una de esas caras de chico viejo que a los americanos les salen tantas veces: su traje es caro pero le hace arrugas; su pelo, en cambio, tiene las mejores ondas y el color plata que le corresponde. Howard es un abogado muy famoso y tiene, entre otros laureles, la absolución que le consiguió a Lorena Bobbit, la ecuatoriana que capó a su marido en una noche de pelea. Nadie sabe cuánto cuesta el equipo de seis abogados y otros tantos investigadores que encabeza Howard, pero algunos hablan de millones. Y me cuentan que, hace dos semanas, contrataron a un jurado de doce personas para hacer un ensayo general del juicio, a ver dónde podían estar sus puntos débiles.

—Este es el caso de una mujer que temía por su vida, que era continuamente amenazada por un hombre terriblemente violento, que lo denunció a la policía, que estaba aterrada. Susan fue acorralada en esa cocina, y no tuvo más remedio que defenderse.

El condado de Fauquier es una zona de dulces colinas, mansiones inmensas y tradiciones seudoaristocráticas. Es la zona de los Estados Unidos donde más se practica la cacería del zorro, y parece que nadie sale de casa sin sus armas. De hecho, a la entrada de la sala del juicio hay un cartel que dice que no se puede pasar con comidas, bebidas o armas, y un dibujo insiste: un redondelito de prohibido tacha un cuchillo, otro tacha un revólver. O sea que a más de uno se le debe haber ocurrido traerlos. En la sala, en cambio, todo está en su lugar: el sheriff tiene un sombrero de sheriff, la secretaria del juez un vestido

celeste bordado con florcitas, el fiscal su moñito, la acusada su mejor cara de pescado frío. Y el juez dirige las deliberaciones.

El juez Carleton Penn debe ser el hermano más viejo de Mister Magoo: la cara ancha, augusta, grandes cejas, los ojitos siempre entrecerrados y una gran toga negra que lo deja sin cuerpo. El juez Penn es una cabeza escapada del espacio y el tiempo:

—Recuerden, señores del jurado, que no deben dejarse llevar por sus emociones sino por sus razones.

Dice, con acento sureño y voz de las cavernas. El juez Penn tiene cara de comprensivo y recto y buen abuelo y socio fundador del Ku Klux Klan.

—Les insisto: es muy importante que usen solamente la razón.

Sin embargo, el defensor Howard trabaja con las emociones. Su táctica tiene dos partes principales: una trata de embarullar las pruebas de la acusación, que parecen dejar muy claro que Villegas no intentó nada contra Cummings, aquella mañana, y que ella lo mató a sangre fría. La otra pretende mostrarnos a todos por qué Villegas, de algún modo, se merecía su muerte.

El lunes, Howard hizo desfilar testigos que contaron lo violento que podía ser Villegas: una ex novia de hace doce años, una camarera que lo vio peleando, un ex amigo argentino. Howard se ha dedicado, con paciencia, con dedicación, a fabricar un monstruo: a hacer de la víctima un verdugo.

—Estos argentinos, bueno, ya se sabe cómo son. Brutos, más que nada brutos.

Comenta una señora del público, muy bien enjoyada. Entre el público se ve mucho oro, pulóveres de cashmere, narices respingadas y prendedores con dibujitos de caballos: son todos gente respetable.

—Aquí nos quieren engañar, señores del jurado. Aquí no hubo premeditación, no hubo malicia, no había ninguna razón previa para que él… perdón, para que ella decidiera matarlo. Por eso les digo que ella no lo decidió, sólo se defendió de su ataque como pudo. Este tipo no respetaba a las mujeres: decía que las mujeres eran para usarlas como los caballos. Ella no lo soportaba más. Le dijo te doy dinero, un

trailer, tus caballos, pero andate. Y él no quiso y la amenazó, y empezó a atacarla.

Dice Howard, ahora, y el fiscal Casey, después, le contestará con un argumento casi elegante:

—Hemos oído muchos testimonios sobre lo malo que era Roberto Villegas. Muy mal muchacho. Nada de eso importa para esto. Él podía ser una combinación de Charles Manson, Jack el Destripador y O. J. Simpson: eso no le daba a Susan Cummings el derecho a matarlo.

El argumento del fiscal Casey es bueno; sobre todo, aplicado a una víctima argentina: él no lo sabe, pero en el país del muerto la idea podría provocar algún debate interesante. El problema es que aquí y ahora, los miembros del jurado parecen más sensibles a la imagen de la bruta bestia. Esta mañana, las caras de los miembros del jurado —ocho mujeres, cuatro hombres— demuestran por qué Hollywood sigue siendo imbatible para conseguir esos actores secundarios raros, con esos rasgos demasiado normales, casi bobos, que suelen esconder masoquistas de cuero o asesinos seriales o fanáticos desenfrenados del show de Jerry Seinfeld.

—Si él la maltrataba y asustaba tanto como le dijo a la policía, ¿por qué ella siguió esas semanas con él, viajando, jugando juntos, haciendo planes para el futuro? Yo los vi en esos días, y nada parecía preocuparlos. Pero ella lo controlaba demasiado. Yo creo que ese día, o la noche anterior, él se hartó y le dijo que se quería ir. Y ella no pudo soportarlo.

Me dirá, después, Suzanne Worshan, que dice que ella y su marido Travis, gente del polo, eran los mejores amigos americanos de Villegas.

—Ella no lo dejaba moverse, lo controlaba, lo ataba. Ella no tenía amigos y él tenía cientos, pero ella le impedía verlos. Unas semanas antes del crimen, Susan se fue a Montecarlo a visitar a su padre enfermo, y él la pasó muy bien sin ella. Salió con mujeres, se divirtió. Cuando volvió, ella se enteró, y ahí fue cuando hizo esa famosa denuncia.

Dice Suzanne Worshan, y que nunca conoció a alguien tan amable

como Villegas, y que la enferma ver cómo Howard está inventando un monstruo. Pero el fiscal Casey no intenta oponérsele: después me dirá que si tratara de demostrar que Villegas era bueno estaría rebajando el nivel ético del juicio, perdiendo su argumentación. Entonces le pregunto por su otro punto débil: no ha establecido claramente cuál podría ser el motivo de Susan Cummings para matarlo.

—Sólo podría haber planteado conjeturas, y la ley no exige que se demuestre un motivo. Sólo pide que se pruebe lo que pasó, y eso es lo que hemos hecho. Las pericias que hemos presentado muestran que él no hizo nada que pudiera amenazarla. Que estaba sentado comiendo una medialuna cuando ella lo mató.

Es probable que tenga razón: es posible, también, que por esa razón vaya a perder el juicio. Ha apostado a la técnica pura contra el barullo y los sentimentalismos, y este es un sistema raro: muy legalista, pero al final definen los jurados. Y a los jurados les gusta que los emocionen. Ahora, en la sala, el abogado Howard está diciendo sus últimas palabras:

—Los ojos son las ventanas del alma. Todos les describieron la mirada paralizadora que tenía este hombre cuando estaba fuera de control. ¡Ustedes saben cómo la miraba él cuando ella agarró ese revólver! ¿Qué otra cosa podía hacer, ella, para salvar su vida? Por eso, por todo lo que les he dicho les pido, señoras y señores del jurado, el veredicto de inocente.

Sobreactúa: por momentos, es Bebán interpretando Shakespeare, y ni siquiera se sabe bien la letra. Mientras, en su mesa, Cummings escucha con la mirada perdida, distante, tan pescado frío. Por un momento se me aparece la sospecha de que quiere mostrarse así para que sus gestos no traicionen ninguna reacción ante lo que oye. Debe ser extraño escuchar a tanta gente discutiendo lo que pasó en esos minutos y saber que ella es la única que sabe la verdad, y comparar lo que dicen con esa verdad, y saber que si se acercan o se equivocan demasiado las consecuencias pueden ser terribles. Debe ser agotador.

—Si cada persona que tiene una mirada dura en sus ojos pudiera ser baleada, mucha gente estaría en problemas. Incluido yo mismo.

Dice ahora el fiscal Casey, la mano en el bolsillo, la pose sobradora,

y pide la condena por asesinato en primer grado. El juez Penn carraspea y dice que el jurado puede retirarse a deliberar. Son las dos de la tarde. Durante horas, dos docenas de periodistas esperamos aburridos en la puerta del juzgado de Fauquier, en una calle calma y arbolada, en un pueblo calmo y arbolado, en un condado tan calmo y arbolado. La espera es desesperante, pava.

—¿Me podés dar fuego?

Me dice Diana Cummings, la hermana melliza, y yo me impresiono: es la primera vez que hablo con 300 millones de dólares. Después pienso en lo raro que debe resultar ser uno de ellos: saber que cada vez que los miran están viendo su cuenta de banco. Por eso, seguramente, prefieren juntarse entre ellos. La hermana Diana tiene una pollera corta y moretones en los muslos: quizás fuera un caballo, o un amante, o una feliz combinación de ambos. En el pueblo, todos dicen que las dos hermanas son el día y la noche: la hermana Diana es una especie de trilliza de oro, rubia, vivaracha, llena de amigos más o menos íntimos donde Susan es introvertida, huraña, solitaria.

—Y, ¿qué opinás de todo esto?

—No, yo opino muchas cosas, pero me prohibieron que diga nada. No queremos hacer más lío.

Me dice la hermana, tratando de que no se le note el halo verde. La espera recupera su tedio. A las seis, un ujier del tribunal vendrá a decirnos que todavía no han llegado a ninguna decisión, que quién sabe mañana.

—Yo no me siento responsable cuando una de mis pistolas es mal utilizada y de ahí resultan heridas o la muerte de alguien. ¿O vamos a creer que Ford Motors es responsable por la muerte del presidente Kennedy porque cuando lo mataron iba en un ford?

Solía decir, en vida, el señor Samuel Cummings, el papá de Susan, tras cincuenta años de traficar armas a lo grande.

Su historia es un Le Carré mal contado. A fines de los cuarentas había demasiadas armas sin usar perdidas en el mundo, y los muchachos de la CIA decidieron que era un desperdicio. Y, entre otras cosas, contrataron al joven Cummings, 23, fanático de las armas desde

chico, para que simulara ser un productor de Hollywood y comprara armas nazis en Europa y las vendiera, por ejemplo, al ejército de Chiang Kai Shek en Taiwán.

Cummings lo hizo durante cuatro años; después, su espíritu emprendedor americano fue más fuerte, y entendió que el negocio era demasiado bueno como para no aprovecharlo en beneficio propio. En 1953 fundó Interarms, una sociedad que, protegida aún por la CIA, vendía armas a todos los que las quisieran.

Cummings le vendió armas al dictador cubano Batista y, cuando Fidel Castro lo derrocó, le pasó la factura por unos envíos impagos: Castro le pagó, y le siguió comprando. También le vendió a Irán, Sudáfrica, Tailandia, Israel, Libia, China, Malasia, Francia, Inglaterra y muchos más. En 1967 —se jactó alguna vez— llegó a tener 700.000 armas en stock a pocos kilómetros del Pentágono. “En ese momento —dijo— estábamos mejor armados que ellos”.

El negocio siguió dándole cientos de millones hasta hace dos semanas, cuando se murió, en el principado de Mónaco, de un infarto. Dicen que el crimen de Susan aceleró su final. Tenía 71 años. Ahora, su mujer Irma y sus dos hijas, Diana y Susan, heredarán su fortuna de varios miles de millones de dólares.

—No sé cuál será el veredicto, pero sea el que sea, quiero que nadie haga barullo en esta corte. El orden es lo más importante.

Dice ahora, ya miércoles por la mañana, el señor juez, que hoy las va de tío abuelo de John Wayne.

—Señores del jurado, ¿cuál es su veredicto?

Dice, y los miembros del jurado se paran para que su presidente lo lea. Por momentos, todo resulta muy parecido a las películas. Sólo que cualquier guionista mediocre evita cuidadosamente las largas esperas, los discursos interminables, los tiempos muertos. Pero ahora la tensión crispa la sala.

—Declaramos a Susan Cummings culpable de homicidio voluntario en estado de alteración nerviosa. E inocente de uso de arma de fuego para cometer asesinato.

Susan Cummings, la heredera, puede llegar a ir a la cárcel por la

muerte de su amante. El “estado de alteración nerviosa” es un atenuante importante, pero el homicidio voluntario acepta una pena de hasta diez años; ahora, el jurado va a volver a deliberar para ver qué castigo recomienda. Antes, el abogado defensor, Blair Howard, pide que pasen al estrado dos nuevos testigos. Seguramente intenta algún golpe de efecto.

—Quiero invitar a declarar a la madre de la acusada.

Hace meses que no sale el sol en estos campos, pero la señora Irma Cummings y su hija Diana, la hermana melliza de Susan, están muy bien tostadas. La señora Irma debe saber que el tono bronce favorece los brillos de sus joyas: esta mañana luce aros de diamantes y un anillo de oro con una esmeralda del tamaño de un huevito de perro. La señora Irma es como una garza de colección: fina, estirada, con la cara impasible. Tiene conducta: su marido se murió hace diez días, su hija acaba de ser condenada por homicidio, y ella se comporta como si estuviera escuchando a Richard Clayderman. Se necesitan muchos millones para aprender tanto desmayo. O quizás sea una costumbre de cuando su marido el traficante de armas le contaba cómo le había ido en el trabajo:

—Honey, hoy le vendí diez mil ametralladoras a un tal Strudel, Stronzer, Strosner, nunca puedo acordarme. Me dijo que se las mandara cuanto antes, que era urgente.

—¡Oh, darling, eso es fascinante!

Ahora, en el estrado, la señora Irma dice que su hija Susan fue una nena bien educada y agradable, que nunca les dio un disgusto, que nunca tuvo problemas en la escuela, que nunca fue agresiva, que no tenía amiguitos en la escuela, que se fue de casa a los 19, que tenía 22 años cuando tuvo su primer “acto amoroso”, que nunca tuvo novio, que siempre cabalgaba cuando estaban en Francia, en Suiza o en Virginia, que le gustaba quedarse en casa con los animales, que siempre se comunicó muy bien con ellos, que se llevaba muy bien con su papá, que es una chica tan buena.

—Gracias, señora, puede retirarse.

Dice el abogado defensor, y empieza un alegato final:

—Un solo acto, producto de la emoción, no hace de Susan

Cummings una mala persona, que merezca ser aislada de la comunidad… Ella, dicen sus amigos, es como una mascota: nadie podía imaginar que haría algo así, y sin duda no volverá a hacerlo.

La chica debía ser una especie de marginal para sus amigos ricos: una pobre mina que se pagaba un petisero argentino, ni muy presentable ni muy buen polista, pero seguramente un poco salvaje, murmurarían las chicas. De todas maneras, nunca había conseguido mucho más, dirían. Pero de eso no se habla. La tirada del defensor dura varios minutos. La mascota, en su silla, la sigue sin respingos. Después le toca el turno al fiscal:

—Ustedes, señores del jurado, han definido que Susan Cummings mató a Roberto Villegas en el calor de la pasión, sin el deseo deliberado de matar. Pero le tiró cuatro tiros, hasta que se le vació el cargador…

En medio de la acusación la señora Irma debe haberse puesto nerviosa: quiere comerse un caramelo. Así que lo pela despacito, dentro de su cartera, durante dos o tres minutos, para no contrariar las reglas de la corte. Me pregunto si sabrá la verdad. El fiscal dispara sus últimos cartuchos:

—Por eso les pido que no se olviden de Roberto Villegas, que no está entre nosotros porque Susan Cummings perdió la calma. Ustedes, ahora, van a decidir el valor de esa vida perdida, y pueden demostrar que nadie en esta comunidad está por encima de la ley, y que quien la quebrante tiene que pagar el precio de sus actos.

Hace dos horas que el jurado está deliberando y los periodistas, en la calma arbolada, ya no sabemos de qué hablar. Hasta que el ujier viene a buscarnos:

—¡Ya vuelven, ya vuelven!

Los doce entran con sus bolsos y sus termos: después de una semana, están por irse a casa. Es un momento fuerte: de lo que digan estos doce señores y señoras depende la libertad de ese pescado frío que sigue ahí, sentadita en su silla, muy recta, la mirada perdida en una grieta inexistente.

—… ha decidido recomendar que se condene a Susan Cummings a

sesenta días de detención y una multa de 2500 dólares.

En la grada, la viuda del traficante por fin pierde la calma: está llorando de felicidad. El pelo de la madre es una mata de virulana vieja tratada por los mejores peluqueros de París. Después, en el jardín del tribunal, bajo unos arbolitos, ante media docena de cámaras de televisión, Susan Cummings dirá sólo una frase:

—Me siento muy feliz. Le estoy eternamente agradecida al jurado.

Y su abogado, el triunfador de la jornada:

—Estamos absolutamente sorprendidos con la sentencia: de todos los casos de homicidio que tuve en mi vida, ésta es la más baja que he visto.

Casey, el fiscal derrotado, seguirá con su pose de canchero:

—Estoy muy satisfecho de que el jurado se haya pronunciado, y que la justicia haya funcionado otra vez. Ellos la encontraron culpable de homicidio, y no voy a discutir la pena. El jurado es la conciencia de la comunidad y, por su intermedio, la comunidad ha decidido.

Quizás sea cierto, y ese sea el precio de un Villegas. Uno de sus amigos argentinos, Omar Cepeda, está tratando de convencer a su familia de que empiece un juicio civil contra Susan Cummings por muerte dolosa, que le puede costar varios millones de dólares. Aunque unos millones más o menos no le importen mucho: su miedo eran los años de prisión. Un poco más allá, una enfermera argentina que vino todos los días, y que está en juicio contra un hospital que la echó por ser hispana, me dice que la sentencia no la asombra:

—Esto es Virginia: yo ya te lo había dicho. Acá la discriminación es espantosa, y él era pobre y argentino.

Dice, y todo parece demasiado simple.

(1998)

Birmania

LA FIN DEL MUNDO

La chica debe tener 22 años, o quizás 16, los labios muy de rojo carmesí y un extraño polvo de oro sobre las mejillas. La chica habla un inglés aproximado y se ríe tímida ahora, mientras me cuenta que ayer, en esta misma calle, dos mil estudiantes salieron en manifestación por primera vez en mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé, yo no había visto nunca otras.

—¿Y qué hacían?

—Daban vueltas y vueltas, gritaban unos cantos. Estuvieron hasta las 3 de la mañana.

Los paseantes nos miran, tratan de ver qué hacemos o decimos.

—¿Y te parece bien o mal?

—A mí no me parece. Estaban.

Dice, con sus brillos de oro en las mejillas y los ojos bajos, y yo quiero pedirle disculpas aunque no sepa cómo. Se está arriesgando demasiado. Aquí, en Birmania, cualquier charla puede costar muy cara. Los militares cobran. Es complicado hacer de periodista en un país donde cualquiera que te cuente algo se está jugando todo. La cuestión es interesante: ¿hasta dónde preguntar, cómo hacer para saber si el deseo de saber pone en peligro al que te cuenta? Y mi situación tampoco es clara. Birmania no da visas para periodistas: todavía en Bangkok, varios colegas me avisaron que, si me llegan a descubrir hurgando, la puedo pasar mal, y que la mitad de la gente que me cruce van a ser informantes de la policía. Aquí, en Birmania, la vida es sobre todo lo que no se dice, el silencio que se oye en todas partes.

Birmania tiene 670.000 kilómetros cuadrados, 47 millones de habitantes y limita con Tailandia, Laos, China, India y Bangladesh. Hasta 1947, fue una colonia británica, la “arrocera del Imperio”. Ese año, los birmanos aprovecharon el descalabro inglés para independizarse. Los conducía Bogyoke Aung San, que no llegó a ver su triunfo: lo mataron, meses antes, sus aliados políticos en una reunión. Desde entonces se sucedieron distintos gobiernos, mayormente

militares, y todo tipo de guerras entre las diversas etnias que conforman el país. En 1962, el general Ne Win, proclamó la "vía birmana al socialismo". Durante veinticinco años, Birmania fue uno de los países más cerrados y desconocidos del mundo. Ne Win gobernó el país con mano de hierro y variedad de cábalas: gran creyente en las virtudes del número 9, hizo imprimir billetes de 45 y de 90, que todavía circulan.

En 1988, una sucesión de manifestaciones estudiantiles que pedían más libertad irritó al general: el 8 de agosto, sus hombres reprimieron una marcha en las calles de la capital y mataron alrededor de tres mil jóvenes. Poco después, viejo y cansado, Ne Win renunció y nombró a un reemplazante, el general Saw Maung, para que llamara a elecciones. Seis meses antes había entrado en escena la hija de papá.

Aung San Suu Kyi es la hija del padre de la patria, Aung San. Las hijas de los padres fundadores gobernando —democráticamente— el país de papá es el mayor invento asiático de estas décadas, junto con los autos baratos y los condones con escamas. Indira Gandhi en la India, Benazir Bhutto en Pakistán, Begum Khaleda Zia en Bangladesh, Chandrika Bandaranaike en Sri Lanka y Megawati Sukarno como líder de la oposición en Indonesia son algunos ejemplos. Alguien debe haber elaborado sesudas teorías sobre estas herederas de repúblicas. La señora Suu Kyi es, seguramente, la más desafortunada de todas las princesas.

En 1988, la Señora tenía 32 años y, hasta entonces, había llevado una vida tranquila y pasablemente aburrida. Graduada en filosofía y economía en Oxford, funcionaria internacional, casada con un universitario inglés, madre de dos hijos, feliz dentro de un orden, todo cambió cuando su madre moribunda la llamó para que la acompañara en sus últimos momentos. De vuelta en la patria de papá, Suu Kyi se dejó tentar por su destino y aceptó encabezar la oposición democrática. En septiembre de ese año, tras la matanza estudiantil, los militares formaron una nueva junta de gobierno, el SLORC —State Law and Order Restoration Council— y lo celebraron matando a otros mil manifestantes. Una semana después, la Señora y los suyos formaron la National League for Democracy.

La pelea fue desigual. En junio de 1989, el SLORC decretó el arresto domiciliario de Suu Kyi, pero anunció elecciones para mayo del año siguiente: la NLD las ganó con el 82 por ciento de los votos, y la junta decidió desconocerlas. La Señora seguía presa, igual que miles de opositores. En 1991, Aung San Suu Kyi recibió el premio Nobel de la Paz y se transformó en una figura internacional. Birmania ya tenía su heroína. Mientras tanto, en su país, su partido estaba casi inmovilizado, y así siguió hasta 1995, cuando consiguieron la libertad de la Señora, que sólo duró unos meses. En diciembre del año pasado, cuando empezaron las primeras manifestaciones en ocho años, los militares volvieron a encerrarla.

Desde 1991, los generales del SLORC decidieron liberalizar la economía y aceptar inversiones extranjeras. Retomaron el modelo chino: implantar una economía de mercado sin abandonar el control social de los regímenes estalinistas. El resultado suele ser explosivo. Birmania sigue siendo uno de los países más pobres del mundo, con un PBI de 700 dólares por persona, un médico cada 12.000 habitantes y una ingesta calórica muy baja, pero ahora empezaron a llegar las tentaciones extranjeras. Vienen porque, en realidad, en Birmania hay mucha plata, pero es ilegal y la controlan unos pocos: Birmania es la primera productora mundial de heroína.

—Tenés que tener cuidado porque Birmania es un país socialista.

Me dijo, en cuanto llegué, el chofer del taxi ilegal que me trajo del aeropuerto y que, mientras tanto, trataba de comprarme dólares, venderme piedras o presentarme a su tía abuela.

—¿Qué quiere decir un país socialista?

—Que nos tienen agarrados del cuello y no nos dejan hacer negocios. Si hacemos negocios, puede venir la policía y mandarnos a picar piedras.

No es tan cierto. El mercado negro está más que tolerado, y en las calles de la capital pululan fulanos que te ofrecen 160 kyats por dólar: el precio oficial es 6 kyats por cada uno, y los precios resultan sorprendentes. Me siento en la calle a comer con palitos de plástico usados unos fideos fríos con salsa de algún mar antiguo, que la

cocinera manosea un rato para mezclar, antes de servirme. Parece que eso es importante para el gusto. Alguien decía que comer en un restorán lo que sale de cocinas secretas preparado por seres desconocidos es el mayor acto de confianza en el género humano. Comer en estos chiringuitos menjunjes sin siquiera nombre ni origen conocido no es confianza, es entrega: arrésteme sargento y lléveseme el hígado.

La calle hierve. En un zaguán, una madre de 30 peina a su hija de 15 interminablemente, como si no se decidiera a soltarla; tres chicos hacen jueguito con una pelota de mimbre; una mujer con una gran sartén fríe buñuelos con olores y ruidos; dos perros se pelean por la cabeza de un pescado; dos hombres discuten con las manos el precio de una bolsa de arroz; otros tres avanzan, casi doblados bajo el peso de las bolsas de arroz que cargan en el lomo; siete u ocho parecen hacer nada; un chico vende charutos de a uno; una vieja dormita sentada en el suelo, con las piernas en suave flor de loto. La sobrevuelan ejércitos de moscas. Y todo el tiempo pasan vendedores, chicos, perros, una mujer llevando todo su puesto de bananas en equilibrio sobre su cabeza, una nena con dos latas llenas de agua colgando de un palo que parece a punto de quebrarse. Los escupitajos rojos se hacen lluvia: todos mascan betel, la coca asiática, y escupen su saliva. No hay cálculos precisos, pero me parece que a veces un sólo esputo carga cuarto litro de agüita carmesí. Después de un rato termino mis fideos:

—¿Cuánto es?

—27 kyats.

—¿Cómo?

La mujer me vio la cara de sorpresa y empezó a hacer gestos de disculpas y terminó por decirme bueno, 22. Yo traté de pagar lo más rápido posible, no fuera a ser que me bajara más. 27 kyats —13 centavos de dólar— me parecieron poco, pero ella creyó que me di cuenta de que me estaba cobrando demasiado caro. Por supuesto, en Birmania no hay precios fijos para nada.

En realidad, en Birmania no hay —o casi— muchas cosas:

pantalones, autopistas, hipódromos, ascensores —salvo en los grandes hoteles—, pizza, apuro, comida para todos, prensa independiente, aceitunas, tetas —ni las mujeres ni los hombres usan—, pelados, cochecitos de bebé, música en inglés, zapatos, vino, teléfonos públicos, orquesta sinfónica, ambulancias, 65 canales de TV, impermeables, computadoras personales, cuchillos —para comer—, corbatas, minifaldas, bifes, trabajo para todos, debate cultural, embotelladoras de cocacola, cocaína, álbumes de figuritas, medicina prepaga, soda, parlamento elegido, constitución votada, telos, curitas, embotellamientos, límites para la corrupción, vidrieras, estufas, medias —ni las mujeres ni los hombres usan—, y tantas otras cosas.

En cambio, hay muchos nombres para todo. Ahora, la capital se llama Yangón en vez de Rangún; y el país, Myanmar en vez de Birmania: empeñada en la renovación total, la junta cambió todos los nombres de lugares hace nueves años, pero los opositores no los aceptan.

Rangún/Yangón es una ciudad extensa, chata, con unos pocos edificios altos que aparecieron en los últimos años. Se supone que tiene cuatro millones de habitantes: no es seguro, porque hace veinte años que nadie los cuenta. Las avenidas están llenas de pocos coches y muchos colectivos semienterrados bajo montañas de cuerpos pasajeros y todos tocan todo el tiempo las bocinas para simular que son más, porque al lado de cualquier capital asiática, Rangún es algo así como la nursery del hospital del Vaticano.

Las casas tienen una gran pieza abierta sobre la calle: allí, sus habitantes comen, trabajan, comercian, charlan o incluso duermen. Las casas birmanas son el sueño de cualquier voyeur. En muchas se ven televisores: suelen ser chinos, nuevos, grandes, de 181 canales y clavados en el único posible. La tele transmite cuatro horas por día: cantidad de cantantes birmanas muy vestidas, sin un centímetro de piel, rodeadas de coches lujosos, hoteles brillosos y hombres con pantalones, y un largo noticiero donde un locutor lee sin despegar los ojos de la hoja, con gesto de esfuerzo, como quien se puso los anteojos de su prima; de tanto en tanto aparecen imágenes de generales sentados detrás de una mesa larga. Birmania es el lugar perfecto para

no enterarse de absolutamente nada: una de las pocas burbujas que en el mundo quedan. A una cuadra de mi hotel, en una de las avenidas principales, un viejo vende revistas viejas y, si uno pone cara de iniciado, saca de bajo la pila de popular mechanics un diario de Bangkok viejo de una semana. Es maná, fresh news, y me quiere cobrar una fortuna: algo así como 34 centavos de dólar. En un lugar así, la diferencia oriental-occidental empieza a tener sentido y va quedando claro que las diferencias entre un francés y un argentino son, a primera vista, secundarias.

Aquí nadie se apura mucho. Todavía no compraron el espíritu capitalista que hace trabajar como sapos a todos sus vecinos; en Birmania, los negocios cierran cuatro horas antes que en cualquier otro país de Asia, el ritmo de los trabajos es tranquilo y las calles están llenas de bares con unas mesitas de 20 centímetros de alto con banquitos de 10, donde todos toman interminablemente té con leche. Cualquiera diría que la principal actividad del birmano medio es ingerir su té con leche. Muchos de ellos son empleados públicos. De hecho, un par de veces entré en oficinas y estaban vacías. Les pagan entre 10 y 20 dólares por mes, así que se pasan el día en los barcitos, acechando negocios y cometas.

Hacia el fin de la tarde se les suman los otros: casi todo el mundo toma su té en la calle o en la puerta de su casa o choza, tras un baño en el patio, la vereda o el río más cercanos. El aire refresca, se oyen cantos antiguos y tachín de las radios. Los birmanos se jactan de tener un cierto arte de vivir pero, en estos días, un fantasma recorre la ciudad. En voz baja, con miradas furtivas, circulan los rumores:

—Ayer se juntaron los estudiantes cerca de Sule Pagoda.

—No, fue en la puerta de la universidad. Y llegó la policía y hubo un muerto.

—No, estuvieron en Shwedagon Pagoda, porque ahí no puede entrar la policía.

Nadie consigue, nunca, verlos, pero siempre hay quien dice que los vio.

—Hay graves problemas en la tierra de Birmania.

Me dijo, con la voz más grave que pudo, un jovencito que se me acercó en el mercado. El chico tenía una mirada despierta y buena cara. Consiguió que me parara, hizo su pausa dramática, y se lanzó:

—En esta tierra, el 96 por ciento de sus pobres criaturas no son creyentes. Sólo el 4 por ciento hemos alcanzado la gracia del Señor. Pero yo sé que podemos repararlo. Yo he tenido una visión, donde el Señor me dijo que…

Supongo que no le habría hecho caso, de no ser porque estaba yendo a la Casa de los Pobres de las carmelitas descalzas, a ver a Ignacia y a Josefa:

—Si nos fuéramos de aquí, qué haríamos. Ahora dicen que en España también hay pobres, pero yo creo que los pobres más pobres de allí son ricos como los ricos de aquí. Si todos tienen casa, televisión, comida…

Las hermanas Ignacia y Josefa son españolas, franciscanas, y hace casi cincuenta años que llegaron a Birmania. Durante veinte, atendieron un leprosario en Mandalay, pero el gobierno lo expropió en 1966 y las hermanas se vinieron a Rangún, a este convento. La hermana Ignacia es chiquitita y arrugada, ojitos astutos: una especie de Madre Teresa que no se hizo famosa, y dice que ahora todo es más difícil porque el gobierno está muy aliado con los monjes budistas y que usa mucho la religión para su propaganda.

—¿No vio usted on the TV ces jours, van et van con el diente de Buda? La grande pagoda la han construir, golden, para su diente.

La hermana Ignacia está en una silla de ruedas: mezcla inglés, francés y castellano, con buen acento vasco, y me cuenta que está indignada porque se han gastado millones en esa pagoda y que hicieron un agujero en el suelo, lo llenaron de joyas donadas y lo cerraron a cal y canto. Es cierto que la llegada del diente desde China es el gran evento de estos días:

—Everything for esa mauvaise diente peregrina.

Dice, y se ríe, y me pregunta cómo puede ser que el pobre Buda tuviera un diente de ese tamaño —grande como un dedo, me muestra, con el dedo:

—A ver si nosotras vamos a creernos esas cosas.

Dice la hermana Josefa, y las dos se ríen con sonrisas muy claras. Josefa es un poco más joven, tiene cejas potentes, las manos como piedras y una mirada entre la ingenuidad y el éxtasis. Las hermanas me han invitado con algo fresco y hablan, se cuentan entre ellas historias que vivieron juntas y que ya se han contado tantas veces. Y después me cuentan que escuchan cada noche a las 8 la BBC en birmano, que es la única forma de saber qué pasa, y que tienen muchos problemas para ir al leprosario de Rangún, a 30 kilómetros, en una zona donde están construyendo la carretera nueva a Mandalay, prohibida para los extranjeros:

—No sé si van a finir con esa highway algún jour. Avec esos mozos, pobrecitos.

—Pobrecitos. Criaturas del Señor. Con esas cadenas en los tobillos, que se ve que les hacen tanto daño, y trabajando allí tantas horas, al pleno rayo.

—Cuando nous allons, nosotras toujours stop y les damos cigarrettes y cookies, pobre almas.

Dice la hermana Ignacia, con un suspiro y las manos juntas sobre el regazo inerte: sabe que está hablando de lo que no debiera, y le brillan los ojitos mientras pone su mejor cara de resignación cristiana. Organizaciones de derechos humanos aseguran que en Birmania las obras públicas se hacen con trabajo forzado de los presos, pero hay muy pocos que los hayan visto, porque siempre suceden en las zonas prohibidas. Cuando los organismos internacionales le reprochan esas conductas, el SLORC suele contestar con un argumento regional. Fue Mahathir, el primer ministro de Malasia, el que dijo que la idea de "derechos humanos" es occidental y que en Asia la cuestión era distinta.

Miguel Rovira, periodista español en Bangkok, me contaba que una vez le preguntó a Norodom Sihanouk, rey de Camboya, qué pensaba sobre esa respuesta y el viejo rey le pellizcó un brazo:

—¿Le dolió?

—Sí, claro.

—A los asiáticos nos duele igual que a ustedes.

La oficina de teléfonos de Rangún es un viejo edificio colonial con las paredes interiores pintadas de azul, grandes ventiladores lentos en el techo y la luz vacilante de pocas lamparitas. Es probable que Birmania sea uno de los escasísimos países —sino el único— que mantiene algunas tradiciones del estalinismo: las enormes oficinas polvorientas, casi vacías, donde se acumulan pilas de expedientes que nadie leerá; los murales donde un pueblo feliz avanza radiante hacia el futuro venturoso; la represión política y la ley del silencio; las escuelas muy pintadas; los trabajos forzados; la nomenklatura superexclusiva y los chantajes morales.

En el gran salón destartalado hay dieciséis escritorios enormes, vacíos con catorce empleados que comen, charlan, duermen, y cuatro o cinco teléfonos con disco para tratar de llamar a una central, de donde los comunican con el resto del mundo. Conseguir una llamada puede tardar horas, y no te dejan hablar más de tres minutos. En la cola nadie conversaba. Alguien me había dicho que todos los empleados de la telefónica eran botones, y puede que sea cierto. Nadie conversaba, hasta que una chica me dijo que yo era muy lindo. Yo la había estado mirando un rato largo: la chica tenía el pelo renegrido, la sonrisa perfecta y una mirada rara, que no podía entender. La chica era bellísima, parecía pobre y hablaba algún inglés:

—Sos tan guapo.

Me dijo otra vez. Yo no me creo esas cosas, pero me puse un poco nervioso y le dije que ella sí que era linda y ella me dijo que no, que ella era triste.

—Triste, soy, mucho, porque no puedo ni hablar con mi soldado.

Me dijo la chica, y me empezó a contar una larga historia donde ella se enamoraba de un vecino y sus padres se oponían porque él era de religión hindú, de origen indio. En Birmania, los indios de vez en cuando pasan a ser fucking indians, y sus padres no querían mezclarse. Así que ellos empezaron a verse en secreto, se juraron amor eterno y se besaron.

—Nos besamos, nos besamos mucho.

Dijo la chica, y el mucho sonó fuerte. En Birmania, la moral sexual

parece bastante estricta. En los días que llevo aquí no he visto un beso, una caricia, y las parejas se casan muy jóvenes. La ropa es tan sexy como una lata de leche condensada y los cuerpos siempre parecen estar en otra parte. La chica estaba vestida de birmana, con pollera larga de colores y una blusa rosita con bordados. La confusión de su mirada se iba precisando: era una mezcla rara de timidez y de provocación.

—Mucho, mucho. Yo más amor después todavía, y él también.

Siguieron, dijo ella, viéndose a escondidas hasta que, "dos meses y catorce días" atrás, a él lo vinieron a buscar para llevárselo al ejército. La chica me dijo que quizás fueron sus padres los que hablaron con algún militar para que se lo llevara, y que la despedida fue espantosa.

—Yo amor por mi soldado, pero vos muy muy lindo.

Me dijo. Yo dejé de hacerme esas ilusiones hace mucho, pero siempre es curioso de oír. Quizás en este país ser blanco borre ser decadente y tan pelado. La chica me miró ya sin ninguna timidez. Los labios le caían hacia abajo, ligeramente desdeñosos.

—Si yo te gusto a vos, dame regalo.

Quería, me dijo, plata para hablar con su soldado. Su soldado estaba en el sur, custodiando un gasoducto. Una vez por semana, me dijo ella, él podía salir e ir a un lugar —un hotelito, parecía, una fonda— donde ella lo podía llamar, dijo. Y hoy era el día y ella no tenía plata y quizás yo podía darle.

—Un regalo chico para vos, muy grande para mí. Vos también muy grande y lindo para mí.

Me dijo, con los ojos cada vez más desbocados, y me dijo que se llamaba Mai y tenía 18 años. También tenía los labios bien pintados, anillitos baratos en los dedos, sandalias como todas, las uñas pintadas de rojo medio rotas. Ahora sus pies jugaban uno con otro, sandalias en el suelo.

—Me das regalo y después seguro nos vemos otra vez, ojalá…

Me dijo. Al fondo se oían los gritos de los que trataban de hablar por teléfono; a esta altura, los ojos de Mai eran un puro desafío; de reojo, yo veía que algunos me miraban con sorna. Envidia, me decía, celos del extranjero. Le di los 100 kyats, me dio un poco de vergüenza;

justo entonces llegó mi llamado y me metí en la cabina. Cuando salí, Mai no estaba. Después me pareció que había entendido. Al día siguiente volví a la oficina —no sé si por volver a verla o para tratar de descubrir que mis sospechas no eran ciertas. Cuando llegué, ahí estaba Mai hablando con un australiano que la miraba medio bobo. Mai todavía tenía la mirada tímida: recién le debía estar contando como fue que conoció a su soldado.

Dentro de seis mil años, cuando estas tierras se llenen de psicólogas, alguna va a tener que explicar por qué los birmanos son incapaces de ver una colina sin correr a ponerle encima una pagoda. Birmania es enconadamente budista y pagodera, y el gobierno lo aprovecha. Pero las pagodas también pueden ser refugio para los disidentes. Se supone que la policía no puede violarlas: se supone, hasta que va y las viola.

Todo budista tiene que ser monje alguna vez en la vida. Se ordenan para siempre o por unos días. Pueden entrar o salir cuando quieren. Algunos se jubilan haciéndose monjes.

—Un monje es un birmano deprimido.

Me dice, esta mañana, en Shwedagon Pagoda, un monje con muy buen inglés, que supo ser ingeniero. Yo había llegado siguiendo una procesión de chicos de colegio que llevaba elefantes de madera, tambores y platillos, encabezada por dos travestis que bailaban de lo más sensuales. A la entrada había carteles excesivos: “Por favor, sáquese los zapatos para preservar nuestra cultura. Muchas gracias”.

En Shwedagon Pagoda viven las cucarachas más grandes del planeta. Las cucas de Shwedagon son grandes como mi dedo medio: quizás sean producto de la maquinación de un sabio loco, o el designio de un dios muy aburrido. Ahora, dos o tres cuervos se disputan una gran cucaracha con gritos asesinos; a mi lado, una mujer los mira y baja la cabeza, como si hubiera entendido algo. Seguramente los templos sirven para eso: para que las cosas más nimias, ahí adentro, signifiquen algo. Un cuervo sale volando con la cuca pataleándole el pico. Aquí, en Shwedagon, todos vamos descalzos y venimos para entender algo: aunque sea, que no entendemos nada. Shwedagon es la mayor pagoda de Birmania. En realidad no es un

templo sino muchos: treinta o cuarenta, organizados alrededor de una enorme estupa, una torre con forma de campana de 98 metros de alto, recubierta de oro.

En uno de los templos hay una gran televisión con la imagen de Buda congelada; al lado, en otro, una mujer le lava la cara a una estatua de mármol como cinco minutos; más allá, un hombre riega un árbol con tacitas de agua. El aire huele al aceite que se quema, y los jazmines. Se oyen campanas, cantos encantatorios y los cuervos. Miles de personas caminan, rezan, compran, venden, escupen, meditan, comen, fuman. Un hombre de aspecto más que pío mira con algún detenimiento las posaderas de las señoras que, delante de él, se inclinan para orar. Otro me para y me pregunta, como todos, si soy alemán. Algún día, si consigo la plata, voy a encargarle a Pitanguy que me haga reencarnar en un lapón. Pero el tipo tiene una cara tan despejada, tan buena sonrisa que le pregunto qué le pasa:

—Es que acabo de adorar a Buda.

El tipo parece de 30 y buen dinero en algún lado, y quiere hacerme feliz a toda costa:

—El que adora a Buda lo consigue. Yo vengo todas las mañanas, le traigo sus flores, sus velas…

—¿Y le pedís algo?

—Yo le doy sus flores, sus velas, y él me ayuda. Él, y muchos nats, los espíritus, me ayudan.

—¿Qué le pedís?

—La paz y la alegría para mi alma.

—¿Y algo material?

Le digo, y el tipo se sonríe más, muestra todos los dientes, y se calla. Por un segundo, su mirada fue pícara, pero enseguida le volvió la paz divina.

—Si medito suficiente, si alejo de mí la codicia y el interés, cuando me muera voy a tener una buena reencarnación.

El tipo me cuenta que vende rubíes, zafiros y esmeraldas, así que tiene que tener cuidado:

—Si me dejo atrapar por la codicia, puedo ser un animal en mi próxima vida.

Me dice, y la mirada se le pierde, turbia. Me lo imagino cucaracha o cuervo, y tiemblo por su futuro. Justo entonces empieza a llover. Son sólo unas cuantas gotas, y ninguna mayor que una pelota de tenis, pero mojan bien. De los estudiantes, ni noticias.

—Yo tengo mi negocio y funciona, y vivo bien. Los que no se meten en política pueden vivir bien.

—¿Y usted se mete en política?

—No, yo no. Yo soy el presidente de la comunidad judía, no puedo meterme en líos. Yo soy el presidente, tengo que estar bien con todos.

Moshe Samuel tiene 44 años y, a primera vista, parece tan birmano como todos. Pero sus abuelos eran judíos iraquíes, vivían en Inglaterra y, hace sesenta años, vinieron a instalarse en Rangún. En esos días, la comunidad judía era importante: unos tres mil, casi todos sefardíes, que habían ido llegando con los ingleses, desde mediados del siglo pasado. Pero en 1962, cuando el gobierno nacionalizó industria y comercio, la mayoría se fue. Ahora son ocho familias, repartidas por todo el país.

—No tenemos rabí, y sólo podemos hacer las ceremonias en las grandes fiestas, Rosh Hashaná, Yom Kippur.

Dice Samuel, mientras me muestra su sinagoga, construida en 1883. Para las fiestas vienen los diplomáticos israelíes, porque Israel tiene buenas relaciones con Birmania, y una serie de negocios que nadie quiere contarme.

—Y también invito a mis vecinos, budistas, musulmanes, hindúes. Yo quiero llevarme bien con todos.

Dice Samuel, y me cuenta que vive de alquilar vajilla y muebles para fiestas, y que varios de los negocios vecinos pertenecen a la sinagoga, que él se los alquila y también les deja sacar agua o venir a lavarse. Todo parece casi bien, pero Samuel tiene un problema grave:

—Ahora estoy desesperado, porque me quieren cerrar el cementerio.

El cementerio judío —y el musulmán y el cristiano— ocupaban unas parcelas de tierra en pleno centro de Rangún. Ahora, el gobierno les dijo a las comunidades que tenían que dejar de usarlos y les dio tierras a 25 kilómetros de la ciudad. Samuel está desolado, indignado:

—Imaginesé: acá cuando se entierra a alguien van todos, cantidad de gente al cementerio. Cuando me entierren a mí podrían ir todos mis vecinos, todo el barrio, porque a mí me conoce todo el barrio. Pero a ese cementerio tan lejos no va a ir nadie. Me van a enterrar solo como un perro.

Y, además, Samuel sospecha que pronto el gobierno lo va a obligar a llevarse a sus muertos del viejo cementerio. Sus padres están ahí, y la idea lo aterra:

—Mis padres tenían muchos contactos con los generales, podrían haber hecho algo. A mí también me conocen, pero no me hacen caso. Quieren esa tierra.

Así que ahora, Samuel está buscando apoyos y donaciones en el mundo para guardar su cementerio o, en última instancia, edificar el nuevo. Casi sin querer, tiene una causa:

—Yo en eso no me meto, ya le dije, pero si hubiera otro gobierno creo que me escucharían y me dejarían conservar mi cementerio.

—¿Y va a haber otro gobierno?

—Eso sólo Dios lo sabe.

Es jueves. Al final, Samuel me dice que al día siguiente, si no tengo nada mejor que hacer, vaya a verlo para el sabbat, a la caída de la tarde.

—Pero sólo si no tenés nada mejor que hacer. Si no, no te preocupes. Yo voy a estar acá.

Yo supongo que voy a ir, porque Samuel es una perfecta idishe mame. Mientras, esa tarde, fui a ver su cementerio. Eran doscientas o trescientas tumbas entre malezas, y Samuel estaba dispuesto a pasarse la vida peleando por ellas. Doscientas o trescientas tumbas en medio de un barrio pobre donde se estaba construyendo mucho, y una nena bellísima, hija de los guardianes, que corría y se escondía detrás de las lápidas cada vez que le pedía que me dejara sacarle una foto. Creo que nunca rogué tanto nada, y ella moría de placer cada vez que me decía que no: le brillaban los ojos y se le armaba una sonrisa aterradora.

Alguna vez me tenía que pasar, y fue bueno que fuera con Birmania: debutamos juntos. Fue mi primer desfile de modas, y el primero de la

historia del país. El salón del hotel Yuzana Garden estaba lleno de jóvenes un poco ansiosos, listos para inaugurar. Las luces de colores hacían un solo efecto y la música era el tema de *Misión Imposible*: un argentino triunfando en Rangún. Para muchos, el chiste era ver desfilar a los amigos.

—Aquí estamos todos, la crema de la crema.

Me decía un joven con pantalones de cuero y una camisa con todos los colores. Debía ser cierto: la entrada costaba 4000 kyats —25 dólares, un buen sueldo—, y la velada estaba organizada por Living Colors, la boutique de moda, propiedad de un hijo del general Khin Nyunt, ministro del Interior. Afuera había una docena de motos tremebundas y cantidad de coches japoneses. En Birmania, los coches son japoneses, los rascacielos singapúreos, los gasoductos franceses, las chucherías chinas, las falsificaciones tailandesas y la heroína bien criolla.

La ropa era importada de Hong Kong. Las birmanitas desfilaban con el pelo muy suelto: la clave del erotismo birmano está en esos larguísimos pelos renegridos, vivos, golpeando sobre nalgas en sedas de colores. Las birmanitas amagaban tímidos movimientos de la pelvis que despertaban risas nerviosas en el público. Eran las primeras polleras cortas que veía en muchos días, y me resultaron de lo más excitantes. Algún día alguien va a hacer un estudio de nuestro siglo como la civilización que cortó la pollera, y va a entender casi todo.

—Ahora sí podemos ser como los jóvenes del mundo.

—Pero siempre muy birmanos.

—Por supuesto. Si no, qué va a decir Maung.

Dijo uno, y los cuatro o cinco que ya se habían juntado alrededor se rieron pero miraron para los costados. En medio de pantalones y polleras, Maung llegaba con su longhi violeta refulgente y una camisa blanca limzul con gemelos de oro. El longhi es la tela enrollada a la cintura que todos los birmanos usan, pero lo bueno era el rubí que le cerraba la camisa:

—Las tradiciones son lo más importante. Tenemos que mantener nuestro agudo sentido del patriotismo y preservar nuestra cultura nacional, aun en medio del desarrollo.

Dijo Maung, y dijo que era de la Usda —Union Solidarity and Development Association— el seudopartido que apoya a la junta militar. Entre las obligaciones de sus miembros está la de "denunciar a las personas sin escrúpulos que amenazan la soberanía nacional, y apoyar a las fuerzas de policía encargadas de mantener el orden y la emergencia de una nación próspera y moderna".

Después del desfile vino el baile. Los chicos ricos usaban mucho oro, que brillaba bajo las luces de colores. Las parejas bailaban sin tocarse ni un poco. Sentado en un costado, Richie, de unos 30, es un empresario de Singapur de origen indio. Singapur es la principal inversora en Birmania, y Richie me dice que el desfile les salió más o menos, como casi todo, pero que es bueno que lo intenten. Le pregunto si es difícil hacer negocios en Birmania.

—Según. Ahora se puede, pero si esto sigue así, se van a arruinar: importan cantidad y no exportan casi nada. Pero la cuestión depende mucho de la política. Puede ir bien o mal.

—¿Cómo?

—Si viene la Señora, arruina todo.

—¿Por qué?

—Ella tiene muy buenas intenciones pero no sabe cómo funciona el poder, nunca lo tuvo. Y los que vengan con ella van a querer resarcirse de estos treinta años, y van a pedirnos fortunas para cada negocio.

Las coimas suelen ser del 5 por ciento. Pero los inversores extranjeros dicen que, como hay orden, uno sabe a quién hay que sobornar y que, una vez que el funcionario adecuado pone el sello, nadie discute más nada, y que así sí se puede hacer negocios, no como en otros países de la zona.

—Seguramente con la Señora va a venir mucha inversión extranjera, pero se van a agudizar las diferencias entre pobres y ricos, y la gente va a sufrir. Y además, el país se va a romper en mil pedazos: van a estallar todas las peleas entre las etnias, y va a ser el caos.

—¿Y con los generales es mejor?

—Con los generales uno sabe quién manda, y eso siempre ayuda, para los negocios.

Hay mucho ruido: es difícil charlar. The Emperors, el grupo que más suena, ya está atacando con su gran éxito: la versión birmana de "Hotel California".

Yo seguía sin poder verlos, pero la tarde siguiente pude oírlos. Estaba sentado tomando un té en la calle cuando se oyeron gritos acompasados y varios parroquianos se levantaron de golpe y corrieron hacia la esquina. Yo los seguí, pero cuando llegamos ya no quedaba nadie. Tres o cuatro minutos después llegó un camión de soldaditos: eran como cincuenta, muy flacos, jovencitos, vestidos de azul con uniformes viejos. Nos volvimos a las mesitas en la calle y los locales comentaban cosas en voz baja. Pregunté, pero nadie quiso decirme nada. A la noche, otra gente me comentó que los había oído en lugares muy distantes. La ciudad estaba ligeramente exasperada.

A la madrugada siguiente, cuando iba al aeropuerto para volar a Mandalay, muchas calles estaban cortadas por patrullas de soldados, y no era fácil llegar. En un cruce de avenidas el taxi se paró y, en la media luz del alba, vi docenas de cuerpos tirados en el suelo, boca arriba: tuve un escalofrío. Tardé un momento en darme cuenta de que eran soldados durmiendo, con sus armas apoyadas en el pecho.

Mandalay es la segunda ciudad de Birmania, chata, calma, con un fuertepalacio gigantesco, ochenta monasterios, tres edificios altos, cientos de casitas y miles de chozas. En dos de sus esquinas más escogidas están los únicos semáforos con cuenta regresiva digital que he visto en el mundo; en una callecita lateral, dos chicos de 10 ponen sus gallos a pelearse, y una docena de chicos de 6 o 7 los alientan, gritan, se carcajean frenéticos.

Son las siete de la mañana y las calles están llenas de gente. Hace sólo 30 grados, así que algunos ostentosos aprovechan el momento para ponerse la campera de cuero o de nylon brilloso. Como cada mañana, los monjes budistas salen con sus túnicas naranjas, sus pies descalzos y su vasija de pedir, a que les den su puñado de arroz —que suele tener algo más que arroz. La población los alimenta, y ellos rezan por todos.

En cada cuadra uno o dos árboles, los más grandes, tienen colgado

del tronco un altarcito con agua, flores y comida, para que los espíritus no se pongan nerviosos. El taller está en una casita sin pintar. Las paredes del taller son de bambú y la luz entra a cuadritos. En el taller, tres hombres morrocotudos le pegan con una maza de cuatro kilos, seis horas seguidas, a un paquete de 700 hojas de oro, para reducirlas a su expresión más delgada. Las hojas sirven para cubrir Budas y otras divinidades. Les pagan 200 kyats —1,20 dólares— por día, y el más joven todavía tiene el humor suficiente como para gritar música, música, porque el ritmo de las mazas cuando caen es una música pesada, encantatoria.

Cuando salgo, a las pocas cuadras me para una barrera. El tren pasa despacio. En el estribo del último vagón hay soldados muy armados: el vagón tiene las ventanas clausuradas por unas tablas. Detrás de las tablas, agarrados a las tablas con dedos retorcidos, cinco hombres miran con ojos desesperados. La estación está a dos cuadras. Corro. Cuando llego, los hombres del último vagón se están bajando, entre doce soldados. Tienen cadenas en los pies y miran para abajo, como si alrededor no hubiera nada. Un vendedor de cigarrillos me dice que son presos, que los traen del norte. Cuando pregunto por qué están presos, el vendedor mira para otro lado. La estación está llena de gente que come, duerme, espera.

—Yo te vi cómo los mirabas.

Me dijo el tipo, como a una cuadra de la estación, cuando me fui: era obvio que me había seguido. El tipo debía tener unos 35 y era igual a otros cien mil. Aunque su reloj era demasiado dorado.

—Te invito a un té.

El tipo tenía grandes chances de ser un policía. Yo seguí caminando y él insistió:

—Un té, diez minutos. Quiero hablar con vos.

Quizás me agarró con las defensas bajas, o ya harto del silencio, o con más ganas de saber. No tendría que haberle hecho caso, pero fui. Nos sentamos en dos banquitos bajos de una vereda de té.

—Yo creo que tendrías que ir a la casa de los hermanos Moustache.

—¿Qué?

Entonces el tipo me contó la historia: el 4 de enero de 1996, la

Señora organizó un encuentro en el jardín de su casa para celebrar el día de la Independencia que consiguió su papá. Fueron dos mil o tres mil personas y hubo discursos. En el medio, la actuación de Par Par Lay, uno de los hermanos Moustache. Los hermanos Moustache son actores desde hace treinta años, su familia ha hecho comedia y danza birmanas por varias generaciones. Par contó un chiste. Dijo que él era médico y que un general con muchas estrellas iba a visitarlo.

—Doctor, estoy desesperado. Tengo un dolor de cabeza terrible. Ya no como, no duermo, no puedo hacer nada. Tiene que hacer algo.

—A ver, vamos a revisarlo. Aquí tengo una computadora modernísima, recién llegada de China. Se la voy a conectar a la cabeza, a ver qué tiene.

Entonces Par contó que él —el médico— la calibró, miró las cifras, volvió a mirarlas, y le dijo al general paciente:

—Señor, su caso es grave.

—¿Qué tengo, doctor, qué tengo?

—Nada. Adentro de la cabeza usted no tiene nada.

La carcajada fue general, y los aplausos. Dos días después, Par volvió a Mandalay. Esa misma noche, treinta policías de civil se presentaron en su casa y se lo llevaron. Al día siguiente, en la cárcel de Mandalay, Par se encontró con otros doce miembros de su troupe. Su detención hizo mucho ruido en la prensa inglesa y americana.

Varios de ellos fueron liberados en las semanas siguientes, pero Par siguió preso. Su mujer iba a verlo casi todos los días. Un martes le dijeron que su esposo ya no estaba ahí.

La familia se aterró. Tras un par de días consiguieron sobornar a un oficial que les dijo que lo habían trasladado a Myitkyina, en el norte del país. Después, el mismo oficial les dijo que estaba en un campo de trabajos forzados, picando piedras. En marzo, un tribunal lo sentenció a siete años de prisión y ahí está, todavía, porque creyó que en Birmania ya se podía hablar.

En Birmania hay varios miles de presos políticos, nunca se sabe cuántos, porque nadie da datos. Con los enfermos de sida son más drásticos: parece que los ejecutan con una inyección. El tipo terminó

de contarme la historia y llamó a uno de los catorce mozos para pagarle 20 kyats. Su anillo también tenía demasiado oro, y un rubí. Me alivió que se fuera. Quizás era de la policía, quizás no. A los represores a veces les gusta que se sepa lo que hacen, para asustar a los que sea necesario.

La casa de los Moustache es un gran taller donde su familia hace máscaras, marionetas, instrumentos de música. Lu Maw, el hermano que queda, tiene grandes bigotes y es actor por los cuatro costados: le gusta declamar, jugar con sus gestos, sorprender a su auditorio. Durante un par de horas me habló sobre las danzas y comedias birmanas y después me invitó a que fuera a ver su show, esa noche. Antes, me dijo, hacían giras por los pueblos, pero ahora preferían trabajar para los turistas.

El show era un despliegue de máscaras y movimientos delicados. Había siete u ocho bailarines que cambiaban de trajes y personalidades, y yo era el único espectador. Moría de vergüenza. Después supe que los guías oficiales los habían borrado de sus itinerarios, y ya no iba casi nadie. Cuando terminó, le pregunté a Lu Maw si su hermano Par Par no actuaba con él.

—Sí, actuaba.

Me dijo, y hubo un silencio largo.

—Ahora está preso, como vos sabés.

Me dijo, y se quedó otra vez callado, como quien quiere hablar con su silencio. Después se atusó los bigotes y señaló los míos.

—Vos también podrías ser un hermano Moustache.

Mandalay es un centro importante en la distribución de la heroína. Ahí se cruzan las rutas que vienen de la China y la India, las nuevas bocas de salida ahora que Tailandia está más controlada. No se ve droga en la calle, ni gente ofreciéndola, y las penas cuando agarran a uno son tremendas. Suele pasar: los productores tratan de que el consumo no les complique la situación en sus países. Les conviene mantenerlos limpios.

Yo quería ir a Kentung. Kentung es una ciudad chica, famosa por su mercado de búfalos de agua y por su situación en el Triángulo de Oro,

una región montañosa selvática repartida entre Birmania, Laos y Tailandia que es el centro mundial de producción de heroína. Pero cada vez que iba al aeropuerto, el empleado me decía que habían cancelado el vuelo.

—Bueno, quizás haya la semana próxima, o la otra. ¿Quién sabe, no, quién puede saberlo?

Me decía, y se reía suavito. Por tierra no había acceso, y tuve que resignarme. Cerca de Kentung estaba, hasta el año pasado, el cuartel general de Khun Sa.

Khun Sa es un mestizo de chino y birmana que empezó en 1962, a sus 27, con una pequeña milicia que peleaba para el gobierno central contra rebeldes locales. Rangún no tenía con qué pagarle así que, para compensar sus servicios, no intervinieron cuando Khun Sa empezó producir opio y a contrabandearlo a través de la frontera con Tailandia. El hombre era ambicioso y eficaz: treinta años después, controlaba la mitad del negocio y tenía un ejército de 20.000 hombres que, supuestamente, peleaban por la independencia de su etnia, los Shan. Khun Sa era el Escobar del Asia, el gran enemigo de la DEA.

Casi todos los productores de opio tienen excusas nacionalistas, y ejércitos privados. En sus tierras no entraba nadie, y estaban en guerra constante contra el poder central. Lo curioso es que, si no hubiera sido por el opio, muchas de estas etnias habrían desaparecido en esos años. Hasta que, últimamente, el SLORC hizo las paces con casi todos ellos, a cambio de una participación importante en las ganancias. La paz trajo prosperidad: la producción está aumentando 10 por ciento por año.

En esas tierras se cultiva el 60 por ciento del opio del mundo: la mayoría se transforma, ahí mismo, en heroína. Diez kilos de opio producen uno de heroína: son unas 2500 toneladas anuales de opio que, una vez procesadas, valen alrededor de 30.000 millones de dólares.

A principios de 1996, Khun Sa también pactó. Dispersó su ejército, entregó sus cuarteles y, a cambio, ahora vive tranquilo en Rangún, donde maneja sus negocios y juega al golf con los militares del SLORC. En Birmania, el golf se está poniendo muy de moda entre los

generales del gobierno.

Por eso Clinton y la administración americana condenan al SLORC siempre que pueden. Hace unos meses, en Bangkok, Clinton dijo que se necesitaba "un verdadero diálogo político en Birmania, para dar una batalla real contra el crimen, la corrupción y los narcóticos y lograr un gobierno más aceptable para su pueblo", y alabó a "los valientes reformistas conducidos por Aung San Suu Kyi". Por eso, entre otras cosas, los americanos apoyan tanto a la Señora, que les aseguró que, si llega a ser gobierno, va a limpiarlo todo.

—Sin el dinero de la droga, la economía birmana se derrumba. Si la Señora quisiera limpiar eso —lo que le piden los americanos— el país sería casi inviable. O sea que la democracia es imposible.

Me había dicho Richie, el empresario de Singapur.

—Los militares del SLORC usan la plata de la heroína para sus cuestiones personales y para comprar más armas. Si la usaran para el país, ahora Birmania sería como Singapur o Hong Kong.

Escribió, en un diario de Bangkok, un seguidor de la Señora.

Cuando volví a Rangún el gobierno acababa de cerrar las facultades y mandar a los estudiantes del interior, que viven en residencias universitarias, de vuelta a sus lugares. Los metían en los ómnibus con custodia militar y los despachaban. La radio, la tele y los diarios no decían nada. Muchas calles estaban cortadas, algunas pagodas —que pueden servir de refugio— estaban cerradas, y los soldados daban vueltas por la ciudad en sus camiones chinos. Frente a los edificios oficiales había tanques chinos con sus dotaciones y los motores prendidos. En el hall del hotel corrían los rumores: que hubo muchos detenidos cerca de Shwedagon Pagoda, que están llegando soldados desde el norte, que un soldado mató de un tiro a un capitán en un puesto del suburbio, que se cayó un avión con varios cantantes a bordo en el sur del país. Los pocos extranjeros nos cruzamos en dos o tres lugares y nos contamos lo que hemos escuchado por ahí, sabiendo que todo es posible y nada seguro. Uno me dice que dos días atrás echaron a cuatro periodistas australianos que habían venido sin visa. Yo miro para arriba. La ciudad sigue llena de fantasmas, y hace cada

vez más calor. Parece como si sólo esperáramos la explosión final.

Al día siguiente, en la puerta de la facultad de medicina hay unos pocos estudiantes y algunos profesores que les dicen que no saben hasta cuándo durará el cierre. Los soldados miran cincuenta metros más allá.

—Pueden ser tres días, una semana, un mes. Nadie nos dice nada.

Me acerco a una chica y le pregunto qué pasa.

—Casi todos los días hacemos alguna manifestación. Nos juntamos algunos en algún lugar, empezamos a gritar, y en minutos llegan los soldados y nos rodean. No tenemos nada, no podemos hacer nada.

—¿Y no se los llevan presos?

—Algunas veces se llevan a algunos, otras no. Parece que quieren evitar que se arme demasiado lío. Mientras seamos nosotros solos no pasa nada, nos tienen controlados.

—¿Y tienen el apoyo de Suu Kyi?

—Nosotros no tenemos nada que ver con Suu Kyi.

Parece una maniobra para no incriminarse mutuamente, pero tanto la Señora como los estudiantes se cuidan mucho de apoyarse en público.

—¿Y te parece que se les van a unir otros, los monjes, los trabajadores…?

—Bueno, eso esperamos. Ahí sí que podríamos hacer algo serio.

La chica me sorprende: algo ha pasado en estos días, para que ahora hable como habla. Le pregunto si no se podrá ver a algún líder estudiantil, y recupera la cara de antes, la de pava completa. Mira para otro lado, no me conoce más. Después, ya en Bangkok, me enteraré de que los líderes no se muestran y que, incluso, los que conducen las manifestaciones son otros, sus delegados. Ellos correrían demasiado peligro. Y que el movimiento estudiantil está bastante más organizado de lo que parece y que ahora, tras esta primera aparición, piensa replegarse por unos meses, hasta que se le presente la próxima ocasión para golpear. Me acerco a un grupito de cuatro que charlan en voz baja. Tres se despiden y uno se queda: parece que va a hablar conmigo.

—Nos dan discotecas, karaokes, carreteras, de todo menos lo que

queremos: democracia.

—¿Y para qué quieren que haya democracia?

Era la pregunta que no tenía que hacer. El estudiante me miró como quien dice pobre tipo, y amagó irse. Yo lo retuve para preguntarle si ellos apoyaban a Suu Kyi.

—Nosotros la queremos y ella nos quiere, y sería capaz de dar todo por nosotros, pero…

El pero se quedó colgando. El muchacho tenía el pelo cortito, la camisa más limpia al sur de río Irawadi y los suficientes libros bajo el brazo como para que nadie dudara de que era un estudiante. El pero seguía dando vueltas:

—… pero ella es una mujer grande y está demasiado pegada a la tradición, y nos parece que tarde o temprano vamos a enfrentarnos.

—¿Quién es nosotros? ¿Son un movimiento?

El muchacho me miró: no entiendo nada, sigo haciendo preguntas que no debería. Empiezo a estar perdido.

Al otro día traté de llegar hasta la casa de la Señora, con la lejana esperanza de entrevistarla. Era un feriado nacional y pensé que podía haber algún intento de manifestación en los alrededores. Los soldados me pararon a más de quinientos metros: todo el barrio estaba cerrado por barreras del ejército, y Suu Kyi prisionera en su casa. La Señora vive en el barrio donde viven los dueños de Birmania: casas muy grandes alrededor de un lago, céspedes y flores deliciosas, paredones altos con alambres de púa. Khun Sa es uno de sus vecinos más cercanos.

La Señora es un personaje curioso: muy culta, tranquila, dispuesta a todo. Después, alguien me hablará de ella en términos casi místicos:

—La Señora hizo una promesa: que no se iría de Birmania hasta que el país tuviera democracia. Y si ella lo dice, lo va a hacer.

Pero, en general, la Señora se define poco. Muestra un democratismo sin mayores precisiones, el apoyo de Occidente y su decisión de moralizar al país y nivelar un poco las desigualdades económicas. Aunque no esté muy claro cómo podría conseguirlo, en una situación en que la única presión fuerte contra los militares es la

internacional. De hecho, últimamente dice que no quiere pelearse frontalmente con el SLORC y les ofrece, todo el tiempo, diálogos y negociaciones que la junta rechaza. El taxi me dejó lejos: el chofer me dijo que no lo dejaban llegar más allá. Caminé un par de cuadras; trescientos metros antes de la casa, la calle estaba cortada por unos treinta soldados muy armados. Cuando quise pasar, se me cruzó un chico de menos de 20, vestido con camisa y longhi:

—¿Adónde va?

—A ninguna parte, estaba paseando.

—Por acá no se puede.

—¿Por qué?

—No puedo decirle nada: no se puede.

El chico transpiraba más de lo necesario: hacía calor, pero él estaba a punto del soponcio. Yo seguí haciéndome el tonto, que no me cuesta nada:

—Quiero saber por qué.

—Es un caso político.

—¿Un qué?

—Un caso político. Es todo lo que puedo decirle.

Si fuera periodista estaría jodido, pero como turista puedo darme algunos lujos:

—¿En serio sos policía?

—Sí.

—¿Y tu uniforme?

—No uso uniforme.

—¿Cómo? Yo creía que los policías usaban uniforme.

—Yo soy de la policía secreta.

Ma non troppo; el chico seguía transpirando, y se retorcía las manos con fervor.

—¿Y eso está bien pagado?

—…

—No, en serio. ¿Cuánto te pagan?

—3000 kyats.

—¿En serio? Qué desastre. Si trabajás para mí, te pago 5000.

Ahora el tipo debe estar deseando descubrir súbitamente que soy

birmano, e imaginando los dulces placeres que le esperarían si lo fuera. Pero tiene la sonrisa congelada y cara de esto no va a quedar así. Mejor me voy.

Se me ocurrió caminar hasta el centro; de tanto en tanto me cruzaba con grupitos de dos o tres, con pinta de estudiantes, que también volvían. Nadie decía nada. Aunque todos, como siempre, saludaban amables. En Birmania, todos saludan con su mejor sonrisa: son tan amistosos que al cabo de unos días empalagan, y me duelen músculos insospechados de tanto sonreírles. A veces me siento como la reina de Castilla en día de pago, saludando a los suyos. Y a veces pienso en esa amabilidad, en cómo la vida sigue al costado de la política, cómo todos estos, que votaron para echar a los militares, que comen poco y mal, que no saben cómo estarán mañana, se empeñan en vivir amablemente y olvidar todo lo posible. Es curioso lo tranquila y agradable que puede parecer la vida en un país con miles de presos políticos y una dictadura que anuló elecciones que la rechazaron. Cómo se empeñan en pasarla lo mejor posible los que después hablarán de cómo sufrieron en aquellos tiempos, con los militares. Es humano, supongo.

La vida sigue, tan parecida a sí misma. Alguna vez tengo que entender por qué el periodismo no es capaz de contar la vida sino sólo lo extraordinario y, por eso, cuando lo piensa un periodista, un país de 47 millones de habitantes se transforma en las declaraciones de un general, una señora y el paseo de tres mil estudiantes. En el mercado central, manzanas y manzanas de viejos edificios coloniales, birmanos muy amables vendían casi todo: maderas y especias olorosas, camarones y pescados secos, cigarrillos falsificados en Tailandia, encendedores falsificados en Tailandia, relojes falsificados en Tailandia, perfumes, anteojos, remeras falsificados en Tailandia, grandes bolsas de arroz, corderos muertos con sus ojos muy tristes, víboras sin moral, ardillas, telas, sogas, hilos, las sandalias que cada pie birmano calza, cualquier capricho en frutas y verduras, candados de catorce tamaños, casetes piratas a 40 centavos, bolsos bolsitos y pañuelos de colores y, todo el tiempo, todas las comidas.

Comí en un puesto del mercado. La mujer era una india; estaba parlanchina y se quejaba:

—No hay muchos viajeros este año.

—¿Por qué?

—Por la Señora.

Dice, y después baja la voz.

—Suu Kyi. Ella pidió que boicotearan el país.

—¿Y usted está de acuerdo?

La mujer miró tres veces a su alrededor. En su puestito no había nadie, y ella lo sabía. De eso estábamos hablando:

—Para la gente como nosotros no sirve. Nosotros tenemos que trabajar para comer, y así no trabajamos. El que esté en el poder, para nosotros es lo mismo. Ninguno nos va a dar nada gratis, ni los militares ni la Señora.

La comida ha subido mucho últimamente. Lo de los derechos humanos y las libertades está muy bien, pero todos saben que lo que realmente ha llevado las cosas a un punto límite es la inflación y la pobreza: el indispensable kilo de arroz cuesta 100 kyats, el doble que el año pasado, y cada vez hay más gente que no puede comprarlo.

Se había hecho de noche. La ciudad estaba llena de mosquitos y hacía un calor exasperante. Alguien me tranquilizó:

—No creo que haga mucho más de 35 grados: estamos en invierno.

Alguien me dijo que venía tormenta. Las calles estaban mal iluminadas y se veían siluetas de tanques y soldados en posición de guardia. Caminando, encontré un bar cerca del río, con sólo un par de mesas ocupadas. Me senté; primero entró una vieja mendiga pidiendo limosna mesa por mesa. Cuando llegó frente a mí se paró, me sonrió y se fue a la siguiente, sin pedirme nada: ser blanco tiene dudosos privilegios. Al rato, un fulano de cuarenta y tantos, vestido con un longhi a cuadros y una camisa beige con bordaditos se sentó en mi mesa. Su inglés era el peor al sur del Himalaya, pero el tipo ya había tomado suficiente ron, y quería hablar:

—Hoy día nacional, ve, día nacional.

Eran como las 11 de la noche y la luz estaba muy baja: la energía

eléctrica había caído mucho y sólo nos iluminaban dos lamparitas de 25. El tipo me decía que era la fiesta patria y no había habido ni un festejo.

—Militares miedo juntando gente. Militares fiesta para ellos, en día nacional.

Decía, y nos servía más ron. Alrededor había otras mesas bajitas y otros bancos enanos, pero ya no quedaba casi nadie. El tipo igual miraba a los costados, receloso. Ahora, yo también miraba. Le pregunté si la gente quería a los militares y se sirvió otro ron. Entonces le dije que por qué, si no los querían, los militares podían quedarse. Mis preguntas eran tontas y él me miró desconsolado. Pero estaba decidido a explicarme todo lo necesario. Ya se sabe que estos extranjeros nunca entienden nada:

—Porque militares tener armas, todas las armas.

—Y las usan.

—Seguro las usan. Matar, las usan.

Después le pregunté por qué me decía todo eso y me dijo que porque era extranjero.

—Y porque día nacional, hoy. Y nadie poder nada, en día nacional.

El tipo había sido marinero durante muchos años, había juntado plata y ahora tenía un taxi y vivía bien. Mediano, decía, bien: comida, casa, ropa para sus tres hijos. El tipo estaba orgulloso de haber sabido ahorrar y vivir bien ahora, pero seguía con el ron, porque era el día nacional. Era bastante gordo.

—Acá habla nadie por miedo, porque uno habla lo meten preso, lo atan.

—Pero la gente sonríe mucho, parece feliz.

—Gente sonríe porque mejor con sonrisa, vida mejor, menos sospechas. Si militares viendo protestas, escuchando, ellos tirar, matar y después nada. Limpio, después, nada: limpio limpio.

El suelo del bar era de tierra, el techo de tablas, y paredes no había. De algún lado llegaba una musiquita de lambada eléctrica. Estábamos solos. Le pregunté si los militares iban a durar mucho:

—Militares siempre, en el futuro, siempre. Ejército es muy grande, tiene todas las armas. Gente no armas: militares siempre siempre.

Era lo que suelen decir los analistas: que no habrá cambios en Birmania sin la colaboración de un sector del ejército. Y que el ejército está firmemente unido alrededor de sus prebendas y sus pactos de sangre.

—Militares siempre siempre. Nosotros asustados, somos una mierda. No tenemos huevos para nada. Ellos, siempre siempre.

Dijo, y bebió lo que quedaba. La botella de ron rodó, vacía.

—Algunos tienen huevos. Si no no habría presos.

Le dije. El argumento me pareció irrefutable. El marinero me miró, miró el vaso vacío y sonrió con tristeza infinita. El diente de oro le brillaba tenue:

—Son tan pocos. Siempre son tan pocos.

Después hundió la cara entre las manos, se restregó la cara con las manos y pareció despertarse de repente:

—En cuanto llegue a nosotros el valor, acá explosión de todo.

Dijo el marinero y brindó, con su vaso vacío, a la salud de ese momento.

(1996)

el mundo, nueva york (6)

Lo público. Me gusta cuando pasan esos tipos —siempre son hombres, antes eran sobre todo negros, pero ya no, para eso estamos los latinos— que cargan sobre el hombro bruto equipo de música y atruenan a su paso la vereda. Frente al walkman, esa forma de encerrarse en un mundo de sonidos privados para escapar a la música de las ciudades y armarse un mundo propio y excluyente, estos equipos intentan comunicar a la ciudad una música, un mundo. Tratan de decir algo, aunque no siempre sepan cómo.

La violencia. Yo estaba llevándome a la boca una tajada de salmón ahumado, rosa intenso. El pasto era verde esmeralda, el cielo turquesa de celeste, el sol amable pastelito y a lo lejos la línea de los rascacielos centelleaba de vidrios y metales. Eran las dos de la tarde en ese prado del Central Park: bajo árboles añosos, tortolitos se arrullaban y prometían amor en cuatro reencarnaciones sucesivas mientras se acariciaban el uno al otro las barbas bien cortadas; más allá, parejas miraban crecer a sus bebés con el orgullo de quien no entiende por qué el resto del mundo no entiende que ese niño es lo más grande que hubo nunca; muy despatarrada, una mujer de treinta se frotaba las carnes blanquecinas con bronceador y el cuidado de un joyero suizo; apoyado en un tronco, un hombre canoso miraba con el interés casi supremo de quien sabe que todo eso podría suceder igual, aunque él no lo mirara. Más atrás, otros pasaban caminando, patinando, trotando o pedaleando, con un silencio ligeramente aterrador. Yo, a todo esto, estaba llevándome a la boca una tajada de salmón ahumado, rosa intenso, y los pájaros cantaban dulce y suave, cuando cayó la rama. No hizo ruido.

La rama medía más de tres metros de largo, diez centímetros de grueso y cayó con un silbido leve, casi amable, a un pie de mi pie izquierdo. Contra el suelo hizo un plop que atrajo todas las miradas: es raro verse resucitado en las caras de una docena de desconocidos. Fue un momento. Yo pensé que tenía que terminar de morder mi tajada

rosa intenso y después desmayarme o llorar, según pidiera el público. La duda fue fatal, y seguí masticando. Alguien me había explicado que siempre algún peligro acecha en Nueva York, pero yo no había creído que fuera para tanto.

Nueva York no para nunca, y eso es lo bueno y, supongo, lo peligroso de ella. Como esa rama, todo da la impresión de estar siempre en movimiento perpetuo: NY parece la fuente de toda energía, el espacio del cambio permanente. A veces, es lo más placentero.

Lo conocido es deuda. Y el placer y alivio de encontrarlo. Nada es más gozoso que reconocer: en NY, el viajero ya conoce lo que va a ver, antes de verlo. Ya lo ha visto, miles de veces, en pantallas diversas. El viajero ya vio todo eso en películas y no sabe si las películas son perfectamente realistas en su imitación de NY o si NY imita perfectamente a las películas. La sensación de pasearse por un set de cine es de las más placenteras y sólo se corta, de tanto en tanto, cuando se cae la rama. Aunque eso también salga en las películas.

Negocios buenos. En las grandes librerías de Nueva York los clientes pueden sentarse en sillones cómodos y pasarse las horas que quieran leyendo lo que quieran y hay, incluso, cafés donde los clientes pueden llevarse las revistas y leerlas sin cuidarlas demasiado. Después un empleado las recoge y ordena.

—Pero ¿así no se les arruinan?

Le pregunto a un gerente.

—Sí, muchas se arruinan. Pero qué importa. Casi todos ellos compran algo, y podemos permitírnoslo. Y si no compran esa vez, el hecho de que les permitamos leer acá les crea una fidelidad y, cuando tienen que comprar, no van a otro lado.

Es raro cuando la lógica del negocio sirve para que la vida se haga más agradable.

Productivos y estables. El aviso se presenta modesto, sin ilustraciones, con una tipografía de lo más discreta: “Permítame

hacerle una pregunta: si pudiera elegir, ¿qué preferiría, Marihuana o Martinis?".

El tono está dado. Más abajo, en letras chiquitas, el texto se explaya: "Millones de americanos altamente productivos y estables prefieren clandestinamente la marihuana a los martinis. Dicen que es menos tóxica para sus cuerpos que el alcohol. Pero aunque el gobierno clasifica a ambas sustancias como drogas, misteriosamente una es legal y la otra no. ¿Por qué? La evidencia científica no justifica esa distinción. La Academia Nacional de Ciencias ha concluido que la marihuana es una de las drogas —legales o no— menos peligrosas. Más de una docena de comisiones en los Estados Unidos y otros países encontraron que sus peligros han sido exagerados y que su uso moderado no suele ser peligroso. Por otro lado, el alcohol es causa de enfermedad, violencia y accidentes. Entonces, ¿por qué nuestro gobierno ha arrestado a millones de adultos que prefieren marihuana? ¿Y por qué esos arrestos se han duplicado en los últimos años? ¿Los adultos no tienen el derecho de preferir la marihuana a los martinis? Piénselo. Y si quiere más información, escríbame".

Termina diciendo el abajo firmante, Ira Glasser, director de la Unión Americana por las Libertades Civiles, y el texto me impresiona. Deben estar cerca de conseguirlo, pienso, cuando se esfuerzan en presentar la buena vieja maría como algo tan legal. Más legal que la milanesa: "millones de americanos altamente productivos y estables…", dicen. Recuerdo que hubo tiempos en que muchos sospechamos que los estados no prohibían la marihuana porque se preocuparan por los cuerpos de sus súbditos. En ese caso, era cierto que también habrían podido prohibir el alcohol o el tabaco. Era, más bien, que fumarse un porro implicaba cierta crítica a una forma de vida "productiva y estable", cierta desconfianza o rechazo de las reglas de esos estados. Ahora, los defensores del porro productivo casi consiguen convencernos de que no es así. O sea que deben estar a punto de conseguir que los legalicen.

Iguales. Ella tenía el pelo negro ala de cuervo, los rasgos orientales muy bien dibujados y raras piernas largas chinas. Él tenía veinte años

más, el pelo rubio corto, una panza que debía atacar con horas de gimnasio y la ropa más clásica de americano en calorcito: pantalón ancho kaki, la camisa celeste arremangada. Yo caminaba detrás mientras entrábamos al subte, y me interesaron: la pareja de cuarentón blanco clase media con oriental menor bonita es un clásico de Nueva York en estos días. Yo quería escuchar qué se decían.

—… a Vermont. Podemos pasar el fin de semana en Vermont, y después…

Le ofrecía él y ella, creo, sonreía. Cuando llegamos frente a los molinetes, el subte entraba en la estación. El blanco sacó su tarjeta Metrocard de su bolsillo; la oriental, la suya de su cartera negra. El blanco la pasó por la ranura, y su molinete se abrió; pasó, y ya estaba a punto de subirse al subte cuando se dio cuenta de que su acompañante no lo acompañaba. Ella seguía peleando con su tarjeta, y el molinete no se abría. Él tuvo un momento de terrible duda, pero el subte se le iba. Se subió justo antes de que las puertas se cerraran; ella, desde atrás del molinete, lo miró con menos odio que sorpresa.

—Ustedes, siempre iguales.

Le gritó él, y yo me quedé preguntándome quiénes serían ustedes.

Non PC. Sin gran corrección política, a veces me parece que los negros son exhibicionistas, estridentes en su fiaca. Después pienso que debe ser porque les costó mucho tener derecho a ella. En general, el derecho a la pereza no fue fácil para nadie que no tuviera un título de conde o de marqués, pero menos para los negros norteamericanos, muchos años esclavos y, después, trabajadores de tercera. La idea del negro haragán, supongo, viene de ahí: cualquier cosa que un negro hiciera, fuera de su trabajo, era una ofensa a sus dueños, a los que perdían plata cuando él no la producía trabajando.

—Duerme duerme negrito, que tu mama está en el campo. Trabajando duramente, trabajando sí.

Por eso la convirtieron en un lugar común, supongo. Por eso, supongo, ahora muchos negros exhiben que sí pueden: que se ganaron el derecho a ser tan haraganes como quieran.

New Tech Age. El método de análisis es pobre pero, como solía decirme mi padre, Dios te libre de la sociología, que de la literatura te libras tú solo. Mi padre, a veces, me trataba de tú. El método es pobre pero permite hacerse alguna idea: este año, las páginas amarillas de la guía de teléfonos de Nueva York descartaron tres o cuatro rubros —entre ellos, trapos de piso y gusanos— y, sobre todo, incorporaron varios nuevos. Se supone que esos nuevos rubros son un pulso de la sociedad, un registro de sus novedades. Entre ellos aparecen Ángeles, Aromaterapia, Arte funerario, Body piercing, Cybercafés, Fotografía del aura, Lecturas de la vida psíquica, Maquillaje permanente, Servicios de internet: tecnología con new age. Aquí nadie dice que ya todo está inventado. Más bien es al revés: tantos se pasan las horas de su vida obsesionados, tratando de imaginar qué podrían inventar para volverse ricos y famosos. Los ayudan los ejemplos, desde Thomas Alva Edison hasta William Gates, de los que lo lograron: las excepciones que hacen de esa pesadilla el verdadero sueño americano.

Los malos. Eran tres, dos chicas y un muchacho, y ninguno tenía más de 16. Se subieron al bus haciendo ruido, carcajadas, gritos. Una de las chicas se sentó a mi lado: tenía el pelo verde y amarillo, dos o tres aros en los labios, las uñas de las manos negras, los borceguíes de patear bebitos. Era una parodia del mal tan mal pintada.

—Ey, Binnie, dejame el asiento.

Le dijo el chico, de negro, bien de negro.

—Fuck you.

Dijo la chica, y yo di vuelta la cabeza hacia su lado. La chica se sobresaltó:

—Perdón.

Me dijo, y miró para abajo, medio sonrojada.

Choques. Las teorías conspirativas tienen una falla grave: suponen una inteligencia superior que las maneja, acuerdos cuidadosos, los pasillos del poder llenos de astutos. Los astutos son pocos, los acuerdos suelen ser confusos. Por eso, las tendencias que los discursos dominantes imponen pueden chocar entre sí, y es un problema.

—Ah, los bidis son geniales, muy geniales. El cigarrillo común ya se quedó passé, pero los bidis son el momento. Son tan ricos, tan tan naturales.

Decía, el otro día, una chica de veinte con sonrisa odol y falda tan poquita junto al estanque del Central Park. Su chico le sonreía, y los dos fumaban de eso. Los bidis son unos cigarritos fabricados en la India: tabaco envuelto en una hoja de eucaliptus, mal terminados, con tendencia a apagarse, tan tan naturales. Y ahora se están poniendo muy de moda.

—¿Tan naturales, te parece? Pero ¿no hacen mal?

Le dijo su chico, un rubio de pantalones y remera negra, james dean de escuela de negocios.

—No, cómo. Si son naturales…

Estos últimos años, en nombre de la vida sana, los americanos han aprendido a repetir que el cigarrillo es malo y que lo natural es bueno. Los bidis son naturales y tienen más nicotina que el más artificial de los marlboro. A veces, junto a un estanque, en medio de patinadores entusiastas, chicos llorosos y remeros sudados, los discursos dominantes chocan, y nadie sale lastimado.

Lama y la Madre

MÁS BUENOS QUE LASSIE

Los monjes llegaron cantando, vestidos de naranja: los presagios anunciaban que quizás en ese pueblito vivía la reencarnación divina del decimotercer Dalai Lama, que acababa de morirse. Iban esperanzados: mientras lo velaban, el cadáver del Lama había movido la cabeza para señalar en dirección al este. El pueblito, Takster, quedaba vagamente de ese lado.

Los monjes no decían qué estaban buscando, y tenían preparada una trampita: el jefe iba vestido de sirviente, y un sirviente de jefe. En la puerta de la casa de adobe y piedras, el dueño, un campesino, los saludó según las apariencias. Pero Tenzin Gyatso, su hijo de 2 años, no se dejó engañar y saludó primero al jefe travestido. Decididamente, ese chico era el Lama reencarnado. Al rato, los monjes revelaron su verdadero propósito y hubo fiesta de tambores en el pueblo: en el Tíbet nadie cree que los Reyes Magos sean los padres.

En 1940, cuando cumplió 5 años, el niño Gyatso fue instalado en el Trono del León como Reencarnación de Buda, 14° Dalai Lama, Dios y Rey del Tíbet. La ceremonia fue bonita y cansadora. A veces, el niño G. se aburría en las mil habitaciones de su palacio de Lhasa: sólo podía jugar con su hermano y sus mecanos y se pasaba las horas espiando con un telescopio a la gente que caminaba allá afuera. Sabía que cualquiera de sus deseos sería una orden, pero en general no se le ocurría nada, y encima tenía mucho que estudiar. A veces, ser dios puede hacerse un poco largo. Sus súbditos lo llamaban La Presencia —Kundun— o la Gema que Concede Todos los Deseos —Yeshe Norbu— o, más familiarmente, Dalai Lama, que significa Océano de Sabiduría. En Tíbet nunca nadie había visto un océano.

Tenzin Gyatso tenía 15 años cuando los chinos invadieron el Tíbet. Un par de años después, el joven Lama viajó a Pekín para negociar con Mao Tse Tung: era lo que le habían ordenado los espíritus a través de su Oráculo Personal. Pero en marzo de 1959 los tibetanos se hartaron de tanto chino y se lanzaron a la guerrilla y la revuelta; mientras los masacraban, el Lama volvió a consultar a su Oráculo: a través de él, Nechung, su espíritu protector, le diría qué tenía que

hacer.

El problema fue que el Oráculo se había vendido a la CIA —según contó, hace unos meses, un artículo de la revista *George*. La CIA estaba fomentando la rebelión; cuando supieron que los chinos pensaban secuestrar al Lama o bombardear su palacio, decidieron que lo mejor era alejarlo del lugar. Entonces le prepararon un plan de fuga e instruyeron a Lobsang Jime, el monje que hacía de Oráculo, para que se lo dijera a su rey en nombre de Nechung:

—¡Vete, vete!

Gritó Jime, en trance oracular, y le pasó una hoja con el plan americano. El Lama se escapó a caballo acompañado por un agente de la CIA; desde Washington, el presidente Eisenhower supervisaba toda la operación por radio. Tras dos semanas, el Dios ex Rey cruzó la frontera de la India. Mientras tanto los chinos bombardearon su palacio y aplastaron a los rebeldes. “El Dalai Lama —terminaba *George* — se había salvado, pero el Tíbet se había perdido”.

Desde entonces, el Lama vive en Dharamsala, en el Himalaya indio, con su corte de monjes, adivinadores, curanderos, astrólogos y el encargado de hacer llover. Y, durante muchos años, siguió recibiendo dineros de la CIA: en documentos desclasificados hace poco constan los 180.000 dólares anuales asignados al Lama durante los sesentas. Eran una parte del millón y medio por año que la CIA les pasaba a los exiliados tibetanos en sus esfuerzos para debilitar al gobierno comunista chino. Además, la CIA daba apoyo a las guerrillas tibetanas con base en Nepal, las entrenaba en Colorado y pagaba cursos e infraestructura para los exiliados. Todo lo cual duró hasta que, a principios de los setentas, Nixon y Kissinger descubrieron que podían aliarse con China contra la Unión Soviética, y dejaron de pagar. Debe haber sido triste para los exiliados. De hecho, después el Lama se quejó de que sólo lo usaban para desestabilizar gobiernos comunistas. Ahora su gente sigue recibiendo plata americana, pero les llega a través del Congreso: cada año, los seguidores del dios-rey en la India reciben un par de millones para que sigan luchando por la democracia en el Tíbet.

Todos —los países, los grupos de amigos, los equipos de vóleibol, los grupos de tareas— necesitan tener un bueno: un modelo, un ser impoluto, alguien que les muestre que no todo está perdido todavía. Hay buenos de muchas clases: puede ser un cura compasivo, un salvador de ballenas, un anciano ex cualquier cosa, un perro, un médico abnegado: en algo hay que creer. En la Argentina, ahora, no tenemos, y por eso se inventaron a Sabato, que no es bueno pero no para de llorar por los males del universo y sus alrededores.

El bueno es indispensable, una condición de la existencia. Y el mundo se las arregla para ir buscando buenos, entronizarlos, exprimirlos todo lo posible. El año pasado se murió la Buena Universal, la señorita Agnes Gonxha Bojaxhiu, también llamada Teresa de Calcuta. Todavía me acuerdo la cara de espanto que puso en esos días Lalo Mir, en su programa de televisión, cuando le dije que me sorprendía que todos lloráramos tanto por la muerte de Diana y Teresa, representantes de las dos organizaciones más retrógradas y autoritarias que quedan, la monarquía y la iglesia católica. Mir no es un niño de pecho y dijo bueno, Diana puede ser, pero la madre Teresa…

Algo me había molestado desde el principio. Yo llegué al moritorio de la madre Teresa de Calcuta, en Calcuta, sin mayores prejuicios, dispuesto a ver cómo era eso, pero algo me molestó. Primero, supongo, fue un cartel que decía “Hoy me voy al cielo” y, al lado, en un pizarrón, las cifras del día: “Pacientes: hombres: 49, mujeres: 41. Ingresados: 4. Muertos: 2”. En el pizarrón no existía el rubro “egresos”. En el moritorio de la madre Teresa, su primer emprendimiento, la base de todo su desarrollo posterior, no hay lugar para curaciones.

La sala de los hombres tiene 15 metros de largo por 10 de ancho. Las paredes están pintadas de blanco y hay carteles con rezos, vírgenes en estantes, crucifijos y una foto de la madre Teresa con el papa Wojtyla. “Hagamos que la iglesia esté presente en el mundo de hoy”, dice la leyenda.

En la sala hay dos tarimas de material con mosaicos baratos, que

ocupan los dos lados largos: sobre cada tarima, quince catres; en el suelo, entre ambas, otros veinte. Los catres tienen colchonetas celestes, de plástico celeste, y una almohada de tela azul oscuro; no tienen sábanas. Sobre cada catre, un cuerpo flaco espera que le llegue la muerte.

El moritorio de la madre Teresa está al lado del templo de Kali y sirve para morirse un poco más tranquilo. La madre Teresa lo fundó en 1951, cuando un comerciante musulmán le vendió la mansión por muy poco dinero porque la admiraba y dijo que tenía que devolverle a Dios un poco de lo que Dios le había dado. Desde entonces, los voluntarios recogen en la calle moribundos y los traen a los catres celestes, los limpian y los disponen para una muerte arregladita.

—Los de las tarimas están un poco mejor y puede que alguno se salve.

Me dice Mike, un inglés de 30 con colita, tipo bastante freaky, que se empeña en hablarme en mal francés.

—Los de abajo son los que no van a durar; cuanto más cerca de la puerta, peor están.

En la sala se oyen lamentos pero tampoco tantos. Un chico —quizás sea un chico, quizás tenga 13 o 35— casi sin carne sobre los huesos y una bruta herida en la cabeza grita Babu, Babu. Richard, grande como dos roperos, rubio, media americana, maneras de cura párroco en Milwaukee, comprensivo pero severo, le da unos golpecitos en la espalda. Después le lleva un vaso de lata con agua a un viejo que está al lado de la puerta. El viejo está inmóvil y la cabeza le cuelga por detrás del catre. Richard se la acomoda y el viejo repta con esfuerzo para que le cuelgue otra vez.

—Este está muy mal. Entró ayer y lo llevamos al hospital pero no lo aceptaron.

—¿Por qué?

—Dinero.

—¿Los hospitales no son públicos?

—En los hospitales públicos te dan cama para dentro de cuatro meses. No sirve para nada. Nosotros tenemos una cuota de camas en un hospital privado cristiano, pero ahora las tenemos todas ocupadas,

así que cuando fuimos nos dijeron que no. Acá no estamos en América; acá hay gente que se muere porque no hay cómo atenderla.

Richard me cuenta sobre uno que entró hace un mes con una fractura en la pierna: no lo pudieron atender y se murió de la infección. Y está dispuesto a seguir con más casos. Parece que acá no es tan raro que alguien se muera antes de los últimos esfuerzos.

—No podemos curarlos. No somos médicos. Tenemos un médico que viene dos veces por semana, pero tampoco tenemos equipos ni ciertos remedios. Lo que hacemos es confortarlos, cuidarlos, darles afecto, ofrecerles que se mueran dignamente.

Hay algo que me suena raro en todo esto. Richard le acaricia la cabeza al que insiste en colgarla; más allá, Mike le sostiene la mano a uno con un vendaje que le atraviesa el pecho. Los acompañan: no pueden hablarse, o quizás no ganarían nada con hablarse. Richard va a buscar una sábana para tapar al viejo de cabeza colgante. Hace sólo 35 grados y el viejo tiene frío. En Chicago, Richard estudia medicina, pero ahora dice que no sabe si va a poder volver a soportar aquello. Y dice que tampoco podría soportar esto todo el tiempo, pero que no soportaría ser doctor y no atender a estos tipos. A veces llega un punto en que soportar es muy difícil. Richard es un Clark Kent buenazo con mentón imponente y es muy católico, familia de irlandeses, y dice que dios le va a decir qué hacer.

—O sea que no hay ninguna posibilidad de que lo atienda un médico.

—No.

—¿Y entonces?

—Y entonces se va a morir hoy o mañana.

Richard lo dice como quien dice: llueve. O incluso: quizás llueva. Debe ser difícil pronunciarlo así.

La señorita Agnes Gonxha Bojaxhiu, también llamada Madre Teresa de Calcuta, consiguió en las últimas décadas una fama y un apoyo internacional extraordinarios. Le llovieron medallas, donaciones, premios, subvenciones, todo tipo de dinero para que ayudara a los pobres del mundo. La señorita Bojaxhiu nunca hizo públicas las

cuentas de su orden pero se sabe, porque ella se jactó de eso muchas veces, que fundó, con ese dinero, alrededor de quinientos conventos en cien países. Pero no fundó una clínica en Calcuta.

Hay un par de ideas fuertes detrás de todo eso. La idea de que la vida es un camino hacia otra, mejor, más cerca del Señor: si no fuera así, a nadie se le ocurriría dedicarse a que esa gente muriera mejor y, quizás, pensarían en mejorar sus vidas. Y la idea de que el sufrimiento de los pobres es un don de Dios: "Hay algo muy bello en ver a los pobres aceptar su suerte, sufrirla como la pasión de Jesucristo —dijo la madre Teresa—. El mundo gana con su sufrimiento".

Por eso, quizás, la religiosa les pedía a los afectados por el famoso desastre ecológico de la fábrica Union Carbide, en el Bhopal indio, que "olvidaran y perdonaran" en vez de reclamar indemnizaciones. Por eso, quizás, la religiosa fue a Haití en 1981 para recibir la Legión de Honor de manos de Jean-Claude Duvalier —que le donó bastante plata — y explicar que Baby Doc "amaba a los pobres y era adorado por ellos". Por eso, quizás, la religiosa fue a Tirana a poner una corona de flores en el monumento de Enver Hoxha, el líder estalinista del país más represivo y pobre de Europa.

Pero quizás no fue por eso que salió a defender a Charles Keating. Keating era un buen amigo de los Reagan —que recibió a la religiosa más de una vez— y uno de los mayores estafadores de la historia financiera norteamericana: el fulano que se robó, por medio de una serie de maniobras bancarias, 252 millones de dólares de pequeños ahorristas. Keating le había donado a la religiosa 1.250.000 dólares y le solía prestar su avión privado. Cuando lo juzgaron, la religiosa mandó una carta pidiendo la clemencia del tribunal para "un hombre que ha hecho mucho por los pobres". Fue enternecedor. Pero cuando el fiscal le pidió que devolviera la plata que Keating le había dado —robada a los pequeños ahorristas—, la religiosa no se dignó contestar.

La religiosa nunca se privó de dar sus opiniones. En Irlanda, por ejemplo, en 1995, un referéndum sobre el divorcio encendía pasiones. Irlanda era el último país de Europa en prohibir el divorcio, y los márgenes se anunciaban estrechos. Entonces la religiosa —que no

tenía nada que ver con Irlanda— participó de la campaña pidiendo el voto en contra. Los divorcistas ganaron con el 50,3 por ciento. Pocos meses después, su nueva amiga, lady Diana Spencer, se divorció, y una periodista le preguntó qué opinaba. La religiosa no tenía problemas: "Esta bien que ese matrimonio se haya terminado, porque nadie era realmente feliz", dijo.

La religiosa sabía aprovechar el halo de santidad que había podido conseguir: los santos pueden decir lo que quieran, donde y cuando quieran. Todo está justificado por el halo. Y ella usaba esa bula para llevar adelante su campaña mayor: la lucha contra el aborto y la contracepción. Ya lo dijo en Estocolmo, 1979, mientras recibía el premio Nobel de la Paz: "El aborto es la principal amenaza para la paz mundial" y después, para no dejar dudas: "La contracepción y el aborto son moralmente equivalentes".

En septiembre de 1996, el Congreso norteamericano le dio el título de ciudadana honoraria. Era la quinta persona en la historia que lo conseguía. Dos años antes había organizado, en ese mismo recinto, una "plegaria nacional" ante Clinton, Gore y compañía. Ese día, su discurso fue belicoso: "Los pobres pueden no tener nada para comer, pueden no tener una casa donde vivir, pero igual pueden ser grandes personas cuando son espiritualmente ricos. Y el aborto, que sigue muchas veces a la contracepción, lleva a la gente a ser espiritualmente pobre, y esa es la peor pobreza, la más difícil de vencer", decía la religiosa, y cientos de congresistas, muchos de los cuales no estaban en contra de la contracepción y el aborto, la aplaudían embelesados.

"Yo creo que el mayor destructor de la paz hoy en día es el aborto, porque es una guerra contra el niño, un asesinato del niño inocente. Y si aceptamos que una madre puede asesinar a su propio hijo, ¿cómo podemos decirles a otras gentes que no se maten entre ellos? Nosotros no podemos resolver todos los problemas del mundo, pero no le traigamos el peor problema de todos, que es destruir el amor. Y eso es lo que pasa cuando le decimos a la gente que practique la contracepción y el aborto".

Las jerarquías católicas lo dicen siempre, pero dicho por ella es mucho más eficaz. Aquella tarde, el cardenal James Hickey, arzobispo

de Washington, lo explicó clarito: “Su grito de amor y su defensa de la vida nonata no son frases vacías, porque ella sirve a los que sufren, a los hambrientos y los sedientos…”. Para eso, entre otras cosas, servía la religiosa.

La señorita Agnes Gonxha Bojaxhiu, también llamada Madre Teresa de Calcuta, era una militante muy eficaz de una causa muy antigua: la de la ortodoxia católica. En estos años, siempre estuvo al lado del papa Juan Pablo contra la “teología de la liberación” y cualquier otra desviación de la norma romana. Instituida como el representante sobre la tierra del viejo mito de la bondad absoluta, todas sus acciones y sus palabras eran perfectas, dignas de ser seguidas. Aunque nunca dijeran nada nuevo. La madre Teresa era, si acaso, una versión mediática y actual del viejo modelo de la dama de caridad: aquella que se dedica a moderar los males causados por un orden que nunca cuestiona o que, en realidad, refuerza.

Y ahora se murió, y todos la celebramos. Siempre recuerdo otra frase de Bertolt Brecht, que ponía en escena a su Galileo Galilei discutiendo con un amigo:

—Desdichados los pueblos que no tienen héroes.

—Desdichados los pueblos que necesitan héroes.

Supongo que este mundo todavía necesita héroes. Pero, de vez en cuando, sería bueno escucharlos, a ver quiénes son, qué dicen cuando hablan.

El Dalai Lama sintetiza en una sola persona las dos organizaciones más retrógradas: él es dios y rey —depuesto— al mismo tiempo. Como también es un señor muy educado, a veces le da un poco de vergüenza y dice que no es para tanto, pero sus súbditos lo reverencian como tal, y nadie lo eligió: su único título de legitimación viene de aquellos monjes que decidieron que él era la reencarnación de un cadáver que les había hecho señas. A veces me sorprende cómo los grandes líderes del mundo —y los intelectuales y los periodistas y tantos otros—, que se bañan en democracia todas las mañanas, hablan con semejante respeto y entusiasmo de un dios-rey. En principio parece ser otro

efecto de uno de los mitos más difundidos de estos años: el de la Sabiduría del Oriente Milenario.

Tantos occidentales creen en esa Sabiduría Milenaria: especialmente la hindú. Y es extraño: el hecho de que sólo los Gandhi (Mahatma, gran líder nacional; Indira, primer ministro; Rajiv, primer ministro) sean asesinados cuando están en la cima no hace de la India un país especialmente no violento. Ni el hecho de que no más de la mitad de la población sea analfabeta lo hace especialmente educado. Ni el hecho de que cuatro de cada cinco indios pasen hambre lo hace especialmente espiritual. Pero muchos occidentales siguen considerando sabiduría lo mismo que en sus países llamarían superstición, y ahora el Dalai Lama —dios y rey de un pueblo de montañeses supersticiosos— es su máximo exponente. Premio nobel, gran conferencista, amigo de todos los poderosos bienpensantes, consejero del mundo, Bueno Universal de nuestros días. Un dios verdadero.

Hace poco, cuando pasó por Manhattan, quise ir a escucharlo, pero su agente de prensa me dijo que no, que su aparición sería sólo una "photo opportunity": la oportunidad para sacarle fotos.

—De todas formas, no se preocupe —me consoló—. Su Alteza Sagrada viene mucho a Estados Unidos, le gusta mucho venir por acá.

Y cada vez que viene es un alboroto. El Dalai Lama llena estadios de quince mil personas con sus charlas espirituales, los Clinton lo reciben en la Casa Blanca, Hollywood lo reconoce como su héroe favorito.

—Es tan espiritual, tan puro —me dijo un fotógrafo que sí estuvo—. Es como si tuviera un aura alrededor. Se le ve que es un santo.

Tenzin Gyatso es, ahora, el paradigma de la tolerancia, el pacifismo, la democracia. Ha alcanzado, como dice Christopher Hitchens, el "mayor éxito de las relaciones públicas modernas: que la gente no juzgue quién es una persona por sus actos y palabras, sino a sus actos y palabras por quién es esa persona".

Así, el maestro de la tolerancia pudo condenar —por ejemplo— toda una serie de maneras sexuales: "Incluso con la propia mujer, usar

la boca o el otro agujero es mala conducta sexual. El sexo entre hombres o entre mujeres es mala conducta sexual. Y usar la propia mano es mala conducta sexual", escribió hace dos años en su libro *Más allá del dogma*. Aunque, tolerante, aclaró que "tener relaciones sexuales con una prostituta pagada por uno mismo, y no por una tercera persona, no es una conducta inapropiada".

Así, el maestro del pacifismo pudo decir, hace unos meses, cuando los indios detonaron bombas atómicas, que no estaba tan mal: "India no debería aceptar la presión de las naciones desarrolladas que quieren que se deshaga de sus armas nucleares", dijo. "La India ya no es un país subdesarrollado y debería tener el mismo acceso a las armas nucleares que los países desarrollados".

Así, el maestro de la democracia pudo prohibir una de las sectas de su religión. Dorje Shugden es uno de los dioses menores que, durante siglos, fueron adorados por los Lamas y sus seguidores. Pero el Dalai empezó, hace unos años, una campaña contra los seguidores de Shugden so pretexto de que eran "fundamentalistas que coartaban la libertad religiosa". Después los trató de "peligrosa secta de seguidores del demonio", sedientos de oro y sangre, responsables por todos los males que se abaten sobre el Tíbet. Obviamente, los Shugden lo niegan: dicen que el Lama está celoso de su desarrollo en Occidente, y lo tratan de "dictador supersticioso que se basa en oráculos y adivinaciones", que vive "en una corte medieval llena de intrigas, favoritos y hechiceros que tratan de manipularlo". Ni tanto, seguramente, ni tan poco. Pero aparecen episodios de violencia: en Nueva Delhi, seguidores del Lama atacaron a un monje Shugden. Y, en febrero del año pasado, tres monjes de la corte de Dharamsala fueron apuñalados en sus habitaciones. El Lama acusó a los Shugden; ellos dicen que son disputas por el poder en la corte exiliada.

—Los escritos del Dalai Lama confirman que toma sus decisiones a través de los presagios de los oráculos, la interpretación de sueños y otras formas de adivinación. Considerando que sus actividades políticas, internas y externas, se basan en estos métodos, no debe sorprendernos que en todos estos años de exilio sólo haya conseguido convertirse en un ídolo de las estrellas de Hollywood. Además, su

espíritu protector, Nechung, es conocido por sus errores. El 13° Dalai Lama murió porque Nechung le dio un veneno por error.

Dijo un monje Shugden en una entrevista reciente.

En las películas, es cierto, le va muy bien. *Kundun*, de Scorsese, y *Siete años en el Tíbet*, de Annaud, fueron muestras de este amor hollywoodiano por el Lama. Pero su política tibetana es otro asunto, cada vez más discutido por sus compatriotas. Muchos se quejan de que claudicó ante los chinos, que ya no pide la independencia sino la autodeterminación, que su "parlamento" en Dharamsala no tiene nada de democrático, que se pasa los días de gira por el mundo en lugar de ocuparse de su país, que su discurso no violento es una concesión al enemigo.

—Entre la confrontación militar y no hacer nada hay una cantidad de opciones para dificultarles la vida a los chinos. Agitación, boicot, huelgas de hambre. Pero el Lama está preso de su propio personaje.

Escribió hace poco un tibetano crítico. Quizás por eso, últimamente, el premio nobel de la Paz endureció el discurso:

—Si hubiera un solo lama vivo, una persona cuya muerte impidiera que el Tíbet mantuviese su estilo de vida budista, se podría, para protegerlo, justificar la eliminación de diez enemigos.

Dijo el Lama en una entrevista reciente, y después habló mucho de que en realidad lo único que le importa es la verdad: "no el dinero, no el poder, no la técnica: la verdad". Ngari Rinpoche, su hermano menor y colaborador de muchos años, está preocupado:

—Temo por el futuro de nuestra comunidad. Muchos de nuestros lamas están corrompidos, nuestros jóvenes no tienen trabajo y toman drogas, nuestro parlamento no responde ante nadie. Tengo miedo.

Son problemas internos: los tiene cualquier político, y el dios-rey verá cómo arreglarlos. Mientras tanto, para el resto del mundo, sigue siendo un maestro de la paz, la tolerancia, la religiosidad, la democracia, la reencarnación, la sabiduría. Sigue siendo el más bueno de los Grandes Buenos, y el mundo lo reverencia y prefiere no enterarse. Sería molesto: parece que no sabemos bien cómo vivir sin esa gente.

(1998)

Argentina

POMPA Y CIRCUNSTANCIAS

Es de mañana con vientito. En el aeroparque militar, esperando al Príncipe de Gales, los patricios, marineros y aeronautas que le van a rendir homenaje practican: saludo uno, presenten armas, saludo dos. No les sale muy fluido: debe hacer sólo quince años que lo intentan y todavía no aprendieron. Los marineros, sobre todo, no terminan de saber cómo ponerse: se cambian de lugar, se consultan, miran la espada como si fuera la primera vez que se comen un pancho. Los soldados, en cambio, ponen cara de guerra. Cara de guerra es una fealdad que se consigue a fuerza de años de ejercicio y convicciones, y requiere una parte de desprecio, dos de estupidez, una y media de matonería y la nariz bien torva. Es importante que un señor en cara de guerra no mire a nadie: mirar ya sería aceptar que existen otros, y el de la cara de guerra debe pensar que existían, si acaso, hasta que se cruzaron con él. Mientras esperan, un jefe cura con gran sotana habla con un jefe militar con gran gorra: se les nota que son antiguos porque usan los uniformes que ya nadie usa —entorchados, púrpuras, cruces, escuditos. Ahora los uniformes del poder se compran en los shoppings y consisten en un traje azul oscuro. La mañana está aburrida, con vientito.

—¡Presenten / armas!

El Tango 04, que el Príncipe y su comitiva se tomaron desde Ezeiza, aparece por fin. En el suelo de la pista han puesto una alfombra roja: quizás las suelas de un príncipe no sean para asfalto. Quizás nunca toquen asfalto. Primero baja una cantidad de periodistas y ayudantes con cartones de identificación que les cuelgan del cuello. Va a ser fácil reconocer al Príncipe a lo lejos: será el que no tenga cartón colgado. El poder es aquello que te permite ir por el mundo sin una identificación colgando del cuello.

—¡Saludo / uno!

En cuanto aparece el supuesto Príncipe empiezan los cañonazos: parece que volvemos a declararle la guerra a Gran Bretaña. El Príncipe no se da cuenta: se queda paradito bajo un toldo, al lado de Guido Di Tella, y mira todo como si estuviera ligeramente intrigado, con esa famosa cara de nabo que lleva a todas partes. El Príncipe tiene un

traje azul claro y los pelos revueltos. Después deja de mirar: ya debe haber descubierto que este aeropuerto con banda y burócratas es igual a todos los demás aeropuertos con banda y burócratas que recorre todo el tiempo. Pero igual me impresiona la cantidad de gente, complicaciones y desplazamientos necesarios para que este señor camine cincuenta y cinco segundos por una alfombra roja. Y ni siquiera puedo verle las suelas. La banda del Regimiento de Patricios empieza a interpretar las estrofas del Himno Nacional Argentino y al Príncipe le pica algo en la pierna y, como corresponde a un Príncipe, se lo rasca.

Ser un príncipe debe resultar bastante más aburrido que chupar un clavo. Príncipes eran los de antes: los que peleaban guerras, ahorcaban súbditos, desvirgaban doncellas y eran dueños. Ahora son, como casi todos, relaciones públicas —de una firma con muchos años en el ramo. Debe ser un embole nipón. Una vida dedicada al aparato y los diversos protocolos: visitas, entrevistas, sonrisas falsas, diálogos forzados. Y es un trabajo sin francos ni vacaciones: este señor tiene que hacer de Príncipe todos los días, horas y minutos. Si seguimos así me va a dar pena.

Su Alteza Real el Príncipe de Gales, heredero del trono del Reino Unido de Inglaterra e Irlanda del Norte, viaja con un secretario, un edecán, una encargada de prensa, un médico personal, un asesor de imagen y su pintora de cabecera, una tal Susannah Fiennes, cuya misión, dicen, "es captar en sus cuadros la esencia de cada lugar", entre otras. Y encima se pasa todo el tiempo saludando a gente que no va a ver nunca más en su vida. Un día le contaron cómo era estar solo y no se lo creyó.

El Príncipe, ahora, camina por la plaza San Martín: es culoncito, pata 'e catre y avanza con la cabeza hacia delante, tipo gallina. Está empezando a quedar viejo: parece increíble que todavía no haya empezado a ser aquello que debía. O quizás debía ser esto: un Príncipe, alguien que siempre está por ser.

El Príncipe parece una propaganda antiaristocrática: si la pureza de

sangre significara algo, este debería ser el mejor ejemplar de ser humano: nadie tiene tantas noblezas como él. Así que la sangre no debe servir para gran cosa —salvo para hacer morcillas, decía el otro.

—¡Presenten / armas!

El Príncipe va rendir homenaje a San Martín. La costumbre de que la llegada de un jefe a otro país empiece con las flores en la estatua del prócer indicado parece una cuestión corporativa: era de cuando los jefes de estado tenían la esperanza de subirse alguna vez a un bronce semejante. El Príncipe camina con la mano izquierda pegada a su pantalón a la altura del bolsillo izquierdo: cualquier chorro le explicaría que está dando demasiado changüí, que está "marcando" dónde tiene la marroca.

El canciller Guido Di Tella, que estudió algo en Oxford, se mantiene un paso detrás del Príncipe, comme il faut. Para él debería ser un momento de triunfo pero se lo ve cansado, casi aburrido. Ahora, ante el bronce, Di Tella habla del "aprecio de San Martín por lo inglés, que fue más allá de lo militar, extendiéndose a la civilización y a la cultura inglesas". Me acuerdo de otro general del Cono Sur que, últimamente, andaba diciendo lo mismo hasta que los ingleses se lo tomaron en serio y lo guardaron por cuenta del juez Garzón. Di Tella empieza a hablar en inglés, porque va a citar a Borges:

—No estoy seguro del significado de lo que voy a decir.

Dice Di Tella, en su mejor estilo, y dice que le parece que tiene varios. Se le entiende muy poco, como de costumbre, cuando recita un fragmento de poema del ciego sobre una rosa en un jardín, y termina:

—No sé nada, y todo es una infinidad de cosas… Creo que este poema nos habla de la ambigüedad de la vida y del futuro. Su visita es una visita de reconciliación y es muy importante para nosotros.

Una tribunita llena de anglos viejos con sombreros y gorras, y cuatro o cinco chicos con kilts y banderitas lo aplauden deferentes. El Príncipe le sonríe, le agradece y dice que "la amistad entre nuestros dos países empezó en los años de San Martín, los de la fundación de la República Argentina", como quien dice: nosotros ya éramos tanto cuando ustedes nada. Es cierto, pero quizás podía callarlo aquí y ahora. El Príncipe sigue hablando, con ese acento tan british upper

class, de vocales cerradas y finales arrastrados:

—Estoy encantado de pasar dos días en este país, y de la cantidad de personas y lugares que voy a conocer en ese lapso.

Alguien debe haberle explicado que dos días es el plazo justo para estar aquí.

—Así que les estoy tan agradecido por su amable bienvenida.

Dice el Príncipe y nadie se da cuenta de que ya acabó; su Alteza no es muy bueno acabando. Los tambores redoblan: el Príncipe y los que tienen que seguirlo se bajan de la caseta; otros varios se quedan en la caseta. Cada una de estas ceremonias banales, sin el menor interés, es un ritual complicadísimo en el que cada uno tiene que saber perfectamente dónde debe ponerse. El Príncipe camina hacia la estatua y se queda un minuto frente al bronce y las flores, recogido, con su pata ‘e catre, mientras los bronces tocan una especie de retreta. El momento es más emotivo que la mierda. En el escaso público, señoras murmuran que no es tan alto, que está un poco viejo, que qué piel tan lechosa, que qué orejas: son datos decisivos. Después, entre más trompetas, el Príncipe se retira hasta su coche, rodeado de caballos granaderos de un solo pelo. El olor a bosta es importante: el Príncipe está, por fin, en su elemento.

En la plaza de Mayo un inconfundible botón de civil mira con largavistas las terrazas circundantes: la idea de que alguien pueda creer en la posibilidad de un atentado me excita. En el famoso balcón de la Rosada, desde donde el General arengaba a las masas, hay una gotera que chorrea y chorrea: si fuera una metáfora de algo sería pésima. Entro, paso los controles: nunca antes había estado en la Casita Rosa. Es un edificio un poco envejecido, tristón en sus pasillos exteriores, y nuevo rico en sus oficinas pelechadas. En cambio el Salón Blanco es el sueño de la dueña del mejor prostíbulo de París, 1883: angelotes, volutas, sobredorados, mármoles, molduras e incluso unos soldados morochos y grandotes en los ángulos.

—No lo puedo creer. ¿De verdad este es el lugar donde se filmó Evita?

Dice una periodista inglesa, casi emocionada. El Presidente de los

argentinos espera al Príncipe de los ingleses, que entra caminando sobre otra alfombra roja: el Presidente tiene la sonrisa de petiso canchero que suele usar en estos casos. El Príncipe entra componiendo la suya, un poco caída. Se saludan y posan para los fotógrafos: el Presidente, que se come la cancha y sale a golear; el Príncipe, tranquilo, que se conforma con un empate porque sabe que está ocho puntos arriba. Los fotógrafos les piden más manos y más dientes y los dos cumplen y giran para que nadie deje de captarlos. Toda la escena es una función privada, armada para que la veamos los treinta tipos que estamos ahí, es decir: unos 25 millones de ingleses, 15 millones de argentinos, además de un par de desprevenidos que se enganchen con la CNN en Nairobi o Kentucky.

—¡Acá, señor príncipe, mire para acá!

Detrás del largo apretón de manos un edecán militar los mira medio torcido: me pregunto si será la conciencia nacionalista de las Hermanitas Irredentas, pero quizás sólo tenga dispepsia. Alguien me comenta que Menem quiere pedirle al Príncipe que lo ayude a ir a las Malvinas con Zulemita, para su luna de miel. Pero los voceros insisten en que no van a hablar de eso. Mientras, los cronistas de televisión repiten sin parar la palabra "histórico": no la deben haber dicho desde las ocho de la mañana, cuando anunciaron la muerte de Bioy Casares o la ofensiva re-re. Desde que algún gracioso dijo que el periodismo era el borrador de la historia, no hay joven reportero que no se crea un Heródoto en pañales —aunque no sepa bien por qué provincia es diputado ese fulano.

A la salida, en un pasillo, pasa un funcionario con un gran cuadro envuelto en papel de regalo, y dicen que es el presente del Presidente al Príncipe; cuando un fotógrafo intenta retratarlo se enoja y le dice que no lo comprometa. Habrá que revisar los catálogos de los museos nacionales. Mientras, le pregunto a otro funcionario dónde sigue esto ahora:

—En la sala de prensa.

—¿Y dónde es?

—Siga a los demás periodistas. Van todos para el mismo lado.

En la facultad de Comunicación no consiguen explicarlo mejor.

—… porque esta sociedad represiva no nos da la posibilidad de trabajar, porque el presidente de este país es un criminal que comete asesinatos contra nosotros, les pedimos el asilo político que nos permita seguir ejerciendo nuestros derechos humanos…

Gritaba en inglés pitman el/la travesti a través de su altavoz. Este mediodía un centenar de trabas, putas y gays están usando la estatua de Bartolomé Mitre como una tribuna de doctrina; enfrente, docenas de guardias de infantería los miran con odio o modos del deseo; más atrás, la embajada inglesa sigue cerrada a cal y canto.

—… y todo porque nosotros hacemos un trabajo sexual, porque esta sociedad pacata y reaccionaria no nos da la oportunidad de tener un empleo digno, y en cambio nos condenan al hambre y la miseria, a ser explotadas por la policía…

El/la travesti no se ha afeitado esta mañana: tiene el gran mentón lleno de pelos, y un entusiasmo indignado y desbordante. Sus compañeros o compañeras tienen carteles pintados y los labios también, y ropas muy sucintas; siliconas salvajes desatadas. Le pregunto por qué trató a Menem de asesino y me dice que porque les manda a la policía a pegarles, reprimirlos y matarlos. El/la habla con ese tono afectado, femenino de telenovela, que suelen usar estos señores o señoras.

—¿Y por qué creen que el Príncipe puede hacer algo por ustedes?

Un paseaperros con diez bichos de luxe atraviesa la escena: él sí pertenece a este paisaje.

—No, no lo creemos. Nosotros estamos acá para denunciar ante la prensa nacional e internacional todos estos abusos. Acaban de poner el código, y ya han golpeado violentamente a dos compañeras en la comisaría 23. ¿Qué vamos a esperar? ¿Que nos maten?

Yo pensaba preguntarles si se cogerían al Príncipe, pero de pronto me pareció una falta de respeto, una banalización estúpida. Cuando me dan esos ataques de ética barata es la hora de partir. Así que me voy. Un rato más tarde, cuando les peguen, yo estaré en otra parte. Decididamente, hoy es mi día de estar en el lugar erróneo en el momento equivocado.

Por suerte a nadie le importa la visita del Príncipe; a lo sumo, nos importa ahora, que estamos embotellados en el Bajo, por lo mal pensados que estaban los cortes. Para la mayoría de los argentinos, la visita del Príncipe fue como casi todo lo que aparece en la prensa: algo que no tiene nada que ver con sus vidas. Son más de las doce: el acto frente al monumento a los caídos en las Malvinas es —se suponía que era— el más solemne de toda la visita, así que las trompetas militares tocan más y más retretas. Bajo un toldo, sobre una alfombra espesa, los invitados esperan mientras el Príncipe les lleva una corona de flores a todos sus muertos. Parece que el señor tiene un orden: primero, en Argentina, vienen los difuntos. Después ya verá qué pasa con los vivos. Yo estoy a pocos metros de las flores y el Príncipe y meto la mano en mi bolso, saco de mi bolso un objeto chico y negro y lo tengo en la mano; pasa un momento hasta que se lo ve grabador, y nadie me dice nada. Podría haber sido, perfectamente, una pistola; alrededor hay cientos —o miles— de policías, soldados, services y más fauna botona. El Príncipe se está despeinando, y sus numerosas orejas aparecen cada vez más rojas. Todos nos aburrimos. Detrás de mí, dos policías discuten sobre las calidades comparadas de varias marcas de pastillas de menta.

—Hay unas licton, lipton… Creo que son inglesas.

—Ah, no, si son inglesas, no.

Las trompetas vuelven a tocar, y ahora el Príncipe charla con los ex combatientes que le han llevado a verlo. Alrededor del acto hay dos o trescientos públicos, pero nadie grita nada: por un momento, sospecho que el nacionalismo ha muerto en la Argentina, o agoniza, y no sé si eso me gusta o no. Una vieja vende escarapelas por un peso y no le compra nadie. El Príncipe habla con los ex más que lo previsto. A su lado hay un médico ex militar, Rick Jolly, jefe de un grupo de ex ingleses. El Príncipe le pregunta a un ex argentino si lo hirieron en la guerra, y el argie le contesta que no.

—Menos mal, porque si no habría caído en las manos de este señor.

Dice el Príncipe, gracioso como nadie, señalando a su médico contiguo. La ronda sigue y se termina, como casi todo. En cuanto el

Príncipe y su comitiva salen de la plaza, veinte ex combatientes se suben al monumento y empiezan a cantar y saltar:

—¡Y ya lo ve, y ya lo ve, el que no salta es un inglés!

Y semejantes. Más acá, César González Trejo, el secretario de la Asociación de Ex Combatientes que charló con el Príncipe, me dice que le pidieron sobre todo su autorización para ir a visitar a sus compañeros muertos en el cementerio de Darwin, en las islas. Más Lázaro Costa. González tiene un traje cremita, bigotes para abajo, cigarrillos fumados hasta el filtro y me dice que ellos no reconocen realezas y por eso lo trataron de señor Carlos, no de Príncipe.

—Yo creo que él es el jefe de la mafia más antigua del mundo. ¿Quién dice que existen los príncipes? Ellos mismos. Es una mafia legalizada.

—¿Cómo te resulta charlar con un jefe de los que fueron tus enemigos?

—Uno puede sentarse con el enemigo, mientras uno no se confunda con él. Por eso hemos dicho que no hay reconciliación, hay respeto. Reconciliación va a haber cuando nos devuelvan las Malvinas, cuando haya justicia.

—¿Vos pensabas que iba a venir más gente a manifestarse…?

—No sé… Supongo que para mucha gente es más importante que Racing siga jugando en primera.

Detrás, los ex siguen saltando y gritando. No paran, pero son menos que las cámaras que ahora los apuntan.

—Cuando lo miro, no puedo dejar de pensar que este hombre, hace unos años, le dijo a su amante por teléfono que quería ser su tampax.

Me dice un periodista en la puerta de la Cultural Inglesa, donde el Príncipe acaba de entrar recibido por una patota de gaiteros con barbas, pieles, gorros, plumas, botas y polleras escocesas. Perfecto para el mes de marzo —en Edinborough.

La charla del tampax salió en todos los diarios del mundo. El poder solía estar basado en el secreto: los príncipes mostraban sólo lo que querían. Ahora, gracias al periodismo de mercado, todos sabemos casi todo lo que hacen, y suponemos que nos interesa. Así fue como los

cuernos de este hombre fueron uno de los asuntos más públicos de esta cultura del público —y encima todo el mundo se puso a favor de la adultera. Tras cornudo, apaleado —solía llamarse eso en mi pueblo de Castilla.

(Tanta exposición da lugar a teorías baratas: ahora parece que lo más sofisticado, lo que hacen los que tienen más poderes, es desdeñar las tentaciones de despampanantes cuerpitos. Quizás sea por eso de que ya no queda centímetro de carne que una buena billetera no pueda reparar. O no. Lo cierto es que este señor con su Camila y el otro con su Monica son ejemplos cívicos de lo más impactantes. Alguien va a tener que juntar coraje y avisarle a Menem que se ponga a la moda).

—La visita de este hombre nos tiene revolucionados desde hace semanas.

Me había dicho una funcionaria de la Cultural. Y me explicó, con verba impresionista, que en el instituto hay distintas posturas frente a la visita:

—Los británicos no le dan ni bola, porque para ellos el Príncipe no significa ya nada. Para los criollos es un embole que les cae sin comerla ni beberla. Pero para los anglos es un polvo de parados.

Los anglos son los descendientes de ingleses que están en la Argentina hace ochenta o ciento veinte años, y tratan de seguir viviendo como en Middlesex, 1917, aunque cada vez les sale peor: ya no tienen tanto dinero ni poder, y se tienen que mezclar. Siguen sonando gaitas. A un costado, Daniel Tognetti, de CQC, acecha. Yo me preparo para ver tremendo asalto: para mi sorpresa, cuando sale, el Príncipe se dirige hacia él, Tognetti le da una bocha de polo y cambian un par de chistes. Después, alguien me explicará que el cruce estaba negociado con la embajada: los ingleses están tan lanzados en su operativo de limpieza de imagen del Príncipe que le inventan ese tipo de falsas emboscadas.

—¿Y este viaje importa en Inglaterra? Esta mañana miré los diarios de ustedes y no había casi nada.

Le pregunto a un periodista british, con la corbata floja.

—Mucha importancia no le dan. Pero como está toda esta campaña

para levantar la imagen del Príncipe, los medios se prenden y mandan a alguien.

Como este no es un Príncipe de verdad, de los de antes, este Príncipe tiene que mejorar su imagen para que lo dejen seguir siendo Príncipe. Y, desde la muerte de su ex mujer, le va bastante bien.

Antes había príncipes —y reyes— porque eran los dueños, y no le pedían permiso a nadie. Ahora, en cambio, están porque "la gente" los quiere. Los modernísimos españoles, entre otros, no consiguen pensar que tener un fulano de mandíbula caída como "símbolo de su nación" es una necesidad tan primitiva. Los modernísimos daneses, suecos o británicos tampoco. Casi tanto como tener dioses, acota Zavatarelli — y no le hago caso.

Lo peor es la línea de argumentación: están porque su pueblo los quiere. ¿Entonces habría que decir ah, qué bueno que lo quieren? ¿O: qué nabos los españoles que necesitan un rey para creer que tienen un país? No, imposible qué nabos. El pueblo nunca se equivoca. O sí, pero hay que respetar sus equivocaciones, decía el pensador vernáculo don Herminio Iglesias. En fin, lamento la digresión, pero es tan aburrido mirar al Príncipe. Sí me interesaría conocer su mirada, entender cómo ve. En el siglo XVIII, en Rusia, el conde Potemkin le preparaba a su emperatriz Catalina, cada vez que salía de viaje, unos pueblos falsos al costado del camino, con casas repintadas y aldeanos contentos que cantaban y bailaban. En alemán todavía se dice "un Potemkin" para decir un trucho. Y a este señor le deben mostrar el mundo siempre así: me encantaría saber dónde se cree que vive. Podría sorprendernos.

Es curioso que la privatización del estado argentino haya llegado a las recepciones: en general, los países tienen salones donde reciben a los dignatarios extranjeros que los visitan. Pero el hotel Alvear es de un amigo y proveedor del Presidente, y venir por acá le debe traer gratos recuerdos de noches encendidas. Esta noche, para recibir a su Alteza, el hotel se ha llenado de luces y brillitos y trajes de noche y siliconas mucho más caras que las que rodeaban la estatua de Bartolo.

Son unos cuatrocientos invitados, la crema de la Argentina menemista: están todos muy excitados discutiendo si es verdad que mañana su jefe va a anunciar su candidatura para la interna. Aparece Alberto Kohan y los periodistas lo asaltan, buscando la noticia bomba. Pero el señor Kohan va de esfinge: dice que no sabe nada mientras hace caras que dicen que por supuesto sabe todo. Ya está por empezar la fiesta: a nosotros, periodistas, nos mandan a un salón muy coqueto con un par de monitores —"pero son de 29 pulgadas, eh"— y a mirarlo por la tele, igual que en casa. Otra vez el lugar equivocado.

—… su recogimiento ante nuestro cenotafio nos ha llegado muy hondo…

Discursea Menem, y nadie se ríe ni un poquito. Están —se ve por la tele— en un salón repleto de velas: seguramente siguen dileando con alguna muerte. La servidumbre va de frac y guantes blancos, como se debe. Menem avanza, con dicción difícil:

—Desde el inicio de nuestra historia, el Reino Unido ha estado presente: los primeros alambrados de nuestras pampas, el pedigree bovino y vacuno, el trazado de nuestras redes ferroviarias, la educación de nuestros…

Scalabrini Ortiz se habría hecho un pícnic con esta enumeración de dependencias, pero Scalabrini es cada vez más subte. Menem termina sin decir una palabra de aquellas islas o su guerra. Esto debe ser la diplomacia: el ocultamiento de lo que todos ven. Es el turno de su Alteza Real:

—Siempre me sentí muy conectado con su país, señor presidente, a través de sus notables caballos.

El lugar está claro de movida. Después, el Príncipe se dedica a reseñar los vínculos entre nuestro país y su familia, y habla de las visitas de su padre. En 1966, Felipe de Edimburgo visitó la Argentina y, por supuesto, le armaron un par de partidos de polo. Dos de sus compañeros fueron los hermanos Alberto y Horacio Heguy, 10 de handicap. El príncipe se divirtió como un bastardo. En esos días, un periodista incómodo lo interceptó a la salida de una recepción y le hizo la pregunta que el protocolo había prohibido:

—¿Qué piensa hacer su país con la cuestión de las islas Malvinas?

Aquel príncipe se sonrió con la flema británica y le dijo:

—No hay problemas. Ustedes nos dan a los Heguy y nosotros les damos las Falklands.

Pero ahora quizás se arrepintieron: este Príncipe ha dicho que no quiere morirse sin jugar al polo en la Argentina, pero esta noche termina su discurso dejando muy claro que su país no piensa negociar nada sobre las Falklands. Sus frases son tajantes: un amabilísimo corte de pómulo derecho, y más sonrisas. Los invitados atacan sus rollitos de salmón relleno con salsa de pimiento rojo y rábanos picantes: todo un desafío.

Me fui del salón-televisor del hotel, aburridísimo. Sobre Alvear, vecinos del barrio sacaban a pasear sus rolex y un par de retardados caminaban hacia el hotel con sus trajes de noche. En la esquina de Guido y Callao la policía tiraba contra unos cientos de manifestantes de izquierda. Corrí, pero los manifestantes ya no estaban: guardias de infantería salían a perseguirlos a pie y en tanquetas. En el suelo quedan banderas argentinas, tachos de basura, carteles llamando al Argentinazo, vidrios rotos, un caño de fierro con manija; en el aire, el gas lacrimógeno necesario para que Cruella de Vil se deshiciera en lágrimas. Un poco más adelante, cuatro o cinco señoritas de la guardia de infantería patean a un detenido hacia el interior de un celular. Dicen que hubo más de cincuenta. Me cruzo con un pibe que se hace el tonto pero tiene toda la pinta de venir de la manifestación. Cuando me ve, me guiña un ojo, me muestra con la mano los líos circundantes y me para un minuto:

—¿Viste que los príncipes sí sirven para algo?

(1999)

Belgrado

BAJO FUEGO

—Lo jodido es la primera bomba. Después uno se va acostumbrando.

Me dijo Tom, haciéndose el canchero. Pero quizás tenía razón.

—Ya vas a ver: te acostumbrás mucho más rápido que lo que supondrías.

No sé por qué se me ocurrió la idea de ir a la guerra. Quizás porque nunca estuve en una guerra que no fuera la mía, y quería ver cómo se ve una de afuera. Quizás porque pensaba que un periodista tiene que haber ido a alguna guerra, y quise ser un periodista. Quizás porque no me gustaba la información que me estaban dando, y quería ver por mí mismo. Quizás porque esto de los Estados Unidos tirando bombas donde se les canta es bastante más grave de lo que parece, y quería contarlo. Quizás porque pensé que si los americanos hacían tanto escándalo para acabar con Milosevic, algo interesante debían tener el hombre y su país. O quizás porque no se me ocurría nada mejor para la nota de esta semana. Vaya uno a saber: las razones están siempre mezcladas, y uno nunca las sabe. Pero ahora ya no importaban las razones: la camioneta avanzaba por una carretera húngara y Tom seguía haciéndose el canchero.

—No me digas que es tu primera guerra…

Hace unos días, alguien en la embajada yugoslava en París me había dicho que la única forma de llegar a Belgrado era por tierra desde Budapest. Y me dio un número de teléfono que resultó ser de un celular húngaro. Cuando llamé, un tipo con acento Drácula me dijo que el viaje me iba a costar 50 dólares y que la camioneta salía a la mañana siguiente desde la estación de servicio Agip que está a la entrada del aeropuerto.

—¿En qué calle?

—No sé, no importa. Usted diga la Agip, acá todos la conocen.

—¿A qué hora me dijo?

—A la mañana, no sé, cuando se llene. Usted llegue a eso de las ocho.

Al otro día, cuando lo vi, me impresionó un poco: era un petiso de

campera de cuero negra y mirada muy retorcida. Hace unos años, el cine americano nos tenía convencidos de que cualquier centroeuropeo con cara un poco turbia era un jerarca del partido: ahora la televisión nos asegura que son mafiosos a la rusa. A su lado, su segundo tenía uno de esos anteojos que pueden hacer que cualquier gil parezca robocop, y una de esas espaldas que pueden hacer que cualquier debilucho parezca schwarzenegger. El segundo también parecía temible. La camioneta salió a eso de las 11, y me tranquilizó que el jefe no viniera. Robocop manejaba.

La camioneta tiene ocho asientos y cuatro pasajeros: Tom, un periodista inglés que parece americano, sonriente, estentóreo, en su cuarto viaje a Belgrado en tres meses; Djurdja, una profesora de idiomas de Belgrado, cuarenta mal llevados, que se fue a Canadá a ver a una hermana justo antes de la guerra y recién ahora puede volver. Y Theodosius, un comerciante griego de sesenta, reservado, que mira y calla como si lo que pudiera decir fuese demasiado importante.

La camioneta va despacio. Djurdja está nerviosa, y habla mucho: debe ser raro volver a tu país a ver cómo le cae la guerra. Djurdja cuenta que su hija de 17 nunca estuvo tan contenta en su vida: que le dijo que ahora todo el mundo se habla, se juntan en la calle, que hay otro clima en Belgrado. Y cuenta que la chica le pidió que le llevara zapatillas nike, camisas tommy hilfiger, un corpiño de victoria's secret.

—Lo único que quería que le trajera de América eran nombres.

Dice Djurdja, y sintetiza algo. Después dice que los americanos no entienden a los serbios, que no los pueden entender: que les podrían ganar una guerra con nombres, pero nunca con bombas, dice, y cuenta un chiste:

—Están el americano y el serbio. Entonces el serbio le dice al americano: ustedes no entienden nada, porque no tienen historia. Y el americano: sí, pero ustedes ya no tienen geografía.

Y dice que el humor de los serbios siempre consistió en reírse sobre todo de sí mismos.

Detrás de la ventanilla, el paisaje húngaro es como una reproducción de la pampa para una película de bajo presupuesto: se parece, pero se le ve el plumero. El griego me mira con cara de muy cómplice, como quien dice te voy a decir algo, y me dice que en su país todos se acuerdan de Nicolaides, que fue un gran general griego muy jefe en la Argentina. Yo miro vacas húngaras. Tom deja de leer su revista y dice que el periodismo es un oficio peligroso, malo para la salud.

—Fijate que yo empecé a fumar porque muy a menudo tenía que repartir cigarrillos en los puestos de control en los alrededores de Sarajevo, y quedaba mal que no prendiera uno yo también.

Dice, y se ríe. Después me pregunta por qué no fui a Kosovo, que es mucho más glamoroso que esto, y yo no le contesto. Pero yo no quería escribir sobre Kosovo. No dudo de que esos miles y miles de refugiados la deben estar pasando muy mal. Pero los he visto tantas veces en la televisión, y creo que esas imágenes sirven —a propósito o no— para justificar las bombas que caen sobre Belgrado sin que nadie las cuente. La realidad puede ser al revés: esta semana, *Newsweek* decía que "no hubo éxodo de refugiados hasta que los bombardeos empezaron". Y el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados estimó que había 45.000 kosovares en Albania y Macedonia la semana anterior a la guerra, y ahora hay 650.000. En la camioneta suena un silencio largo. Después Tom le dice a Djurdja que no quiere ofenderla, pero:

—Pero tu país está cincuenta años más atrás que nosotros.

Y yo no quiero discutir, pero:

—¿Más atrás que quién, que ustedes, los ingleses? Si hace quince años tu gobierno mandó un ejército a aquellas islas y nadie se le opuso…

—Sí, pero aquí se pelean entre ellos, no es un ejército profesional. Son milicias, gente suelta que se larga a pelear.

Le comento que el *Time* de la semana pasada decía algo parecido: que los enfrentamientos en los Balcanes eran "una guerra de una brutalidad medieval, donde tener tecnología apropiada a veces significa encontrar el tamaño de cuchara adecuado para sacarle los

ojos a un enemigo".

—¿Y eso es estar cincuenta años atrás? Ustedes en cambio bombardean porque es un trabajo, muy profesionales. ¿Eso es estar cincuenta años adelante? Con el B-2, por ejemplo, que es el avión de combate más caro que hay, pueden sacarles los ojos a miles de personas con un solo botoncito: la modernité.

Le digo, y el inglés sonríe y mira por la ventanilla: estos tercermundistas son tan irascibles. Al cabo de un rato se apiada de mí, y vuelve con más lecciones:

—El problema es que la OTAN no puede dejar de ganar esta guerra. Si no la gana, a los rusos se les pueden ocurrir ideas raras, los chinos van a estar más confiados que nunca y Occidente va a quedar debilitado. Ese es el lío: se están jugando demasiado a una carta muy idiota, y cometen demasiados errores.

En realidad, toda esta guerra es una sucesión de errores: para empezar, Madeleine Albright convenció a su presidente de que Milosevic se dejaría correr con la amenaza de las primeras bombas. Y entonces Clinton se comprometió a no mandar tropas terrestres, con lo cual no sólo descartaba una invasión, sino también la amenaza de una invasión: cualquier coronel —e incluso Carlos Menem— sabe que los ataques posibles son por lo menos tan importantes como los ataques. Y ahora muchos militares americanos pelean a regañadientes: muchos creen que esta "guerra de Tercera Vía", como ellos la llaman, es imposible de ganar, y están nerviosos.

Entonces vienen los errores técnicos. Que no son errores de trayectoria de las bombas, sino de inteligencia y elección de los blancos. Ya nadie cree que la OTAN no haya querido bombardear la embajada china. Pero después dejaron de atacar Belgrado por unos días y, cuando volvieron a intentarlo, se cargaron un hospital lleno de chicos. Al día siguiente casi se llevan por delante la embajada suiza. Después bombardearon una cárcel y mataron a varios presos políticos kosovares; al otro día destruyeron el único cuartel serbio que los kosovares habían conseguido ocupar, cerca de la frontera con Albania, y mataron a una docena de guerrilleros aliados. ¿Será posible que sean

tan nabos?

—Así es la guerra, te digo. Es sólo cosa de esperar.

Me dice Tom, el periodista inglés. Tom y yo ya llevamos más de una hora en el puesto fronterizo de Subotica, esperando una respuesta de los militares yugoslavos. Estamos parados en una sala fría, retrato de Milosevic, un banquito; el inglés dice que prefiere que no lo dejen entrar, así se puede ir a su casa con su mujer y su hijo, pero se le nota que miente. Pasan soldados vestidos de fajina, uniformes camuflados y pistolas al cinto, que nos miran pero no nos hablan. No hay nada más altanero que un militar en tiempo de guerra, verdadera o falsa. Tras una vida de rascarse el higo y temer que los descarten, la guerra es el momento en que realmente tienen todo el poder, aquello para lo cual se han preparado siempre. Aunque esa es una idea general: aquí, en Yugoslavia, estos militares ya llevan muchos años de guerra, y deben estar acostumbrados al poder que eso da.

—¿Viste que nos miran como si no existiéramos?

—Es que para ellos no existimos, o peor: no deberíamos existir.

Afuera hay una fila interminable de yugoslavos del pueblo fronterizo, que vuelven de hacer las compras en Hungría: bolsas llenas de cigarrillos, jabón en polvo y pampers. Todos llevan pampers. O los usan para alguna otra cosa, o la explosión demográfica serbia es incontenible: me imagino ejércitos de bebes serbios en pampers alemanes invadiendo Disney World, y pienso que quizás sería justicia.

—Thomas puede pasar, está aprobado. Martín no puede pasar, no está.

Dice el oficial, en un inglés aproximado. Es alto, fuerte, con el pelo cepillo, borceguíes de triturar gallinas, y no sé por qué nos llama por nuestros nombres de pila. Yo le digo que no le entendí, que lo diga de nuevo:

—Que Martín no puede pasar, tiene que irse.

El tipo no escucha razones. Yo le digo que tengo una visa de su embajada en mi país, que eso me autoriza a entrar, que hice 15.000 kilómetros para venir acá y él me dice lo siento, sí sí, lo siento, pero

mi jefe dice que usted no puede entrar y usted no puede entrar.

—Pero ¿por qué?

—No sé. Cuando mi jefe me da una orden, yo no le pregunto las razones.

La obediencia debida está por desbancar a la birome y el dulce de leche en el ranking de las grandes contribuciones argentinas a la aldea global. Estoy furioso, y lo único que se me ocurre decirle es que se meta a su país donde le quepa. Después me tranquilizo no mucho y pienso que en esto, precisamente en esto, consiste el poder: en que alguien te diga sí, usted tiene derecho a hacer tal cosa pero no la va a hacer, porque no, porque yo digo. Me pregunto si lo que me está pasando ahora, en esta frontera, será una muestra de lo que les pasa a todos ahí adentro, como dicen los medios de Occidente. No sé; quizás pueda verlo. En mi pasaporte, en todo caso, mi visa está tapada por un sello que dice “anulada”.

Djurdja, Theodosius y Tom se vuelven a la camioneta, se despiden, me dicen que lo sienten. Aquí sobra sentimiento, y el sol se está poniendo fuerte. Por suerte tampoco sé cómo volver a Budapest. Hay días en que todo es muy estúpido; mi bolso está pesado. Después de un rato largo consigo que un coche me lleve hasta la primera estación de tren húngaro: un pueblo de quince casas y dos iglesias donde me dicen que tengo que esperar tres horas hasta que salga el próximo. Ya es algo.

Son las tres y media de la tarde, hace calor, una especie de búho ulula sin parar. Debo ser feliz: estoy en medio de la suave campiña magyar, sin apuro, sin guerras a la vista, y el sol endulza el verde de los campos. Debería ser feliz, pero no me sale.

Horas después, cuando me subo al tren, el guarda es un joven gordote, incómodo dentro de un saco corto y una gorra con demasiados entorchados. Le pregunto cuánto cuesta ir hasta Budapest, me dice mil florines, me los cobra y no me da el boleto. Está haciendo extras: mil florines son como cinco pesos.

La mañana siguiente Budapest estaba fría, mañosa. Budapest es una

ciudad rara: debe ser bonita, porque ahora consideramos bonitas a las ciudades homogéneas. Durante el siglo pasado un par de sátrapas tiraron abajo casi todo lo que había sido Budapest durante siglos, y la hicieron de nuevo. Si alguien lo hiciera ahora sería un criminal de lesa arquitectura, un genocida cultural, pero hecho hace ciento cincuenta años es un mérito. Esa mañana, en Budapest, esperé más de veinte minutos en la puerta de la embajada yugoslava: llovía, el viento era sombrío, y el guardia tenía uno de esos trajes que deben hacerse sólo para guardias, chingado por los cuatro rincones, y me trataba mal. Hasta que conseguí hablar con un diplomático que me hizo entrar, sentar, me preguntó qué me pasaba y, cuando se lo conté, me empezó a catequizar con brío. En dos horas, recibí una lección completa sobre la historia de Yugoslavia, la política y el derecho internacionales, la educación de los americanos, el carácter eslavo. El tipo era joven, afilado, uno que seguramente va a triunfar en la vida.

—¿Sabe qué? Tengo que hacerle una confesión personal. Cuando fue la guerra de las Falklands, yo también fui engañado por los medios internacionales, y estuve a favor de los ingleses. Me convencieron con todas esas historias sobre Videla y los militares argentinos. Pero ahora que mi país es víctima de esas mismas tácticas de difamación, le tengo que pedir disculpas.

La idea era tan retorcida que no supe bien que contestarle. El día que vuelva a haber una guerra con un bueno y un malo más o menos claros, como en las películas viejas, en el manual de Ibáñez o en España, 1936, la cola para anotarse va a tener varias cuadras. Mientras, el diplomático insistía mucho en un punto que parecía sensato: si los americanos pueden decidir que, por “razones humanitarias”, están autorizados a tirar miles de bombas sobre un país cualquiera, nadie tiene la menor posibilidad de elegir su propio camino. Es tan brutal como lo que dijo el otro día el portavoz de la OTAN, Jamie Shea: “Nosotros podemos apagar la luz de Yugoslavia cada vez que lo necesitemos o queramos”.

El diplomático seguía su arenga: que Milosevic es diferente porque está en contra de la globalización y del dominio americano sobre el mundo y que por eso le inventaron estas historias de tiranía y

maltratos étnicos para justificar el ataque, pero que no eran ciertas. Si lo fueran, él no me lo iba a contar, claro. Lo único que yo le pedía era que me dejaran llegar hasta Belgrado, pero eso no parecía tan fácil.

—Déjeme averiguar su situación, y vuelva a llamarme mañana.

—¿Cómo mañana?

—Bueno, esta tarde, si quiere, a las tres y media.

Esa tarde, cuando lo llamé, sólo había una especie de Frankenstein que repetía que el señor fulano no está acá, no está acá, lo siento. Más sentimiento: debe ser el famoso sentimentalismo del alma eslava.

Entonces llamé al embajador argentino en Belgrado. Yo no suelo llamar a embajadores argentinos: éste, por una vez, tenía ganas de ayudar. Me pidió tiempo: el ministerio de Relaciones Exteriores en Belgrado ha sido bombardeado, y ni siquiera está muy claro dónde trabajan sus funcionarios. Pero lo iba a intentar: que lo llamara mañana. Así que ahora estoy aquí, en la bella ciudad de Budapest: sólo me queda esperar, no tengo nada que hacer, y eso podría ser una buena noticia, pero llueve, no tengo nada que hacer y estoy hasta las bolas.

Al otro día volví a llamar a todos, y me dijeron que lo mío avanzaba, que siguiera esperando. El yugoslavo aprovechó, además, para ofrecerme un par de suplementos cortos a su arenga. La situación empezaba a ser insoportable. En algún momento me pregunté si varios fracasos juntos pueden terminar siendo un éxito, y el doctor Merengue me contestó que no:

—No —me dijo—. La suma de varios fracasos no es ni siquiera un gran fracaso.

Tampoco era una gran respuesta, pero por suerte la discusión no tenía el menor interés. Así que empecé a caminar, y caminé, y caminé. Entonces vi una pareja de cincuentones gordos besándose en un banco de plaza y cómo ella enrojeció cuando descubrió que yo la miraba. Vi muchos negocios recién puestos, atendidos por jóvenes entusiastas que sentían que esta era la gran oportunidad para construir sus vidas; después les pregunté cuánto ganaban y, quién más quién menos, se llevaban 300 pesos. Vi subtes y ómnibus sin molinetes, donde nadie te

pide el boleto, porque alguien debe creer que todos somos más o menos honestos o que, por lo menos, no nos robamos los 40 centavos del viaje en colectivo. Vi un palacio de cientos de metros construido hace cientos de años por cientos y cientos de personas que trabajaban para una sola y no creían que pudiera existir otra salida. Vi a un tipo que abrazaba a una mujer bellísima y le miraba las piernas a una mujer fea que pasaba mientras. Vi una chica de 20 modosa, morocha, falda larga, que leía Goethe parada en una esquina y trataba de que todos se dieran cuenta qué leía. Vi docenas de putas subidas a zapatos de 15 centímetros de plataforma, y la mayoría eran rubias de ojos celestes, como en la Argentina suelen mostrarse las actrices de teleteatro. Vi cuarentones que se obstinaban en seguir pareciendo obreros de Europa del Este, con los bigotes grandes, el pelo corto, el overol gastado, las manos como piedras. Vi a uno en particular, sonrisa muy amable, y me pregunté si le pegaba a su mujer. Vi un señor muy limpito con su gorra de béisbol instalando una alarma de seguridad en un kiosco de revistas. Vi cantidades de gorritos de béisbol en cabezas de todas formas y colores: debe ser una marca de algo, y yo sospecho de qué. Vi un río que corre demasiado rápido —el Danubio— y, a mi pesar, no pude dejar de pensar que va a estar poluido veinte o treinta años por las bombas americanas en Serbia. Vi más morochas de ojos claros que en ningún otro lugar del mundo, y era todo un paisaje. Vi muy pocos perros, y muchos más turistas alemanes. Vi dos tipos de 35 charlando en una mesa de un café muy caro y llevaban más oro que el papa: hasta sus celulares tenían apliques de oro. Vi las caras de esos viejos y viejas que pasaron la guerra, la revuelta del 56, la ocupación soviética, la caída del Muro, el capitalismo rampante, y creí que podía ver algo en ellas, pero no sé bien qué. Después, cuando ya no supe ver lo que veía, me fui a tomar un vino, y otro, y otro más.

Después comí, dormí, seguí bebiendo, leí diarios y revistas, hablé muchas veces con el diplomático yugoslavo y el embajador argentino, me dieron esperanzas y esperé y esperé y pasaron los días y seguí caminando. Y vi un bar de cuatro mesas viejas donde los parroquianos

eran viejos que tomaban vino con soda y hablaban pestes de esos hijos de puta que ahora se compran coches y mujeres, y que ya iban a ver cuando volviera el comunismo. Vi la mirada perdida de un mozo que iba por su octava hora de trabajo corrido, y no podía más, pero seguía de pie. Vi unas uñas pintadas de violeta y otras nácar, pelos pintados de violeta y otros rubios, chaquetas de violeta y otras rosa, y entendí que el violeta era la contraseña de una secta que ya no era la mía. Vi estatuas y más estatuas de reyes que, por algún error, se parecían más a los obreros de overol que a los empresarios de dorado. Vi coches y más coches atascados en una ciudad que hace diez años no conocía la palabra embotellamiento, y me pareció que a muchos los enorgullecía. Vi dos perros más, después, y vi que se peleaban. Vi la calle Attila József, un poeta comunista que se mató en 1937, después de escribir que el comunista es aquél que se para en la plaza pública a mediodía y dice: es medianoche; entonces la gente se ríe de él, pero él sigue allí, diciendo lo mismo. Hasta que al fin, la medianoche llega, decía Attila. Vi dos tipos de 25, grandotes y vestidos de negro, escondiéndose en un portal para discutir el precio de lo que uno de ellos se había robado y el otro estaba por comprarle, pero no pude saber qué era la mercadería. Vi un matrimonio de 80 que esperaba su turno en una confitería: ella le hablaba, él no la escuchaba y la miraba con cara de museo de cera; supuse, aunque no quise, que él estaba pensando cuál de los dos se moriría primero. Vi los enormes pomposos edificios del imperio austrohúngaro, completamente posmodernos, con sus columnas romanas, mosaicos bizantinos, cúpulas rusas, estatuas griegas, aleritos chinos, grotescos italianos. Vi muchos ricos nuevos con trajes italianos y celular como estandarte, y ni siquiera eran grotescos. Vi casinos y night-clubs y más casinos. Vi muchas de esas chicas de 13 o 14 que no saben si jugar con muñecas o con muñecos, y actúan en consecuencia. Vi padres e hijos que caminaban juntos y miraban hacia los costados, porque no sabían qué decirse. Y no vi nada que me hiciera pensar que 200 kilómetros al sur hay una guerra, y empecé a preguntarme para qué coño tenía que ir a Belgrado, y me acordé y me fui a tomar un vino, y otro, y otro más. Cualquier viaje, de todos modos, es una forma de la borrachera. Entonces una

camarera me preguntó qué me pasaba, y le conté, y ella me miró un rato antes de hablarme:

—¿Y estás seguro de que querés ir allá?

Al día siguiente, el embajador argentino me dijo que había presentado una queja formal por la anulación de mi visa y que su interlocutor en el ministerio de Relaciones Exteriores le había dado esperanzas. Y el secretario yugoslavo me dijo que mi caso marchaba, que sólo debía tener paciencia: que en dos o tres días se resolvería, si teníamos suerte.

—Estamos en una guerra, y en las guerras los civiles ya no controlan nada. Ya no podemos siquiera hacer entrar a un periodista. Todo es culpa de la guerra, entiéndame. Yo lo siento tanto. Pero no tiene que desesperar: en tres o cuatro días seguramente va a poder entrar…

—¡¿Seguramente?!

Estoy harto de esperar. Debería irme, pero me voy quedando. A veces me agarran los ataques de odio, y llamo al aeropuerto para preguntar cuándo sale el próximo avión de vuelta: es cuando empiezo a pensar que ellos —los serbios— no quieren que cuente cómo es la vida en su ciudad bajo las bombas, y entonces que se vayan al carajo. Después me arrepiento, negocio conmigo mismo, me digo bueno, un día más: es cuando empiezo a pensar que ellos —los serbios— no quieren que cuente cómo es la vida en su ciudad bajo las bombas, y más ganas me dan de ir a verlo y contarlo. Y, por momentos, se me aparecen las frases más inconfesables, del estilo “por lo menos, que esta guerra no se termine antes de que yo llegue”. Hay noches en que el periodista es el mejor amigo de la rata.

Y sigo mirando, caminando. Al principio me costaba más hacer pasar los días: ahora se me van casi sin darme cuenta. Ya llevo seis, y me siguen diciendo lo mismo: con suerte, en cualquier momento, salgo para Belgrado.

2. La ciudad

Es tan raro que allá afuera estén cayendo bombas. Acá adentro, en el Nachpunic, un trío imposible de guitarra, acordeón y violonchelo está zapando una "Cumparsita" muy apache, y la cerveza corre. Es de noche. El Nachpunic es un bar en el sótano de un edificio cualquiera del centro de Belgrado, sin cartel a la calle: está lleno de velas, porque ayer la OTAN volvió a cortar la luz en toda Yugoslavia. En el Nachpunic hay ocho o nueve mesas diferentes, sillas desparejas, cuadros, libros, mucha madera, candelabros, y un dueño cincuentón de esos que siguen usando jeans y camiseta negra aun cuando la panza se les derrama despiadada. En el Nachpunic hay tres parejas acarameladas y una mesa grande con diez cuarentones: ellos gordos con oro, ellas gordas con pantalones ajustados y tacos aguja. Yo llevo dos o tres horas en Belgrado y todo me parece raro. A mi lado, una puta de lujo, grandota y bien vestida, con la gracia sutil de una secretaria de Sofovich, le está explicando en buen inglés a un ruso viejo muy pelado que esta guerra es terrible pero que Yugoslavia igual se va al carajo, con guerra o sin ella:

—Este gobierno está vendiendo las empresas importantes del estado, los teléfonos, el correo, y se lo roban o se lo gastan en sus cosas. Si seguimos así nos vamos a convertir en una republiqueta bananera…

El trío imposible ya pasó por "O sole mio" y ahora está en pleno carnavalito. El ruso se ríe con la baba a flor de labios y le dice que no, que tiene que entender, que ésa es la lógica de los negocios.

—¿Y ustedes qué saben de negocios?

Le dice ella. El trío se calla un momento y llega otra vez desde afuera la sirena ululante: cuando suena ululante es que empieza la alarma; cuando suena continua es que termina. Es raro, pero ahí afuera la ciudad está oscura y no hay un perro en la calle; es raro sobre todo que allá arriba haya una sarta de fulanos que vienen volando a dos mil por hora. Unos muchachos encantadores, bien afeitados, temerosos de dios, fans de los rolling stones, respetuosos de la diversidad cultural y los derechos humanos, con las fotos de sus

hijos rubios en la billetera, que en este momento están por apretar el gatillo de una bomba de media tonelada.

—Lo bueno de estar en este sótano es que una se siente protegida.

Dice la sutil, y el ruso le sonríe con esos labios finitos de ruso libidinoso de serie de TV.

—Si te vinieras conmigo a Moscú estarías siempre protegida.

—No te preocupes, querido, nosotros los serbios sabemos protegernos solos.

Le dice la sutil, con la elegancia de una buena cachetada.

Es muy peligroso, en estos días, en Serbia, ser paloma: están muriendo como moscas. Y ni siquiera las matan los ataques enemigos: caen víctimas de los propios serbios. Lo que pasa es que, como la mayoría de los puentes están destruidos por las bombas, el escaso tránsito que queda pasa por carreteras secundarias, pueblos chicos. Las palomas de esos parajes no estaban acostumbradas a semejante agitación, y ahora mueren por docenas, atropelladas por esta avalancha de coches y camiones. En una guerra todo, absolutamente todo cambia, aunque a primera vista no se note.

—Yo no tengo miedo de la muerte. Sólo que no me gustaría morir por algo tan estúpido como esta guerra.

Me dice Milan Nikolic, desde el fondo de su barba enrulada. Nikolic es el director del Centro de Estudios Políticos de Belgrado y ahora forma parte de la comisión que está preparando una evaluación de lo que costaría reconstruir la infraestructura destruida por los bombardeos. Tienen que presentarla a fin de junio en Davos, en una primera reunión con las instituciones que podrían aportar parte de ese dinero: el FMI, el Banco Mundial, George Soros y siguen firmas. Las industrias química, metalúrgica y petrolera están colapsadas, la infraestructura vial muy arruinada, la reconstrucción va a costar mucho dinero y bastante tiempo.

—¿Y le parece que ellos van a poner plata si Milosevic sigue estando ahí?

—Bueno, dijeron que iban a emprender una especie de plan

Marshall para los Balcanes, que pondrían entre 20 y 30.000 millones…

—Sí, ¿pero con Milosevic?

Nikolic se calla por un momento largo: hay palabras que pueden complicar una vida, cambiarla casi tanto como cualquier guerra. Nikolic lo sabe: tiene una larga historia de disidencias y persecuciones. La situación es curiosa: si mucha gente habla mal de un supuesto dictador, resulta que no es tan malo, porque por lo menos se puede hablar mal de él. Pero si nadie habla mal de él, ¿será que es un feroz tirano, que no permite siquiera esa mínima crítica? ¿O que no hay razones para criticarlo? La paradoja del supuesto dictador es peliaguda.

—Yo creo que van a terminar arreglándose. Entre él y Estados Unidos hay una especie de acuerdo de conveniencia mutua: Estados Unidos basa su política exterior en la construcción de malos contra los que tiene que luchar, y para eso necesita gente como Milosevic. Y Milosevic necesita una amenaza exterior para poder mantener su control interno. Quizás esta vez hayan ido demasiado lejos, o no: está por verse. Pero no hay que olvidarse de que los americanos lo apoyaron mucho, lo salvaron cuando tuvo dificultades internas.

Cuando empezó la guerra, Milosevic sólo tenía el 20 por ciento de apoyo popular. Su única fuerza era que había conseguido reducir a sus enemigos a la mayor debilidad. Pero cuando cayeron las primeras bombas llamó a la unión sagrada en torno a la bandera y a la patria, y ahora anda entre el 40 y el 50 por ciento de apoyo. Los serbios tienen una larga historia de nacionalismo.

—La guerra trabaja para él, le sirve a él. Yo lo miraba por televisión al principio de los bombardeos y se lo veía feliz, radiante.

Dice Nikolic, y después me dice que hay unas 500.000 personas que se quedaron sin trabajo porque sus fábricas fueron destruidas por las bombas: es el 20 por ciento del total de la fuerza de trabajo, y supone que unos dos millones de personas ya no tienen ingresos. Aunque la crisis económica viene de largo: entre 1990 y el principio de la guerra el producto bruto de Yugoslavia ya había bajado a la mitad, y su industria perdido un 70 por ciento de su capacidad.

—Aun cuando la guerra se acabe, el próximo invierno va a ser terrible. Nosotros ya nos compramos unas estufas a leña para mi casa. Pero es un departamento, y no está claro que vayan a funcionar.

Esta guerra está pensada como un curso acelerado de subdesarrollo. Las bombas democráticas empiezan por acabar con buena parte de la industria, crean una tasa de desempleo importante y terminan con todos los adelantos de la vida moderna: no hay luz, no se puede guardar alimentos, ni mirar televisión, ni usar computadoras, ni hablar por teléfono, ni darse un baño, ni ninguna de tantas otras cosas. Te dejan sin combustible, y por lo tanto sin transportes, sin puentes sobre los ríos, sin vías para el tren, con todos los ríos poluidos —que es lo que ahora sólo pasa en los países pobres. En un par de meses te enseñan cómo debe vivir un país del Tercer Mundo, y te muestran sobre todo quién es el que manda.

La oficina de Nikolic está justo frente a la Casa del Ejército: su ventana está oscurecida por una telaraña de cintas adhesivas, para que la onda expansiva de las bombas no se la cargue, y su escritorio está tapado por una tela, para que los vidrios y los escombros caigan sobre ella. Todas sus actividades están interrumpidas:

—¿Para qué sirve hacer estudios sobre condiciones que pueden durar diez días o seis meses, quién sabe? Igual nosotros venimos todos los días, aun cuando no hay electricidad. Es increíble cómo intentamos seguir creando alguna forma de normalidad.

Uno de los efectos más fuertes de esta guerra rara es que nadie puede prever nada, porque no se sabe si mañana habrá luz, o si habrá país. Con lo cual cualquier plan se convierte en una posibilidad, y la vida es una sucesión de incertidumbres. Estamos tan acostumbrados a planificar cosas; acá, en cambio, todo es azaroso. Como es azaroso que te caiga o no la bomba en la cabeza.

—Todos hacemos todo lo posible para que todo siga pareciendo normal. Mi hija de 20 años no tiene clases, pero estudia más que nunca, y me dice que es porque quiere que la vida parezca normal. Los días se nos van en ese esfuerzo por simular la normalidad; pero

después llega la noche, y no hay luz, y no hay nada que hacer, y los aviones están volando sobre nosotros, y todo se derrumba. Ahí no hay normalidad posible; hasta que sale el sol y volvemos a intentarlo.

Dice Nikolic, y se queda pensando. Una encuesta reciente descubrió que el 96 por ciento de los serbios teme por su futuro; el 71 tiene alguna perturbación física por la situación actual; el 62 dice que casi no sale de su casa.

—Lo que no voy a dejar es que estos tipos me cambien la vida. Esa es mi resistencia. Es lo único que me queda, en estas circunstancias.

Alguna noche, oyendo bombas a lo lejos, viendo fuegos de bombas a lo lejos, tiros de baterías antiaéreas a lo lejos, me pareció que la idea de que Estados Unidos hubiese lanzado esta guerra por "preocupaciones humanitarias" era un insulto a nuestra inteligencia. Si ésas fueran sus preocupaciones, ya tendría que haber hecho tanto para paliar el hambre, la represión, las enfermedades, la desocupación, la miseria en todos los países que controla: en el mundo. ¿Cómo puede hablar Estados Unidos de derechos humanos, cuando más de la mitad del imperio vive con menos de un dólar por día?

En esta calle del centro, cuatro o cinco chicos de siete están jugando a algo; otro viene corriendo desde lejos y se tira sobre ellos gritando soy una bomba, soy una bomba. Es de tarde, hace como cuatro horas que no suena la alarma, y la ciudad está tranquila. Belgrado es, en muchos sentidos, una ciudad en decadencia: supo ser la capital de un país moderadamente próspero de casi 25 millones de habitantes, y ahora encabeza un país de apenas 10 millones, con una economía en pleno descalabro. Y, además, hace diez años tenía menos de un millón de habitantes; ahora, entre la crisis económica y los refugiados de la guerra, tiene más de dos. Belgrado es la cabeza doble de un cuerpo achiquitado.

Belgrado es, también, una de las ciudades que más conservan el antiguo estilo soviético: edificación de los cincuentas, negocios descuidados, tranvías, trolebuses. Belgrado es una ciudad llena de

secretos y escondites: bares y restoranes ocultos en los sótanos, mucho mercado negro, una red de refugios antiaéreos capaz de albergar a casi todo el mundo. Belgrado parece una ciudad lenta, provinciana, donde todo sucede lento, melancólico, hasta que suenan las sirenas antiaéreas, y todo sigue igual pero distinto.

En Belgrado ya se pasó el entusiasmo guerrero de los primeros días de la guerra, los días de actos y conciertos multitudinarios y los puentes llenos de serbios con blancos que ponían el pecho a las bombas aliadas: ya no son días de entusiasmo; sí de orgullo y testarudez. Pero las mayores aglomeraciones que he visto en estos días son las colas para comprar cigarrillos. Esta mañana, en una esquina cualquiera, junto a un negocio de tabaco, hay cientos que esperan, se impacientan. Leen el diario, charlan, comen semillas de girasol, vigilan que no se cuele nadie.

—Ayer una señora conocida mía se pasó cuatro horas encerrada en un ascensor: la agarró el corte de luz, y no pudo salir. Yo no me subo más a un ascensor, mire.

Los hombres van mal afeitados, con los pelos parados; las mujeres con semejantes mechas. Muchos huelen espeso: hay barrios enteros a los que el agua ya no llega, o llega poco; según los días, entre el 70 y el 90 por ciento de la ciudad se queda seca. Estas colas son para pobres: los que no pueden pagar 1,50 por paquete en el mercado negro. Los paquetes oficiales cuestan 0,60. Un grandote de 35 fuma, desolado:

—Lo peor de todo es que no hay fútbol. El fútbol no es una cuestión de vida o muerte. No, es algo mucho más importante que eso.

Los que esperan están separados en dos colas: una para policías y militares, la otra para gente. Los militares entran; la gente espera. En la cola de gente alguno protesta:

—El país está así por ellos, y encima se llevan todos los cigarrillos.

—Callate, esos son los que nos están defendiendo. ¿Qué haríamos sin ellos?

—A veces quiero que el tiempo pase muy rápido. El tiempo está a

favor nuestro, porque la OTAN no puede seguir bombardeando para siempre. Pero otras veces quiero que no pase nunca, porque va a llegar el invierno y va a ser terrible.

Dice Milos. El tiempo pasa muy despacio cuando no se puede hacer nada, y hay que esperar qué dice el destino bajo forma de bomba. Es una guerra desesperante: aquí nadie puede hacer nada, nada más que esperar. La guerra, en general, es un exceso de energía; ésta, en cambio, es una forma de la inmovilidad. Esta guerra no es un espectáculo desmedido, un concierto de gritos y cañones: es una rara humedad que se va metiendo en todas partes, que va haciendo que todo huela más y más mohoso, que va haciendo que los huesos duelan.

—A mí no me gusta trabajar de ratón, que ellos sean los gatos y jueguen con nosotros. O si querés te lo digo de otra manera: jugamos a la ruleta rusa. Sólo que ellos apuntan y ellos disparan, y nosotros ponemos la cabeza.

Estamos en la calle peatonal del centro de Belgrado, Knez Mihailova: los negocios tienen sus vidrieras cruzadas por tiras adhesivas. Milos tiene el pelo largo rubio y la barbita rala, como un cristo de Hollywood y vende postales y pins con leyendas contra los americanos: “Colón, ¿para qué mierda los descubriste?”, “Fuck la Pepsi, fuck la pizza, tome slibowitza” —el aguardiente yugoslavo. La guerra ya ha creado su propio merchandising.

—Sólo es cuestión de saber cuántos días van a pasar hasta que deje de vender del todo… Y además no hay más plata. La industria está destruida, ya no hay empleo.

Hasta el mes pasado Milos trabajaba en una fábrica de helados, donde le pagaban un buen sueldo: unos 250 dólares por mes. Muchos otros ganan 80 o 100, cuando logran cobrar. Pero ahora con los cortes de electricidad la fábrica de helados tuvo que cerrar. Yo le pregunto si le importa qué pasa en Kosovo, y él me dice que sí: el hippismo nacionalista debe ser un invento serbio.

—Imaginate si yo voy a entrar en tu casa y a decirte la cocina y esta habitación son mías… ¿Te gustaría?

—¿Y cómo se podría parar esto?

—No sé, sólo si se metieran China y Rusia, pero entonces sí que empezaría la tercera guerra.

—¿Y por qué lo harían?

—No sé, ¿por qué lo harían?

—¿Y Milosevic?

—Ese está ahí, hace sus negocios, afana. Pero bueno, que lo haga. Mientras defienda a nuestro país, que haga lo que quiera.

En 1959, en pleno entusiasmo de la CIA y el Pentágono por el ácido lisérgico como arma de combate, el general Keasey le contó a un par de periodistas los planes secretos de una guerra sin muertos: las acciones consistirían en aviones que dejarían caer nubes de LSD sobre el país enemigo. Entonces, el estado de confusión que eso provocaría acabaría con las hostilidades. Era la versión beatnik del mito de la guerra perfecta: aquella en la que los generales controlan perfectamente su violencia.

Después, con el reaganismo, vino la guerra neutrónica: matar a la gente no importaba mientras no se afectara la propiedad. Ahora, con el apogeo tecnológico, la guerra pretende funcionar como un bisturí láser: las "operaciones quirúrgicas". Entonces, cualquier violencia extra es un "error" —y no un producto de la lógica de la guerra. O eso le contaron a la famosa "opinión pública". Me imagino a las dos partes regocijándose con los errores de la otra:

—¡Guauu, acá tenemos una matanza de veintiocho kosovares! Con esto tenemos para dos o tres días de prensa sin problemas…

—¡No, estos animales bombardearon la embajada china! ¡No se puede creer, el lío que se les va a armar! Y ahora cómo salen de ésta…

Esta es una guerra rara. Los americanos están presos de su propia trampa: ellos inventaron esta historia de la guerra sin víctimas, y ahora tienen que mantener esa noción inverosímil. Se podría pensar que Occidente se acostumbró demasiado, en los últimos quince años, a tener los beneficios de todo y no los costos, a quedarse con las empresas por monedas, a imponer políticas sin ofrecer nada a cambio, y ahora quieren aplicar ese mecanismo a la guerra: ganar una guerra sin perder nada en ella. Sin perder las vidas de sus soldados, sin

siquiera tener que responder por muertes enemigas. Quieren tener los beneficios de la guerra sin ninguno de sus costos, y la guerra es un negocio que casi nunca da rebajas.

El McDonald's de Belgrado escupe el mismo olor a recalentado de todos los mcdonald's del mundo, pero debe ser el único que tiene vidrieras de madera y un gran blanco pintado en la pared. El McDonald's fue destruido por manifestantes pocos días después de que empezaran las bombas, pero ahora ha vuelto a funcionar, con las paredes llenas de consignas más o menos patrióticas, para compensar. El columnista de política internacional del *New York Times* produjo, hace un par de años, su "teoría de los arcos dorados": dice que nunca dos países donde funciona McDonald's han estado en guerra el uno contra el otro, porque "cuando los países se abren al comercio internacional y a las presiones de los consumidores, la gente pierde las ganas de pelear". Si alguna vez fue cierto, ahora, en Yugoslavia, ha dejado de serlo.

Yo estaba frente al McDonald's intentando mis primeras fotos: no duré mucho tiempo. Enseguida llegaron tres policías, me rodearon y me empezaron a hablar en serbio. Yo pensé que querían darme charla y les dije que no les entendía, pero el gesto fue claro: les di mis documentos. Me siguieron hablando, cada vez más duro; se quedaron con mi pasaporte y mi credencial y empezaron a arrearme hacia alguna parte. La gente nos miraba como si no quisiera vernos: deben tener cierta experiencia. Los botones iban de uniforme y me siguieron hablando en serbio durante todo el paseo hasta la comisaría; al final, yo también les hablaba en español: nuestro debate, supongo, estuvo lleno de malentendidos.

En la puerta de la comisaría alguien había pegado esas participaciones fúnebres con una pequeña leyenda y una foto del difunto que se usan en muchos países del mundo. Sólo que estos eran policías muertos en los bombardeos: era bastante impresionante verles las caras. Pero al cabo de un rato me aburrí de imaginarles historias. Parecía como si se hubieran olvidado de mí. Ya ni siquiera me

cuidaban: sabían que no podía irme sin mi pasaporte. Media hora después bajó uno de los policías que me habían traído, me dio el pasaporte y una lección en serbio. Estaba libre. Supongamos que la guerra justifica todo. Supongamos que este no es un país donde la policía te pueda detener sin decirte por qué, sin darte después la menor explicación, ninguna disculpa.

—Yo nunca me iría de acá. Yo soy serbio, y además acá está todo lo que tengo. En cualquier otro país los serbios somos ciudadanos de tercera: todos nos desprecian, desconfían de nosotros, nos tratan como a asesinos.

Me dice Vranko, y se toma un trago de aguardiente. Vranko tiene menos de 40 y mucha plata: hace unos años que montó una pequeña industria de materiales plásticos y, como exporta todo lo que produce, le sigue yendo bien. Vranko ama a Serbia, pero el 23 de marzo mandó a su mujer y a sus hijos a la casa de unos parientes en Roma, y ahora forma parte de esta nueva clase de belgradenses neosolteros, y me cuenta que sus noches son muy agitadas:

—Casi no puedo dormir, si me pongo a leer me distraigo y si quiero mirar una película no me acuerdo de lo que pasó diez minutos antes. La verdad que me paso las noches chupando o yendo por ahí con alguna señorita. Recién a eso de las 5 o 6 de la mañana me vuelvo a casa, duermo cuatro o cinco horas y me voy a trabajar.

La casa de Vranko está en Djelenia, el barrio caro, lleno de residencias oficiales y cuarteles, uno de los más bombardeados.

—¿Y tu empresa puede seguir funcionando con la guerra?

—Sí, ya te dije que vendo todo afuera.

—Pero ¿cómo hacés con los cortes de luz?

—No, tengo un generador…

—¿Y de dónde sacás combustible para hacerlo funcionar?

El combustible está racionado por la guerra. Vranko me mira con cierta displicencia:

—En el mercado negro se consigue todo. El único problema es el precio, pero si tenés la plata conseguís lo que quieras.

Un litro de nafta cuesta 40 centavos de dólar en el oficial, pero sólo

se pueden comprar veinte por mes. En el negro, el litro se consigue a 1,50.

—¿Y el gobierno no persigue a los que te venden?

—No se van a perseguir a sí mismos…

Me dice Vranko, traguito de aguardiente, sonrisa de costado. Vranko tiene la cara ancha eslava y el pelo oscuro con remolinos varios. No usa joyas: apenas un reloj de los más caros.

—Nadie le está sacando mejor jugo a toda esta situación. Ellos tienen casi el monopolio de los productos más rentables del negro: el combustible, los cigarrillos…

Nadie da pruebas, por supuesto, pero todos dicen que Milosevic, su mujer y su entorno usan el aparato del estado para enriquecerse desaforadamente.

—La economía sigue siendo mayormente estatal, y el gobierno les pone todo tipo de trabas a los empresarios privados: impuestos altos, permisos complicados, inspecciones. Pero todo se arregla. Esos tipos tienen sueldos muy bajos, así que cuando vienen, uno ya sabe lo que tiene que hacer… Si quisieran que sirvieran para algo tendrían que pagarles mejor.

Dice Vranko y, después, me habla de sus amigos: dice que uno no sale de la casa desde que empezaron los bombardeos, que otro se pasa las noches en un refugio, que algunos están totalmente deprimidos, otros nerviosos, otros acelerados como perro con dos colas.

—Pero normal ya no queda ninguno. Es muy difícil ser normal en un país tan anormal.

Me dice, y se ríe, y me da la impresión de que lo excita ser ciudadano de un país “tan anormal”. Está lloviendo, y es un alivio para tantos: los vuelos de la OTAN se complican. Ahora los serbios miran al cielo esperando las nubes y la lluvia, como sus ancestros campesinos. Pero no para que crezcan mejor los rabanitos sino para que impidan que los aviones del mundo libre vengan a descargar sus bombas. Vranko se echa otro trago.

—Para qué me voy a meter en un refugio: si me tiene que caer una bomba me va a caer, en el refugio, en mi casa o en el medio del campo. Si estás marcado no vale la pena esconderte, y si no estás, para

qué te vas a esconder.

La guerra es, entre otras cosas, el mejor caldo para los fatalismos.

De lejos, la sede del Partido Socialista de Milosevic —construida para el Partido Comunista en los años setentas— no parece tener mayores daños. Es un edificio moderno de veinte pisos en Nueva Belgrado, la parte moderna de la ciudad, y fue blanco de varios bombardeos: la torre está perfectamente erguida, y perfectamente vacía. Las bombas le entraban por el último piso, y los fueron deshaciendo por dentro, con precisión espeluznante:

—Así estamos nosotros —me había dicho Vranko—. Por afuera parece que siguiéramos igual, pero estamos deshechos.

Ayer, la ministra de Salud, Leposava Milicevic, dijo que había unos 60.000 pacientes de hospital afectados por los cortes de energía: “Si la OTAN sigue determinando sus objetivos militares como hasta ahora, dentro de muy poco vamos a ser la nación más saludable del mundo, porque todos los enfermos se van a morir”. El gobierno yugoslavo dice que los bombardeos ya mataron a unas dos mil personas. La OTAN, por ahora, no reconoce ninguna baja. Y a veces los bombardeos pueden tener consecuencias inesperadas, como en el caso del nuncio apostólico que, la semana pasada, se tiró bajo la mesa donde estaba comiendo, en la embajada suiza, y después, cuando la historia circuló, se desvivió por desmentirla.

El patriarca Pavel encabeza la Iglesia Ortodoxa Serbia desde 1990: es una especie de pajarito viejo y barbudo. “Está más cerca del cielo que de la tierra”, suelen decir sus seguidores. El patriarca se jacta de que nunca ha tomado el coche oficial: se mueve en trolebús o a pie, y se levanta todos los días a las 4 de la mañana para decir misa. Antes de encabezar la iglesia serbia fue, durante treinta y cinco años, obispo en Kosovo, donde una vez los musulmanes le pegaron tanto que tuvieron que internarlo. No sólo por eso, seguramente, suscribe las declaraciones de su iglesia cuando dice que “el pueblo serbio no tiene

una palabra más querida que el nombre de Kosovo, ni una realidad más preciosa, ni un santuario mayor. Sin ninguna exageración, se puede decir que en Kosovo el pueblo serbio sufre un lento genocidio bien planificado", decía, en abril de 1982, un llamado por la Defensa del Pueblo Serbio y sus santuarios en el Kosovo, firmado por las más altas jerarquías eclesiásticas.

La iglesia juega un papel importante en la defensa de la idea de que Kosovo es la cuna de la civilización y la religiosidad serbias, y de alguna manera les reprocha a sus fieles que no sepan conservar esa cuna. En la oración fúnebre para el padre Popovic, el renovador de la iglesia serbia, muerto hace veinte años, que todavía se repite mucho en sus iglesias, los fieles le dicen: "Partes para la Serbia celeste, allí donde reina el Señor… Diles que nos perdone por no haber guardado las santas fronteras de las tierras serbias, así como los fundamentos y las fronteras espirituales de nuestra Nación". Las naciones con fundamentos y fronteras espirituales suelen ser complicadas.

—¿No te jode? Estos tíos son capaces de todo…

En el Centro de Prensa del Ejército yugoslavo, un par de españoles leen la información de un cable de Tanjug, la agencia oficial yugoslava, que dice que en la masacre de Prizren, donde la OTAN bombardeó una columna de refugiados en Kosovo, el total de muertos llegó a 81. "De esos 81, 10 eran bebés, 26 eran niños de menos de 15, 42 eran personas de entre 15 y 55, y 3 eran mayores de 55. Hasta ahora sólo 18 han sido identificados", dice el cable. Y los españoles discuten muy divertidos cómo Tanjug pudo saber la edad precisa de tanta gente que no fue identificada.

—Pues nada, como siempre: que la información oficial es mucho más oficial que informativa.

El Centro de Prensa de la Casa del Ejército yugoslavo debe ser uno de los pocos edificios en Belgrado que casi siempre tiene electricidad. Cada mañana, los periodistas tienen que darse una vuelta por aquí para pedir el permiso para visitar las ruinas de un bombardeo, conseguir un salvoconducto para Kosovo o aceptar una entrevista con un gerente de la empresa eléctrica. Es la lógica de la información

cotidiana: los corresponsales de diarios, radios, televisiones tienen que mandar algo cada día:

—¿Hoy qué hay, querida?

Le pregunta Tom, el periodista inglés, a Zenia, la encargada del centro.

—No, nada en particular.

—Pero tiene que haber algo. Si no, qué mandamos…

—Bueno, les podemos organizar una visita a unos refugiados serbios que acaban de llegar de Kosovo, hay historias dramáticas, pueden contar cómo los maltratan allá…

—Perfecto, te lo compro. Así podemos mandar algo.

En el centro hay un par de computadoras, televisores que muestran la BBC o la CNN, intérpretes rubias de piernas larguísimas que nunca interpretan nada, café a la turca y vodka.

—Esta es una guerra de mierda para un fotógrafo.

Me dice un fotógrafo con todos los atributos del oficio: el chaleco, la gorrita de béisbol, las zapatillas, una barba de tres o cuatro días, un bolso lleno de cámaras.

—Es un desastre: si tenés suerte, lo mejor que podés hacer es llegar a un lugar donde cayó una bomba y te muestran ocho cadáveres despanzurrados. Pero nunca un poco de acción, nunca nada atractivo.

En esta guerra rara, la información tiene un circuito muy raro: los corresponsales, en Belgrado, se enteran de la mayor parte de las cosas que pasan en esta guerra leyendo, en internet, lo que dicen los medios que están a miles de kilómetros de esta guerra, y lo cuentan desde Belgrado.

Aquí, en Belgrado, las noticias que llegan desde Kosovo son muchas y diversas. Ahora, en el Centro de Prensa, alguien cuenta que, en los campos de refugiados del norte de Albania, mujeres kosovares piden que les den la píldora anticonceptiva “del día después”: dicen que fueron violadas hace un par de días por soldados serbios, y que lo último que querrían sería tener hijos de esa gente.

Pero no siempre las consiguen. El Vaticano se opone firmemente. “La píldora del día siguiente no existe”, dijo monseñor Sgreccia, “esto

es pura y simplemente un aborto". La discusión, de todas maneras, podría ser académica: los serbios han dicho muchas veces que nunca tocarían a una mujer musulmana, porque les da un poco de asquito. Y monseñor Sgreccia explicó que "debemos distinguir entre el acto de violencia y la realidad de nuevos seres humanos que no tienen control sobre el modo en que empiezan sus vidas".

—Todos ustedes también son daños colaterales. El mundo es un daño colateral de las bombas que están tirando los americanos sobre mi país.

Me dice, entusiasta, un vendedor de frutillas del mercado. En el mercado de Babilonia, en el barrio gitano, se venden algunas verduras, muchas pilas, linternas, velas, papel higiénico y toneladas de frutillas a 50 centavos el kilo: es la estación de la frutilla. Las venden viejas de realismo socialista con pañoletas de colores sobre las cabezas. Al fondo, un afiche dice que "Ellos creen en bombas, nosotros creemos en Dios". Otro dice "Imagina", y muestra la torre Eiffel bombardeada, envuelta en llamas.

En estos días, cualquier comida que necesite heladera es un peligro: cómo saber que no pasó por varios congelamientos y descongelamientos en los continuos cortes. Por eso, el mercado está muy concurrido. La docena de huevos cuesta 0,50 y la papa 0,30, pero el kilo de carne puede llegar a 1,50 o 2 pesos. Se venden muchas flores, y el aire huele a eneldo y café recién hecho. Un jabón cuesta 0,15, y un reloj módicamente trucho 4 pesos; hay muchachos que recargan encendedores bic, una nena que vende cigarrillos de contrabando y media docena de fulanos que zumban para decir que son cambistas del mercado negro; es el viejo sistema argentino: como la gente no confía en el dinar, cuando cobra convierte su sueldo en marcos alemanes a 12 y cuando quiere comprar la comida los vende a 10,50. Sólo hay colas para el azúcar, que está empezando a faltar y, esta mañana, para el pan, porque ayer, con los cortes, muchos hornos no pudieron trabajar. Cuando trato de hacer fotos en la cola, tres o cuatro me empiezan a gritar que me vaya al carajo, que pare de bombardearlos, que me van a matar. Yo trato de explicarles, pero

nadie me entiende. Es difícil ser extranjero en Belgrado, en estos días.

—Esta guerra es genial.

Dice Marija, que debe tener 15 años y medio litro de pintura en cada ojo. Las chicas están excitadas, o tratan de estarlo: hace una hora que esperan en la puerta del club Akademia, una disco, la vuelta de la luz. La vida nocturna juvenil de Belgrado sucede ahora entre las 4 y las 8 de la tarde, para que puedan estar en casa cuando oscurece y empiezan a caer las bombas serias. Pero Marija igual me dice que le gusta:

—Imaginate, hace dos meses que no vamos al colegio. Es genial.

—¿Y qué hacen?

—Nada, tomamos cerveza, charlamos, la pasamos bien.

Otra chica, detrás, dice que sí pero que las cervezas siempre están tibias, porque las heladeras nunca andan.

—¿Y no tienen miedo de las bombas?

—¿Vos decís más miedo que a la profesora de matemáticas?

Un chico la interrumpe:

—Marija, no seas tonta. ¿Qué imagen vas a dar de nosotros afuera? ¿Que estamos destruidos, que somos unos cabezas huecas?

Ella lo mira con el desprecio que sólo los 15 pueden dar.

—¿Y qué querés que diga, que somos soldados? Estamos hartos de que lo único que importa sean los soldados.

Dos o tres la aplauden. Entonces llega uno con una radio grande y la pone en la vereda: música house, según me dicen. Tres o cuatro parejas salen a bailar sin mayor entusiasmo. La radio es estridente; al ratito, el dueño la apaga:

—Con lo que cuesta conseguir las pilas, hay que cuidarlas.

Dos horas después, cuando vuelvo a pasar, la electricidad ha vuelto, y el baile sigue adentro. El decorado del club Akademia sólo se puede comparar con el de un par de boliches de Berlín Este a principios de los noventas: el sótano de una casa muy caída, lleno de piecitas y pasillos, paredes descascaradas, muy poca luz, pero por suerte la música a dos mil. La única diferencia con Berlín es que allá jugaban a la guerra; acá no necesitan simularla.

El Akademia está repleto: más gritos que arrumacos, ligero olor a porro, más hombres que mujeres, mucho salto, poca luz, tremendo ruido y un bruto olor a chivo. La entrada es gratis y sólo las bebidas cuestan, pero pocos están tomando algo. Una cerveza sale 0,60, el vodka 0,50. Las chicas tienen polleras diminutas; los varones, jeans, y un buzo por encima. La mitad, pelo bastante largo; la otra mitad rapada. Saltan, poguean, pegan gritos. Y ahora están pasando uno de los hits de estos días en Belgrado: una versión tecno de "Bella Ciao", el canto de los partisanos italianos:

—Questa mattina *mi sono alzato,* bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao… *Questa mattina* mi sono alzato / ho trovato l'invasor…

El entusiasmo sube, pero el DJ la saca demasiado pronto. Hay gritos y rechiflas:

—¡Americano! ¡Bombardero!

No hay nada en el techo, nada en las paredes: sólo la propia degradación del edificio y tres o cuatro ventanitas. En la puerta, el volante omnipresente, con el blanco y la palabra *target*. Uno de 20 con aritos me dice que él está contra Slobo —Milosevic— pero mucho más contra los americanos, y no quiere dejar de decir ni una cosa ni la otra. Que no quiere tener que seguir a Slobo porque los americanos lo ataquen.

—¿Y se puede mantener ese equilibrio?

—Tenemos que poder. Si no, estamos perdidos, caemos en la trampa de uno o del otro.

A media cuadra del club Akademia, en la calle, dos chicas ofrecen la mejor selección de música cubana que he visto en mucho tiempo en una mesita de 40 por 40. Cada casete cuesta 1,50.

—Tengo amigos en Europa, que me mandan todo lo que hay, y yo lo copio y lo vendo. Acá, con el embargo, todo eso de los derechos ya no corre.

—¿Y no te da pena por los cubanos, por los músicos?

—Me da pena, me da pena por tanta gente. Me da pena por mí, sobre todo.

En Belgrado se puede conseguir cualquier película de Hollywood a

la semana del estreno: alguien va, en Estados Unidos, la filma directo de la pantalla del cine y la manda. Y, por supuesto, nadie paga.

—¿Vos te creés que con 100 dólares de sueldo alguien puede vivir en este país?

De hecho, casi todos los yugoslavos tienen algún rebusque, algún currito: si no, jamás llegarían a fin de mes. Por la calle pasa un grandote de pelo enchastrado de gel, y las dos lo miran y se ríen. Les pregunto por qué, y se ríen más. Después me dicen que últimamente no hay manera de cogerse a un tipo: con esto de la guerra están todos deprimidos, asustados.

—¿Y ustedes no?

—Sí, por eso queremos cogernos a alguno, justamente.

Dicen, y una se pone colorada.

La ciudad está llena de chistes. El más chancho, me parece, es el que glosa las relaciones serviles entre Blair y su jefe Bill Clinton:

—¿Sabés cómo hace Tony Blair para sacarse un forro cuando termina de coger?

—No.

—Se tira un pedo.

En cambio, para la jefa, el chiste es ligeramente más delicado:

—¿Sabés cómo fue que los americanos decidieron empezar los bombardeos?

—No.

—Llegó Madeleine Albright al Pentágono muy excitada gritando ¡chicos, chicos, hay que hacer el amor o la guerra!

Pero para hablar de sus propias penurias los serbios pueden ser casi ingenuos:

—¿Sabés cómo se hace para cruzar la calle en Belgrado?

—No.

—Primero se mira para la izquierda, después para la derecha, después para arriba.

—El hartazgo es cada vez más evidente. Las fábricas están destruidas, los salarios ya no se pagan, el miedo crece con la

multiplicación de las víctimas civiles y la evidencia de que no parece haber salida. La gente tiene ganas de empezar a pedirle cuentas al gobierno.

Me dice un político del partido Democrático, la oposición a Milosevic. Los democráticos se reúnen en un restorán del centro, pero me pidieron que no dijera cuál. No tiene mucho sentido callarlo: si lo sé yo, quién puede no saberlo, en Belgrado.

—Pero es difícil convencer a nuestra gente del valor de las ideas democráticas occidentales cuando sirven como justificación para los bombardeos. Entonces el poder se aprovecha de la situación, insiste con la propaganda antioccidental, refuerza el sentimiento de que el mundo entero conspira contra Serbia.

Después, el tipo me dice que es irritante escuchar a los políticos occidentales cuando dicen que las bombas son "contra el régimen pero no contra el pueblo serbio".

—Acá abajo no te das cuenta de la diferencia. Además, Milosevic y los suyos tienen toda la electricidad y el agua que precisan.

Dice, y me cuenta que la oposición está en uno de sus momentos más difíciles, y que Zoran Djindjic, ex alcalde de Belgrado y jefe de su partido, es casi un cadáver porque cuando empezaron los bombardeos se quedó en Montenegro e hizo unas declaraciones en las que no condenó claramente la agresión.

—Me parece que eso le costó su carrera política. Y era el hombre más popular que teníamos, así que imaginate.

Es de noche cerrada. Muchas veces, paseando por ciudades antiguas, me pregunté cómo serían esas calles antes de que empezara la iluminación pública. Ahora sé que sus noches debían ser bastante aterradoras: las sombras se alargan y te saltan al cuello, los ruidos preceden a los cuerpos, los olores a veces los delatan. Es puro sobresalto.

Llego al hotel. Los teléfonos, en general, funcionan, salvo los que necesitan electricidad: la gente dice que no bombardean las centrales porque Telecom ahora es italiana: son las ventajas de vender al capital extranjero.

La televisión, cuando funciona, transmite programas precarios. A veces hasta pasa una telenovela mexicana. Ahora, un spot muestra soldados serbios decididos, con los dientes apretados pero sonrientes, dispuestos a llevarse el futuro por delante, con fondo de himno victorioso. En cuanto termina el spot empieza *Indiana Jones y la última cruzada*: una guerra es difícil cuando el enemigo se te mete todo el tiempo en el living de casa.

Esa mañana necesitaba encontrar alguna imagen que "diera guerra", y me fui a Kneza Milosha, donde están los ministerios seriamente bombardeados al principio de las operaciones democráticas. Era domingo a la mañana, sin electricidad, hacía frío, llovía: no había un perro en la calle. Pero a la segunda o tercera foto ya tenía la mano de un soldado sobre mi hombro. Esta vez el fulano era amable, sonriente, y me pidió que me identificara. Le mostré la credencial de "corresponsal de guerra" que me dio su ejército: no le pareció suficiente y me llevó a su puesto de guardia, a dos cuadras de allí. Al fondo, el ministerio de Defensa era una montaña de ladrillos y hierros retorcidos.

El puesto era una garita con los vidrios volados y una sola decoración: la foto de una especie de lady Di con tetas como mangueras contra incendios. El sargento a cargo empezó a mirar mi pasaporte; por suerte hablaba inglés. Pero igual era molesto estar en manos de unos soldados que hablaban entre ellos en un idioma que no conozco, tratar de detectar qué harán conmigo por sus tonos, sus gestos.

—¿Usted dónde nació?

—En Buenos Aires.

—¿Y su padre?

—¿Por qué?

—Tengo que saberlo.

Yo ya estaba harto de estas historias, y le dije que no tenía que saberlo. Quizás quería saberlo, que no es lo mismo.

—No, tengo que saberlo. Me parece que su nombre es croata.

Era un golpe duro: supongo que no me podría haber dicho nada más

amenazador. Ya sabemos cómo les va a los croatas en estas playas.

—¿Qué nombre es croata?

—Martín.

Le dije que Martín era uno de los nombres más vulgares y difundidos de Occidente, y pareció creerme. Después, alguien me explicó que seguramente pensaron que era croata porque era argentino: porque la Argentina tiene fama de haber dado refugio a los nazis croatas tras la Segunda Guerra Mundial. Yo estuve a punto de pagar el precio de esa hospitalidad peronista. El tipo seguía preguntándome dónde había nacido mi padre.

—En España.

—Ah, España, Javier Solana. A ustedes los españoles los vamos a…

Yo, por algún error genético, estaba más harto que asustado. Le dije que claro, que yo me acostaba con Solana casi todas las noches y, por primera vez, se le escapó una sonrisa. Pero no le duró. Al cabo de media hora de silencio, el sargento se enterneció y me dijo que me sentara. Después me ofreció un café, y recién entonces me habló de Maradona. Pero tampoco se iba a entregar tan fácil:

—Maradona, rey de la cocaína.

Me dijo el sargento. Yo tuve un rapto de orgullo patriótico:

—Hágame el favor. Cocaína toma mucha gente, y nadie juega al fútbol como él.

Los diálogos no eran fecundos, pero un rato después yo ya formaba parte del mobiliario. La lluvia había parado. En la vereda, los cinco guardias tomaban café y charlaban de sus cosas; yo era el único que quedaba adentro de la garita, sentado en una silla de tres patas y media. Hasta que al sargento se le ocurrió que no era sensato dejarme solo con la kalashnikov apoyada en la pared, y la vino a buscar.

—Esta guerra es terrible. Lo único que queremos es salir a pelear de una vez por todas, enfrentarlos, mostrarles que con los serbios no se juega.

Antes de los bombardeos, la imagen del ejército serbio ante su población estaba muy deteriorada por las guerras en Bosnia y Croacia: ahora se consiguieron una causa justa, la de oponerse al taimado agresor que tira la piedra y esconde la mano. La guerra hipermoral de

los Estados Unidos ha resultado ser, para sus víctimas, una guerra inmoral, una guerra donde el combatiente no se muestra, no tiene el coraje de salir a pelear.

—Estos tipos no nos entienden, no saben cómo se hace con nosotros. Cuantas más bombas nos tiren menos vamos a entregarnos.

Hacía frío. Ya habían pasado más de dos horas cuando llegó un comandante. Venía de civil y le explicaron toda la historia. El comandante agarró mi pasaporte y mi credencial y se fue. Volvió a los diez minutos y me hizo decir que podía irme. El sargento estuvo a punto de pedirme disculpas:

—Bueno, no te enojes. Es nuestro trabajo, y esto es una guerra, ¿sabés?

Debe ser cierto. Pero también es cierto que no hay justificación más fuerte que la guerra, para casi cualquier cosa.

Pero hay guerras más raras que otras. De todo lo que leí o escuché sobre las razones de esta rara guerra, una de las que más me convencieron fue la razón geopolítica global: que en el momento en que Europa acababa de lanzar su moneda común y se empezaba a perfilar como un enemigo comercial de cierto peso, Estados Unidos necesitaba demostrar quién mandaba aquí, y por eso lanzó una ofensiva militar en la que todos los paisitos europeos tuvieron que subordinarse al gran patrón. El euro en estos días bajó mucho, las bolsas americanas —al menos al principio— subían sin parar.

Pero también hay otros grandes negocios en el medio. Hace diez días, el Congreso US votó una partida extraordinaria de 15.000 millones de dólares para la guerra yugoslava: parte de esa cifra será retirada del presupuesto de la Seguridad Social. La industria armamentista americana necesitaba una buena guerra: la Boeing, por ejemplo, cobró un millón y medio por cada misil que cae sobre Yugoslavia, y ahora el ejército va a tener que renovar su stock. “La mayoría de los transportes y armas que se usan en Kosovo es material que ya no se fabrica —escribió hace unos días el *New York Times*—. Ahora, la necesidad militar de nuevas generaciones de material representará la mejor oportunidad comercial que los fabricantes de

armas han tenido en años". Además, esta guerra es el mejor show para mostrar a los clientes las nuevas ofertas en acción: las bombas de grafito que, lanzadas sobre las centrales eléctricas, provocan los peores cortocircuitos o el bombardero B-2, el más caro de la historia, que cuesta 1300 millones de dólares —sí, mil trescientos millones de dólares— por unidad.

Y estas guerras le sirven a Estados Unidos para mantener su posición de policía del mundo. Antes, durante la Guerra Fría, sus métodos eran otros —y los errores se notaban menos. Las operaciones de acoso y derribo de gobiernos eran secretas: si Estados Unidos quería voltear a Allende mandaba a la CIA, no a la Fuerza Aérea. Ahora que ya no tiene rivales, Estados Unidos puede mostrar que es el dueño del mundo: no sólo serlo.

Pero, para eso, necesita inventar malos, atacarlos, mostrarse necesario. Con esos ataques, está visto, los sostiene: ni Castro ni Kadaffi ni Hussein ni Milosevic habrían durado lo que llevan si no pudieran argüir que las agresiones americanas les impiden cumplir con sus maravillosos planes. A veces me imagino a los hombres malos del mundo haciendo cola, escupiendo presidentes, quemando banderitas yanquis: tratando de conseguir la reacción que les garantice unos años más en el poder.

¿Será que son todos una manga de nabos? ¿O que son demasiado astutos? ¿O será que cada mundo tiene el gobierno que se merece?

—Una de las cosas buenas de las computadoras y de internet es que te permiten irte por un rato de este mundo de mierda. Yo solía pasarme muchas más horas en el ciberespacio que en este lugar que la gente llama real.

Ahora, Voislav Stoikovic se ocupa cada vez más de este mundo de mierda. Voislav tiene 20 años y, desde que empezaron las bombas, mantiene una página en internet que se llama *Bajo fuego* y cuenta su guerra. *Bajo fuego* es el Diario de Ana Frank de la era virtual: "Esta página está aquí para mostrar al público lo que está pasando y cómo se siente. Esta página está aquí porque tengo miedo. Y ahora, ustedes están aquí conmigo, bajo fuego".

—Lo peor es el desamparo. Yo sé que me puedo morir sin darme cuenta, que nunca voy a saber siquiera cómo llegó esa bomba, ni por qué la tiraron. Para mí, tener esta página es la manera de ayudar a parar a todo esto, de no sentirme tan desamparado.

Si la del Golfo fue la primera guerra de la televisión global, esta es la primera guerra de internet: la primera guerra importante en que la gente puede contar su versión de las cosas a través de la red, informarse a través de la red o incluso —según le ordenó Clinton a la CIA— intentar hackear las cuentas de Milosevic en el exterior.

—Yo me he encontrado en la red con mucha gente que dice bueno, son serbios, así que merecen sufrir y morir. Entonces si alguien me lee y piensa que no es así, ya me doy por satisfecho. Es terrible la cantidad de gente en el mundo que va a crecer con la idea de que los serbios se merecen todo lo peor…

Voislav es brillante, apocado, hombros chicos, los ojos huidizos. Aprendió su inglés casi perfecto en internet, su acento en discos y películas: uno puede vivir en la cultura americana sin haber salido nunca de Belgrado. Y me cuenta que su "sueño es ir a estudiar al MIT, en Boston; cuando la guerra se termine voy a tratar de realizarlo".

—No es que no quiera vivir en mi país; lo que pasa es que lo que acá enseñan yo ya lo sé. Yo quiero hacer juegos, programar… Sueño con conseguir un buen sistema de "cortex interface", una computadora que reciba órdenes directamente del cerebro.

Hace unos días, Milan Nikolic me contaba que su vida cambió mucho: que antes en su casa solían mirar la televisión o trabajar cada uno en su computadora. Y que ahora ya no le puede creer a la CNN, que dijo que había sido destruida una reserva militar de petróleo en Nueva Belgrado cuando en realidad era una planta de calefacción para su barrio; que cuando constató que eso era mentira, supuso que todo el resto podía perfectamente serlo.

Pero tampoco importa mucho: en su casa ya casi nunca hay luz, así que él, su mujer y su hija se sientan y charlan: han decidido discutir un tema cada noche y han redescubierto una forma de la vida en familia. Son curiosos estos efectos colaterales de la guerra: mucha

gente me cuenta que ahora sí se encuentra con sus vecinos, que ahora sí ejercen cierta forma de solidaridad.

—Ahora tenemos que encontrarnos con los vecinos para discutir dónde vamos a poner los barriles de agua por si hay un incendio, cómo vamos a intentar instalar las estufas a leña o cómo vamos a coordinar para venir juntos hasta el centro y no gastar tanta nafta. La gente en general se siente más cercana y más solidaria. Pero esto también puede cambiar. Ahora estamos en esta fase porque todavía no hay necesidades demasiado acuciantes, no es un sálvese quien pueda. Espero que no lleguemos a esa etapa.

No llegamos, todavía. Voislav y yo estamos en la plaza de la República, en el centro de la ciudad, y hay un poco de sol, muchos soldados, chicas rubias con taco y contoneo. A lo lejos explota una bomba. Voislav se sobresalta y después empalidece:

—Me da miedo que me maten, por supuesto que me da miedo. Sería muy idiota morirme así. Pero peor es ir al refugio, un lugar oscuro y encerrado, lleno de gente nerviosísima, muerta de miedo.

Muchos dicen lo mismo, y ya casi nadie va: no quieren pasarse sus días y sus noches encerrados en esos agujeros de concreto. Voislav tiene un mechón negro que le cae sobre la cara, la nariz medio torcida, granitos y una precisión estremecedora en el lenguaje. Me parece que debe ser una especie de genio.

—Trato de hacer otras cosas para mantenerme sano. Ya me paso todo el día entre bombas y metales retorcidos. Si encima pensara en eso todo el tiempo me enloquecería. Pero no puedo dejar de pensar en esas bombas que son cientos de latitas que se separan antes de caer, y algunas explotan cuando tocan el suelo y otras aterrizan despacio con unos paracaídas que son como unos paragüitas amarillos, y quedan ahí, y después a veces los chicos van y las agarran, porque les llaman la atención, y les explotan en las manos… Pero bueno, trato de no pensar todo el tiempo en eso, y también trato de hacer las cosas normales de la vida.

—¿Y la guerra te cambió mucho?

—¿Qué te parece? Yo antes tenía una vida muy normalita.

Estudiaba, componía música, leía ciencia ficción, hacía karate, veía a mis amigos… Esto me hizo crecer de golpe, y mucho. Ahora tengo responsabilidades, las que todos los hombres deberían tener.

—¿Cómo qué?

—Yo antes decía que era pacifista, ahora lo soy con toda mi alma. No podemos cerrar los ojos: hay demasiado mal dando vueltas.

Voislav me cuenta que cuando tenía 15 fue un verano a trabajar voluntario en un campo de refugiados de Unicef, o sea que sabía cómo sufrían las víctimas de una guerra, pero no se preocupaba, podía seguir viviendo, y que ahora eso lo llena de vergüenza. Ahora sabe que hay muchos hombres que pueden caer en ese mismo error, y quiere ayudarlos a evitarlo.

—Yo sé que tengo la responsabilidad de tratar de hacer un mundo mejor, con más amor y menos odio, con más comprensión y menos juicios.

Después me dice que su hermanito de 18 meses se asusta cuando hay cortes: es un chico del siglo, me dice, está acostumbrado a las luces, la música, al ruido de la heladera, a los dibujitos animados en la tele, y cuando no oye nada de eso se pone muy nervioso. Yo le digo que me llama la atención el "efecto colateral positivo" de la guerra, eso de que ahora la gente se reúne más, se habla más, se siente más solidaria.

—Sí, pero es porque ahora nos sentimos unidos contra la amenaza exterior. Eso está esencialmente equivocado: deberíamos unirnos para algo, no contra algo. No contra un agresor, sino por un mundo mejor. ¿Por qué no nos unimos para algo bueno, en tiempos normales?

Ya me estaba yendo de Belgrado cuando llegaron las primeras noticias sobre la posible firma del acuerdo de paz. No hubo festejos: nadie sabía muy bien si había algo que festejar. En realidad, nadie sabía muy bien de qué se trataba. Las primeras reacciones eran escépticas:

—¿Usted de verdad cree que Milosevic va a hacer lo que dice? ¿Cuántos años lleva haciendo cualquier otra cosa?

Me dijo una mujer en la plaza de la República. Otros, esa tarde, me

dieron respuestas parecidas: pueden ser palabras de escepticismo o de esperanza. La esperanza de que la guerra no esté del todo perdida para ellos: todos querrían que se acabe, muy pocos querrían que se terminara en derrota completa.

—Y si firman la paz, ¿quiere decir que todo este esfuerzo, aguantar todo esto no sirvió para nada?

Dice un viejo rubio en otra cola para comprar tabaco. Un vendedor de anteojos de sol cuenta otro chiste:

—Esta mañana, Mira, la mujer de Milosevic, lo despertó a los gritos: "¡Slobo, Slobo, la casa está rodeada de soldados!". Y el jefe la tranquilizó: "No te preocupes, Mira, son los guardias protegiendo la frontera yugoslava".

Es cierto: si Milosevic pierde esta guerra, su poder sobre su país puede quedar tan reducido como el de Galtieri en junio de 1982. Serbia está acostumbrada a las derrotas: de hecho, su mito de origen, su momento fundacional es la batalla de Kosovo, 1389, cuando los turcos los vencieron y ocuparon todo su territorio. Pero en estos últimos años, Belgrado ha perdido demasiadas guerras, y su sueño granserbio ya no es más que una vaga pesadilla. Es posible que nadie quiera seguir soportando al conductor de tanta batalla perdida. Aunque siga habiendo justificaciones posibles:

—Bueno, es cierto que hemos soportado durante más de dos meses un ataque feroz de la mayor alianza militar de los tiempos modernos.

Dice el viejo en la cola del tabaco: la frase es textual de la propaganda de la televisión. Para algo sirve.

Algunos temen que la guerra siga. Otros, muchos, temen la paz: los próximos meses, en este país destruido por las bombas, van a ser incluso más duros que las semanas que duró el bombardeo.

—El invierno va a ser terrible. Pero lo peor va a ser que, con el país como estamos, van a llegar los americanos y los europeos y, so pretexto de "ayuda para la reconstrucción", se van a comprar todo lo que tenemos por dos pesos.

Me había dicho, hace unos días, Vranko, el empresario. A Margit estos últimos vaivenes ya no le importan: ella no cree que ya nada

pueda cambiar realmente.

—Aunque se firme esa paz, para nosotros el futuro igual va a ser espantoso.

Margit cree que la paz, si llega, habrá llegado demasiado tarde:

—Mi generación está perdida. Hace diez años que estamos esperando, pero yo ya no espero más. Lo que pasa es que no tengo dónde ir, el mundo está cerrado para nosotros: a nosotros no nos quiere nadie.

Me dice Margit, 30 años, en la camioneta que nos lleva a Budapest. La camioneta está llena de mujeres y niños: ellas pueden irse, sus maridos deben quedarse, obligados por el estado de guerra. Pero el marido de Margit la espera en Budapest porque hace unos meses que se fue a buscar trabajo allí.

—Nosotros sufrimos por nuestro régimen y también por otros regímenes del mundo. ¿Por qué tenemos que sufrir todo el tiempo? Ya me pasé demasiados años viviendo en el filo. Yo ya no quiero más.

Me dice Margit. Anteayer, en la cola del trolebús, una enfermera cuarentona me había dicho que a los que se van no deberían dejarlos volver nunca más: que están traicionando a la patria en un momento como éste, que ya no se merecen más nada de ella.

—¿Y no pueden hacer algo para dejar de sufrir?

Le pregunto ahora a Margit.

—Yo no quiero salir a la calle y que me maten. Yo no quiero ser una heroína y cambiar el mundo, yo quiero vivir tranquila con mi marido y mi hija, tener un trabajo: ser una persona normal. Ya no soporto más, no lo soporto más.

Margit es bonita y redonda como un pompón de oso. Su hija de 5 se le parece tanto. En Budapest, Margit y su marido van a tratar de conseguir una visa para Irlanda o Italia, pero quizás terminen en Checoslovaquia, que es más fácil.

—Ya no soporto más. El otro día, mi hija me preguntó por qué nos estaban bombardeando, y yo le contesté que no sabía. Entonces ella me miró con pena y desconfianza y me dijo mamá, vos deberías saber por qué pasan las cosas.

(1999)

Primeras versiones de la mayoría de estas crónicas fueron publicadas en *Página/30*, *Temas&Fotos*, *Viva*, *Perfil*, *trespuntos* y *Veintiuno*. Quiero agradecer a los editores que me encargaron o aceptaron, publicaron o no, cortaron o sí, aquellos relatos. Y, más especialmente, a Claudio Savoia, que me ayudó con la investigación de “Cae la noche tropical”.

Escritas a lo largo de los años noventa, las crónicas reunidas en este libro continúan el recorrido que Caparrós inició con su Larga distancia. El turismo pedófilo en Sri Lanka —probablemente su relato más leído—, la mafia de la música tropical argentina, la comunidad de skinheads y neonazis en Berlín, el impresionante Museo del Holocausto en Washington, el carnaval de Río, la siempre fidelísima Habana, la guerra en la ex Yugoslavia y un recorrido por el país más aislado de la Tierra son solo algunos de los temas que, con su característico tono a la vez juguetón y erudito, ataca Caparrós, entre breves aguafuertes sobre Nueva York, donde entonces vivía.

La guerra moderna es crónica en todo su esplendor, por uno de los maestros del género

«Martín Caparrós es el cronista de viajes más importante de la lengua española. Si quisiéramos hacer un símil con la lengua anglosajona pensaríamos en Paul Theroux, quien también cultiva el libro de viajes y la novela, pero Caparrós me parece superior».

Jorge Carrión, *ABC Cultural*

«Caparrós es un maestro de la crónica».

Juan Villoro, *Reforma*

«Caparrós es colosal en esos terrenos resbaladizos donde las cosas dejan de encajar en los moldes correctos».

Leila Guerriero, *Babelia*

«Martín Caparrós, uno de los más geniales cronistas contemporáneos, depura de manera exquisita, emocionada, vibrante y distanciada una prosa de un poderío narrativo excepcional Fernando R. Lafuente, *ABC Cultural*

«El mejor cronista actual de América Latina: un soberbio entrevistador, un viajero dotado de cultura enciclopédica y de una fina ironía».

Roberto Herrscher, *La Vanguardia*

Martín Caparrós (Buenos Aires, 1957) se licenció en historia en París, vivió en Madrid, Nueva York y Barcelona, hizo –y sigue haciendo– periodismo en gráfica, radio y televisión, dirigió revistas de libros y revistas de cocina, tradujo a Voltaire, a Shakespeare y a Quevedo, recibió la beca Guggenheim, los premios Planeta y Herralde de novela, los premios Tiziano Terzani y Caballero Bonald de ensayo, los premios Rey de España y Moors Cabot de periodismo. Ha publicado más de treinta libros en más de treinta países. Muchos de ellos serán reeditados en la Biblioteca Martín Caparrós, que Literatura Random House lanzó en 2020 –y donde ya aparecieron las novelas *Sinfín* y *Un día en la vida de Dios*, y el ensayo *El Hambre*.

Primera edición: mayo de 2023

© 1999, Martín Caparrós
Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4279-1

Compuesto en: www.acatia.es
Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice

La guerra moderna. Nuevas crónicas de larga distanci

Ceylán. Los niños primero

Argentina. Cae la noche tropical

El mundo, nueva york (1)

América. Memorias del subsuelo

Berlín. Al este del paraíso

El mundo, nueva york (2)

Argentina. La Patria Grande

La Habana. Siempre Fidelísima

América. Historias del ojo

El mundo, nueva york (3)

Argentina. La ley de la calle

Brasil. La tierra de los sin tierra

Brasil. La tierra de los sin tierra

El mundo, nueva york (4)

Argentina. Claroscuros

Chile. La sombra del tirano prófugo

América. Zapping Las Vegas

El mundo, nueva york (5)

Argentina. La hora de Los Hornos

América. El día del juicio

Birmania. La fin del mundo

El mundo, nueva york (6)

Lama y la Madre. Más buenos que Lassie

Argentina. Pompa y circunstancias

Belgrado. Bajo fuego

1. El camino
2. La ciudad

Sobre este libro

Sobre Martín Caparrós

Créditos